

Diseño de cubierta
Sergio Ramírez

Título original
Le nouvel esprit du capitalisme

Traducción
Marisa Pérez Colina
Alberto Riesco Sanz
Raúl Sánchez Cedillo

Edición de
Carlos Prieto del Campo

Reservados todos los derechos.
De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270
del Código Penal, podrán ser castigados con penas
de multa y privación de libertad quienes
reproduzcan o plagien, en todo o en parte, una obra
literaria, artística o científica fijada en cualquier
tipo de soporte sin la preceptiva autorización.

© Éditions Gallimard, 1999
© Ediciones Akal, S. A., 2002
para todos los países de habla hispana

Sector Foresta, I
28760 Tres Cantos
Madrid - España
Tel.: 91 806 19 96
Fax: 91 804 40 28
ISBN: 84-460-1558-7
Depósito legal: M-16.195-2002
Impreso en Cofás
Móstoles (Madrid)

El nuevo espíritu del capitalismo

Luc Boltanski

Ève Chiapello



Índice general

Agradecimientos	11
-----------------------	----

Prólogo	17
---------------	----

INTRODUCCIÓN GENERAL DEL ESPÍRITU DEL CAPITALISMO Y DEL PAPEL DE LA CRÍTICA	33
--	----

1. El espíritu del capitalismo	35
--------------------------------------	----

2. El capitalismo y sus críticas	71
--	----

PRIMERA PARTE

El surgimiento de una nueva configuración ideológica

I. LOS DISCURSOS DE GESTIÓN EMPRESARIAL EN LA DÉCADA DE 1990	97
---	----

1. Las fuentes de información sobre el espíritu del capitalismo .	97
---	----

2. La evolución de la problemática de la gestión empresarial entre las décadas de 1960 y 1990	106
--	-----

3. El cambio de las formas de movilización	135
--	-----

Conclusión: La nueva gestión empresarial en tanto que respuesta a las críticas	148
---	-----

II. LA FORMACIÓN DE LA CIUDAD POR PROYECTOS	153
1. La ciudad por proyectos	161
2. La originalidad de la ciudad por proyectos	188
3. La generalización de la representación en red	204
Conclusión: Los cambios aportados por el nuevo espíritu del capitalismo en el plano de la moral	230

SEGUNDA PARTE

Las transformaciones del capitalismo y el desarme de la crítica

III. 1968, CRISIS Y RENOVACIÓN DEL CAPITALISMO	241
1. Los años críticos	243
2. Reacciones y respuestas a las críticas	257
Conclusión: El papel de la crítica en la renovación del capitalismo	293
IV. LA DECONSTRUCCIÓN DEL MUNDO DEL TRABAJO	299
1. El alcance de las transformaciones en juego	300
2. Las transformaciones del trabajo	311
V. EL DEBILITAMIENTO DE LAS DEFENSAS DEL MUNDO DEL TRABAJO	363
1. La desindicalización	364
2. Las clases sociales, en tela de juicio	398
3. Los efectos de los desplazamientos sobre las pruebas instituidas	426
Conclusión: ¿El fin de la crítica?	436

TERCERA PARTE

El nuevo espíritu del capitalismo y las nuevas formas de la crítica

VI. EL RENACIMIENTO DE LA CRÍTICA SOCIAL	443
1. El despertar de la crítica social: de la exclusión a la explotación	444

2. ¿Hacia dispositivos de justicia conexionistas?	483
Conclusión: El lugar del derecho	523

VII. ANTE LA PRUEBA DE LA CRÍTICA ARTISTA	527
1. Las manifestaciones de una inquietud	529
2. ¿Qué liberación?	534
3. ¿Qué autenticidad?	552
4. La neutralización de la crítica de la inautenticidad y sus efectos secundarios	570
Conclusión: ¿Un relanzamiento de la crítica artista?	591

CONCLUSIÓN. LA FUERZA DE LA CRÍTICA	599
---	-----

1. Axiomática del modelo de cambio	600
2. Las etapas del cambio del espíritu del capitalismo	609

POSTSCRIPTUM. LA SOCIOLOGÍA CONTRA LOS FATALISMOS	649
---	-----

APÉNDICES

Anexo 1: Características de los textos de gestión empresarial utilizados	659
Anexo 2: Lista de los textos-fuente de los corpus de gestión empresarial	662
Anexo 3: Imagen estadística global de los textos de gestión empresarial	669
Anexo 4: Presencia relativa de las diferentes «ciudades» en los dos corpus	677
Bibliografía	681
Índice de nombres	713

Prólogo

2 { Este libro—cuyo proyecto fue concebido a comienzos de 1995—nace de la confusión, presente en muchos observadores, suscitada por la coexistencia de una degradación de la situación económica y social de un número cada vez mayor de personas y de un capitalismo en plena expansión y profundamente reorganizado. Esta confusión se ha visto aumentada por el estado de la crítica social—a la que la sociología, por su proximidad, no suele mostrarse indiferente—, que desde hacía un siglo nunca se había mostrado tan desarmada como a lo largo de los últimos quince años: ya sea por manifestar una indignación sin poder acompañarla de propuestas alternativas, ya, y esto es lo más corriente, por renunciar a denunciar una situación cuyo carácter problemático —es lo menos que podría decirse— no debería escapársele, admitiendo así, tácitamente, su fatalidad.

4 { Vivimos hoy, en muchos aspectos, una situación inversa a la que vivíamos a finales de la década de 1960 y principios de la de 1970. En aquella época, el capitalismo padecía un descenso del crecimiento y de la rentabilidad ligado, al menos según los análisis regulacionistas, a una ralentización de los incrementos de productividad asociada a un alza continua de los salarios reales, que continuaban creciendo al mismo ritmo que antes¹. La crítica, por su parte, se encontraba en un momento álgido, tal y como lo demostraron los acontecimientos de mayo de 1968, que pusieron en conexión de forma simultánea a una crítica social de corte marxista clásico con reivindicaciones de tipo muy diferente que realizaban un llamamiento a la creatividad, al placer, al poder de la imaginación, a una liberación que afectase a todas las dimensiones de la existencia, a la destrucción de la «sociedad de consumo», etc. En cuanto al entorno macroeconó-

¹ Cfr. Juillard, Boyer, 1995; Coriat, 1995.

4 } mico, nos encontrábamos ante una sociedad de pleno empleo cuyos dirigentes no dejaban de recordarnos que se encontraba «orientada hacia el progreso», una sociedad en la que la gente conservaba la esperanza de una vida mejor para sus hijos y en la que se desarrollaba la reivindicación –apoyada por la denuncia de las desigualdades a la hora de acceder al sistema escolar– de una promoción social abierta a todos gracias a una escuela republicana democratizada.

Las preguntas que se encuentran en el origen de este libro nacen de la inversión casi absoluta de la situación y de las débiles resistencias que, a fin de cuentas, se han opuesto a esta evolución. Hemos querido conocer más en detalle, más allá de los efectos de neutralización de la crítica que genera un poder de izquierdas², por qué la crítica no fue capaz de «aferrar» la situación, por qué fue incapaz de comprender la evolución que se estaba produciendo, por qué se apagó de forma tan brutal a finales de la década de 1970 dejando el paso libre a la reorganización del capitalismo durante casi dos décadas, limitándose, en el mejor de los casos, al papel poco glorioso, aunque necesario, de testigo de las crecientes dificultades del cuerpo social, y, para terminar, por qué tantos «sesentayochistas»³ se acomodaron con tanta facilidad a la nueva sociedad que surgía, hasta el punto de convertirse en sus portavoces y potenciar dicha transformación.

Antes de abordar las respuestas que hemos dado a estas cuestiones creemos útil, dentro de este preámbulo y apoyándonos en indicadores macroeconómicos o estadísticos, realizar una somera descripción del contexto que subyace no sólo a nuestros análisis, sino también al cuestionamiento (por no decir consternación) que de continuo, a lo largo de estos últimos cuatro años, ha estimulado nuestro trabajo.

Un capitalismo regenerado y una situación social degradada

Frente al manido recurso al tópico de la «crisis» invocado con regularidad, aunque en contextos muy diferentes, desde 1973, nosotros consideramos que los últimos veinte años han estado más bien marcados por un capitalismo flore-

² El efecto bálsamo atribuido al acceso de la izquierda al poder a comienzos de la década de 1980 no es tan evidente como a menudo ha solido pensarse. En otras coyunturas históricas, la llegada de la izquierda al poder ha ido acompañada de un intenso relanzamiento de la crítica: piénsese simplemente en la Francia de 1936 o, más cerca temporalmente, aunque no espacialmente, en Chile a comienzos de la década de 1970.

³ «Soixante-huitards»: así se suele denominar en Francia a la generación que, de forma más o menos activa, participó en el ciclo de luchas que atravesó a la sociedad francesa a lo largo de la década de 1960 y que tuvo en las jornadas de mayo uno de sus momentos álgidos. La llegada al poder del Partido Socialista en 1981 supondría el comienzo de «una larga marcha hacia las instituciones» de buena parte de ellos [N. del T.].

ciente. El capital ha conocido durante este periodo numerosas oportunidades de inversión que ofrecían tasas de beneficio a menudo más elevadas que en épocas anteriores. Han sido años favorables para todos aquellos que disponían de ahorros (de un capital); la renta, que había desaparecido durante la gran depresión de la década de 1930 y que, durante las décadas posteriores, no había podido restablecerse debido a la inflación, estaba de vuelta.

Es cierto que el crecimiento ha tendido a disminuir su empuje⁴, pero las rentas de capital continúan creciendo. La tasa de margen⁵ de las empresas no individuales, que había disminuido considerablemente durante las décadas de 1960 y 1970 (–2,9 puntos de 1959 a 1973, –7,8 puntos de 1973 a 1981), ha sido restaurada en la década de 1980 (+10 puntos de 1981 a 1989), manteniéndose posteriormente (–0,1 puntos de 1989 a 1995). De 1984 a 1994 el PIB en francos constantes de 1994 ha aumentado un 23,3 por 100. Las cotizaciones sociales han crecido en las mismas proporciones (+24,3 por 100), pero no los salarios netos (+9,5 por 100). Durante esos mismos diez años, las rentas de propiedad (alquileres, dividendos, plusvalías realizadas) aumentaron en un 61,1 por 100 y los beneficios no distribuidos⁶ en un 178,9 por 100. Taddei y Coriat (1993), ana-

⁴ De la década de 1970 a la década de 1980, el ritmo anual medio de crecimiento del PIB ha disminuido un tercio, tanto en Japón, como en Estados Unidos o en los países de la Unión Europea. En la actualidad ha disminuido prácticamente otro tercio.

⁵ Fuente: Cette y Mahfouz (1996). Esta tasa de margen se define como la parte del excedente bruto de explotación (EBE) en el valor añadido, que sirve para remunerar a quienes aportan capitales (capital y deudas) y para pagar los impuestos que gravan los beneficios. El resto del valor añadido sirve, principalmente, para la remuneración del trabajo asalariado y para la financiación del sistema de protección social, que, como es sabido, es sostenido mayoritariamente por los salarios, más que por otros tipos de rentas. El valor añadido se destina también, marginalmente, para el pago de diversos impuestos. En su estudio, los autores neutralizan posteriormente el impacto de la evolución de las cargas financieras sobre los beneficios, una evolución que se ha mostrado desfavorable por lo elevado de las tasas de interés reales que se han conocido durante estos últimos años, así como por el efecto estructural ligado a la salarización de la economía (todas las formas de trabajo se van aproximando, poco a poco a lo largo de la historia, a la forma genérica del trabajo asalariado, lo que desde el punto de vista contable se traduce en un registro de las cargas diferente que puede engañar nuestra percepción de la evolución del valor añadido). La evolución de las rentas de capital (como evolución de una tasa de margen corregida) que hemos mencionado más arriba es la que queda registrada una vez que se han neutralizado todos los efectos que podrían permitir cuestionar que nos encontramos ante una evolución positiva de los beneficios del capital.

⁶ Los beneficios llamados «no distribuidos» continúan al servicio de las empresas que los han realizado, ya sea porque éstas invierten gracias a ellos, ya porque los coloquen en los mercados financieros. En cualquier caso, el valor de las acciones aumenta y ofrece plusvalías potenciales a los titulares del capital. Las cifras mencionadas han sido extraídas de *Alternatives Économiques*, «Les chiffres de l'économie et de la société 1995-1996» (4.º trim., 1995).

lizando el comportamiento de la tasa de margen de las empresas y recordando la evolución a la baja del impuesto de sociedades (que pasó del 50 al 42 por 100 en 1988 y después al 34 por 100 en 1992, con una subida, sin embargo, hasta el 41,1 por 100 en 1997), así como el estancamiento de las tasas de cotizaciones sociales de la patronal desde 1987, demuestran que Francia ofrecía, a principios de la década de 1990, unas tasas de rendimiento del capital en fuerte crecimiento con respecto a comienzos de la década de 1980. Las finanzas de las empresas francesas –según estos dos autores– se han restablecido ampliamente bajo el doble efecto de una disminución de la fiscalidad y de un reparto beneficios-salarios mucho más favorable para las empresas.

Los operadores financieros, durante la misma época, han encontrado «una libertad de acción que desconocían desde 1929, a veces incluso desde el siglo XIX» (Chesnais, 1994, p. 15). La desregulación de los mercados financieros, su liberalización, la desintermediación y la creación de «nuevos productos financieros» han multiplicado las posibilidades de obtener beneficios puramente especulativos mediante los cuales se incrementa el capital sin que sea necesaria la inversión en actividades productivas. Los llamados «años de crisis» están, por lo tanto, marcados por el hecho de que, en lo sucesivo, la rentabilidad del capital se encuentra más garantizada mediante las inversiones financieras que a través de la inversión industrial (que, por otra parte, se resiente del coste del dinero). Hemos asistido al crecimiento exponencial de determinados operadores, como los fondos de pensiones, que durante mucho tiempo fueron detentores bastante estables de paquetes de acciones, pero que las transformaciones de los mercados han conducido a su punto culminante (contando con medios considerables), llegando así a transformar su comportamiento y a aproximarse al «modelo de extracción de beneficio financiero en estado puro» (Chesnais, 1994, p. 222). La liquidez concentrada en manos de los fondos de inversión colectiva (SICAV: Société d'Investissement à Capital Variable), de las compañías de seguros y de los fondos de pensiones son tales que su capacidad de influir en los mercados según sus intereses es un hecho probado⁷. Esta evolución de la esfera financiera es inseparable de la evolución de las empresas que cotizan y que están sometidas a los mismos imperativos de rentabilidad por parte de los mercados y cuyos beneficios son, cada vez más, obtenidos a través de tran-

sacciones puramente financieras. Entre 1983 y 1993, la capitalización bursátil de París (número de valores multiplicados por su cotización) ha pasado de 225.000 millones a 2,7 billones de francos, en lo referente a las acciones, y de 1 billón a 3,9 billones de francos en cuanto a las obligaciones (Fremaux, 1995).

Las empresas multinacionales también han resultado beneficiadas durante estos años de reorganización del capitalismo mundial. La disminución del crecimiento de la economía mundial desde hace ya casi treinta años no les ha afectado realmente y su participación en el PIB mundial, a su vez en aumento, no ha dejado de crecer, del 17 por 100 a mediados de la década de 1960 a más del 30 por 100 en 1995 (Clairmont, 1997). Las multinacionales controlan dos tercios del comercio internacional, del que aproximadamente la mitad está constituido por exportaciones intragrupal⁸ entre empresas-matriz y filiales o entre dos filiales de un mismo grupo. Su participación en los gastos de «investigación y desarrollo» es aun más importante. Su reforzamiento está garantizado desde hace diez años gracias sobre todo a las fusiones y adquisiciones realizadas en el mundo entero, que han acelerado el proceso de concentración y de constitución de oligopolios mundiales. Uno de los fenómenos más destacados desde la década de 1980, sobre todo después de 1985, ha sido el crecimiento de la «inversión extranjera directa», que se diferencia del intercambio internacional de bienes y servicios por efectuarse mediante una transferencia de derechos patrimoniales y una toma de poder local. Pero a pesar de que el impacto de las multinacionales es un fenómeno económico de primer orden, apenas se les ha consagrado estudios. El Centro de Naciones Unidas para las Sociedades Transnacionales (UNCTNC) fue disuelto en 1993 a petición del gobierno de Estados Unidos. Una parte de sus titulares ha sido transferida a la UNCTAD (Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo) con sede en Ginebra, donde ha proseguido con un programa de trabajo muy reducido (Chesnais, 1994, p. 53). Mientras que entre 200 y 500 firmas –lista que se correspondería aproximadamente con la proporcionada por la revista *Fortune* cada año– dominan la economía mundial, la definición de qué es una sociedad multinacional impuesta a los investigadores no ha cesado de flexibilizarse para ahogar en un mar de empresas al pequeño puñado de firmas superpoderosas que no han sufrido la crisis⁹.

⁷ Chesnais (1994, p. 21) analiza el crecimiento de los tipos de interés estadounidenses de 1994 como un «signo de la capacidad de los ingresos rentistas parasitarios [...] de defender sus posiciones sea cual sea el precio a pagar por la economía mundial y de prohibir que el importe de su sangría sobre el valor (expresado mediante tipos de interés positivo en términos reales) se vea mermado [...] ni tan siquiera a través de un alza de los precios de un 1 ó 2 por 100».

⁸ Fuente: CNUCED, citado por Fremaux (1996).

⁹ Se ha pasado de una definición de la empresa multinacional como una gran firma que detenta filiales industriales en al menos 6 países, a la de empresa que detenta tan sólo una. En su último estudio, la UNCTNC enumeraba 37.000 multinacionales, para limitar unas páginas más adelante el estudio a solamente 100 empresas que en 1990 realizaban, por sí solas, un tercio de la inversión extranjera directa (Chesnais, 1994, p. 53).

N } Finalmente, la reestructuración del capitalismo en curso desde hace dos décadas, consumada, como hemos visto, en torno a los mercados financieros y a los movimientos de fusión-adquisición de las multinacionales en un contexto de políticas gubernamentales favorables en materia fiscal, social y salarial, se ha visto igualmente acompañada de fuertes incitaciones al crecimiento de la flexibilidad del trabajo. Las posibilidades de contratación temporal, de uso de mano de obra interina, de horarios flexibles y la reducción de los costes por despido se han desarrollado generosamente en el conjunto de los países de la OCDE, recortando, poco a poco, los dispositivos de garantías resultado de un siglo de lucha social. Paralelamente, las nuevas tecnologías de la comunicación y, en primer lugar, la telemática han permitido gestionar pedidos a escala planetaria en tiempo real, proporcionando los medios para una reactividad mundial hasta ahora desconocida. Se trata de un modelo completo de gestión de la gran empresa, que se ha visto transformada por el empuje de los cambios mencionados y que ha dado nacimiento a una nueva forma de obtener beneficios.

Así pues, el capitalismo mundial, definido por la posibilidad de hacer fructificar su capital a través de la inversión o de la colocación económica, va bien. Las sociedades, por retomar la separación de lo social y lo económico con la que vivimos desde hace más de un siglo¹⁰, van francamente mal. A este respecto, los datos son más conocidos, comenzando por la curva francesa del paro: el 3 por 100 de la población activa en 1973, el 6,5 por 100 en 1979, en torno al 12 por 100 hoy. En febrero de 1998, se contaba con algo más de 3 millones de parados en la categoría 1 de la ANPE¹¹, categoría que está lejos de dar cuenta de todos los demandantes de empleo reconocidos por este organismo y que tampoco engloba a los parados dispensados de tener que buscar empleo por razones de edad, a quienes se encuentran en situación de jubilación anticipada ni a quienes se benefician de una formación o de un contrato de tipo CES¹² o similar. El número de personas «privadas de empleo» debería estimarse, por lo tanto, en torno a 5 millones en 1995¹³ frente a los 2,45 de 1981 (CERC-ASSOCIATION, 1997a). La situación media en Europa no es mucho mejor¹⁴. Estados Unidos conoce una

¹⁰ Véase, por ejemplo, sobre esta cuestión Louis Dumont (1977) y Karl Polanyi (1983).

¹¹ La categoría 1 de la ANPE (Agence Nationale Pour l'Emploi [Agencia Nacional de Empleo]) reagrupa a los solicitantes de empleo que se encuentran inmediatamente disponibles, que buscan un trabajo de duración indefinida con jornada completa y que han trabajado menos de 78 horas a lo largo del mes anterior.

¹² CES: Contrat Emploi-Solidarité: contrato de reinserción laboral de media jornada [N. del T.].

¹³ Para esa misma época, la categoría 1 del ANPE registraba «sólo» 2,9 millones de parados.

¹⁴ La tasa media de paro (según el BIT) de la Europa de los Quince era del 10,8 por 100 en enero de 1997, ofreciendo, sin embargo, grandes variaciones según los países (por ejemplo,

tasa de paro más débil, pero mientras que los asalariados en Francia han conservado, más o menos, su poder adquisitivo, en Estados Unidos éste ha sufrido un fuerte deterioro. Aunque el PIB estadounidense por habitante ha crecido el 36 por 100 entre 1973 y mediados de 1995, el salario retribuido por hora de trabajo no directivo, que engloba a la mayoría de los empleos —exceptuando los puestos directivos—, ha descendido un 14 por 100. A finales del siglo XX, en Estados Unidos, el salario real de aquellos que no ocupan puestos de directivos ha vuelto a los niveles que tenía cincuenta años antes, mientras que el PIB se ha más que duplicado durante ese mismo periodo (Thurow, 1997). Asistimos, en toda la zona de la OCDE, a una convergencia a la baja de las remuneraciones. En países como Francia, donde las políticas públicas sí que han tratado de mantener el poder adquisitivo del salario mínimo, han aumentado regularmente las cifras del paro, la degradación de las condiciones de vida —que afecta principalmente a los parados—, así como el número de trabajadores a tiempo parcial (15,6 por 100 de la población activa ocupada en 1995, frente al 12,7 por 100 en 1992 y al 9,2 por 100 en 1982). Entre estos últimos, el 40 por 100 querría trabajar más. El empleo de quienes tienen un trabajo es también mucho más precario. El número de «empleos atípicos» (contratos de duración determinada, de aprendizaje, interinos, cursillos remunerados, beneficiarios de contratos subvencionados y contratos de empleo-solidaridad en la función pública) se ha doblado entre 1985 y 1995¹⁵.

El número de hogares que viven por debajo del umbral de pobreza¹⁶ ha disminuido (del 10,4 por 100 de los hogares en 1984 al 9,9 por 100 en 1994); sin embargo, la estructura de la población afectada ha variado considerablemente. La pobreza afecta cada vez menos a los ancianos y cada vez más a personas en edad activa. La evolución de la población protegida por las ayudas sociales mínimas (CERC-ASSOCIATION, 1997b) es un buen reflejo de las modificaciones de los contornos de la pobreza: esta población ha pasado de 3 millones de personas (2,3 millones de hogares) a finales de 1970 a cerca de 6 millones a finales de 1995 (3,3 millones de hogares). El número medio de personas por hogar beneficiado con estas ayudas ha pasado progresivamente de 1,3 a 1,8 con un aumento significativo de la presencia de parejas y familias. Las ayudas sociales

España, 21,7 por 100; Finlandia, 15 por 100; Francia, 12,5 por 100; Italia, 12,2 por 100; Irlanda, 11,6 por 100; Alemania, 9,6 por 100; Portugal, 7,3 por 100; Reino Unido, 7,1 por 100; Austria, 4,4 por 100). Véase Maurin (1997).

¹⁵ Sobre los empleos a tiempo parcial, cfr. Bisault et al. (1996), y sobre los empleos atípicos, véase Belloc y Lagarenne (1966).

¹⁶ El umbral de pobreza se define como una renta antes de impuestos por unidad de consumo inferior a la mitad de la renta media. Las unidades de consumo son aquí contabilizadas según la llamada escala de Oxford: el primer adulto vale 1; el segundo, 0,7, y cada hijo menor de quince años, 0,5.

mínimas destinadas a los parados (Allocation de Solidarité Spécifique [Subsidio de Solidaridad Específica]) y el RMI (Revenu Minimum d'Insertion [Renta Mínima de Inserción])¹⁷ explican la mayor parte de este aumento, mientras que el número de beneficiarios de las ayudas por vejez se ha dividido por dos entre 1984 y 1994 con la llegada a la edad de jubilación de clases de edad que han cotizado durante toda su vida activa. Señalaremos, sin embargo, que el esfuerzo realizado no se ha visto compensado por un aumento del número de beneficiarios: en 1995, como en 1982, les ha sido consagrado el 1 por 100 del PIB, (mientras que de 1970 a 1982 se había pasado del 0,3 al 1 por 100). Dentro de los gastos en protección social, porcentualmente, la parte consagrada a estas ayudas sociales en 1995 es incluso inferior a la asignada en 1982¹⁸.

El conjunto de esta evolución (empobrecimiento de la población en edad activa, crecimiento regular del número de parados y de la precariedad en el trabajo, estancamiento de las rentas del trabajo), mientras crecen los ingresos de tipo rentista —que conciernen tan sólo a una pequeña parte de la población—, se traduce en el hecho de que las desigualdades en la distribución de la renta han comenzado a crecer en Francia a partir de la segunda mitad de la década de 1980, un movimiento iniciado con anterioridad, sin embargo, en otros países¹⁹.

Estas conmociones de la situación económica de los hogares han sido acompañadas por una serie de dificultades, concentradas particularmente en algunos *banlieues*²⁰ (guetización, creación de hecho de zonas de no derecho en beneficio de actividades mafiosas, desarrollo de la violencia de chicos cada vez más jóve-

¹⁷ Desde el primer año, el RMI ha sido concedido a 400.000 personas (1989). En 1995 el número de beneficiarios ascendía a 946.000, cubriendo a 1,8 millones de personas, de las cuales un 48 por 100 era menor de 35 años.

¹⁸ Esta situación se explica por el hecho de que el poder adquisitivo de las antiguas ayudas sociales mínimas apenas se ha mantenido, e incluso ha disminuido el de aquellas destinadas a los parados (el poder adquisitivo del subsidio de solidaridad específica descendió el 15 por 100 entre 1982 y 1995, mientras que el del subsidio de inserción lo ha hecho un 20 por 100). Las nuevas ayudas sociales mínimas destinadas a nuevas poblaciones necesitadas (RMI) han sido fijadas en un nivel inferior al de las antiguas.

¹⁹ El cambio de tendencia en cuanto a las desigualdades (de una tendencia a la reducción a un aumento a veces muy rápido) se efectúa a finales de la década de 1960 en Estados Unidos, a mediados de la década de 1970 en Japón, a finales esa misma década en el Reino Unido y a comienzos de la década de 1980 en Alemania, Italia y Suecia (CERC-ASSOCIATION, 1994).

²⁰ Nombre que han recibido los barrios periféricos de las grandes ciudades francesas. Se trata de barrios con una fuerte presencia de población de origen inmigrante (no exclusivamente de la primera generación) y de población con escasos recursos, que han sufrido habitualmente un abandono importante por parte de las políticas sociales, produciéndose de este modo graves efectos de desestructuración y «desafiliación» sociales [N. del T.].

nes, dificultad de integración de las poblaciones provenientes de la inmigración) y de fenómenos significativos —por ser especialmente visibles— en la vida cotidiana de las grandes ciudades (como, por ejemplo, el aumento de la mendicidad y de los «sin techo»²¹, a menudo jóvenes y muchos de ellos dotados de un nivel de cualificación que debería de darles acceso a un empleo). Esta irrupción de la miseria en el espacio público desempeña un papel importante en la nueva representación ordinaria de la sociedad francesa. Estas situaciones extremas, si bien no afectan aún directamente más que a un número relativamente reducido de personas, acentúan el sentimiento de inseguridad de todos aquellos que se sienten bajo la amenaza de la pérdida del empleo, bien el suyo propio o el de alguien cercano —cónyuge o hijos en particular—, es decir, a fin cuentas, de una amplia fracción de la población activa.

La familia, durante estos años de deterioro social, ha sufrido una evolución cuyos efectos estamos aún lejos de haber medido (Sullerot, 1997). Se ha convertido en una institución mucho más inestable y frágil, que añade una precariedad adicional a la del empleo y al sentimiento de inseguridad²². Esta evolución es, sin duda, en parte independiente de la del capitalismo, si bien la búsqueda de una flexibilidad máxima en las empresas está en perfecta armonía con la desvalorización de la familia en tanto que factor de rigidez temporal y geográfica, de forma que, como veremos a continuación, los esquemas ideológicos movilizados para justificar la adaptabilidad en las relaciones de trabajo y la movilidad en la vida afectiva son similares. El hecho es que los cambios acaecidos en la esfera económica y en la esfera de la vida privada han sido lo suficientemen-

²¹ El INED estimaba en 1996 en torno a 8.000 el número de los «sin techo» que vivían en París [*Alternatives Économiques*, núm. 3 (especial), «Les chiffres de l'économie et de la société 1996-1997», 4.º trimestre de 1996].

²² Entre 1981 y 1994, el número anual de matrimonios ha pasado de 315.000 a 254.000 mientras que el de divorcios pasaba de 87.600 a 115.000. Las estadísticas muestran, por otro lado, que las parejas que conviven sin casarse se separan más frecuentemente que las parejas casadas. Los nacimientos fuera del matrimonio han pasado del 12,7 por 100 en 1981 al 34,9 por 100 en 1993 (Maurin, 1995). La Encuesta Sobre la Situación Familiar (ESF), realizada en 1985 pero publicada en 1994, mostraba que 2.000.000 de niños vivían separados de su padre, mientras que apenas un 2 por 100 no había vivido nunca con él. El elevado nivel de esta cifra no se debe, por lo tanto, a los abandonos por parte de los padres de las madres embarazadas, sino a las separaciones de los padres, las cuales, tal y como demuestra la investigación, se producen a una edad cada vez más precoz para los hijos, multiplicándose así los años de la infancia vividos después de la ruptura familiar. La investigación ESF considera que la probabilidad de vivir en una familia recompuesta se ha duplicado en unos años. Por otro lado, el 3 por 100 de quienes han nacido entre 1967 y 1971, el 8 por 100 de los nacidos entre 1971 y 1975 y el 11 por 100 de los nacidos entre 1976 y 1980 han vivido dos rupturas en cinco años (Sullerot, 1997, pp. 187 y ss.).

te profundos como para que el mundo familiar funcione cada vez menos como una red de protección, sobre todo para garantizar a los hijos posiciones equivalentes a las de los padres, sin que la escuela, a la que desde la década de 1960 se había transferido masivamente el trabajo de reproducción, esté en condiciones de satisfacer las esperanzas que se habían depositado en ella.

El cuestionamiento del modelo de sociedad de la posguerra y el desconcierto ideológico

Estas transformaciones ponen en peligro el compromiso establecido en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial en torno a la cuestión del ascenso de las «clases medias» y de los «cuadros», que supuso una solución aceptable para las inquietudes de la pequeña burguesía. Fueron numerosos los pequeños patronos y autónomos empobrecidos, cuando no arruinados, por la crisis de 1929 o los ocupantes de empleos intermedios en las empresas amenazados por el paro, los miembros de categorías sociales intermedias, que en la segunda mitad de la década de 1930, asustados por el ascenso del comunismo, cuya amenaza se hizo tangible con las huelgas de 1936, vieron en el fascismo la única defensa contra los excesos del liberalismo. El crecimiento de la importancia del Estado tras la Segunda Guerra Mundial y el advenimiento de la gran empresa les ofrecieron una nueva posibilidad de vivir «como burgueses» compatible con la salarización creciente de la economía.

Sabemos que, hasta mediados del periodo de entreguerras aproximadamente, el sueldo era raramente el único o principal recurso de los miembros de la burguesía, que solían disponer también de importantes rentas patrimoniales. El dinero que recibían por su pertenencia a una organización no era considerado como un «salario», término éste que, junto al de «asalariado», estaba prácticamente reservado a los obreros. Estos patrimonios, compuestos sobre todo por bienes inmuebles, aunque también, en una proporción creciente en el periodo de entreguerras, por valores mobiliarios (rentas, obligaciones), fueron erosionados progresivamente, primero como consecuencia de la desvalorización de la moneda en la década de 1920, después por la crisis de la década de 1930. Los ingenieros, y con ellos fracciones cada vez más amplias de la burguesía, entraron dentro de la esfera del trabajo asalariado, lo que supuso para aquéllas un descenso importante en su nivel de vida hasta que se puso en marcha, en los años de posguerra, una nueva disposición de los recursos económicos que entrañaba un nuevo estilo de vida para las profesiones superiores. Éstas comenzaron a apoyarse en nuevos dispositivos de seguridad, ya no patrimoniales sino sociales: jubilación de los cuadros, importancia creciente de los diplomas en la determi-

nación de los salarios y las posibilidades de hacer carrera, crecimiento regular de las carreras profesionales a lo largo de toda la vida (lo cual facilitaba el acceso al crédito), sistemas de seguridad social reforzados por mutualidades, estabilidad de las rentas salariales mediante la institucionalización de procedimientos de revisión de los salarios en función de la evolución de los precios al consumo, garantía casi absoluta de empleo en las grandes organizaciones que aseguraban a sus cuadros «planes de promoción», a la vez que ofrecían todo tipo de servicios sociales (comedores, cooperativas de compra, colonias de vacaciones, clubes deportivos) (Boltanski, 1982, pp. 113-120). Surgió así una nueva posibilidad de vivir «como burgueses», esta vez dentro del régimen salarial. ⁽²⁴⁾

Las clases populares, no pudiendo beneficiarse del mismo modo de estos dispositivos que, sin embargo, trataban de favorecer su acceso al consumo y de integrarlas mejor en el ciclo económico —a la vez que se las alejaba del comunismo—, vieron aumentar de forma regular su poder adquisitivo, así como, sobre todo a partir de la década de 1960, las oportunidades de escolarizar a sus hijos en la enseñanza secundaria. ⁽²³⁾

Los principales elementos de este compromiso —a saber, el diploma, la posibilidad de promoción y la jubilación— se han visto quebrantados a lo largo de los últimos veinte años. Ciertamente, los efectos de estos cambios fueron lamentados, pero no modificaron significativamente el convencimiento de las elites dirigentes de que eran resultado de una necesidad imperiosa, siempre y cuando afectasen tan sólo a los miembros más frágiles de las clases populares: mujeres, inmigrantes, incapacitados o jóvenes sin diploma (los «abandonados por el progreso» ⁽²⁵⁾ de la década de 1970; los individuos incapaces de «adaptarse» al endurecimiento de la competencia internacional en la década de 1980⁽²³⁾). Estos mismos efectos fueron, sin embargo, considerados alarmantes cuando la burguesía misma se vio afectada por ellos.

El aumento del paro entre los diplomados y entre los cuadros se ha hecho patente, si bien no es aún comparable con el de los menos privilegiados. Por otro lado, aunque las empresas continúan ofreciendo perspectivas de promoción a los elementos considerados provistos de mayor talento, evitan garantizarles la seguridad a largo plazo. El paro y las jubilaciones anticipadas de los mayores de

²³ La prueba de ello es que se recurre sobre todo a dispositivos de ayuda (subsidio de desempleo, ayuda social...) para hacerse cargo de estas poblaciones, sin cuestionarse la legitimidad de los cambios que las han conducido a esa situación social degradada. Se actúa sobre las consecuencias sin interrogarse sobre las causas, como ocurría con la caridad durante el siglo XIX, que solía ir acompañada de una negativa a ver en el nivel de los salarios la causa de la pobreza industrial. Los salarios, resultado del juego del mercado, eran necesariamente justos; su veredicto, ya en aquella época, no admitía recurso, había que adaptarse.

cincuenta y cinco años, que es uno de los aspectos más llamativos del paro a la francesa, son un testimonio de ello. Las garantías proporcionadas por los diplomas, que, no obstante, constituyen aún hoy un buen seguro contra el paro, han sido igualmente puestas bajo sospecha ante la constatación de que aun contando con el mismo diploma, los jóvenes acceden a posiciones inferiores a las que accedieron sus mayores a la misma edad y ante la evidencia de que la entrada en la vida activa de las nuevas generaciones es frecuentemente el resultado de una sucesión de empleos precarios. A los temores por el empleo vienen a sumarse las inquietudes relativas al futuro de las jubilaciones.

El acceso a las condiciones de vida ejemplificadas por la burguesía fue, desde el siglo XIX, uno de los estímulos más importantes para hacer soportable el esfuerzo solicitado a las otras clases. Por ello, el efecto desmoralizador de este nuevo orden de cosas —reflejado por los medios de comunicación de masas a través de reportajes, novelas, películas o ficciones televisadas— es bastante general. El aumento del escepticismo con respecto a la capacidad de las instituciones del capitalismo —ya se trate de las organizaciones internacionales como la OCDE, el FMI o el Banco Mundial, de las multinacionales o de los mercados financieros— de conservar para las generaciones actualmente escolarizadas el nivel de vida y, de forma más general, el estilo de vida de sus padres es una de las manifestaciones más evidentes. La desconfianza se ha visto acompañada, en particular a lo largo de los tres últimos años, de una creciente demandasocial de pensamiento crítico susceptible de dar forma a esa inquietud difusa y de proporcionar inclusive un mínimo de instrumentos de inteligibilidad o, para ser más precisos, una orientación para la acción, es decir, dentro de este contexto, una esperanza.

Ahora bien, debemos constatar que la creencia en el progreso (asociada al capitalismo desde comienzos del siglo XIX bajo diferentes formas) que constituyó, desde la década de 1950, el credo de las clases medias, ya se considerasen de izquierdas o de derechas, no ha encontrado un sustituto, si exceptuamos el recurso poco entusiasta «a las duras leyes de la economía», rápidamente estigmatizado bajo la denominación de «pensamiento único». Al mismo tiempo, las viejas ideologías críticas antisistémicas, por retomar el vocabulario de Immanuel Wallerstein, fracasan en su función de desestabilización del orden capitalista y ya no aparecen como portadoras de alternativas creíbles.

El desconcierto ideológico ha sido uno de los rasgos más evidentes de estos últimos años marcados por la descomposición de las representaciones asociadas al compromiso socioeconómico puesto en marcha durante los años de posguerra, sin que ningún pensamiento crítico parezca estar a la altura de los cambios en curso, en parte, como veremos a continuación, porque los únicos recursos críticos movilizables nacerán para denunciar el tipo de sociedad que alcanzó su apogeo a finales de la década de 1960 y principios de 1970, es decir, precisa-

mente justo antes de que comenzase la gran transformación cuyos efectos estamos viviendo hoy con toda su fuerza. Los dispositivos críticos disponibles no ofrecen, por el momento, ninguna alternativa de envergadura. Queda tan sólo la indignación en estado bruto, el trabajo humanitario, el sufrimiento convertido en espectáculo y, sobre todo después de las huelgas de diciembre de 1995, acciones centradas en causas específicas (vivienda, sin papeles, etc.) a las que les falta aún, si desean adquirir verdadera importancia, representaciones más afinadas, modelos de análisis renovados y una utopía social.

Por más que, a corto plazo, el capitalismo vaya cada vez mejor, habiéndose librado en unos años de una parte de las trabas acumuladas a lo largo del último siglo, podría también verse llevado a una de esas crisis potencialmente mortales que ya ha debido afrontar en alguna ocasión. No es seguro que ésta pudiera originar en esta ocasión —¿y a qué precio?— un «mundo mejor», como aconteció a los países desarrollados en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Sin hablar de las consecuencias sistémicas de una liberalización ilimitada de la esfera financiera que comienza a inquietar incluso a los responsables de las instituciones del capitalismo. A nosotros no nos cabe duda de que el capitalismo deberá encontrar en el plano ideológico —al que se consagra principalmente este libro— dificultades crecientes, si no proporciona razones para la espera a todos aquellos cuyo compromiso es necesario para el funcionamiento del sistema. En los años de la posguerra, el capitalismo tuvo que transformarse para responder a la inquietud y a la fuerza reivindicativa de las generaciones de la burguesía y de la pequeña burguesía cuyas esperanzas de movilidad ascendente (ya viniese propiciada por el ahorro o por la reducción de la fecundidad)²⁴ o de conservación de las ventajas obtenidas se habían visto decepcionadas. Es evidente que un sistema social que ya no logra satisfacer a las clases a las que se supone que ha de servir prioritariamente (es decir, en el caso del capitalismo, a la burguesía) está amenazado, sean cuales sean las razones por las que ya no lo consigue, las cuales no son manejables en su totalidad por los actores que detentan o creen detentar el poder.

* * *

Al escribir este libro, no nos hemos propuesto como objetivo dar soluciones para enmendar los rasgos más ofensivos de la situación del trabajo en la actualidad ni tampoco unir nuestra voz al clamor de denuncia —tareas que, por lo

²⁴ El ahorro, la creación de comercios y la reducción de la fecundidad eran los medios propuestos al pueblo en el siglo XIX para aburguesarse. La posguerra, retomando la misma combinación, ha reemplazado la creación de empresas por la escuela y ha orientado el ahorro hacia la financiación de los hijos escolarizados que ya no pueden por ello aportar un salario al hogar familiar.

32 { demás, siguen siendo útiles—, sino comprender el debilitamiento de la crítica a lo largo de los últimos quince años, así como su corolario, es decir, el fatalismo dominante en la actualidad, tanto si los recientes cambios son presentados como mutaciones inevitables y a la larga beneficiosas, como si lo son en tanto que resultado de constricciones sistémicas que generan efectos cada vez más desastrosos y sin que pueda predecirse un cambio de tendencia.

Habida cuenta de que las instancias políticas, tanto de izquierdas como de derechas, así como los sindicatos y los intelectuales, una de cuyas vocaciones consiste en incidir en los procesos económicos para crear las condiciones de una vida buena para el ser humano, no han finalizado el trabajo de análisis consistente en comprender por qué no lograron impedir el despliegue de un capitalismo tan costoso en términos humanos, habiendo incluso, en múltiples ocasiones, favorecido —voluntaria o involuntariamente— este movimiento, no han tenido más alternativa que elegir entre dos soluciones a nuestro juicio insatisfactorias: por un lado, la utopía de un retorno a un pasado idealizado (con sus nacionalizaciones, su economía poco internacionalizada, su proyecto de solidaridad social, su planificación estatal y sus sindicatos hablando alto y fuerte); por otro, el acompañamiento, a menudo entusiasta, de las transformaciones tecnológicas, económicas y sociales (que permiten la apertura de Francia al mundo, que llevan a cabo una sociedad más liberal y más tolerante, que multiplican las posibilidades de desarrollo personal y que hacen retroceder sin descanso los límites de la condición humana). Ninguna de estas dos posiciones permite resistir verdaderamente a los daños ocasionados por las nuevas formas adoptadas por las actividades económicas. La primera, porque no es capaz de ver lo que hace seductor al neocapitalismo para un gran número de personas y porque subestima la ruptura operada, y la segunda porque minimiza sus efectos destructivos. Aunque polemiquen entre sí, ambas tienen como efecto común la difusión de un sentimiento de impotencia a la vez que, imponiendo una problemática dominante (crítica del neoliberalismo versus balance plenamente positivo de la globalización), cierran el campo de lo posible.

33 { Nuestra ambición ha sido la de reforzar la resistencia al fatalismo, sin fomentar por ello un repliegue a un pasado nostálgico, y suscitar en el lector un cambio de disposición, ayudándole a considerar de otra forma, con otro encuadre, los problemas de nuestro tiempo, es decir, como procesos sobre los cuales es posible intervenir. Nos ha parecido útil, a este objeto, abrir la caja negra de los últimos treinta años para observar la manera en la que los seres humanos hacen su historia. En efecto, la historia se encuentra ligada a la crítica en la medida en que constituye el instrumento por excelencia para la desnaturalización de lo social, al volver sobre el momento en el que las cosas se deciden— mostrando de este modo que éstas podrían haber tomado un rumbo diferente.

Hemos tratado, por un lado, de describir una coyuntura única en la cual el capitalismo ha podido liberarse de un cierto número de obstáculos ligados a su modo de acumulación anterior y a las demandas de justicia que había suscitado; por otro lado, hemos tratado de establecer, apoyándonos en este periodo histórico, un modelo del cambio de los valores de los que depende a la vez el éxito y el carácter tolerable del capitalismo que pretende tener una validez más general.

Hemos de este modo reconsiderado la evolución supuestamente ineluctable de los treinta últimos años, poniendo en evidencia los problemas que han debido afrontar los hombres de empresa, en particular los debidos a la elevación, sin precedentes desde la posguerra, del nivel de la crítica, sus titubeos a la hora de afrontar o escapar a estas dificultades, el papel de las propuestas y de los análisis provenientes de la crítica en las soluciones que éstos han elegido o han podido poner en marcha. A lo largo de este trabajo, han aparecido también las ocasiones perdidas por aquellos actores sociales que tendrían que haber estado especialmente atentos a los riesgos inducidos por estas transformaciones para oponer su resistencia a ciertos microcambios preñados de consecuencias, respecto a los cuales no percibieron ante todo la operación de «recuperación-introducción» de algunas de sus propuestas que estaba efectuando el capitalismo, lo cual debería de haberlos llevado a redoblar su trabajo de análisis y asumir otras posturas.

En este sentido, nuestra intención no era solamente sociológica, orientada hacia el conocimiento, sino que también estaba concebida para propiciar el relanzamiento de la acción política, entendida como la elaboración y puesta en marcha de una voluntad colectiva que se replantea la manera de vivir. Si toda acción no es, evidentemente, posible en cualquier momento, nada será sin embargo posible mientras sean olvidadas la especificidad y la legitimidad del ámbito propio de la acción (Arendt, 1983) —entendida como elección orientada por valores en coyunturas únicas y, por lo tanto, inciertas, en las cuales las consecuencias son parcialmente imprevisibles—, en favor de un repliegue, satisfecho o aterrorizado, optimista o catastrofista, hacia la acogedora matriz de todos los determinismos, ya se pretendan sociales, económicos o biológicos. Es también por esta razón por la cual no hemos tratado de disimular bajo un cientificismo de fachada nuestras opciones y nuestros rechazos, ni de separar por una frontera (antiguamente llamada «epistemológica») infranqueable los «juicios de hecho» y los «juicios de valor», porque, como enseñaba Max Weber, sin el recurso a un «punto de vista» que implica valores, ¿cómo sería posible simplemente seleccionar, en el enredado flujo de cuanto acontece, aquello que merece ser destacado, analizado y descrito?

- ① Uno me en el interés de la crítica
 ② Una disciplina que renega global?
de la mano de la crítica.

Introducción general: Del espíritu del capitalismo y del papel de la crítica

Este libro tiene por objeto los cambios ideológicos que han acompañado a las recientes transformaciones del capitalismo. Propone una interpretación del movimiento que va de los años que siguieron a los acontecimientos de mayo de 1968, durante los cuales la crítica del capitalismo se expresó con fuerza, pasando por la década de 1980, donde, con el silencio de la crítica, las formas de organización sobre las que reposaba el funcionamiento del capitalismo se modificaron profundamente, hasta la vacilante búsqueda de nuevas bases críticas en la segunda mitad de la década de 1990. No se trata de un libro meramente descriptivo, sino que pretende también, mediante este ejemplo histórico, proponer un marco teórico más amplio para la comprensión del modo en que se modifican las ideologías asociadas a las actividades económicas, siempre y cuando no demos al término ideología el sentido reductor -al que lo ha reducido frecuentemente la vulgata marxista- de un discurso moralizador que trataría de ocultar intereses materiales que quedarían, no obstante, continuamente puestos en evidencia por las prácticas. Preferimos acercarnos al sentido de ideología desarrollado, por ejemplo, en la obra de Louis Dumont, para quien la ideología constituye un conjunto de creencias compartidas, inscritas en instituciones, comprometidas en acciones y, de esta forma, ancladas en lo real.

Tal vez se nos reprochará el haber abordado un cambio global a partir de un ejemplo local: el de Francia en los últimos treinta años. No creemos, ciertamente, que el caso de Francia pueda, por sí solo, resumir todas las transformaciones del capitalismo. Sin embargo, no satisfechos con las aproximaciones y descripciones esbozadas a grandes rasgos que suelen acompañar, generalmente, a los discursos sobre la globalización, deseábamos elaborar un modelo del cambio que fuese presentado aquí a partir de un conjunto de análisis de orden prag-

mático, es decir, capaces de tomar en consideración las distintas maneras en las que las personas se comprometen en la acción, sus justificaciones y el sentido que dan a sus actos. Ahora bien, semejante empresa es, por cuestiones de tiempo y sobre todo de medios, prácticamente irrealizable a escala mundial o inclusive a escala de un continente, habida cuenta del peso que las tradiciones y las coyunturas políticas nacionales continúan teniendo sobre la orientación de las prácticas económicas y de las formas de expresión ideológica que las acompañan. Ésta es sin lugar a dudas la razón por la cual los enfoques globales terminan a menudo dando una importancia preponderante a factores explicativos —con frecuencia de orden tecnológico, macroeconómico o demográfico— que son considerados como fuerzas ajenas a los seres humanos y a las naciones, que se verían de esta forma obligadas a padecerlos del mismo modo que se soporta una tormenta. Para este neodarwinismo histórico, las «mutaciones» se nos impondrían como se imponen a las especies: depende de nosotros adaptarnos o morir. Sin embargo, los seres humanos no sólo padecen la historia, también la hacen y nosotros queríamos verlos manos a la obra.

No pretendemos afirmar que lo que ha pasado en Francia sea un ejemplo para el resto del mundo ni que los modelos que hemos elaborado a partir de la situación francesa tengan, tal cual, una validez universal. Tenemos, sin embargo, buenas razones para pensar que procesos bastante similares al francés han marcado la evolución de las ideologías que han acompañado a la reorganización del capitalismo en otros países desarrollados, según modalidades sujetas, en cada caso, a las especificidades de la historia política y social que sólo análisis regionales detallados permitirán iluminar con la precisión suficiente.

Hemos tratado de aclarar *las relaciones que se establecen entre el capitalismo y sus críticas*, de forma que podamos interpretar algunos de los fenómenos que han afectado a la esfera ideológica a lo largo de los últimos decenios: el debilitamiento de la crítica mientras que el capitalismo conocía una fuerte reestructuración cuya incidencia social no podía pasar desapercibida; el nuevo entusiasmo por la empresa orquestado por los gobiernos socialistas a lo largo de la década de 1980 y la recaída depresiva de la década de 1990; las dificultades encontradas en la actualidad por las iniciativas que tratan de reconstruir la crítica sobre nuevas bases y su escasa, por ahora, capacidad movilizadora aun cuando no faltan motivos para la indignación; la profunda transformación del discurso de gestión empresarial y de las justificaciones de la evolución del capitalismo desde mediados de la década de 1970; el surgimiento de nuevas representaciones de la sociedad, de formas inéditas de poner a prueba a las personas y a las cosas y, en consecuencia, de nuevas formas de triunfar o fracasar.

Para realizar este trabajo, la noción de *espíritu del capitalismo* se nos ha impuesto rápidamente. Esta noción nos permite articular, como veremos, los dos

conceptos centrales sobre los que reposan nuestros análisis —el de *capitalismo* y el de *crítica*— en una relación dinámica. Presentamos a continuación los diferentes conceptos en los que se basa nuestra construcción, así como los resortes del modelo que hemos elaborado para dar cuenta de las transformaciones ideológicas relacionadas con el capitalismo a lo largo de los treinta últimos años, que parecen, no obstante, tener un alcance mayor que el simple estudio de la reciente situación francesa.

1. EL ESPÍRITU DEL CAPITALISMO

Una definición mínima del capitalismo

De las diferentes caracterizaciones del capitalismo (hoy por hoy quizá más bien capitalismos) realizadas desde hace un siglo y medio retendremos una fórmula mínima que hace hincapié en la exigencia de acumulación ilimitada de capital mediante medios formalmente pacíficos. La perpetua puesta en circulación del capital dentro del circuito económico con el objetivo de extraer beneficios, es decir, de incrementar el capital que será a su vez reinvertido de nuevo, sería lo que caracterizaría primordialmente al capitalismo y lo que le conferiría esa dinámica y esa fuerza de transformación que han fascinado a sus observadores, incluso a los más hostiles.

La acumulación de capital no consiste en un acaparamiento de riquezas, es decir, de objetos deseados por su valor de uso, su función ostentatoria o como signos de poder. Las formas concretas de la riqueza (inmobiliaria, bienes de equipo, mercancías, moneda, etc.) no tienen interés en sí y pueden suponer incluso, debido a su falta de liquidez, un obstáculo para el único objetivo realmente importante: la transformación permanente del capital, de los bienes de equipo y de las distintas adquisiciones (materias primas, componentes, servicios...) en producción, de la producción en dinero y del dinero en nuevas inversiones (Heilbroner, 1986).

Este desapego que muestra el capital por las formas materiales de la riqueza le confiere un carácter verdaderamente abstracto que contribuye a perpetuar la acumulación. En la medida en que el enriquecimiento es evaluado en términos contables y el beneficio acumulado en un periodo se calcula como la diferencia entre los balances de dos épocas diferentes¹, no existe límite alguno, no hay

¹ El balance es el instrumento contable que contabiliza, en un momento dado, todas las riquezas invertidas en un negocio. La importancia fundamental de los instrumentos contables para el funcionamiento del capitalismo es un rasgo por lo general muy subrayado por los analistas, hasta el punto de que algunos han hecho de su sofisticación uno de los orígenes del capitalismo. Cfr., por ejemplo, Weber (1964, p. 12) o Weber (1991, pp. 295-296).

saciedad posible², justo lo contrario de lo que ocurre cuando la riqueza se orienta a cubrir las necesidades de consumo, incluidas las de lujo.

Existe sin duda otra razón que explicaría el carácter insaciable del proceso capitalista, que ha sido señalada por Heilbroner (1986, pp. 47 y ss.). El capital, al ser constantemente reinvertido y al no poder seguir creciendo sino siendo puesto en circulación, hace que la capacidad del capitalista para recuperar su dinero invertido incrementado con algún beneficio se encuentre perpetuamente amenazada, en particular debido a las acciones de otros capitalistas con quienes se disputa el poder de compra de los consumidores. Esta dinámica genera una inquietud permanente y ofrece al capitalista un motivo de autopreservación muy poderoso para continuar sin descanso el proceso de acumulación.

Sin embargo, la rivalidad existente entre operadores que tratan de obtener beneficios no genera automáticamente un mercado en el sentido clásico, es decir, un mercado en el que el conflicto entre una multiplicidad de agentes que toman decisiones descentralizadas se ve resuelto gracias a la transacción que hace surgir un precio de equilibrio. El capitalismo, en la definición mínima que manejamos, debe ser distinguido de la autorregulación del mercado que descansa sobre convenciones e instituciones –sobre todo jurídicas y estatales– que están encaminadas a garantizar la igualdad de fuerzas entre los operadores (competencia pura y perfecta), la transparencia, la simetría de la información, un banco central que garantice un tipo de cambio inalterable para la moneda de crédito, etc. El capitalismo se apoya en transacciones y contratos, pero estos contratos pueden no amparar más que simples arreglos en beneficio de las partes o no comportar más que cláusulas *ad hoc*, sin publicitarlos ni someterlos a la competencia.

Siguiendo a Fernand Braudel, distinguiremos, por lo tanto, el capitalismo de la economía de mercado. Por un lado, la economía de mercado se ha constituido «paso a paso» y es anterior a la aparición de la norma de acumulación ilimitada del capitalismo (Braudel, 1979, *Les jeux de l'échange*, p. 263). Por otro lado, la acumulación capitalista sólo se pliega a la regulación del mercado cuando se le cierran los caminos más directos para la obtención de beneficios, de tal forma que el reconocimiento de las cualidades beneficiosas del mercado y la aceptación de

las reglas y las obligaciones de las que depende su funcionamiento «armonioso» (libre intercambio, prohibición de las alianzas y de los monopolios, etc.) pueden ser considerados como una forma de autolimitación del capitalismo³.

El capitalista, en el marco de la definición mínima de capitalismo que estamos utilizando, es en teoría cualquier persona que posea un excedente y lo invierta para extraer un beneficio que supondrá un incremento del excedente inicial. El arquetipo sería el accionista que invierte su dinero en una empresa y espera por ello una remuneración, aunque la inversión no tiene por qué cobrar necesariamente esta forma jurídica: piénsese, por ejemplo, en la inversión dentro del sector inmobiliario de alquiler o en la compra de bonos del Tesoro. El pequeño inversor, el ahorrador que no quiere que «su dinero duerma» sino que «se multiplique» –como se dice popularmente–, forma parte, por lo tanto, del grupo de los capitalistas con tanto derecho como los grandes propietarios que solemos imaginar más fácilmente bajo esta denominación. En su definición más amplia, el grupo de los capitalistas engloba al conjunto de poseedores de un patrimonio⁴, grupo éste que no constituye, sin embargo, más que una minoría desde el momento en que tomamos en consideración la superación de un cierto umbral de ahorro: aunque sea difícil de estimar teniendo en cuenta las estadísticas existentes, podemos pensar que no representa más que alrededor del

³ Los ejemplos de las formas con las que los actores del capitalismo transgreden las reglas del mercado para obtener beneficios, que no cabe comparar con los de las actividades de intercambio ordinarias, abundan en Braudel (1979, *Les jeux de l'échange*), para quien «los grandes juegos capitalistas se sitúan en lo no habitual, en lo fuera de serie o en la conexión lejana, a meses o incluso a años de distancia» (p. 544): utilización de protecciones para «introducirse por la fuerza en un circuito reticente» o «alejar rivales» (p. 452); «privilegios de información» y circuitos de información confidenciales, «complicidad del Estado», que permite «invertir constantemente y de la forma más natural del mundo [...] las reglas de la economía de mercado» (p. 473), etc. Del mismo modo, la gran burguesía del siglo XIX, pese a su adhesión formal al «credo liberal», como dice Polanyi (1983), sólo apoyaba verdaderamente el *laissez faire* [dejar hacer] en el caso del mercado de trabajo. Por lo demás, en la lucha que los enfrentaba, los capitalistas utilizaban todos los medios a su disposición y, en particular, el control político del Estado, para limitar la competencia, para obstaculizar el libre comercio cuando les es desfavorable, para ocupar y conservar posiciones de monopolio y para favorecer desequilibrios geográficos y políticos con el fin de absorber hacia el centro el máximo de beneficios (Rosenvallon, 1979, pp. 208-212; Wallerstein, 1985).

⁴ Esta noción [*patrimoine de rapport*] engloba, según la definición del INSEE, «al conjunto de las inversiones físicas y financieras que realizan los particulares cuando ponen a disposición de otros inmuebles, dinero o tierras en contrapartida de un pago monetario», excluyendo el patrimonio para el disfrute (residencia principal, dinero líquido, cheques) y el patrimonio profesional de los independientes (agricultores, profesiones liberales, artesanos, comerciantes).

² En efecto, como señala Georg Simmel, únicamente el dinero no decepciona nunca, siempre y cuando no sea destinado al gasto, sino a la acumulación como un fin en sí mismo. «Como cosa desprovista de cualidades, [el dinero] no puede ni siquiera aportar aquello que contiene el más pobre de los objetos –con qué sorprender o con qué decepcionar–» (citado por Hirschman, 1980, p. 54). Si la saciedad acompaña a la realización del deseo en el conocimiento íntimo de la cosa deseada, este efecto psicológico no puede ser provocado por una cifra contable permanentemente abstracta.

20 por 100 de los hogares en Francia, que es, sin embargo, uno de los países más ricos del mundo⁵. A escala mundial, el porcentaje es, como podemos imaginar, mucho más débil.

En este ensayo reservamos, sin embargo, la denominación de «capitalistas» para los principales actores responsables de la acumulación y crecimiento del capital que presionan directamente a las empresas para que obtengan el máximo de beneficios. Son, por supuesto, un número mucho más reducido. Reagrupan no solamente a los grandes accionistas, personas particulares que por su propio peso son susceptibles de influir en la marcha de los negocios, sino también a las personas morales (representadas por algunos individuos influyentes, ante todo, los directores de empresa) que detentan o controlan mediante su acción la mayor parte del capital mundial (*holdings* y multinacionales —incluidas las bancarias— a través de filiales y participaciones, o fondos de inversión, fondos de pensiones). Las figuras de los grandes patrones, de los directores asalariados de las grandes empresas, de los gestores de fondos o de los grandes inversores en acciones detentan una influencia evidente sobre el proceso capitalista, sobre las prácticas de las empresas y las tasas de beneficios extraídas, a diferencia de lo que ocurre con los pequeños inversores evocados más arriba. A pesar de que constituya una población atravesada a su vez por grandes desigualdades patrimoniales —partiendo siempre, no obstante, de una situación favorable en general—, este grupo merece recibir el nombre de capitalistas en la medida en que asume como propia la exigencia de maximización de los beneficios, que a su vez es trasladada a las personas, físicas o morales, sobre las que ejercen un poder de control. Dejando por ahora de lado la cuestión de las limitaciones sistémicas que pesan sobre el capitalista y, en particular, la cuestión de saber si los directores de empresa no pueden hacer otra cosa más que adaptarse a las reglas del capitalismo, nos limitaremos a retener que se adaptan a estas reglas y que sus acciones

⁵ En enero de 1996, el 80 por 100 de los hogares disponían de una libreta de ahorro (libreta A o azul, libreta B o bancaria, Codevi, libreta de ahorro popular), pero las cantidades en ellas depositadas alcanzan pronto su techo y son destinadas prioritariamente al ahorro popular; el 38 por 100 poseía un plan o una cuenta de ahorro vivienda (la mayoría con vistas a adquirir la residencia principal). Por el contrario, las inversiones capitalistas típicas no afectan más que en torno a un 20 por 100 de los hogares: el 22 por 100 poseía valores mobiliarios (obligaciones, préstamos del Estado, SICAV [Sociedad de Inversión en Capital Variable] o FCP [Fondos Comunes de Inversión] o acciones fuera del SICAV) y el 19 por 100 un bien inmobiliario diferente de la residencia principal (INSEE *Première*, núm. 454, mayo de 1996). Dicho esto, los hogares que pueden extraer de su patrimonio una renta igual a la renta media de los franceses, lo que los asimilaría a los rentistas acomodados, representan menos del 5 por 100 del conjunto de los hogares, estando sin duda más cerca del 1 por 100 que del 5 por 100 (Bihl, Pfefferkorn, 1995).

están guiadas en gran medida por la búsqueda de beneficios sustanciales para su propio capital y/o para el que les han confiado⁶.

Otro rasgo por el que caracterizamos al capitalismo es el régimen salarial. Tanto Marx como Weber sitúan esta forma de organización del trabajo en el centro de su definición de capitalismo. Nosotros consideraremos el régimen salarial con independencia de las formas jurídicas contractuales de las que pueda revestirse: lo importante es que existe una parte de la población que no detenta nada o muy poco capital y en cuyo beneficio no está orientado naturalmente el sistema, que obtiene ingresos por la venta de su fuerza de trabajo (y no por la venta de los productos resultantes de su trabajo), que además no dispone de medios de producción y que depende para trabajar, por lo tanto, de las decisiones de quienes los detentan (pues en virtud del derecho de propiedad, estos últimos pueden negarles el uso de dichos medios) y, finalmente, que abandona, en el marco de la relación salarial y a cambio de su remuneración, todo derecho de propiedad sobre el resultado de su esfuerzo, que va a parar íntegramente a manos de los detentores del capital⁷. Un segundo rasgo importante del régimen salarial es que el trabajador asalariado es teóricamente libre de mostrar su rechazo a trabajar en las condiciones propuestas por el capitalista, al igual que éste es también libre de no proporcionar empleos en las condiciones demandadas por el trabajador. Sin embargo, la relación es desigual en la medida que el trabajador no puede sobrevivir mucho tiempo sin trabajar. No obstante, la situación es bastante diferente de la del trabajo forzado o la esclavitud y presupone siempre por este motivo una cierta dosis de sumisión voluntaria.

El régimen salarial, a escala de Francia, así como a escala mundial, no ha dejado de desarrollarse a lo largo de toda la historia del capitalismo, hasta el punto de que en la actualidad afecta a un porcentaje de la población activa a la que nunca antes había alcanzado⁸. Por un lado, reemplaza poco a poco al trabajo

⁶ Desde los trabajos de Berle y Means (1932) sabemos que, aunque el comportamiento de los directores no consiste necesariamente en maximizar los intereses de los accionistas, si tratan de proporcionar a éstos, al menos, una remuneración satisfactoria a falta de una remuneración máxima.

⁷ Este último aspecto es, según Heilbroner (1986, pp. 35-45), el menos visible de la explotación capitalista, ya que todo el margen restante obtenido del producto, sea cual sea su montante, vuelve a manos del capitalista en virtud de las reglas de propiedad correspondientes al contrato de trabajo.

⁸ Según las cifras citadas por Vindt (1996), el trabajo asalariado representaría en Francia el 30 por 100 de la población activa en 1881, el 40 por 100 en 1906, el 50 por 100 en 1931 y más del 80 por 100 hoy. El INSEE (1998 b) estima que en 1993 había un 76,9 por 100 de asalariados en la población activa, a los cuales habría aún que añadir un 11,6 por 100 de parados (tabla C.01-1).

autónomo, a la cabeza del cual encontrábamos históricamente a la agricultura⁹; por otro lado, la población activa ha aumentado considerablemente como consecuencia de la salarización de las mujeres, que realizan, de forma cada vez más numerosa, un trabajo fuera del hogar¹⁰.

La necesidad de un espíritu para el capitalismo

El capitalismo es, en muchos aspectos, un sistema absurdo: los asalariados pierden en él la propiedad sobre el resultado de su trabajo y la posibilidad de llevar a cabo una vida activa más allá de la subordinación. En cuanto a los capitalistas, se encuentran encadenados a un proceso sin fin e insaciable, totalmente abstracto y disociado de la satisfacción de necesidades de consumo, aunque sean de lujo. Para estos dos tipos de protagonistas, la adhesión al proceso capitalista requiere justificaciones.

Ahora bien, la acumulación capitalista, aunque en grados desiguales en función de los caminos seguidos para la obtención de beneficios (por ejemplo, dependiendo de si se trata de extraer beneficios industriales, comerciales o financieros), exige la movilización de un gran número de personas para las cuales las posibili-

⁹ Thévenot (1977) ha realizado, en lo que respecta a la década de 1970, un análisis muy detallado del movimiento de salarización según categorías socioprofesionales. En 1975 los asalariados representaban el 82,7 por 100 del empleo total frente al 76,5 por 100 de 1968. La única categoría de no asalariados que creció fue la de las profesiones liberales —aunque ésta creciese lentamente debido a las barreras de entrada a estas profesiones—, todas las demás categorías (patrones de industria y de comercio, artesanos y pequeños comerciantes, es decir, aquellos que emplean menos de tres empleados; agricultores; asistencia familiar...) retrocedieron. El trabajo asalariado progresa igualmente entre las profesiones tradicionalmente liberales, como los médicos, entre quienes en 1975 son casi tan numerosos aquellos que poseen el estatuto de asalariado (sobre todo en los hospitales) como los que ejercen libremente su profesión, mientras que los médicos asalariados constituían apenas poco más de la mitad de estos últimos siete años antes. El movimiento de salarización está ligado en parte a la aparición de grandes empresas en sectores tradicionales como el comercio, que supone una destrucción de los autónomos pequeños. La importante reducción del número de asalariados en la agricultura y en los empleos del hogar confirma que la mayor parte del crecimiento del trabajo asalariado se encuentra vinculado al crecimiento de las actividades de una patronal cada vez más «anónima» y menos «personal», es decir, a las sociedades de la industria y de los servicios, así como al desarrollo del servicio público (en particular la enseñanza).

¹⁰ Las mujeres representan hoy el 45 por 100 de la población activa frente al 35 por 100 en 1968. Su tasa de actividad (porcentaje de las mujeres mayores de quince años que pertenecen a la población activa) ha crecido de forma continua desde hace treinta años (Jeger-Madiot, 1996, p. 122).

dades de obtenerlos son escasas (sobre todo cuando su capital de partida es mediocre o inexistente) y a cada una de las cuales no le es atribuida más que una responsabilidad ínfima —que en cualquier caso es difícil de evaluar— en el proceso global de acumulación, de manera que están poco motivadas a comprometerse con las prácticas capitalistas, cuando no se muestran directamente hostiles a ellas.

Algunos podrán evocar una motivación de tipo material en la participación, algo que resulta más evidente para el trabajador asalariado, que necesita de su salario para vivir, que para el gran propietario cuya actividad, superado cierto nivel, no se encuentra ya ligada a la satisfacción de necesidades personales. Sin embargo, este motor resulta, por sí sólo, bastante poco estimulante. Los psicólogos del trabajo han puesto de manifiesto con regularidad lo insuficiente que resulta la remuneración para suscitar el compromiso y avivar el entusiasmo por la tarea asignada. El salario constituiría, a lo sumo, una razón para permanecer en un empleo, no para implicarse en él.

Del mismo modo, para vencer la hostilidad o la indiferencia de estos actores, la coacción no es suficiente, sobre todo cuando el compromiso exigido de ellos supone una adhesión activa, iniciativas y sacrificios libremente consentidos, tal y como se exige, cada vez más a menudo, no sólo a los cuadros, sino al conjunto de los asalariados. La hipótesis de un «compromiso por la fuerza» establecido bajo la amenaza del hambre y del paro no nos parece muy realista, porque si bien es probable que las fábricas «esclavistas» que aún existen en el mundo no desaparezcan a corto plazo, parece difícil contar únicamente con el recurso a esta forma de movilización de la fuerza de trabajo, aunque sólo sea porque la mayor parte de las nuevas modalidades de obtener beneficios y las nuevas profesiones, inventadas a lo largo de los últimos treinta años y que generan hoy una parte importante de los beneficios mundiales, han hecho énfasis en lo que la gestión de recursos humanos denomina «la implicación del personal».

La calidad del compromiso que puede esperarse depende más bien de los argumentos que puedan ser invocados para justificar no sólo los beneficios que la participación en los procesos capitalistas puede aportar a título individual, sino también las ventajas colectivas, definidas en términos de bien común, que contribuye a producir para todos. Llamamos espíritu del capitalismo a la ideología que justifica el compromiso con el capitalismo.

Este compromiso con el capitalismo conoce en la actualidad una importante crisis de la que dan fe el desconcierto y el escepticismo social crecientes, hasta el punto de que la salvaguarda del proceso de acumulación, que se encuentra hoy por hoy amenazada por una reducción de sus justificaciones a una argumentación mínima en términos de necesaria sumisión a las leyes de la economía, precisa de la formación de un nuevo conjunto ideológico más movilizador. Así ocurre al menos en los países desarrollados que permanecen en el centro del

13 proceso de acumulación y que pretenden continuar siendo los principales suministradores de un personal cualificado cuya implicación positiva en el trabajo es fundamental. El capitalismo debe ser capaz de proporcionar a estas personas la garantía de una mínima seguridad en zonas salvaguardadas —donde poder vivir, formar una familia, educar a los niños, etc.— como son los barrios residenciales de las ciudades de negocios del hemisferio norte, escaparates de los éxitos del capitalismo para los nuevos admitidos de las regiones periféricas y elemento crucial para la movilización ideológica mundial de todas las fuerzas productivas.

2 Para Max Weber, el «espíritu del capitalismo»¹¹ hace referencia al conjunto de elementos éticos que, si bien ajenos en su finalidad a la lógica capitalista, inspiran a los empresarios en sus acciones a favor de la acumulación de capital. Teniendo en cuenta el carácter especial, incluso transgresor, de los modos de comportamiento exigidos por el capitalismo con respecto a las formas de vida observadas en la mayor parte de las sociedades humanas¹², podemos comprender que Weber se viese obligado a postular que el surgimiento del capitalismo supuso la instauración de una nueva relación moral de los seres humanos con su trabajo, determinada en forma de vocación, de tal forma que, con independencia de su interés y de sus cualidades intrínsecas, cada cual pueda consagrarse a él con convicción y regularidad. Según Max Weber, será con la Reforma cuando se impondrá la creencia en que el deber se cumple primero mediante el ejercicio de una profesión en el mundo, en las actividades temporales, en contraposición al énfasis puesto en la vida religiosa fuera del mundo terrenal que privilegiaba el *ethos* católico. Será esta nueva concepción la que permitirá esquivar, en los albores del capitalismo, la cuestión de la finalidad del esfuerzo en el trabajo (el enriquecimiento sin fin), superando de este modo el problema del compromiso que planteaban las nuevas prácticas económicas. La concepción del trabajo como *Beruf* —vocación religiosa que exige ser cumplida— ofrecía un punto de apoyo normativo a los comerciantes y empresarios del capitalismo naciente y les

¹¹ Parece ser que la expresión de «espíritu del capitalismo» fue utilizada por primera vez por W. Sombart en la primera edición de su *Capitalisme moderne*. Sin embargo, en la obra de Sombart, el término —que sería el resultado de la conjunción del «espíritu fáustico» y del «espíritu burgués»— tomó un sentido muy diferente al que le otorgará Weber. El espíritu del capitalismo se encuentra en Sombart más centrado en el carácter demiúrgico del hombre de negocios, mientras que Weber insiste más en la ética del trabajo (Bruhns, 1997, p. 105).

¹² «Hace apenas una generación habría sido inútil esperar que un campesino de Silésia, cuya tarea contractualmente establecida hubiese consistido en segar una superficie determinada, aumentase su fuerza de trabajo doblándole su salario: habría simplemente reducido a la mitad su prestación laboral, estimando que esta mitad le bastaba para ganar el doble de lo que ganaba precedentemente» (Weber, 1991, p. 372). Véase también Polanyi (1983) a propósito de la transformación de la tierra y del trabajo en mercancías.

facilitaba buenas razones —una «motivación psicológica», en palabras de M. Weber (1964, p. 108)— para consagrarse, sin descanso y conscientemente, a su tarea; para emprender la racionalización implacable de sus negocios, indisociablemente ligada a la búsqueda del máximo beneficio; o para la búsqueda de ganancias, signo del éxito en el cumplimiento de la vocación¹³. La idea de trabajo como *Beruf* servía también en la medida en que los obreros que la compartían se mostraban dóciles y firmes en su tarea, al mismo tiempo que —convencidos de que el hombre debe cumplir su deber allí donde la providencia le ha situado— no trataban de poner en cuestión la situación que les era dada.

Dejaremos de lado la importante controversia posweberiana —referida básicamente a la cuestión de la influencia efectiva del protestantismo en el desarrollo del capitalismo y, más en general, de la influencia de las creencias religiosas sobre las prácticas económicas— para, dentro de un enfoque weberiano, retener sobre todo que las personas necesitan poderosas razones morales para adherirse al capitalismo¹⁴.

¹³ «El ascetismo veía el *summum* de lo reprobable en la búsqueda de la riqueza como fin en sí mismo y, al mismo tiempo, tenía por un signo de la bendición divina la riqueza como *fructus* del trabajo profesional. Más importante aún, la percepción religiosa del trabajo sin descanso, continuo, sistemático, en una profesión secular, entendido como el medio ascético más elevado y, a la vez, como la prueba más segura y más evidente de la regeneración y de la auténtica fe, ha podido constituir el más potente trampolín para la expansión de esta concepción de la vida que hemos llamado hasta ahora espíritu del capitalismo» (Weber, 1964, p. 211).

¹⁴ Podemos encontrar los principales elementos y la presentación de estas polémicas en Besnard (1970), MacKinnon (1993), Disselkamp (1994), en la introducción, realizada por J.-C. Passeron, y en la presentación, realizada por J.-P. Grossein, de un volumen que reúne los trabajos de M. Weber consagrados a la sociología de las religiones (Weber, 1996), y en la obra colectiva del Grupo de Investigación sobre la Cultura de Weimar publicada bajo la dirección de G. Raullet (1997) que proporciona también numerosa información sobre el clima intelectual que rodeó a la redacción de *La ética protestante*. Esta controversia, sin duda una de las más prolíficas de toda la historia de las ciencias sociales, no está aún cerrada: se ha centrado por el momento sobre todo en la validez del vínculo entre motivos de inspiración religiosa y prácticas económicas. A los argumentos críticos que ponen en cuestión la correlación entre protestantismo y capitalismo avanzado (como hacen, por ejemplo, K. Samuelson o J. Schumpeter), postulando que el capitalismo se ha desarrollado antes de la aparición del protestantismo o en regiones de Europa en las que la influencia de la Reforma fue débil y, por consiguiente, bajo el efecto de una constelación de fenómenos sin relación con la religión (sin hablar de la crítica marxista que hace del capitalismo la causa de la aparición del protestantismo), se han opuesto argumentaciones de defensa que hacen hincapié en la distinción entre *causas* y *afinidades* (Weber no habría tratado de proporcionar una explicación causal, sino simplemente mostrar las afinidades entre la Reforma y el capitalismo, como es el caso, por ejemplo, de R. Bendix o R. Aron), así como sobre la diferencia entre el *capitalismo* y el *espíritu del capitalismo* (Weber no habría tomado como objeto de estudio las causas del capitalismo, sino los cambios morales y cognitivos que han favorecido la aparición de una mentalidad provechosa para el capitalismo, como dice, por ejemplo, G. Marshall).

Albert Hirschman (1980) reformula la pregunta weberiana («¿cómo una actividad, a lo sumo tolerada por la moral, ha podido transformarse en vocación en el sentido de Benjamin Franklin?») de la siguiente manera: «¿Cómo es posible que se llegase a considerar como honorables, en semejante momento de la época moderna, actividades lucrativas como el comercio y la banca que, durante siglos, fueron reprobadas y consideradas deshonrosas por ver en ellas la encarnación de la codicia, el lucro y de la avaricia?» (p. 13). Sin embargo, en lugar de recurrir a *móviles de tipo psicológico* y a una supuesta búsqueda, por parte de las nuevas elites, de medios con los que garantizar su *bienestar personal*, A. Hirschman evoca motivos que habrían alcanzado, en primer lugar, la esfera política antes de afectar a la economía: las actividades lucrativas fueron revalorizadas en el siglo XVIII por las elites debido a las *ventajas sociopolíticas* que esperaban de ellas. En la interpretación de A. Hirschman, el pensamiento laico de la Ilustración justifica las actividades lucrativas en términos de bien común para la sociedad, mostrando de este modo cómo la emergencia de prácticas en armonía con el desarrollo del capitalismo fueron interpretadas como una relajación de las costumbres y un perfeccionamiento del modo de gobierno. Partiendo de la incapacidad de la moral religiosa para vencer las pasiones humanas, de la impotencia de la razón para gobernar a los seres humanos y de la dificultad de someter a las pasiones simplemente mediante la represión, no quedaba otra solución que utilizar una pasión para contrarrestar a las otras. Así, el lucro, hasta entonces situado a la cabeza en el orden de los desórdenes, obtuvo el privilegio de ser definido como pasión inofensiva en la que descansaba desde ese momento la tarea de someter a las pasiones ofensivas¹⁵.

¹⁵ Esta inversión pudo llevarse a cabo gracias a la transformación de esta pasión en «interés», amalgama de egoísmo y de racionalidad, término dotado de las virtudes de la constancia y la previsibilidad. El comercio fue considerado capaz de provocar un cierto suavizamiento de las costumbres: el comerciante deseaba la paz para la prosperidad de sus negocios y mantenía relaciones beneficiosas, a través de sus transacciones, con clientes a los que le interesaba satisfacer. La pasión por el dinero aparece de este modo menos destructiva que la carrera por la gloria y las hazañas. Era también debido a que, tradicionalmente, sólo la nobleza era juzgada capaz, «por definición, de virtudes heroicas y de pasiones violentas. Un simple plebeyo no podía perseguir más que sus propios intereses y no la gloria. Todo el mundo sabe que cuanto semejante hombre pudiese llevar a cabo sería siempre algo «templado» comparado con las apasionadas diversiones y las terroríficas proezas de la aristocracia» (Hirschman, 1980, p. 61). La idea de una erosión moderna de las pasiones violentas y nobles en beneficio de un interés exclusivo por el dinero está bastante extendida y parece también lo suficientemente consolidada como para inspirar como reacción, desde finales del siglo XVIII, la crítica romántica al orden burgués, que pasó a ser considerado vacío, frío, mezquino, «materialista» y, precisamente, carente de todo carácter pasional, rasgos todos ellos juzgados anteriormente como positivos debido a sus ventajas políticas. En cuanto a las tesis del *doux*

Los trabajos de Weber insisten en la necesidad percibida por el capitalismo de proporcionar justificaciones de tipo individual, mientras que los de Hirschman hacen énfasis en las justificaciones en términos de bien común. Nosotros retomamos estas dos dimensiones, entendiendo el término *justificación* en una acepción que permita compaginar simultáneamente las justificaciones individuales (gracias a las cuales una persona encuentra motivos para adherirse a la empresa capitalista) y las justificaciones generales (según las cuales el compromiso con la empresa capitalista sirve al bien común).

La cuestión de las justificaciones morales del capitalismo no es sólo pertinente desde el punto de vista histórico para aclarar sus orígenes o, en la actualidad, para comprender mejor las modalidades de conversión al capitalismo de los pueblos de la periferia (países en vías de desarrollo y países ex socialistas). Es también de extrema importancia en los países occidentales como Francia, cuya población se encuentra a menudo integrada —hasta un punto jamás alcanzado con anterioridad— en el cosmos capitalista. En efecto, las constricciones sistémicas que pesan sobre los actores no bastan por sí solas para suscitar el compromiso de éstos¹⁶. La constricción en cuestión debe de ser interiorizada y justificada, una función que, por otro lado, la sociología ha adjudicado tradicionalmente a la socialización y a las ideologías. Éstas, participando en la reproducción del orden social, tienen como efecto permitir que las personas no encuentren su

commerce [dulce comercio] desarrolladas en el siglo XVIII, hoy nos parecen absolutamente caducas, pero ya en el transcurso del siglo XIX la miseria de las ciudades obreras y de la colonización mostraba que la pasión burguesa no tenía nada de «atemperada», sino que, por el contrario, producía estragos desconocidos hasta entonces. [La locución *doux commerce* es empleada por Montesquieu en *Del espíritu de las leyes* y tuvo gran éxito en la segunda mitad del siglo XVIII en el debate sobre la ética de la sociedad comercial. Junto al término *espíritu de comercio* (también acuñado por Montesquieu), el término *doux commerce* participó en la construcción de la condición moral del primer capitalismo y de su catálogo de virtudes. El *doux commerce* postulaba que una característica intrínseca y exclusiva de las sociedades de mercado libre era la *douceur*, es decir, la promoción de una economía sin coacciones, opresión ni brutalidades, a la par que un apaciguamiento de las costumbres y la amabilidad como forma generalizada de sociabilidad. El debate sobre el *doux commerce* puede seguirse en el conocido ensayo de A. Hirschman *Las pasiones y los intereses. Argumentos políticos en favor del capitalismo antes de su triunfo*, así como en el reciente libro de Fernando DÍez *Utilidad, deseo y virtud. La formación de la idea moderna de trabajo*.] [N. del T.]

¹⁶ Tomamos aquí nuestras distancias con respecto a la posición weberiana que afirma que «un capitalismo asentado» (Weber, 1964, p. 63) tiene menos necesidades de una justificación moral, posición a la que se suscribe igualmente su contemporáneo Sombart (1928). No obstante, a lo que sí permanecemos fieles es a una sociología comprensiva que haga hincapié en el sentido que reviste la organización social para los actores y, en consecuencia, en la importancia de las justificaciones y producciones ideológicas.

universo cotidiano invivable, lo cual es una de las condiciones para la permanencia de un mundo determinado. Si el capitalismo no sólo ha sobrevivido –contra todos los pronósticos de quienes habían anunciado regularmente su hundimiento–, sino que tampoco ha dejado de extender su imperio, se debe a que ha podido apoyarse en un cierto número de representaciones –susceptibles de guiar la acción– y de justificaciones compartidas, que han hecho de él un orden aceptable e incluso deseable, el único posible o, al menos, el mejor de los órdenes posibles. Estas justificaciones deben apoyarse en argumentos lo suficientemente robustos como para ser aceptados como evidentes por un número lo suficientemente grande de gente, de manera que pueda contenerse o superarse la desesperanza o el nihilismo que el orden capitalista no deja de inspirar igualmente, no sólo entre quienes oprime, sino también, a veces, entre quienes tienen la tarea de mantenerlo y, a través de la educación, transmitir sus valores.

El espíritu del capitalismo es, precisamente, este conjunto de creencias asociadas al orden capitalista que contribuyen a justificar dicho orden y a mantener, legitimándolos, los modos de acción y las disposiciones que son coherentes con él. Estas justificaciones –ya sean generales o prácticas, locales o globales, expresadas en términos de virtud o en términos de justicia– posibilitan el cumplimiento de tareas más o menos penosas y, de forma más general, la adhesión a un estilo de vida favorable al orden capitalista. Podemos hablar, en este caso, de *ideología dominante* con la condición de que renunciemos a ver en ella un simple subterfugio de los dominantes para asegurarse el consentimiento de los dominados y de que reconozcamos que la mayoría de las partes implicadas, tanto los fuertes como los débiles, se apoyan en los mismos esquemas para representarse el funcionamiento, las ventajas y las servidumbres del orden en el cual se encuentran inmersos¹⁷.

¹⁷ La cuestión de saber si las creencias asociadas al espíritu del capitalismo son verdaderas o falsas, de vital importancia en numerosas teorías de las ideologías, sobre todo cuando tratan de un objeto tan conflictivo como es el capitalismo, no es fundamental en nuestra reflexión, pues ésta se limita a describir la formación y la transformación de las justificaciones del capitalismo, no a juzgar su verdad intrínseca. Añadamos, para atemperar este relativismo, que una ideología dominante en una sociedad capitalista permanece enraizada en la realidad de las cosas en la medida en que, por un lado, contribuye a orientar la acción de las personas y así dar forma al mundo en el que actúan y, por otro, se transforma según la experiencia, feliz o desgraciada, que éstas tienen de su acción. Una ideología dominante puede de este modo, como señala Louis Dumont, tanto ser declarada «falsa» –si se tiene en cuenta su carácter incompleto, por encontrarse más ajustada a los intereses de ciertos grupos sociales que a los de otros, o su capacidad para agrupar producciones de orígenes y antigüedad diferentes sin articularlas de forma coherente– como ser declarada «verdadera», en el sentido en que cada uno de los elementos que la componen ha podido ser pertinente (y puede continuar siéndolo) en un tiempo o en un lugar dados, bajo determinadas condiciones. Retomamos

Si, siguiendo la tradición weberiana, colocamos las ideologías sobre las cuales descansa el capitalismo en el centro de nuestros análisis, daremos un uso a la noción de espíritu del capitalismo alejado de sus usos canónicos. En Weber, la noción de espíritu del capitalismo se inserta dentro del análisis de los «tipos de conductas racionales prácticas» y de las «incitaciones prácticas a la acción»¹⁸ que, en tanto que constitutivos de un nuevo *ethos*, han hecho posible la ruptura con las prácticas tradicionales, la generalización de la disposición al cálculo, la supresión de las condenas morales que pesaban sobre la obtención de beneficios y el desarrollo del proceso de acumulación ilimitada. Nosotros no pretendemos explicar la génesis del capitalismo, sino comprender bajo qué condiciones puede seguir atrayendo hoy a los actores necesarios para la obtención de beneficios, razón por la cual nuestra óptica será diferente. Dejaremos de lado las disposiciones frente al mundo necesarias para participar en el capitalismo como cosmos –adecuación medios-fines, racionalidad práctica, aptitud para el cálculo, autonomización de las actividades económicas, relación instrumental con la naturaleza, etc.–, así como las justificaciones del capitalismo de tipo más general producidas principalmente por la ciencia económica y que evocaremos más adelante. Estas justificaciones y disposiciones indican en la actualidad, al menos entre los actores de la empresa en el mundo occidental, competencias comunes que, en armonía con las limitaciones institucionales que se imponen de alguna manera desde el exterior, son constantemente reproducidas a través de los procesos de socialización familiares y escolares. Éstas constituyen el zócalo ideológico a partir del cual se pueden observar las variaciones históricas aun cuando no pueda excluirse que la transformación del espíritu del capitalismo implique a veces la metamorfosis de algunos de sus aspectos más duraderos. *Nuestro propósito es el estudio de las variaciones observadas y no la descripción exhaustiva de todos los componentes del espíritu del capitalismo*. Esto nos llevará a desprender del concepto de espíritu del capitalismo los contenidos sustanciales, en términos de *ethos*, que están ligados a él en la obra de Weber, para abordarlo como una forma que puede ser objeto de un contenido muy diferente según los distintos momentos de la evolución de los modos de organización de las empresas y de los pro-

aquí la solución aportada por Hirschman (1984) cuando, frente a teorías aparentemente irreconciliables, relativas al impacto del capitalismo sobre la sociedad, muestra que se puede hacer que coexistan en la misma representación del mundo siempre y cuando aceptemos la idea de que el capitalismo es un fenómeno contradictorio que tiene la capacidad de autolimitarse y de reforzarse a la vez. Hirschman sugiere que «por incompatibles que sean estas teorías, cada una de ellas bien podría tener “su momento de verdad” o su “país de verdad”. Una y otra podrían ser aplicables en un país o grupo de países dados durante un periodo determinado» (p. 37).

¹⁸ Weber, citado por Bouretz (1996), pp. 205-206.

cesos de extracción del beneficio capitalista. Podemos, de este modo, tratar de integrar dentro de un mismo marco expresiones históricas muy distintas del espíritu del capitalismo y plantearnos la cuestión de su transformación. Haremos hincapié en la forma que debe adoptar una existencia en armonía con las exigencias de la acumulación para que un gran número de actores estimen que vale la pena de ser vivida.

Sin embargo, a lo largo de este recorrido histórico, permaneceremos fieles al método de los tipos ideales weberianos, sistematizando y destacando cuanto nos parezca específico de una época en oposición a aquellas otras que la han precedido, otorgando más importancia a las variaciones que a las constantes, sin ignorar, no obstante, las características más estables del capitalismo.

La persistencia del capitalismo como modo de coordinación de las acciones y como mundo de vida no puede ser comprendida sin tener en cuenta las ideologías que, justificándolo y confirniéndole un sentido, contribuyen a generar la buena voluntad de aquellos sobre los que se levanta y a asegurar su adhesión, incluso cuando, como sucede en el caso de los países desarrollados, el orden en el que éstos son insertados parece descansar, casi en su totalidad, en dispositivos que le son afines.

De qué está hecho el espíritu del capitalismo

2 Cuando se trata de reunir las razones que hablan en favor del capitalismo, de buenas a primeras se presenta un candidato, que no es otro que la ciencia económica. ¿Acaso no es en la ciencia económica y, en particular, en sus corrientes dominantes —clásicas y neoclásicas—, donde los responsables de las instituciones del capitalismo han buscado, desde la primera mitad del siglo XIX hasta nuestros días, todo tipo de justificaciones? La fuerza de los argumentos que encontramos en ella proviene precisamente de que se presentan como argumentos no ideológicos y no dictados por principios morales, por más que incorporen una referencia a resultados finales globalmente conformes a un ideal de justicia, en el caso de los más sólidos de entre ellos, así como a una idea de bienestar, en la mayoría. El desarrollo de la ciencia económica, ya se trate de la economía clásica o del marxismo, ha contribuido, como ha demostrado L. Dumont (1977), al surgimiento de una representación del mundo radicalmente nueva con respecto al pensamiento tradicional, destacando, en particular, «la separación radical de los aspectos económicos del tejido social y su constitución como ámbito autónomo» (p. 15). Esta concepción permitió dar cuerpo a la creencia de que la economía constituye una esfera autónoma, independiente de la ideología y de la moral, que obedece a leyes positivas, dejando de lado el hecho de que semejan-

te convicción es el resultado de un trabajo ideológico que sólo ha podido ser llevado a cabo tras incorporar justificaciones, parcialmente recubiertas después por el discurso científico, según las cuales las leyes positivas de la economía estarían al servicio del bien común¹⁹.

En particular, la idea de que la persecución del interés individual contribuye al interés general ha sido objeto de un enorme trabajo, retomado y profundizado continuamente a lo largo de toda la historia de la economía clásica. Esta disociación de la moral y de la economía, así como la incorporación a la economía, en el mismo movimiento, de una moral consecuencialista²⁰ basada en el cálculo de la utilidad, facilitaron una garantía moral a las actividades económicas por el simple hecho de ser lucrativas²¹. Haciendo un rápido resumen que explicita un poco más el movimiento de la historia de las teorías económicas que aquí nos interesa, podemos observar que la incorporación del utilitarismo a la economía

¹⁹ En efecto, la economía clásica, al constituirse paradójicamente como «ciencia» a partir del modelo de las ciencias de la naturaleza del siglo XIX, y a costa del olvido de la filosofía política que le había servido de matriz, y de la transformación de las convicciones subyacentes a las formas mercantiles de los acuerdos en leyes positivas separadas de la voluntad de las personas, ha sido instrumentalizada para validar acciones (Boltanski, Thévenot, 1991, pp. 43-46).

²⁰ Según las teorías morales consecuencialistas, los actos deben evaluarse moralmente en función de sus consecuencias (un acto es bueno si produce mayor bien que mal y si el saldo es superior a un acto alternativo que no ha podido realizarse como consecuencia de haber llevado a cabo el primer acto). Estas teorías se oponen globalmente a las teorías que podríamos llamar deontológicas y que permiten juzgar los actos en función de su conformidad a una lista de reglas, de mandatos o de derechos y deberes. Las teorías consecuencialistas permiten resolver la espinosa cuestión del conflicto entre reglas que existe en las teorías deontológicas y evitar responder a la cuestión del fundamento y origen de dichas reglas. Sin embargo, este tipo de teorías se exponen a otras dificultades, como la realización del inventario del conjunto de consecuencias o la medida y suma de las cantidades de bien y de mal correspondientes. El utilitarismo de Jeremy Bentham (1748-1832) constituye el paradigma mismo de las teorías consecuencialistas así como la más conocida, ya que funda la evaluación de una acción sobre el cálculo de la utilidad producida por este acto.

²¹ Este consistente ensamblaje es el resultado de la alianza, en un primer momento marginal y no necesaria, pero posteriormente ampliamente admitida, de la economía clásica y del utilitarismo, respaldada por un «materialismo evolucionista», rico en referencias a Darwin, Condorcet o Comte (Schumpeter, 1983, vol. 2, pp. 47-50). Esta mezcla de creencias liberales en las virtudes del *laissez-faire* [dejad hacer], de darwinismo social y de utilitarismo vulgar ha constituido, según Schumpeter, el mantillo sobre el que ha descansado la visión del mundo de la burguesía empresarial. De este modo, el utilitarismo, asociado con el liberalismo económico y el darwinismo social, ha podido convertirse, bajo una forma vulgarizada, en el principal instrumento capaz de lograr, en un solo movimiento, liberarse de la moral común y dar una dimensión moral a las acciones orientadas a la obtención de beneficios.

cesos de extracción del beneficio capitalista. Podemos, de este modo, tratar de integrar dentro de un mismo marco expresiones históricas muy distintas del espíritu del capitalismo y plantearnos la cuestión de su transformación. Haremos hincapié en la forma que debe adoptar una existencia en armonía con las exigencias de la acumulación para que un gran número de actores estimen que vale la pena de ser vivida.

Sin embargo, a lo largo de este recorrido histórico, permaneceremos fieles al método de los tipos ideales weberianos, sistematizando y destacando cuanto nos parezca específico de una época en oposición a aquellas otras que la han precedido, otorgando más importancia a las variaciones que a las constantes, sin ignorar, no obstante, las características más estables del capitalismo.

La persistencia del capitalismo como modo de coordinación de las acciones y como mundo de vida no puede ser comprendida sin tener en cuenta las ideologías que, justificándolo y confirniéndole un sentido, contribuyen a generar la buena voluntad de aquellos sobre los que se levanta y a asegurar su adhesión, incluso cuando, como sucede en el caso de los países desarrollados, el orden en el que éstos son insertados parece descansar, casi en su totalidad, en dispositivos que le son afines.

De qué está hecho el espíritu del capitalismo

Cuando se trata de reunir las razones que hablan en favor del capitalismo, de buenas a primeras se presenta un candidato, que no es otro que la ciencia económica. ¿Acaso no es en la ciencia económica y, en particular, en sus corrientes dominantes —clásicas y neoclásicas—, donde los responsables de las instituciones del capitalismo han buscado, desde la primera mitad del siglo XIX hasta nuestros días, todo tipo de justificaciones? La fuerza de los argumentos que encontramos en ella proviene precisamente de que se presentan como argumentos no ideológicos y no dictados por principios morales, por más que incorporen una referencia a resultados finales globalmente conformes a un ideal de justicia, en el caso de los más sólidos de entre ellos, así como a una idea de bienestar, en la mayoría. El desarrollo de la ciencia económica, ya se trate de la economía clásica o del marxismo, ha contribuido, como ha demostrado L. Dumont (1977), al surgimiento de una representación del mundo radicalmente nueva con respecto al pensamiento tradicional, destacando, en particular, «la separación radical de los aspectos económicos del tejido social y su constitución como ámbito autónomo» (p. 15). Esta concepción permitió dar cuerpo a la creencia de que la economía constituye una esfera autónoma, independiente de la ideología y de la moral, que obedece a leyes positivas, dejando de lado el hecho de que semejan-

te convicción es el resultado de un trabajo ideológico que sólo ha podido ser llevado a cabo tras incorporar justificaciones, parcialmente recubiertas después por el discurso científico, según las cuales las leyes positivas de la economía estarían al servicio del bien común¹⁹.

En particular, la idea de que la persecución del interés individual contribuye al interés general ha sido objeto de un enorme trabajo, retomado y profundizado continuamente a lo largo de toda la historia de la economía clásica. Esta disociación de la moral y de la economía, así como la incorporación a la economía, en el mismo movimiento, de una moral consecuencialista²⁰ basada en el cálculo de la utilidad, facilitaron una garantía moral a las actividades económicas por el simple hecho de ser lucrativas²¹. Haciendo un rápido resumen que explicita un poco más el movimiento de la historia de las teorías económicas que aquí nos interesa, podemos observar que la incorporación del utilitarismo a la economía

¹⁹ En efecto, la economía clásica, al constituirse paradójicamente como «ciencia» a partir del modelo de las ciencias de la naturaleza del siglo XIX, y a costa del olvido de la filosofía política que le había servido de matriz, y de la transformación de las convicciones subyacentes a las formas mercantiles de los acuerdos en leyes positivas separadas de la voluntad de las personas, ha sido instrumentalizada para validar acciones (Boltanski, Thévenot, 1991, pp. 43-46).

²⁰ Según las teorías morales consecuencialistas, los actos deben evaluarse moralmente en función de sus consecuencias (un acto es bueno si produce mayor bien que mal y si el saldo es superior a un acto alternativo que no ha podido realizarse como consecuencia de haber llevado a cabo el primer acto). Estas teorías se oponen globalmente a las teorías que podríamos llamar deontológicas y que permiten juzgar los actos en función de su conformidad a una lista de reglas, de mandatos o de derechos y deberes. Las teorías consecuencialistas permiten resolver la espinosa cuestión del conflicto entre reglas que existe en las teorías deontológicas y evitar responder a la cuestión del fundamento y origen de dichas reglas. Sin embargo, este tipo de teorías se exponen a otras dificultades, como la realización del inventario del conjunto de consecuencias o la medida y suma de las cantidades de bien y de mal correspondientes. El utilitarismo de Jeremy Bentham (1748-1832) constituye el paradigma mismo de las teorías consecuencialistas así como la más conocida, ya que funda la evaluación de una acción sobre el cálculo de la utilidad producida por este acto.

²¹ Este consistente ensamblaje es el resultado de la alianza, en un primer momento marginal y no necesaria, pero posteriormente ampliamente admitida, de la economía clásica y del utilitarismo, respaldada por un «materialismo evolucionista», rico en referencias a Darwin, Condorcet o Comte (Schumpeter, 1983, vol. 2, pp. 47-50). Esta mezcla de creencias liberales en las virtudes del *laissez-faire* [dejad hacer], de darwinismo social y de utilitarismo vulgar ha constituido, según Schumpeter, el mantillo sobre el que ha descansado la visión del mundo de la burguesía empresarial. De este modo, el utilitarismo, asociado con el liberalismo económico y el darwinismo social, ha podido convertirse, bajo una forma vulgarizada, en el principal instrumento capaz de lograr, en un solo movimiento, liberarse de la moral común y dar una dimensión moral a las acciones orientadas a la obtención de beneficios.

ha permitido que se asuma como «natural» que «todo lo que es beneficioso para el individuo lo es también para la sociedad. Y por analogía, todo lo que engendre beneficios (y sirva, por lo tanto, al capitalismo) sirve también a la sociedad» (Heilbroner, 1986, p. 95). Tan sólo el crecimiento de la riqueza, sea quien sea su beneficiario, es, desde esta perspectiva, considerado como un criterio del bien común²². En los usos más cotidianos y en los discursos públicos de los principales actores que se encargan de realizar la exégesis de los actos económicos —jefes de empresa, políticos, periodistas, etc.—, el recurso a esta vulgata permite vincular, de forma íntima y a la vez lo suficientemente vaga, beneficio individual (o local) y beneficio global, resolviendo de este modo la exigencia de justificación de las acciones que concurren en la acumulación. Para este tipo de justificaciones resulta evidente que el coste moral específico (entregarse a la pasión por el lucro) de la puesta en marcha de una sociedad adquisitiva (coste que preocupaba aun a Adam Smith), difícilmente cuantificable, se encuentra ampliamente compensado por las ventajas cuantificables (bienes materiales, salud,...) de la acumulación. Permite también sostener que el crecimiento global de la riqueza, sea quien sea el beneficiario, es un criterio de determinación del bien común, de lo cual da fe todos los días el hecho de presentar la salud de las empresas de un país —medida por sus tasas de beneficio, su nivel de actividad y de crecimiento—

²² Una de las razones por las cuales todo incremento en la riqueza de cualquier miembro de la sociedad debe, supuestamente, constituir una mejora del bienestar global de la sociedad en su conjunto consiste en que esta riqueza no es el resultado de privar a otro de dicha riqueza mediante el robo, como presupone, por ejemplo, la idea de una suma total de la riqueza estable, sino que ha sido creada en su integridad, de manera que la suma total de la riqueza de la sociedad se ve incrementada. Los trabajos de Pareto en el ámbito de la economía, prolongando y renovando la aproximación walrasiana, conducen a una redefinición del óptimo económico e ilustran cómo se fue haciendo cada vez más vana en el seno de la economía clásica la cuestión de saber quién resulta enriquecido por este crecimiento de la riqueza. Una de las consecuencias prácticas del abandono, en la obra de Pareto, de una utilidad medible, en el tránsito del siglo XIX al XX, es que a partir de ese momento resultaba imposible comparar las utilidades de dos elementos diferentes y, por lo tanto, de responder a la cuestión de saber si el crecimiento en un aspecto determinado era más beneficioso para la sociedad que el crecimiento en otro aspecto. La teoría del equilibrio paretiano permite también sostener que es imposible juzgar en términos de bienestar global el efecto de un desplazamiento de la riqueza de un punto a otro, ya que la pérdida de utilidad de ciertos miembros no se puede compensar con la ganancia de utilidad de otros. Vemos pues que hay dos usos posibles de la teoría del equilibrio de Pareto: o bien reconocemos que no existe ningún reparto de riquezas bueno en sí mismo que pueda determinarse científicamente gracias a la economía, aceptándose de este modo los repartos tal y como se hacen, o bien constatamos la incapacidad de la ciencia económica para resolver semejante cuestión y la transferimos al plano político sin demasiado entusiasmo. De este modo Pareto proporcionará argumentos, sin pretenderlo realmente, a los defensores del Estado del bienestar.

como un criterio de medida del bienestar social²³. Este inmenso trabajo social llevado a cabo para instaurar el progreso material individual como un —si no el— criterio del bienestar social ha permitido al capitalismo adquirir una legitimidad sin precedentes, logrando legitimar al mismo tiempo sus objetivos y su motor.

Los trabajos realizados por la ciencia económica permiten también sostener que, entre dos organizaciones económicas diferentes, orientadas ambas hacia el bienestar material, la organización capitalista es siempre más eficaz. La libertad de empresa y la propiedad privada de los medios de producción introducen en el sistema la competencia o su posibilidad. Ésta, desde el momento en que existe, aunque no sea pura y perfecta, es el medio más seguro para que los clientes se beneficien del mejor servicio al menor coste. Aunque su principal preocupación sea la acumulación de capital, los capitalistas también están obligados a satisfacer a los consumidores para lograr sus objetivos. Es así como, extensivamente, la empresa privada competitiva es juzgada siempre como más eficaz y eficiente que la organización no lucrativa (pero lo es pagando el precio, siempre olvidado, de una mutación del aficionado al arte, del ciudadano, del estudiante, del niño con respecto a sus profesores, del beneficiario de la ayuda social... en consumidor). La privatización y la mercantilización máxima de todos los servicios son, de este modo, vistas socialmente como las mejores soluciones, ya que reducen el despilfarro de recursos y obligan a anticiparse a lo que esperan los clientes²⁴.

²³ Lo que conduce a considerar globalmente al país como una «empresa», metáfora reductora pero frecuente. O. Giarrini (1981, 1983) muestra cuánto se aleja la noción de PNB de la de bienestar social, aún cuando se acepte reducir este bienestar al simple aumento del nivel de vida. Al incorporar los valores añadidos de todas las empresas, el PNB no señala, por ejemplo, que algunos de estos valores añadidos se encuentran vinculados a mercados de reparación de daños a la economía producidos por otros sectores. La suma de los valores añadidos de aquellos que destruyen el entorno y de aquellos que lo protegen no puede en ningún caso pretender expresar una verdadera mejora para el ciudadano por más que se incremente el indicador del PNB. «Lo que hay más bien es una transferencia de gastos, que tiene como efecto un crecimiento real neto de la riqueza y del bienestar [...], a otro tipo de gastos que son esenciales para el mantenimiento del sistema de mercado» (1983, p. 308). Otros valores añadidos que vienen a agregarse están simplemente ligados a la mercantilización de actividades que permanecían anteriormente fuera de la esfera monetaria (como el desarrollo de los platos precocinados que están reemplazando en parte a la cocina familiar, un mercado que, ciertamente crea beneficios monetarios pero no aumenta necesariamente los niveles de vida). Giarrini (1983) llega a afirmar: «Se produce muy a menudo un crecimiento cero o un crecimiento negativo en la riqueza y el bienestar real incluso cuando los indicadores económicos del producto nacional bruto son positivos» (p. 310).

²⁴ Esta posición, según la cual la organización mercantil es siempre más eficaz, ha sido desarrollada recientemente por teóricos de la economía de la burocracia. [Véase Greffe (1979) y Torny (1980) para una introducción a la cuestión.]

A los tópicos de la utilidad, del bienestar global o del progreso –movilizados de forma casi inmutable desde hace dos siglos–, a la justificación en términos de eficacia sin igual a la hora de ofrecer bienes y servicios, hay que añadir, por supuesto, la referencia a los poderes liberadores del capitalismo y a la libertad política como efecto colateral de la libertad económica. Los tipos de argumentos que se presentan a este respecto evocan la liberación que supone el régimen salarial con respecto a la servidumbre, el espacio de libertad que permite la propiedad privada o, incluso, el hecho de que las libertades políticas en la época moderna no han existido nunca, salvo de forma episódica, en ningún país abierta y fundamentalmente anticapitalista, a pesar también de que tampoco todos los países capitalistas conozcan dichas libertades políticas²⁵.

Evidentemente, sería poco realista no tener en cuenta estos tres pilares justificativos centrales del capitalismo –progreso material, eficacia y eficiencia en la satisfacción de las necesidades, modo de organización social favorable al ejercicio de las libertades económicas y compatible con regímenes políticos liberales– en el espíritu del capitalismo.

Pero precisamente a causa de su carácter excesivamente general y estable en el tiempo, estos elementos²⁶ no bastan para obtener el compromiso de las personas ordinarias en las circunstancias concretas de la vida y, en particular, de la vida en el trabajo, para facilitarles recursos argumentativos que les permitan hacer frente a las denuncias o a las críticas que puedan serles dirigidas perso-

²⁵ Milton Friedman (1962), en su célebre ensayo *Capitalism and freedom*, es uno de los más ardientes defensores de la tesis según la cual las libertades políticas no son posibles más que en el marco de las relaciones capitalistas: «Los acuerdos económicos desempeñan un doble papel en la promoción de una sociedad libre. Por un lado, la libertad de establecer acuerdos económicos es un componente de la libertad entendida en un sentido amplio, a pesar de que la libertad económica es un fin en sí misma; por otro lado, la libertad económica es un medio indispensable para la realización de la libertad política» (p. 8). Pero admite también que el capitalismo, por sí mismo, no asegura la libertad: «La historia sugiere tan sólo que el capitalismo es una condición necesaria para la libertad política. Claramente, no es una condición suficiente. La Italia y la España fascistas, la Alemania en distintos momentos de los últimos setenta años, Japón antes de ambas guerras mundiales, la Rusia zarista antes de la Primera Guerra Mundial son todas ellas sociedades que no podemos describir como políticamente libres. Sin embargo, en cada una de ellas, la empresa privada era la forma predominante de organización económica. Por lo tanto, es posible que se produzcan simultáneamente acuerdos económicos de tipo capitalista y acuerdos políticos contrarios a la libertad» (p. 10).

²⁶ Es probable que este aparato justificativo baste para implicar a los capitalistas y sea movilizado cada vez que la discusión alcance un nivel de generalidad muy alto (el porqué del sistema y no el porqué de tal o cual acción o decisión), así como cuando no se encuentra ninguna justificación más próxima a la disputa, lo que suele ocurrir, desde nuestro punto de vista, cuando el espíritu del capitalismo es débil.

nalmente. Es poco probable que un trabajador asalariado se regocije verdaderamente de que su trabajo sirva para incrementar el PIB de la nación, de que permita mejorar el bienestar de los consumidores o de que esté inserto en un sistema que garantiza la libertad de empresa, de venta y de compra, porque posiblemente le cueste establecer un vínculo entre estas ventajas generales y las condiciones de vida y de trabajo propias y de sus allegados. A menos que se haya enriquecido directamente sacando partido de la libre empresa –algo que está reservado a un reducido número de personas– o de que haya obtenido, gracias al trabajo elegido libremente, una holgura financiera suficiente como para aprovecharse plenamente de las posibilidades de consumo que ofrece el capitalismo, le faltarán demasiadas mediaciones para que la propuesta de adhesión que le es hecha pueda alimentar su imaginación²⁷ y encarnarse en hechos y gestos en la vida cotidiana.

Frente a lo que podríamos denominar –parafraseando a M. Weber– el *capitalismo de cátedra*, un capitalismo que repite desde arriba el dogma liberal, las expresiones del espíritu del capitalismo que nos interesan deben incorporarse en descripciones lo suficientemente consistentes y detalladas, así como comportar los suficientes *asideros*, como para *sensibilizar* a aquellos a los que se dirige, es decir, ser capaces, simultáneamente, de aproximarse a su experiencia moral de la vida cotidiana y proponerles modelos de acción en los que puedan apoyarse. Veremos cómo el discurso de la gestión empresarial, discurso que pretende ser a la vez formal e histórico, global y situado, que mezcla preceptos generales y ejemplos paradigmáticos, constituye hoy la forma por excelencia en la que el espíritu del capitalismo se materializa y se comparte.

Este tipo de discurso se dirige ante todo a los cuadros, cuya adhesión al capitalismo es particularmente indispensable para la buena marcha de las empresas y para la formación de beneficios. El problema, sin embargo, es que el alto nivel de compromiso exigido no puede obtenerse por pura coacción, a la vez que, en la medida en que están menos sometidos a la necesidad que los obreros, pueden oponer una resistencia pasiva, comprometerse con reticencias o incluso minar el orden capitalista criticándolo desde dentro. Existe también el peligro con los hijos de la burguesía, que constituyen el vivero casi natural de reclutamiento de los cuadros y pueden iniciar un movimiento de *defección*, por emplear la expresión de A. Hirschman (1972), dirigiéndose hacia profesiones menos integradas en el juego capitalista (profesiones liberales, arte y ciencia, servicio público) o

²⁷ Las ideologías, para poder servir a la acción, han de estar incorporadas en formas discursivas que comprendan mediaciones lo suficientemente numerosas y lo suficientemente diversas como para alimentar la imaginación frente a las situaciones concretas de la vida; en este sentido, véase Boltanski (1993), pp. 76-87.

incluso retirarse parcialmente del mercado de trabajo, posibilidades todas ellas tanto más probables cuanto más numerosa sea su posesión de recursos diversificados (escolares, patrimoniales y sociales).

Así pues, el capitalismo debe complementar su aparato justificativo, en un primer momento, en dirección a los cuadros o a los futuros cuadros. Si, en el transcurso normal de su vida profesional, éstos son convencidos en su mayoría de adherirse al sistema capitalista, ya sea por razones financieras (miedo al paro principalmente, sobre todo si están endeudados y con cargas familiares) o por dispositivos clásicos de sanciones y recompensas (dinero, ventajas diversas, esperanzas de promoción...), podemos pensar que las exigencias de justificación se desarrollarán particularmente en los periodos caracterizados, como ocurre en la actualidad, por un lado, por un fuerte crecimiento numérico de los cuadros, con la llegada a las empresas de numerosos cuadros jóvenes provenientes del sistema educativo, escasamente motivados y en búsqueda de incitaciones normativas²⁸ y, por otro, por profundas transformaciones que obligan a los cuadros más veteranos a reciclarse, algo que les resultará más sencillo si logran dar un sentido a los cambios de orientación que les son impuestos y vivirlos como fruto de la libre elección.

Los cuadros, en la medida en que son al mismo tiempo asalariados y portavoces del capitalismo, constituyen, por su posición —sobre todo si los compara-

²⁸ El número de cuadros ha crecido de forma importante entre el censo de 1982 y el de 1990. La categoría de «cuadros administrativos y comerciales» ha ganado más de 189.000 personas, la de «ingenieros y cuadros técnicos de empresa» más de 220.000, la de «profesiones intermedias administrativas y comerciales de empresa» más de 423.000. Una parte de los efectivos que aseguran el crecimiento de estas subcategorías proviene de capas sociales tradicionalmente más distantes, inclusive hostiles al capitalismo, como es el caso de los hijos del profesorado que están particularmente bien preparados para superar las pruebas escolares que abren las puertas a la enseñanza superior y a las grandes escuelas, pero peor preparados normativamente que los hijos de la burguesía de negocios para el ejercicio de un poder jerárquico o económico. Como demuestran numerosos estudios, el crecimiento del número de diplomados no sólo tiene consecuencias numéricas, sino que modifica también las características de aquellos que poseen tales títulos, a resultas de un cambio en su origen social por el efecto de la democratización del acceso a la enseñanza superior. El efecto de «señalización» de los diplomas (Spence, 1973) se ve perturbado. En realidad, el diploma no aporta tan sólo información sobre el tipo de conocimientos supuestamente adquiridos, sino también sobre el tipo de cultura, en el sentido antropológico del término, y, finalmente, sobre el tipo de seres humanos. El mero conocimiento de la posesión de un diploma ya no proporciona las informaciones tácitas y laterales que permitían, en una etapa anterior, «hacerse una idea» intuitiva —es decir, fundada sobre la experiencia social ordinaria— del tipo de persona «a la que nos enfrentábamos», porque los titulares de un mismo diploma pueden diferir fuertemente unos de otros en el resto de aspectos (sobre todo con respecto a las generaciones anteriores poseedoras del mismo diploma).

mos con otros miembros de las empresas—, un objetivo prioritario de la crítica —en particular de la efectuada por sus subordinados—, una crítica a la que a menudo ellos mismos están dispuestos también a prestar un oído atento. No les basta tan sólo con las ventajas materiales que se les conceden, sino que deben también disponer de argumentos para justificar su posición y, de forma más general, los procedimientos de selección de los que son producto o que ellos mismos han puesto en marcha. Una de sus necesidades de justificación es el mantenimiento de una separación culturalmente tolerable entre su propia condición y la de los trabajadores que tienen a sus órdenes (como muestran, por ejemplo, en el punto de inflexión histórico de la década de 1970, las reticencias de numerosos jóvenes ingenieros de las grandes escuelas, formados de manera más permisiva que las generaciones anteriores, a mandar sobre los O. S. [obrero descualificado]²⁹, asignados a tareas muy repetitivas y sometidos a una severa disciplina de fábrica).

Las justificaciones del capitalismo que aquí nos interesan no serán, por lo tanto, aquellas que los capitalistas o los economistas universitarios puedan desarrollar de cara al exterior y, en particular, de cara al mundo político, sino las justificaciones destinadas prioritariamente a los cuadros e ingenieros. Ahora bien, las justificaciones en términos de bien común que necesitan deben apoyarse en espacios de cálculo locales para poder ser eficaces. Sus juicios hacen referencia, en primer lugar, a la empresa en la que trabajan y al grado en que las decisiones tomadas en su nombre son defendibles en cuanto a sus consecuencias sobre el bien común de los asalariados empleadas en la misma y, secundariamente, respecto al bien común de la colectividad geográfica y política en la cual está inserta. A diferencia de los dogmas liberales, estas justificaciones situadas están sujetas al cambio, debiendo vincular las preocupaciones expresadas en términos de justicia con las prácticas ligadas a las diferentes etapas históricas del capitalismo y con las formas específicas de obtener beneficios características de una época. Al mismo tiempo, estas justificaciones deben suscitar disposiciones a la acción y proporcionar la seguridad de que las acciones emprendidas son moralmente aceptables. De este modo, en cada momento histórico, el espíritu del capitalismo se manifiesta indisociablemente en las evidencias de las que disponen los

²⁹ *Ouvrier Spécialisé*: «obrero descualificado». Término acuñado en la sociología del trabajo francesa, figura característica del capitalismo de la producción en cadena de la gran fábrica fordista. El O. S. conformaba un trabajador asignado a una tarea repetitiva dentro de la cadena de montaje en la que se insertaba como una simple extensión de la máquina. Los O. S., durante mucho tiempo la fuerza hegemónica del movimiento obrero, fueron los protagonistas del importante ciclo de luchas que tuvo su momento álgido a lo largo de la década de 1960 [N. del T.].

cuadros en lo que respecta a las «buenas» acciones que han de realizar para obtener beneficios y a la legitimidad de estas acciones.

Además de las justificaciones en términos de bien común, necesarias para responder a la crítica y explicarse frente a los demás, los cuadros, en particular los cuadros jóvenes, necesitan también, como los empresarios weberianos, encontrar motivos personales para el compromiso. Para que el compromiso valga la pena, para que les resulte atractivo, el capitalismo debe presentarse ante ellos en actividades que, en comparación con oportunidades alternativas, pueden ser calificadas de «excitantes», es decir, portadoras, con variaciones según las épocas, de posibilidades de autorrealización y de espacios de libertad para la acción.

Sin embargo, como veremos a continuación con mayor detalle, este anhelo de *autonomía* suele encontrarse con otra demanda con la que suele entrar en tensión: la búsqueda de *seguridad*. En efecto, el capitalismo debe ser capaz de inspirar a los cuadros la confianza en la posibilidad de beneficiarse del bienestar que les promete de forma duradera para ellos mismos (de forma al menos tan duradera, si no más, que en las situaciones sociales alternativas a las cuales han renunciado con su adhesión al capitalismo) y de garantizar a sus hijos el acceso a posiciones que les permitan conservar los mismos privilegios.

El espíritu del capitalismo propio de cada época debe proporcionar, en términos históricamente variables, elementos capaces de apaciguar la inquietud suscitada por las tres siguientes cuestiones:

- ¿De qué manera puede el compromiso con el proceso de acumulación capitalista ser una fuente de entusiasmo incluso para aquellos que no serán los primeros en aprovecharse de los beneficios realizados?
- ¿Hasta qué punto aquellos que se implican en el cosmos capitalista pueden tener la garantía de una seguridad mínima para ellos y para sus hijos?
- ¿Cómo justificar, en términos de bien común, la participación en la empresa capitalista y defender, frente a las acusaciones de injusticia, la forma en que es animada y gestionada?

Las diferentes etapas históricas del espíritu del capitalismo

Las transformaciones del espíritu del capitalismo que se perfilan en la actualidad —y a las cuales está consagrado este libro— no son, desde luego, las primeras que ha conocido. Además de esa especie de reconstrucción arqueológica del *ethos* inspirador del capitalismo original que encontramos en la obra de Weber, disponemos al menos de dos descripciones estilizadas o tipificadas del espíritu del capitalismo. Cada una de ellas especifica los diferentes componentes señalados más

arriba e indica, para su momento histórico, el tipo de gran aventura dinamizadora que pudo representar el capitalismo, los sólidos cimientos que eran necesarios de cara al futuro y las respuestas al ansia de una sociedad justa que el capitalismo pudo representar. Son estas diferentes combinaciones entre autonomía, seguridad y bien común las que recordaremos ahora de forma muy esquemática.

La primera descripción, llevada a cabo a finales del siglo XIX —tanto en la novela como en las ciencias sociales propiamente dichas—, coloca su epicentro en la figura del burgués emprendedor y en la descripción de los valores burgueses. La figura del emprendedor, del capitán de industria, del conquistador (Sombart, 1928, p. 55), concentra los elementos heroicos de la descripción³⁰, haciendo énfasis en el juego, la especulación, el riesgo y la innovación. A un nivel más general, para categorías más numerosas, la aventura capitalista significa en primer lugar la liberación, ante todo espacial o geográfica, posibilitada por el desarrollo de los medios de comunicación y el avance del trabajo asalariado, que permiten a los jóvenes emanciparse de las comunidades locales, del sometimiento a la tierra y del arraigo familiar, y posibilitan la huida del pueblo, del gueto y de las formas tradicionales de dependencia personal. En contrapartida, la figura del burgués y de la moral burguesa aporta los elementos de seguridad gracias a una combinación original que añade a las disposiciones económicas innovadoras (avaricia, espíritu de ahorro, tendencia a racionalizar la vida cotidiana en todos sus aspectos, desarrollo de las capacidades necesarias para la contabilidad, el cálculo y la previsión), disposiciones domésticas tradicionales: la importancia otorgada a la familia, al linaje, al patrimonio, a la castidad de las hijas para evitar las uniones desafortunadas y la dilapidación del capital; el carácter familiar o patriarcal de las relaciones mantenidas con los empleados (Braudel, 1979, pp. 526-527) —que será denunciado como paternalismo— donde las formas de subordinación continúan siendo de tipo personal, en el seno de empresas generalmente de reducido tamaño; el papel concedido a la caridad como alivio del sufrimiento de los pobres, etc. (Procacchi, 1993). Las justificaciones de mayor generalidad que hacen referencia a formulaciones del bien común tendrían menos que ver con la referencia al liberalismo económico, al mercado³¹ o a la economía científica —cuya difusión continuaba siendo bastante limitada— que con la creencia en el progreso, en el futuro, en la ciencia, en la técnica o en las ventajas de la indus-

³⁰ Véase, por ejemplo, el libro de Charles Morazé (1957) *Les Bourgeois conquérants*, sobre todo el prólogo y la parte consagrada a los ferrocarriles (pp. 205-216).

³¹ Hablando del liberalismo económico, tal y como lo encontramos en la economía política inglesa del siglo XIX, en particular en Adam Smith, P. Rosanvallon escribe: «La sociedad industrial del siglo XIX dio forma a un mundo opuesto por completo a esta representación» (Rosanvallon, 1979, p. 222).

tria. Se trataba de un utilitarismo vulgar que pretendía justificar los sacrificios que exigía el avance del progreso. Precisamente esta amalgama de disposiciones y valores muy diferentes e incluso incompatibles –sed de beneficios y moralismo, avaricia y caridad, cientificismo y tradicionalismo familiar– que constituye el eje principal de la división de los burgueses entre sí mismos de la que habla François Furet (1995, pp. 19-35) explica lo que será denunciado más unánime y duraderamente en el espíritu burgués: su hipocresía.

Una segunda caracterización del espíritu del capitalismo encuentra su pleno desarrollo entre la década de 1930 y la de 1960. En este caso el énfasis apunta no tanto al empresario individual, sino a la organización. Esta segunda caracterización gira en torno al desarrollo –a principios del siglo XX– de la gran empresa industrial centralizada y burocratizada, fascinada por el gigantismo. Este segundo espíritu del capitalismo tiene como figura heroica al director³², quien, a diferencia del accionista que busca aumentar su riqueza personal, se encuentra atravesado por la voluntad de hacer crecer sin límites el tamaño de la empresa que tiene a su cargo, de manera que pueda llevarse a cabo una producción en masa que encontraría su razón de ser en las economías de escala, en la estandarización de los productos, en la organización racional del trabajo y en las nuevas técnicas de extensión de los mercados (marketing). Para los jóvenes diplomados resultaban particularmente «excitantes» las oportunidades que ofrecían las organizaciones de acceder a posiciones de poder desde las que poder cambiar el mundo y, para la gran mayoría, de conseguir liberarse del reino de la necesidad, logrando la realización de los deseos gracias a la producción en masa y a su corolario, el consumo de masas.

En esta versión, la dimensión securitaria queda garantizada por la fe puesta en la racionalidad y la planificación a largo plazo –tarea prioritaria de los dirigentes– y, sobre todo, por el gigantismo mismo de las organizaciones, las cuales se convierten en ambientes protectores que ofrecen no sólo oportunidades de hacer carrera, sino que también intervienen en la vida cotidiana (vivienda oficial, centros de vacaciones, organismos de formación...) siguiendo el modelo del ejército (tipo de organización del que IBM fue el paradigma durante los años 1950-1960).

La referencia al bien común está asegurada no sólo por su imbricación con un ideal de orden industrial encarnado por los ingenieros –creencia en el progreso, esperanza puesta en la ciencia y la técnica, la productividad y la eficacia– más rico de significados aún que en la anterior versión, sino también a través de un ideal que podríamos calificar de cívico, en la medida en que hace hincapié en la solidaridad institucional, la socialización de la producción, de la distribución y del

³² Véase Beal y Means (1932) y Burnham (1941) para una primera descripción, Chandler (1977) para un trabajo histórico más reciente sobre el advenimiento de los directivos empresariales asalariados.

consumo, así como en la colaboración entre las grandes firmas y el Estado en una perspectiva de justicia social. La existencia de directores asalariados y el desarrollo de las categorías de técnicos, de «organizadores», la constitución –en Francia– de la categoría de los cuadros (Boltanski, 1982), la multiplicación de propietarios constituidos por personas morales más que por personas físicas o las limitaciones a la propiedad privada de la empresa a causa del desarrollo de los derechos de los asalariados y de la existencia de reglas burocráticas que restringen las prerrogativas patronales en materia de gestión de personal son interpretadas como muestras de un cambio en profundidad del capitalismo que se caracterizaría por una atenuación de la lucha de clases, por una disociación de la propiedad del capital y del control sobre la empresa (que es transferido a la «tecnestructura») (Galbraith, 1952, 1968) y por la aparición de un nuevo capitalismo animado por un espíritu de justicia social. Tendremos ocasión de volver una y otra vez sobre las especificidades de este «segundo» espíritu del capitalismo.

Las transformaciones del espíritu del capitalismo acompañan por consiguiente a las profundas modificaciones de las condiciones de vida y de trabajo, así como a los cambios en los anhelos –para ellos o para sus hijos– de los trabajadores, que dentro de las empresas pasan a desempeñar un papel significativo en los procesos de acumulación capitalista, sin llegar a ser los beneficiarios más privilegiados de éstos. Hoy, la seguridad proporcionada por los diplomas ha disminuido, las jubilaciones se encuentran amenazadas y posibilidades de promoción no están aseguradas. La potencia de movilización del «segundo espíritu» está en cuestión, mientras que las formas de acumulación se han visto de nuevo profundamente transformadas.

Una de las evoluciones ideológicas de la situación actual que puede considerarse como más probable, en la medida en que parte de las capacidades de supervivencia del sistema y se limita a plantear simples reorganizaciones dentro del marco del régimen del capital –del que, por el momento, tras el fin de la ilusión comunista, no se ven vías de salida practicables–, consistiría, siguiendo nuestro análisis, en la formación en los países desarrollados de un espíritu del capitalismo más movilizador (y, por lo tanto, también más orientado hacia la justicia y el bienestar social) que intentase volver a movilizar a los trabajadores y, como mínimo, a la clase media.

El «primer» espíritu del capitalismo, asociado como hemos visto a la figura del burgués, estaba vinculado a las modalidades del capitalismo, básicamente de tipo familiar, de una época en la que no se buscaba el gigantismo, salvo casos excepcionales. Los propietarios o patrones eran conocidos personalmente por sus empleados, el destino y la vida de la empresa estaban fuertemente relacionados con los de una familia. El «segundo» espíritu del capitalismo, que se organiza en torno a la figura central del director (o dirigente asalariado) y de los cuadros, está ligado a un capitalismo de grandes empresas, lo suficientemente importantes ya como para que la burocratización y la amplia utilización de cua-

dros cada vez más diplomados sean elementos centrales. No obstante, sólo algunas de entre ellas (una minoría) podrán ser calificadas como multinacionales. El accionariado se ha vuelto más anónimo y numerosas empresas se han deshecho del nombre y del destino de una familia en particular. El «tercer» espíritu deberá ser isomorfo a un capitalismo «mundializado» que se sirve de nuevas tecnologías, por no citar más que los dos aspectos más frecuentemente mencionados para definir al capitalismo contemporáneo.

Las diferentes modalidades de salida de la crisis ideológica que comenzaron a ponerse en marcha en la segunda mitad de la década de 1930 —momento en el que comienza a perder fuerza el primer espíritu— no podían haber sido previstas. Algo similar ocurre en la actualidad. La necesidad de volver a dar un sentido al proceso de acumulación y de vincularlo a las exigencias de justicia social choca, en particular, con la tensión existente entre el interés colectivo de los capitalistas en tanto que clase y sus intereses particulares en tanto que operadores atomizados en competencia en el mercado (Wallerstein, 1985, p. 17). Ningún operador del mercado quiere ser el primero en ofrecer una «buena vida» a quienes contrata, porque sus costes de producción se verían incrementados, lo cual supondría una desventaja para la competencia que le enfrenta a sus iguales. Sin embargo, a la clase capitalista en su conjunto le interesa que las prácticas generales, sobre todo en lo que respecta a los cuadros, permitan conservar la adhesión de aquellos de los que depende la realización del beneficio. Podemos pensar que la formación de un tercer espíritu del capitalismo y su encarnación en diferentes dispositivos dependerá, en gran medida, del interés que tenga para las multinacionales, hoy dominantes, el mantenimiento de una zona pacificada en el centro del sistema-mundo dentro de la cual los cuadros encuentren un espacio donde poder formarse, criar a sus hijos y vivir con seguridad.

El origen de las justificaciones incorporadas al espíritu del capitalismo

Hemos llamado la atención sobre la importancia que reviste para el capitalismo la posibilidad de apoyarse en un aparato justificativo ajustado a las formas concretas adoptadas por la acumulación del capital en una época determinada, lo que significa que el espíritu del capitalismo incorpora otros esquemas diferentes de los heredados de la teoría económica. Aunque estos últimos permiten —ajenos a toda especificidad histórica³³— defender el principio mismo de la acumulación, no poseen suficiente poder movilizador.

³³ Cabe destacar cómo la microeconomía, en su corriente dominante, no se preocupa en absoluto de la historia y de las transformaciones sociales. Por otro lado, precisamente en con-

El capitalismo, sin embargo, no puede encontrar en sí mismo ningún recurso que le permita proporcionar razones para el compromiso y, más en concreto, para formular argumentos orientados hacia una exigencia de justicia. El capitalismo es, sin lugar a dudas, la principal forma histórica organizadora de las prácticas colectivas que se encuentra absolutamente alejada de la esfera moral, en la medida que encuentra su finalidad en sí misma (la acumulación de capital como un fin en sí) sin apelar no ya a un bien común, sino incluso a los intereses de un ser colectivo como pudiera ser el pueblo, el Estado o la clase social. La justificación del capitalismo implica referencias a construcciones de otro orden del que se desprenden exigencias completamente diferentes de las que impone la búsqueda de beneficios.

Así pues, para mantener su poder de movilización, el capitalismo debe incorporar recursos que no se encuentran en su interior, acercarse a las creencias que disfrutaban, en una época determinada, de un importante poder de persuasión y tomar en consideración las ideologías más importantes —incluidas aquellas que le son hostiles— que se encuentran inscritas en el contexto cultural en el cual se desarrolla. De este modo, el espíritu que, en un momento determinado de la historia, posibilita el proceso de acumulación se encuentra impregnado por producciones culturales contemporáneas a él, pero que han sido desarrolladas en la mayoría de los casos con fines totalmente ajenos a la justificación del capitalismo³⁴.

El capitalismo, enfrentado a una exigencia de justificación, moviliza algo «que ya está ahí», algo cuya legitimidad se encuentra ya garantizada y a lo cual dará un nuevo sentido asociándolo a la exigencia de acumulación de capital. Sería inútil tratar de separar las construcciones ideológicas impuras, destinadas a servir para la acumulación capitalista, de las ideas puras y libres de todo compromiso que

traposición a Carl Menger y a la Escuela austriaca, se constituyó, animada por Gustav Schmoller, la Escuela histórica alemana, a la cual pertenecían Werner Sombart y Max Weber. Lo que preocupaba a estos economistas-sociólogos era articular una posición interpretativa que se ubicase entre el empirismo histórico puro y la abstracción marginalista para «poder tratar los hechos económicos desde el ángulo de una teoría, es decir, tratando de descubrir, con la ayuda de conceptos y de tipos ideales construidos a partir de material histórico, los principios mismos de los sistemas y de los procesos económicos» (H. Bruhns, 1997, pp. 95-120). Podemos rastrear las huellas de este proyecto intelectual, que trata de conciliar la perspectiva teórica y la histórica, en la economía de la regulación y en la economía de las convenciones, lo que explica, por otro lado, el hecho de que estas corrientes se vean marginadas por las modalidades predominantes de la microeconomía.

³⁴ Seguimos aquí la actitud adoptada por Weber: «debemos contar con que los efectos de la Reforma sobre la cultura, en gran medida —por no decir preponderantemente— hayan con-
tituido consecuencias no previstas, no queridas, de la obra de los reformadores, consecuencias a menudo muy alejadas de todo aquello que se habían propuesto alcanzar, a veces incluso en contradicción con estos fines» (Weber, 1964, pp. 101-102).

permitirían criticarla, pues a menudo son los mismos paradigmas los que se ven implicados a la par en la denuncia y en la justificación de lo denunciado.

Podemos comparar el proceso a través del cual se incorporan al capitalismo ideas que, en principio, le eran ajenas, cuando no hostiles, con el proceso de aculturación descrito por Dumont (1991), que señala cómo la ideología moderna dominante del individualismo se difundió forjando compromisos con las culturas preexistentes. Del encuentro entre dos conjuntos de ideas-valores y de su conflicto, nacen nuevas representaciones que son «una especie de síntesis, [...] más o menos radical, algo así como una alianza de dos tipos de ideas y de valores: unos de inspiración holista y autóctonos, otros tomados prestados a la configuración individualista predominante» (Dumont, 1991, p. 29). Un efecto notable de este proceso de aculturación consiste en que «las representaciones individualistas no sólo no se diluyen ni se edulcoran a través de las combinaciones que las recorren, sino que, al contrario, extraen de estas asociaciones con sus contrarios, por un lado, una adaptabilidad superior y, por otro, una mayor fuerza» (Dumont, 1991, p. 30). Si trasladamos este análisis al estudio del capitalismo (cuyo principio de acumulación está de hecho ligado a la modernidad individualista), veremos cómo el espíritu que le anima posee dos caras, una «vuelta hacia dentro», como dice Dumont, es decir, hacia el proceso de acumulación que se ve legitimado, y otra orientada a las ideologías de las que se ha impregnado y que le aportan, precisamente, aquello que el capitalismo no puede ofrecer: razones para participar en el proceso de acumulación ancladas en la realidad cotidiana y en contacto con los valores y preocupaciones de aquellos a quienes le conviene movilizar³⁵.

En el análisis de Louis Dumont, los miembros de una cultura holista confrontados a la cultura individualista son cuestionados y sienten la necesidad de defenderse y justificarse, frente a lo que les parece una crítica y un cuestionamiento de su identidad. En otros aspectos, sin embargo, pueden sentirse atraídos por los nuevos valores y por las perspectivas de liberación individual y de igualdad que ofrecen. De este proceso de seducción-resistencia-búsqueda de autojustificación nacen las nuevas representaciones capaces de generar compromiso.

Pueden hacerse las mismas observaciones a propósito del espíritu del capitalismo. Éste se transforma para responder a la necesidad de justificación de las personas comprometidas, en un momento determinado, en el proceso de acumulación capitalista. Sin embargo, sus valores y representaciones, recibidos como herencia cultural, están todavía asociados a formas de acumulación anteriores, vinculados a la sociedad tradicional en el caso del nacimiento del «pri-

mer espíritu» o a un espíritu precedente en el caso del paso a los espíritus del capitalismo posteriores. Lo fundamental será lograr que resulten seductoramente nuevas formas de acumulación (la dimensión *excitante* que requiere todo espíritu), pero teniendo en cuenta su necesidad de autojustificación (apoyándose en la referencia a un bien común) y levantando defensas contra aquellos que perciben en los nuevos dispositivos capitalistas amenazas para la supervivencia de su identidad social (la dimensión *securitaria*).

En muchos aspectos, el «segundo espíritu» del capitalismo, edificado al mismo tiempo que el establecimiento de la supremacía de la gran empresa industrial, trae consigo características a las que no se habrían opuesto ni el comunismo ni el fascismo, quienes, sin embargo, eran los movimientos críticos con el capitalismo más poderosos de la época en la que este «segundo espíritu» inició su marcha (Polanyi, 1983). El dirigismo económico, aspiración común a todos ellos, va a encontrar su materialización en el Estado del bienestar y sus órganos de planificación. Diferentes dispositivos de control regular del reparto del valor añadido entre el capital y el trabajo serán puestos en funcionamiento a través de la contabilidad nacional (Desrosières, 1993, p. 383), lo cual es coherente con los análisis marxistas. En cuanto al funcionamiento jerárquico en las grandes empresas planificadas, éstas mantendrán durante mucho tiempo el distintivo de un compromiso con los valores domésticos tradicionales, lo que resultará tranquilizador para la reacción tradicionalista: respeto y deferencia a cambio de protección y ayuda forman parte del contrato jerárquico en sus formas tradicionales, más que el intercambio de un salario a cambio de trabajo que expresa la forma anglosajona liberal de pensar la relación laboral. De este modo, el principio de acumulación ilimitada encontró puntos de convergencia con sus enemigos y el compromiso resultante aseguró al capitalismo su supervivencia, ofreciendo a las poblaciones reticentes la oportunidad de adherirse a él con mayor entusiasmo.

Las ciudades³⁶ como puntos de apoyo normativos en la construcción de justificaciones

Las concatenaciones societales, en la medida en que están sometidas a un imperativo de justificación, tienden a incorporar la referencia a un tipo de con-

³⁵ «Estas nuevas representaciones tienen dos caras: una girada hacia adentro, principalmente de tipo autojustificador, y la otra vuelta hacia la cultura dominante, universalista» (Dumont, 1991, p. 29).

³⁶ Hemos decidido traducir el término francés *cité* por «ciudad». No obstante, conviene matizar que dicho concepto no es equiparable al de *ciudad* actual (que en francés suele expresarse con el término *ville*). El término *cité* es un término acuñado a finales del siglo XI (*ciuit*) proveniente del latín (*civitas, civitatis*) que hacía referencia a toda ciudad importante pero considerada fundamentalmente como persona moral. De él se deriva, de hecho, el concepto

venciones extremadamente generales orientadas hacia una noción de bien común y que pretenden tener una validez universal, modelizadas con el concepto de ciudad (Boltanski, Thévenot, 1991). El capitalismo no es una excepción a esta regla. Lo que hemos denominado espíritu del capitalismo contiene, necesariamente, al menos en sus aspectos orientados hacia la justicia, la referencia a semejante tipo de convenciones. El espíritu del capitalismo, considerado desde un punto de vista pragmático, implica una referencia a dos niveles lógicos diferentes. El primero contiene un *actante* capaz de llevar a cabo acciones que conducen a la realización del beneficio, mientras que el segundo contiene un *actante* que, dotado de un grado de reflexividad superior, juzga, en nombre de principios universales, los actos del primero. Estos dos *actantes* remiten, evidentemente, a un mismo actor al que se le presupone susceptible de comprometerse en operaciones de elevada generalidad. Sin esta competencia, le sería imposible comprender las críticas dirigidas al capitalismo como dispositivo orientado hacia la búsqueda de beneficios y no podría forjar tampoco las justificaciones necesarias para hacer frente a estas críticas.

Teniendo en cuenta el carácter central del concepto de ciudad en esta obra, vamos a detenernos con más detalle sobre el trabajo en el que se presentó dicho modelo. El concepto de ciudad está imbricado con la cuestión de la justicia. Trata de modelizar el tipo de operaciones a las que se entregan los actores, a lo largo de las disputas que los oponen, cuando se encuentran confrontados a un imperativo de justificación. Esta exigencia de justificación está indisolublemente ligada a la posibilidad de la crítica. La justificación es necesaria tanto para apoyar la crítica como para contestarla cuando denuncia el carácter injusto de una situación.

Para definir lo que debemos entender aquí por justicia y para reunir en una misma noción disputas en apariencia muy diferentes, diremos que las disputas que versan sobre la cuestión de la justicia tienen siempre como objeto el orden de la escala de «grandezas» vigente en cada situación.

Tomemos, para que pueda comprenderse qué es lo que entendemos por orden de la escala de grandeza, un ejemplo trivial: es el caso, durante una comida, del problema consistente en distribuir los alimentos entre las personas presentes. La cuestión del orden temporal en el que el plato es presentado a los con-

vidados no puede ser ignorada y debe estar regulada públicamente. A menos que neutralicemos la significación de este orden mediante la introducción de una regla que ajuste el orden temporal sobre el orden espacial (cada cual se sirve por turnos o «a la buena de Dios»), el orden temporal del servicio se presta a ser interpretado como un orden de precedencia en función de la grandeza relativa de las personas, como cuando se sirve primero a las personas mayores y en último lugar a los niños. Sin embargo, la realización de este orden puede presentar problemas espinosos y dar lugar a agrias polémicas cuando concurren varios principios de orden diferentes. Para que la escena se desarrolle armoniosamente conviene, por lo tanto, que los comensales se pongan de acuerdo sobre la grandeza relativa de las personas afectadas por el orden del servicio³⁷. Ahora bien, este acuerdo sobre el orden de las grandezas presupone otro acuerdo aún más fundamental sobre un *principio de equivalencia* en relación al cual pueda ser establecida la grandeza relativa de los seres presentes. Aun cuando el principio de equivalencia no sea mencionado explícitamente, debe estar lo suficientemente claro y presente en el espíritu de todos para que el episodio pueda desarrollarse con naturalidad. Estos principios de equivalencia son designados mediante el término, tomado de Rousseau, *principios superiores comunes*.

Estos principios de grandeza no pueden surgir de un acuerdo local y contingente. Su carácter legítimo depende de su robustez, es decir, de su validez en un número *a priori* ilimitado de situaciones particulares, en las que estén presentes seres con propiedades muy diversas. Es ésta la razón por la cual los principios de equivalencia que, en una sociedad y en un momento determinados, pretenden ser legítimos están encaminados hacia una validez de tipo universal.

Aunque en una sociedad exista, en un momento determinado, una pluralidad de grandezas legítimas, su número no es, sin embargo, ilimitado. Hemos identificado seis lógicas de justificación, seis «ciudades», en la sociedad contemporánea. Para definir estas grandezas, se ha procedido, en el trabajo que aquí nos sirve de referencia, a efectuar una serie de vaivenes entre dos tipos de fuentes. Por un lado, datos empíricos recogidos mediante un trabajo de campo en torno a los conflictos y disputas que, a la vez que proporcionaban un corpus de argu-

de *droit de cité* [derecho de ciudadanía]. El concepto de *cité* ha sido empleado asimismo para referirse al Estado desde un punto de vista jurídico, a una comunidad política o a una república (1630), así como para toda construcción ideal como *La Ciudad de Dios* de san Agustín, *La Cité des dammes* de Christine de Pisan o las seis ciudades enumeradas en esta obra: la ciudad inspirada, la ciudad de renombre, la ciudad cívica, la ciudad comercial, la ciudad industrial y la ciudad por proyectos [N. del T.].

³⁷ La exigencia de justicia puede ser puesta en relación con una exigencia de igualdad. Sin embargo, sabemos desde Aristóteles que la igualdad en la ciudad no significa necesariamente una distribución absolutamente idéntica, entre todos los miembros de la misma, de aquello que posee valor —ya se trate de bienes materiales o inmateriales— sino, como bien dice Michel Villey (1983, p. 51), de una «justa proporción entre la cantidad de cosas distribuidas y las diferentes cualidades de las personas» [véase también Walzer (1997)]. Definir una relación como equitativa o no equitativa —que es lo que hacen la crítica y la justificación— supone, por lo tanto, una definición de aquello que da el valor a las cosas y a las personas, una escala de valores que exige ser clarificada en caso de litigio.

mentos y dispositivos de situaciones, guiaban la intuición hacia el tipo de justificaciones empleadas a menudo en la vida cotidiana; por otro lado, hemos recurrido a construcciones que, habiendo sido objeto de una elaboración sistemática en la filosofía política, poseen un elevado nivel de coherencia lógica que las hace susceptibles de ser aprovechadas en la tarea de modelización de la competencia común³⁸.

En la *ciudad inspirada*, la grandeza es la del santo que accede a un estado de gracia o la del artista que recibe la inspiración. Esta grandeza se revela en el propio cuerpo preparado mediante la ascesis y tiene en las manifestaciones inspiradas (santidad, creatividad, sentido artístico, autenticidad...) la forma de expresión privilegiada. En la *ciudad doméstica*, la grandeza de la gente depende de su posición jerárquica en una cadena de dependencias personales. En una fórmula de subordinación establecida a partir de un modelo doméstico, el lazo político entre los seres es concebido como una generalización del lazo generacional que conjuga tradición y proximidad: el «grande» es el primogénito, el ancestro, el padre, a quien se debe respeto y fidelidad a cambio de protección y apoyo. En la *ciudad del renombre*, la grandeza no depende más que de la opinión de los otros, es decir, del número de personas que otorguen su crédito y estima. El «grande» en la *ciudad cívica* es el representante de un colectivo del que expresa la voluntad general. En la *ciudad comercial*, el «grande» es aquel que se enriquece proponiendo sobre un mercado competitivo mercancías muy codiciadas, superando con éxito la prueba comercial. En la *ciudad industrial*, la grandeza se funda en la eficacia y determina la configuración de una escala de capacidades profesionales.

Cuando hace referencia al bien común, el segundo espíritu del capitalismo invoca justificaciones que descansan en un compromiso entre la ciudad indus-

³⁸ El acercamiento de los datos recogidos sobre el terreno a través de personas normales y de los textos cultos pertenecientes a la tradición cultural (un trabajo que no asusta a los antropólogos de las sociedades exóticas) suele acompañarse de una reflexión sobre el lugar que ocupa la tradición en nuestra sociedad y, más en particular, en nuestro universo político. En efecto, podemos demostrar cómo las construcciones de la filosofía política están, hoy por hoy, inscritas en instituciones y dispositivos (como, por ejemplo, colegios electorales, talleres, medios de comunicación de masas o incluso conciertos, reuniones de familia, etc.) que informan continuamente a los actores sobre aquello que tienen que hacer para comportarse con normalidad. La ciudad inspirada se ha construido apoyándose en *La Ciudad de Dios* de san Agustín y los tratados consagrados por él al problema de la gracia. La ciudad doméstica ha sido establecida a partir de un comentario de *La Politique tirée des propres paroles de l'écriture sainte* de Bossuet. La ciudad del renombre se ha constituido a partir del *Leviathan* de Hobbes, en particular a partir del capítulo consagrado al honor. La ciudad cívica —o colectiva— es analizada en *El contrato social* de Rousseau. La ciudad comercial ha sido formulada a partir de *La riqueza de las naciones* de Adam Smith. Por último, la ciudad industrial ha sido establecida a través de la obra de Saint-Simon.

trial y la ciudad cívica (y de forma secundaria la ciudad doméstica), mientras que el primer espíritu del capitalismo se apoyaba más bien en un compromiso entre justificaciones domésticas y justificaciones comerciales.

Debemos ser capaces de identificar las convenciones con vocación universal y los modos de referencia al bien común de las que se sirve el tercer espíritu del capitalismo actualmente en formación. Como tendremos ocasión de ver, los nuevos discursos justificativos del capitalismo se expresan de forma imperfecta a través de las seis ciudades ya identificadas. Para describir los «residuos», ininterpretables en el lenguaje de las ciudades ya existentes, hemos tenido que dar forma a una séptima ciudad que permitiese crear equivalencias y justificar posiciones de grandeza relativas en un mundo en red. Sin embargo, a diferencia del trabajo mencionado más arriba, no nos hemos apoyado en un texto capital de filosofía política para realizar la sistematización de los argumentos empleados³⁹, sino que hemos recurrido a un corpus de textos de gestión empresarial de la década de 1990, que al estar destinados a los cuadros se convierten en un repertorio particularmente evidente del nuevo espíritu del capitalismo, así como al análisis de las diferentes propuestas concretas presentadas hoy para mejorar la justicia social en Francia. No podemos obviar que somos contemporáneos de un intenso trabajo —en el que participan activamente las ciencias sociales— de reconstrucción de un modelo de sociedad que, aun pretendiendo ser realista —es decir, ajustada a la experiencia que las personas tienen del mundo social en el cual se encuentran inmersas y compatible con un cierto número de lugares comunes considerados, con razón o sin ella, como incuestionables (que las empresas tienen necesidad de flexibilidad, que el sistema de pensiones redistributivas no podrá durar tal cual mucho tiempo, que el paro de los trabajadores no cualificados es de larga duración,...)—, posee un carácter normativo en la medida en que se orienta hacia una mejora de la justicia.

Así, pues, habrá que demostrar cómo el nuevo espíritu del capitalismo señala los principios de equivalencia hasta ahora inusitados, pero también a través de qué proceso de aculturación de temas y de construcciones ya presentes en el entorno ideológico —provenientes, en particular, de los discursos críticos que le son dirigidos— se estructura y endurece progresivamente este nuevo espíritu,

³⁹ Quizá existan uno o varios textos que hubieran podido sernos de utilidad, pero hay que confesar que el carácter tan contemporáneo de la construcción que hemos tratado de acotar, así como el papel desempeñado por las mismas ciencias sociales en la elaboración de esta nueva esfera de legitimidad, hace que la elección de un autor y de un texto considerados como paradigmáticos sea algo delicado. Era, por otro lado, imposible en este caso, a diferencia de lo que ocurría con los textos clásicos, apoyarse en una tradición exegética y justificar su elección por un efecto de consagración y por las consecuencias que pudiera ejercer en la inscripción de temas de la filosofía política en la realidad del mundo social.

mediante una serie de procesos de prueba y error, hasta dar luz a una nueva configuración ideológica.

El espíritu del capitalismo legitima y limita el proceso de acumulación

Hemos visto cómo, para lograr la adhesión de las personas indispensables para la continuación de la acumulación, el capitalismo tuvo que incorporar un espíritu susceptible de proporcionar perspectivas de vida seductoras y excitantes, y que ofreciese a la vez garantías de seguridad y argumentos morales para poder continuar haciendo aquello que se hace. Esta amalgama de motivos y razones varía en el tiempo de acuerdo con las expectativas de las personas a las que hay que movilizar, las esperanzas con las cuales han crecido, así como en función de las formas adoptadas por la acumulación en las diferentes épocas. El espíritu del capitalismo debe responder a una exigencia de autojustificación, sobre todo para poder resistir a la crítica anticapitalista, lo que implica un recurso a convenciones de validez universal en cuanto a lo que es justo e injusto.

Es necesario que precisemos, a estas alturas del análisis, que el espíritu del capitalismo, lejos de ocupar simplemente el lugar de un «suplemento del alma», de un «pundonor espiritualista» o de una «superestructura» —como lo definirían, en efecto, determinados enfoques marxistas de las ideologías—, desempeña un papel central en el proceso capitalista a cuyo servicio está, que consiste en limitarlo: en efecto, las justificaciones planteadas que permiten movilizar a las partes implicadas obstaculizan la acumulación. Si consideramos seriamente las justificaciones planteadas por el espíritu del capitalismo, no todo beneficio es legítimo, no todo enriquecimiento es justo, no toda acumulación, por más que sea importante y rápida, es lícita. Ya Max Weber se dedicó a mostrar cómo el capitalismo, obstaculizado de esta suerte, se distinguía claramente de la pasión por el oro cuando uno se entrega a ella de forma desenfrenada. El capitalismo tendría, desde su punto de vista, como rasgo específico la moderación racional de este impulso⁴⁰.

Así pues, la interiorización por parte de los actores de un espíritu del capitalismo determinado implica la incorporación a los procesos de acumulación de restricciones no meramente formales, que los dotan de este modo de un marco específico. El espíritu del capitalismo proporciona, al mismo tiempo, una justificación al capitalismo (que se opone a los cuestionamientos que pretenden ser radicales) y un punto de apoyo crítico, que permite denunciar la separación entre las formas concretas de acumulación y las concepciones normativas del orden social.

⁴⁰ Cfr. Weber (1964, p. 58-59; 1991, p. 373; 1996, p. 160).

Asimismo, para ser tomada en serio, la justificación de las formas de realización histórica del capitalismo debe, frente a las numerosas críticas de las que es objeto este último, someterse a pruebas de realidad. Para resistir a estas pruebas, la justificación del capitalismo recurre a dispositivos, es decir, a ensamblajes de objetos, de reglas o de convenciones —de los que el derecho puede ser una expresión a escala nacional— que no se limitan a la búsqueda de beneficios, sino que están también encaminadas a la obtención de justicia. Por este motivo, el segundo espíritu del capitalismo es indisociable de los dispositivos de gestión de las posibilidades promocionales en las grandes empresas, de la puesta en marcha de la jubilación redistributiva y de la extensión, a un número cada vez mayor de situaciones, de la forma jurídica del contrato de trabajo asalariado, de tal forma que los trabajadores puedan beneficiarse de las ventajas asociadas a esta condición (Gaudu, 1997). Sin estos dispositivos, nadie habría podido creer realmente las promesas del segundo espíritu.

Las limitaciones que el espíritu del capitalismo impone al capitalismo se ejercen de dos formas distintas. Por un lado, la interiorización de las justificaciones por parte de los actores del capitalismo introduce la posibilidad de una autocritica y favorece la autocensura y la autoeliminación, en el propio interior del proceso de acumulación, de las prácticas no conformes con dichas justificaciones. Por otro lado, la puesta en marcha de *dispositivos constrictivos*, los únicos que son capaces de proporcionar credibilidad al espíritu del capitalismo, permite incorporar pruebas de realidad que ofrecen elementos tangibles con los que responder a las denuncias.

Daremos dos ejemplos particularmente apropiados para comprobar cómo la referencia a las exigencias expresadas en términos de bien común (en términos de una ciudad, si seguimos el modelo que estamos utilizando) llega a poner trabas al proceso de acumulación. En la *ciudad comercial* el beneficio es válido y el orden resultante de la confrontación entre personas diferentes en búsqueda de beneficios sólo es justo si la prueba comercial responde a las estrictas limitaciones impuestas por la exigencia de la igualdad de oportunidades, de tal forma que el éxito de una persona pueda ser atribuido al mérito —es decir, en este caso, a la capacidad de aprovechar las oportunidades ofrecidas por el mercado y al poder de atracción de los bienes y servicios propuestos— y no a una simple relación de fuerzas. Entre las limitaciones impuestas podemos citar, en primer lugar, todas aquellas destinadas a garantizar la competencia: la ausencia de una posición predominante, de acuerdos previos y de cárteles o, incluso, la transparencia de la información y de las disponibilidades de capital en el momento previo a la prueba para que no sean demasiado desiguales, lo que justificaría, por ejemplo, la tributación de las herencias. Por lo tanto, sólo bajo ciertas condiciones muy restrictivas la prueba comercial puede ser considerada como legítima. Sin embargo, el

cumplimiento de estas condiciones no sólo no contribuye de forma específica a la formación de beneficios, sino que puede llegar a frenarla. Podemos realizar observaciones similares a propósito del modo en que la referencia a la *ciudad industrial* permite justificar las formas de producción capitalistas, imponiéndoles al mismo tiempo limitaciones que no se derivan directamente de las exigencias inmediatas de la acumulación. Tales son, por ejemplo, la planificación a largo plazo, el aprovisionamiento de recursos de cara al futuro, las medidas encaminadas a reducir riesgos o a evitar el despilfarro, etcétera.

Cuando tomamos en serio los efectos de la justificación del capitalismo en términos de bien común, nos alejamos tanto de los enfoques críticos que sólo estiman real la tendencia del capitalismo a la acumulación ilimitada a cualquier precio y por cualquier medio (para los cuales las ideologías tienen como única función ocultar la realidad de las relaciones de fuerza económicas que siempre se imponen en toda la línea), como de los enfoques apologeticos que, confundiendo elementos de apoyo normativos y realidad, ignoran los imperativos de obtención de beneficios y de acumulación que pesan sobre el capitalismo y sitúan en el centro de éste las exigencias de justicia a las que se ve confrontado.

Estos dos planteamientos no son ajenos a la ambigüedad del calificativo de «legítimo», al que le acompañan sus dos derivados: legitimación y legitimidad. En el primer caso, se hace de la legitimación una simple operación de ocultamiento que conviene desvelar para ir a lo real. En el segundo, se hace énfasis en la pertinencia comunicativa de los argumentos y el rigor jurídico de los procedimientos, sin interrogarse sobre las condiciones de realización de las pruebas de realidad gracias a las cuales los grandes —es decir, en un mundo capitalista, los ricos— han adquirido su grandeza cuando ésta es considerada como legítima. La noción de espíritu de capitalismo, tal y como nosotros la definimos, nos permite superar la oposición que ha dominado buena parte de la sociología y la filosofía de los últimos treinta años —al menos en lo que respecta a los trabajos que se ubican en la intersección entre lo social y lo político—, entre teorías, a menudo de inspiración nietzscheano-marxistas, que no ven en la sociedad sino violencia, relaciones de fuerza, explotación, dominación y lucha de intereses⁴¹ y,

⁴¹ Esta primera corriente, constituida, tal y como hoy la conocemos, en la década de 1950 y que recoge la herencia del marxismo en la interpretación de la Escuela de Frankfurt y del posnietzscheísmo apocalíptico del primer tercio del siglo XX, tiende a reducir todas las exigencias normativas al plano de los conflictos de intereses (entre grupos, clases, pueblos, individuos, etc.). En este sentido esta corriente se autointerpreta como un radicalismo crítico. Desde esta óptica, que es en gran medida la adoptada hoy por Pierre Bourdieu, las exigencias normativas, desprovistas de autonomía, no son más que la expresión disfrazada de las relaciones de fuerza e incorporan «su fuerza a las relaciones de fuerza», lo cual supone partir

por otro lado, teorías que, inspirándose más bien en filosofías políticas contractualistas, han hecho hincapié en las formas del debate democrático y las condiciones de la justicia social⁴². En las obras provenientes de la primera corriente la descripción del mundo resulta demasiado negra para ser verdad: un mundo semejante no sería soportable durante mucho tiempo. Pero en las obras que se inscriben dentro de la segunda corriente, el mundo social es, hay que confesarlo, demasiado de color de rosa para ser creíble. La primera orientación teórica a menudo aborda el capitalismo, pero sin concederle una dimensión normativa. La segunda tiene en cuenta las exigencias morales que se derivan de un orden legítimo pero, al subestimar la importancia de los intereses y de las relaciones de fuerza, tiende a ignorar la especificidad del capitalismo, cuyos contornos se difuminan fundiéndose con los rasgos de las convenciones sobre las cuales reposa siempre el orden social.

2. EL CAPITALISMO Y SUS CRÍTICAS

La noción de espíritu del capitalismo nos permite asimismo asociar en una misma dinámica la evolución del capitalismo y las críticas que se enfrentan a él. En efecto, en nuestra construcción haremos jugar a la crítica un papel central en los cambios del espíritu del capitalismo.

El capitalismo no puede prescindir de una orientación hacia el bien común de la que extraer razones por las cuales merece la pena adherirse a él; sin embargo, su indiferencia normativa impide que el espíritu del capitalismo sea generado a partir de sus propios recursos. De este modo, el capitalismo necesita la ayuda de sus enemigos, de aquellos a quienes indigna y se oponen a él, para encontrar los puntos de apoyo morales que le faltan e incorporar dispositivos de justicia, elementos éstos sin los cuales no dispondría de la menor pertinencia. El

de unos actores en una perpetua situación de mentira, de desdoblamiento o de mala fe [el primer axioma de «Fundamentos para una teoría de la violencia simbólica» es: «Todo poder de violencia simbólica, es decir, todo poder que logra imponer significaciones como legítimas disimulando las relaciones de fuerza que fundamentan su fuerza, añade su propia fuerza a estas relaciones de fuerza» (Bourdieu, Passeron, 1970, p. 18)].

⁴² Esta segunda corriente, desarrollada durante estos últimos quince años en gran medida como reacción a la primera y partiendo de las aporías a las que conducen las hermenéuticas de la sospecha (Ricoeur, 1969, p. 148), ha profundizado considerablemente en el análisis de los principios de justicia y de las bases normativas del juicio, pero con frecuencia, hay que reconocerlo, a costa de un déficit en el examen de las relaciones sociales efectivas y de las condiciones de realización de las exigencias de justicia (con respecto a las cuales son poco consistentes) y de una subestimación de las relaciones de fuerza.

sistema capitalista se ha mostrado infinitamente más robusto de lo que habían pensado sus detractores —Marx en primer lugar—, pero esta robustez se debe también al hecho de que el capitalismo ha encontrado en sus críticas la manera de garantizar su supervivencia. ¿Acaso el nuevo orden capitalista resultante de la Segunda Guerra Mundial no tiene en común con el fascismo y el comunismo, por ejemplo, el énfasis en el Estado y en un cierto dirigismo económico? Probablemente esta sorprendente capacidad de supervivencia gracias a la asimilación de una parte de la crítica ha contribuido a desarmar a las fuerzas anticapitalistas, con el resultado paradójico de que durante los periodos en los que el capitalismo parece mostrarse triunfante —como ocurre actualmente— manifiesta una mayor fragilidad, fragilidad que surge, precisamente, en un momento en el que los competidores reales han desaparecido.

El concepto de crítica, por otro lado, escapa a la polarización teórica entre las interpretaciones concebidas en términos de relaciones de fuerza o de relaciones legítimas. La idea de crítica sólo cobra sentido dentro del diferencial existente entre un estado de cosas deseable y un estado de cosas real. Para dar a la crítica el lugar que se merece en el mundo social, debemos renunciar a reducir la justicia a la fuerza o a dejarnos cegar por la exigencia de justicia hasta el punto de ignorar las relaciones de fuerza existentes. Para que la crítica sea válida debe estar en condiciones de poder justificarse, es decir, de aclarar los puntos de apoyo normativos que la fundamentan, sobre todo cuando se enfrenta a las justificaciones que hacen de sus acciones quienes son objeto de la misma. La crítica no deja de hacer referencias a la justicia, ya que si la justicia no fuese más que un señuelo ¿qué sentido tendría la crítica?⁴³ Por otro lado, sin embargo, la crítica escenifica un mundo en el que la exigencia de justicia es transgredida sin descanso. Muestra la hipocresía de las pretensiones morales que disimulan la realidad de las relaciones de fuerza, de la explotación y de la dominación.

⁴³ En lo relativo a esta cuestión podemos retomar la posición de J. Bouveresse: «En la medida en que existe una dialéctica de la *Aufklärung* [Ilustración], podría hablarse igualmente de una dialéctica del discurso democrático, en virtud de la cual él mismo termina denunciando como ilusorios y falsos sus propios ideales. Cuando los intelectuales que se definen como demócratas convencidos proclaman abiertamente que la única realidad que puede constataarse y con la cual se puede contar es la del poder y la dominación, ¿qué puede objetarse a aquellos que deciden quitarse la máscara definitivamente? [...] Cuando los principios de libertad, de igualdad y de justicia no logran obtener más que una aprobación y un compromiso meramente formal, repletos de todo tipo de reservas escépticas, de sobreentendidos irónicos, de autocríticas, de autosospechas y de autodesintificaciones, los potenciales dictadores no tienen más que recurrir ante la opinión pública al juego, antaño mucho más eficaz, de la franqueza y del valor, afirmando con claridad aquello que saben y que la mala conciencia de sus adversarios ya ha admitido y confesado sobradamente de forma implícita» (Bouveresse, 1983, p. 384).

Los efectos de la crítica sobre el espíritu del capitalismo

El impacto de la crítica sobre el espíritu del capitalismo parece ser potencialmente al menos de tres tipos.

En primer lugar, la crítica es capaz de *deslegitimar los espíritus anteriores y privarles de su eficacia*. Daniel Bell (1979) sostiene que el capitalismo estadounidense se encontró con grandes dificultades a finales de la década de 1960 derivadas de la existencia de una tensión creciente entre las formas de ubicarse en el trabajo provenientes del ascetismo protestante sobre las cuales continuaba apoyándose el capitalismo y, por otro lado, el desarrollo de un modo de vida basado en el goce inmediato a través del consumo, estimulado por el crédito y la producción en masa, que los asalariados de las empresas capitalistas se veían incitados a abrazar en su vida privada. El hedonismo materialista de la sociedad de consumo vendría, según este análisis, a chocar de lleno —es decir, a criticar— con los valores de laboriosidad y ahorro que supuestamente sostenían, al menos implícitamente, la vida de trabajo, minando de este modo las modalidades de adhesión asociadas a la forma del espíritu del capitalismo por aquel entonces dominante, que se vio parcialmente deslegitimada. La consecuencia de todo ello es una desmovilización importante de los asalariados, resultado de una transformación de sus expectativas y aspiraciones.

Como segundo efecto, podemos observar que la crítica, al oponerse al proceso capitalista, obliga a quienes actúan como sus portavoces a justificarlo en términos de bien común. Cuanto más virulenta y convincente se muestre la crítica para un gran número de personas, más obligadas se verán las justificaciones planteadas como respuesta a insertarse en dispositivos fiables que garanticen *una mejora efectiva en términos de justicia*. En efecto, si los portavoces de los movimientos sociales se contentasen con declaraciones superficiales no acompañadas de acciones concretas —con palabras huecas, como suele decirse— como respuesta a sus reivindicaciones, si la expresión de buenos sentimientos bastase para calmar la indignación, no habría ninguna razón para que los dispositivos que se supone que hacen de la acumulación capitalista un fenómeno conforme al bien común debieran ser perfeccionados. Cuando el capitalismo se ve obligado a responder a los puntos destacados por la crítica para tratar de apaciguarla y para conservar la adhesión de sus tropas —que corren el peligro de prestar atención a las denuncias de la crítica—, *procede en esa misma operación a incorporar en su seno una parte de los valores en nombre de los cuales era criticado*. El efecto dinámico de la crítica sobre el espíritu del capitalismo pasa por el reforzamiento de las justificaciones y de los dispositivos asociados que, sin poner en cuestión el principio mismo de acumulación ni la exigencia de obtener beneficios, dan satisfacción parcial a la crítica e integran constricciones en el capitalismo que se corresponden con los puntos

que preocupaban a la mayor parte de sus detractores. El coste que la crítica ha de pagar por ser escuchada, al menos parcialmente, es ver cómo una parte de los valores que había movilizado para oponerse a la forma adoptada por el proceso de acumulación es puesta al servicio de esta misma acumulación mediante el proceso de aculturación que hemos evocado anteriormente.

Un último tipo de impacto posible de la crítica se fundamenta en un análisis mucho menos optimista en lo que a las reacciones del capitalismo se refiere. Podemos suponer que el capitalismo puede, bajo determinadas circunstancias, escapar a la exigencia del reforzamiento de los dispositivos de justicia social haciéndose cada vez más difícil de descifrar, «sembrando la confusión». Según esta posibilidad, la respuesta aportada a la crítica no conduce a la configuración de dispositivos más justos, sino a una transformación de los modos de obtención de los beneficios tal que deja al mundo momentáneamente desorganizado con respecto a los referentes anteriores y en un estado de enorme ilegibilidad. Frente a las nuevas concatenaciones cuya aparición no ha sido anticipada —y de las que es difícil decir si son más o menos favorables para los asalariados que los dispositivos sociales precedentes—, la crítica se encuentra desarmada durante un tiempo. El viejo mundo que denunciaba ha desaparecido, pero aún no sabemos qué decir del nuevo. La crítica actúa aquí como un acicate para acelerar la transformación de los modos de producción, los cuales entrarán en tensión con las expectativas de los asalariados formados sobre la base de los procesos anteriores, lo que llamará a una recomposición ideológica destinada a mostrar que el mundo del trabajo tiene todavía un «sentido».

Deberemos invocar estos tres tipos de efectos para dar cuenta de las transformaciones del espíritu del capitalismo a lo largo de los últimos treinta años.

El modelo de cambio que utilizaremos es un modelo a tres bandas. La primera representa la crítica y puede ser definida en función de lo que denuncia (siendo, como veremos, los objetos de denuncia bastante variados en el caso del capitalismo) y de su virulencia. La segunda corresponde al capitalismo, caracterizado por los dispositivos de organización del trabajo y las formas de obtención de beneficios específicas de una época determinada. La tercera remite asimismo al capitalismo, pero esta vez desde el punto de vista de la integración de dispositivos destinados a mantener una separación que resulte tolerable entre los medios empleados para generar beneficios (el segundo de los elementos que hemos señalado) y las exigencias de justicia que se apoyan en convenciones reconocidas como legítimas. Cada uno de los polos de esta oposición a tres bandas puede evolucionar: la crítica puede cambiar de objeto, así como perder o ganar virulencia; el capitalismo puede conservar o cambiar sus dispositivos de acumulación; también puede mejorarlos dotándolos de una mayor justicia o desmontar las garantías mantenidas hasta entonces.

Una crítica que se agota, es vencida o pierde su virulencia permite al capitalismo relajar sus dispositivos de justicia y modificar con toda impunidad sus procesos de producción. Una crítica que gana en virulencia y en credibilidad obliga al capitalismo a reforzar sus dispositivos de justicia, a no ser que, por el contrario, constituya —si el entorno político y tecnológico se lo permite— una incitación a transformarse, confundiendo las reglas de juego.

El cambio de los dispositivos de acumulación capitalista tiene como consecuencia el desarme temporal de la crítica, pero tiene también bastantes posibilidades de conducir, a medio plazo, a la formulación de un nuevo espíritu del capitalismo con el fin de restaurar la implicación de los asalariados que han perdido, en tal proceso, los puntos de referencia a los que se aferraban para tener algún asidero sobre su trabajo. Asimismo no es imposible que una transformación de las reglas de juego capitalistas modifique las expectativas de los asalariados sin socavar los dispositivos de acumulación, como en el caso analizado por D. Bell (1979).

Por otro lado, la introducción de dispositivos que garantizan una mayor justicia apacigua a la crítica en lo que respecta a los objetos de las reivindicaciones planteados hasta ese momento, pero a la par puede también conducirla a desplazarse hacia otros problemas. Este movimiento suele ir acompañado, en la mayoría de los casos, por un descenso de la vigilancia en torno a los antiguos puntos de contestación. Se abren así para el capitalismo nuevas posibilidades de transformar las reglas de juego, lo que entraña una degradación de las ventajas obtenidas previamente y provoca a medio plazo un relanzamiento de la crítica.

En el centro de este juego a tres bandas, funcionando como un dispositivo de registro, caja de resonancia y crisol donde se forman nuevos compromisos, encontramos al espíritu del capitalismo, un espíritu del capitalismo renegociado —puesto en cuestión o incluso aniquilado antes de un nuevo surgimiento— por la transformación tanto de los dispositivos dirigidos a la obtención de beneficios como de aquellos orientados a la consecución de la justicia, a la par que por la continua metamorfosis de las necesidades de justificación bajo el fuego de la crítica. El estudio del espíritu del capitalismo y de su evolución es una vía de entrada pertinente para analizar la dinámica conjunta del capitalismo y de sus críticas, que hemos situado en el centro de este trabajo.

Una noción que nos ayudará a articular estos tres términos de capitalismo, espíritu del capitalismo y crítica, será la de *prueba*, que constituye, por otro lado, un excelente dispositivo para integrar en un mismo marco, sin caer en reduccionismos, las exigencias de justicia y las relaciones de fuerza.

Pruebas de fuerza y pruebas legítimas

La noción de prueba rompe con una concepción excesivamente determinista de lo social, ya se funde en la omnipotencia de las estructuras, ya lo haga, dentro de una óptica culturalista, en la dominación de normas interiorizadas. El concepto de prueba hace hincapié en la incertidumbre que, desde la perspectiva de la acción, habita, en distintos grados, las situaciones de la vida social⁴⁴.

Para nuestro proyecto, la noción de prueba presenta la ventaja de permitirnos circular, con las mismas herramientas teóricas, de las relaciones de fuerza a los órdenes legítimos. La prueba es siempre una prueba de fuerza, es decir, el acontecimiento en el transcurso del cual los seres, midiéndose (imaginémonos un pulso entre dos personas o el enfrentamiento entre un pescador y la trucha que trata de escapar de él), muestran de lo que son capaces e incluso, a un nivel más profundo, de qué están hechos. Cuando la situación se encuentre sometida a las constricciones de la justificación y los protagonistas juzguen que estas constricciones son realmente respetadas, esta prueba de fuerza será considerada como legítima.

Diremos, en el primer caso (prueba de fuerza), que al final de la prueba, la revelación de las potencias se traduce en la determinación de un cierto grado de fuerza y, en el segundo (prueba legítima), en un juicio sobre la *grandeza* respectiva de las personas. Mientras que la atribución de una fuerza define un estado de cosas sin ninguna coloración moral, la atribución de una grandeza presupone un juicio que no sólo atañe a la fuerza respectiva de los seres presentes, sino también al carácter justo del orden revelado por la prueba.

El paso de la prueba de fuerza a la prueba de grandeza legítima presupone un trabajo social de identificación y cualificación de los diferentes tipos de fuerzas que deben ser distinguidas y separadas unas de otras. Para que pueda ser apreciada desde el punto de vista de la justicia, una prueba debe, para empezar, estar especificada, ser prueba de algo, de esto o de aquello, de una carrera a pie o de latín, y no permanecer indeterminada y abierta a un enfrentamiento entre seres

⁴⁴ Esta incertidumbre apunta al estado de los seres, objetos o personas y, en particular, a sus respectivas potencias, de las que depende su ubicación en los dispositivos que enmarcan la acción. En un mundo en el que toda potencia fuese fijada de una vez para siempre, donde los objetos fuesen inmutables (donde, por ejemplo, no estuviesen sometidos al desgaste) y donde las personas actuasen según un programa estable y conocido por todos, la prueba sería siempre esquivada, pues la certidumbre que existiría sobre sus resultados la haría innecesaria. En la medida en que las posibilidades de los objetos (como cuando se habla de probar las posibilidades de un vehículo) y las capacidades de las personas son, por naturaleza, inciertas (nunca sabemos con exactitud de lo que la gente es capaz), los seres entran en relaciones de enfrentamiento y de confrontación en las que se revela su potencia.

considerados desde cualquier tipo de relación e implicando cualquier tipo de fuerza (lo que podría constituir una de las caracterizaciones posibles de la violencia). Si lo que es puesto a prueba no es predefinido, la prueba será juzgada como poco sólida, poco fiable y sus resultados serán cuestionables. De este modo, mientras que en la lógica de la prueba de fuerza las fuerzas se encuentran, se componen y se desplazan sin más límite que la propia resistencia de otras fuerzas, la prueba de grandeza sólo es válida (justa) si pone en juego fuerzas de la misma naturaleza. Ya no podemos reconocer por el arte la fuerza del dinero, reconocer por el dinero la fuerza de la reputación o de la inteligencia, etc. Es necesario, para no ser simplemente fuerte, sino también grande, hacerse con la fuerza de la naturaleza adecuada a la prueba a la cual uno se somete. De este modo, asegurar la justicia de una prueba es formalizarla y controlar su ejecución con objeto de impedir que sea parasitada por fuerzas exteriores.

En una sociedad en la que un gran número de pruebas están sometidas a constricciones que definen en qué consiste una prueba legítima, la fuerza de los fuertes se ve bastante disminuida toda vez que la tensión de las pruebas tiende a obstaculizar las posibilidades de aquellos que, disponiendo de fuerzas diferenciadas pero poco específicas, pueden desplazarlas, confundirlas o extenderlas en función de las necesidades estratégicas de la situación. No se puede, por ejemplo, comprar a los críticos literarios y ser reconocido como un escritor dotado de gran inspiración, o convertirse en director de gabinete por el simple hecho de ser el primo del ministro. Hay que renunciar a salirse con la suya a cualquier precio.

Además, la prueba de fuerza y la prueba legítima no deben ser concebidas como oposiciones discretas. Existe de una a otra un *continuum*, de tal forma que las pruebas pueden ser juzgadas más o menos justas, y que siempre sea posible descubrir la acción de fuerzas subyacentes que vienen a contaminar una prueba que, sin embargo, pretende ser legítima (como ocurre, por ejemplo, con la manifestación de las ventajas y desventajas sociales que inciden sobre los resultados de la prueba escolar, sin que los examinadores lo tengan en cuenta explícitamente).

La noción de prueba nos sitúa en el centro de la perspectiva sociológica, uno de cuyos interrogantes más constantes —que ninguna teoría ha eludido— atañe a los procesos de selección por los cuales se efectúa la distribución diferencial de las personas entre lugares dotados de un valor desigual, y al carácter más o menos justo de esta distribución (y aquí la sociología converge con los interrogantes planteados por la filosofía política). La noción de prueba posee también la ventaja de hacer posibles los cambios de escala según se tome como objeto de análisis situaciones de prueba consideradas en su singularidad en el transcurso de interacciones tratadas como acontecimientos únicos (como el intercambio entre un candidato a ser contratado y el contratante) —cuyo tratamiento recuer-

da a los procedimientos de la microsociología— o bien nos limitemos a describir clases de pruebas relativamente estabilizadas que, desde una perspectiva de la sociología de la acción, conectan con los interrogantes clásicos de la macrosociología. La noción de prueba permite, por lo tanto, desplazarse entre lo micro y lo macro, en la medida en que se orienta tanto hacia dispositivos sectoriales o situaciones singulares como hacia concatenaciones societales, ya que las grandes tendencias de selección social descansan, en última instancia, en la naturaleza de las pruebas que una sociedad reconoce en un momento dado. De este modo, no sería exagerado considerar que se puede definir una sociedad (o un estado social) por la naturaleza de las pruebas que se da a sí misma y a cuyo través se efectúa la selección social de las personas y por los conflictos que apuntan al carácter más o menos justo de estas pruebas.

Crítica y prueba están estrechamente ligadas una con otra. La crítica conduce a la prueba en la medida en que ésta pone en cuestión el orden existente y coloca bajo sospecha el estado de grandeza de los seres presentes. A su vez, la prueba —sobre todo cuando pretende la legitimidad— se expone a la crítica, que descubre las injusticias suscitadas por la acción de fuerzas ocultas.

El impacto de la crítica sobre el capitalismo se realiza a través de los efectos que ésta produce sobre las pruebas centrales del capitalismo. Es el caso, por ejemplo, de las pruebas de las que depende el reparto entre salarios y beneficios dentro de un determinado estado del derecho laboral y del derecho de sociedades que se supone que respetan o, por ejemplo, las pruebas de selección que dan acceso a posiciones consideradas más o menos favorables.

El papel de la crítica en la dinámica de las pruebas

Podemos considerar que existen dos maneras de criticar las pruebas. La primera tiene una intención *correctiva*: la crítica desvela lo que, en las pruebas cuestionadas, transgrede la justicia y, en particular, las fuerzas que algunos de los protagonistas movilizan a espaldas de los otros, lo que les procura una ventaja inmerecida. El objetivo de la crítica es, en este caso, mejorar la justicia de la prueba —*tensarla*, podríamos decir—, aumentar su nivel de convencionalismo, desarrollar su marco reglamentario o jurídico. Las pruebas instituidas, como, por ejemplo, las elecciones políticas, los exámenes escolares, las pruebas deportivas y las negociaciones paritarias entre agentes sociales, son el resultado de semejante trabajo de depuración de la justicia, de tal forma que no se permita pasar más que a las fuerzas que sean consideradas coherentes con la calificación de la prueba. No obstante, estas pruebas permanecen perpetuamente susceptibles de mejora y, por lo tanto, de crítica. El trabajo de depuración es un trabajo sin fin

porque las relaciones bajo las cuales pueden ser aprehendidas las personas son ontológicamente ilimitadas⁴⁵.

Una segunda forma de criticar las pruebas podría denominarse *radical*. Lo fundamental ya no consistiría en corregir las condiciones de la prueba con el fin de hacerla más justa, sino en suprimirla y, eventualmente, reemplazarla por otra. En el primer caso, la crítica toma en serio los criterios que se supone que satisfacen la prueba, para demostrar que su realización se aleja, en determinado número de aspectos, de su definición o, si se quiere, de su concepto, tratando de contribuir a hacerla más conforme a las pretensiones que supuestamente debería satisfacer. En el segundo caso, es la validez misma de la prueba, que es precisamente lo que da sentido a su existencia, lo que es puesto en cuestión. Desde el punto de vista de esta segunda posición crítica, la crítica que pretende corregir la prueba es, frecuentemente, criticada como *reformista*, en oposición a una crítica radical que históricamente se ha afirmado como *revolucionaria*.

Con respecto al modelo de las economías de grandeza (Boltanski, Thévenot, 1991) en el que nos basamos aquí, la crítica correctiva es una crítica que toma en serio la ciudad en referencia a la cual ha sido construida la prueba. Inversamente, la crítica radical es una crítica que se ejerce en nombre de otros principios, principios provenientes de otra ciudad diferente de aquella sobre la que la prueba, en su definición admitida habitualmente, pretende basar sus juicios.

Vamos a evocar, en un primer momento, el destino posible de una crítica correctiva con pretensiones reformistas. En la medida en que las pruebas criticadas pretenden ser consideradas como legítimas (lo que provoca que recurran para justificarse a las mismas posiciones normativas que son invocadas por la crítica), es imposible que quienes tienen como tarea controlar su realización práctica ignoren eternamente las observaciones de las que son objeto estas pruebas,

⁴⁵ Toda vez que no se opera en un universo abstracto, sino en el mundo real, en un mundo atravesado por fuerzas múltiples, la prueba más cuidadosamente dispuesta no puede impedir por completo el paso de fuerzas que no entran en su definición. Por otro lado, una prueba absolutamente impecable es imposible desde un punto de vista lógico, ya que supondría el establecimiento de un procedimiento específico para cada situación singular (y para cada persona), lo cual impediría el juicio bajo el principio de equivalencia y la constitución de un orden justificable. Un mundo perfectamente justo supondría una especie de codificación previa de cada situación y un procedimiento de negociación para que los actores pudieran converger hacia un acuerdo sobre la definición de la situación, lo cual es imposible material (el tiempo consagrado a la negociación sería mayor que el tiempo consagrado a la acción) y lógicamente (habría también que definir, mediante negociaciones, la situación de negociación mediante un ejercicio especular infinito). Nada garantizaría además que la codificación *ad hoc* así obtenida fuese realmente adecuada a la situación, porque a las personas, en ausencia de precedentes y de aprendizaje por prueba y error, les sería imposible detectar las fuerzas parasitarias y corregir la graduación de la prueba.

ya que para continuar siendo legítimas deben ser capaces de plantear una respuesta a la crítica. Esta respuesta puede consistir bien en mostrar que la crítica se equivoca (y para ello debe entonces aportar pruebas convincentes), bien en estrechar el control sobre la prueba y depurarla para hacerla más conforme con el modelo de justicia que sostiene los juicios que aspiran a la legitimidad. Es lo que ocurre, por ejemplo, cuando, tras las denuncias, se hace anónimo un examen que anteriormente no lo era o cuando se prohíbe la divulgación de informaciones procedentes de operaciones de bolsa (*délits d'initiés*⁴⁶).

Pero puede producirse otra reacción ante la crítica correctiva de una prueba que no consistiría en satisfacerla, sino en tratar de esquivarla. Cabe esperar este movimiento, por un lado, entre aquellos que resultan beneficiados por la prueba, pero que la crítica ha demostrado hasta qué punto éstos la superaban de manera ilegítima, ya que ven, por consiguiente, cómo merman las ventajas de las que disponían, y, por otro lado, entre los organizadores de la prueba o entre aquellos sobre quienes descansan mayoritariamente los costes de su organización⁴⁷, que consideran que el aumento esperado de la justicia de la prueba —y, por lo tanto, en su legitimidad— no compensa el mayor coste de la misma (reforzamiento de los controles, precauciones, perfeccionamiento de los criterios de enjuiciamiento), o incluso que, con independencia de las ventajas obtenidas desde el punto de vista de la justicia, el coste se ha vuelto prohibitivo.

De este modo, un cierto número de actores puede tener interés en reducir la importancia concedida a una prueba, en su marginalización, sobre todo si parece difícil poner fin al trabajo de la crítica, cuyo relanzamiento obliga de continuo a tensar aquella y a aumentar sus costes. En lugar de poner frontalmente en tela de juicio las pruebas instituidas —lo que sería demasiado costoso, en primer lugar en términos de legitimidad—, tratan de buscar nuevos caminos para la obtención de beneficios realizando *desplazamientos* locales, de escasa amplitud,

⁴⁶ Así se denomina a las infracciones cometidas en la bolsa por todas aquellas personas que disponiendo, en el ejercicio de su profesión o de sus funciones, de una información privilegiada sobre las perspectivas o la situación de un emisor de títulos, sobre las perspectivas de evolución de un valor inmobiliario, etc., las comunicara a un tercero fuera del marco habitual de su profesión o de sus funciones. Son considerados «iniciados» el dirigente de una sociedad, su secretario general o su administrador [N. del T.].

⁴⁷ En el caso de la prueba de selección, es la empresa la que soporta el coste directo, mientras que los principales beneficiarios son, por ejemplo, los diplomados de determinadas escuelas. En el caso de la prueba del reparto del valor añadido, los beneficiarios son los asalariados y los capitalistas, en función de proporciones que son precisamente el objeto de la disputa. El coste recaería sobre las empresas, pero también sobre el Estado en la medida en que éste es el encargado de hacer respetar las reglamentaciones y de interponer los controles necesarios para proteger los respectivos derechos de las partes implicadas.

poco visibles y múltiples. Estos desplazamientos pueden ser geográficos (deslocalización hacia regiones donde la mano de obra es barata y donde el derecho laboral se encuentra poco desarrollado o respetado) si, por ejemplo, las empresas no quieren introducir las mejoras propuestas por la crítica en el reparto de salarios/beneficios (podrían hacerse exactamente las mismas observaciones con respecto a las nuevas exigencias en materia de medio ambiente). También puede tratarse de una modificación de los criterios de medición del éxito en la empresa para escapar a los procedimientos vinculados a la gestión de las promociones o de la supresión de pruebas formales en los procesos de selección (resolución de los casos por escrito, tests psicotécnicos) considerados como demasiado costosos. Estos desplazamientos, que modifican el recorrido de las pruebas⁴⁸, tienen por efecto la reducción de los costes asociados al mantenimiento de las pruebas puestas en tensión y la mejora de los beneficios de aquellos que pueden disponer de recursos diversificados y que se encuentran liberados de las trabas que limitaban hasta entonces los usos que podían hacer de sus fuerzas. En una sociedad capitalista, donde los fuertes son los poseedores de capital, y en la que la historia ha demostrado con regularidad que, sin trabas legislativas y reglamentarias, éstos tienden a usar su poder económico para conquistar una posición dominante en todos los ámbitos y para no dejar a los asalariados más que lo indispensable para su supervivencia del valor añadido extraído, evidentemente es el partido del beneficio el que suele salir ganando de estos microdesplazamientos.

Este modo de reaccionar ante la crítica mediante desplazamientos tiene también por efecto el desarme temporal de esta última, que se ve frente a un mundo que ya no es capaz de interpretar. La crítica y los aparatos críticos propios de una etapa anterior del espíritu del capitalismo son incapaces de aferrar las nuevas pruebas que no han sido aún sometidas a un trabajo de reconocimiento, de institucionalización y de codificación, porque una de las primeras tareas de la crítica es, precisamente, identificar las pruebas más reseñables vigentes en una sociedad dada, clarificar o empujar a los protagonistas a aclarar los principios subyacentes a las mismas para, posteriormente, hallarse en condiciones de proceder a una crítica correctiva o radical, reformista o revolucionaria, según las opciones y estrategias de aquellos que la llevan a cabo.

A results de la multitud de microdesplazamientos desplegados con objeto de evitar localmente las pruebas más costosas o las más sometidas a la crítica, la

⁴⁸ Podemos hablar de recorrido de pruebas cuando, como suele ocurrir con las pruebas más institucionalizadas, el acceso a una prueba está cerrado, es decir, condicionado a la superación de una prueba anterior, al objeto de unificar las propiedades de los competidores presentes, lo que es una condición para que la equivalencia sobre la cual descansa la prueba sea juzgada como válida.

acumulación capitalista se ve en parte liberada de los obstáculos que hacía pesar sobre ella la noción limitadora de bien común. Pero, al mismo tiempo, se ve desposeída de las justificaciones que hacían de ella algo deseable para la mayoría de los actores, excepto si esta reorganización de las pruebas resulta estar en armonía con temáticas planteadas por una crítica radical encaminada (también en nombre del bien común aunque invocando valores diferentes) a suprimir las antiguas pruebas. Un desplazamiento de este tipo pierde en legitimidad desde el punto de vista de los antiguos principios, pero puede apoyarse en principios de legitimidad aportados por otros sectores de la crítica. A nos ser que logre una salida completa del régimen del capital, el único destino posible de la crítica radical (cuya cerrazón en el mantenimiento de una postura de oposición testaruda e interminable suele ser fácilmente calificada de «irreal» por sus detractores) parece ser su utilización como fuente de ideas y de legitimidad para salir de un marco demasiado normativizado, y para determinados actores demasiado costoso, heredado de una etapa anterior del capitalismo.

De este modo, podemos considerar posibles situaciones en las que el conjunto de la crítica se ve desarmada como resultado de un mismo movimiento: una, que aquí hemos calificado de correctiva (lo que no quiere decir que se conciba necesariamente como reformista), porque las pruebas a las cuales se ajustaba desaparecen o caen en desuso; la otra, que hemos denominado radical (lo que no significa tampoco que sólo sea cosa de aquellos que se denominan a sí mismos «revolucionarios»), porque la evolución de las ideas dominantes va en un sentido que ella reclamaba y que en parte satisface. Como veremos a continuación, una situación de este tipo ha caracterizado, desde nuestro punto de vista, a Francia en la década de 1980.

Sin embargo, tal situación no parece destinada a durar mucho tiempo: la reorganización del capitalismo crea nuevos problemas, nuevas desigualdades y nuevas injusticias, no porque sea intrínseco a su naturaleza ser injusto, sino porque la cuestión de la justicia no es pertinente dentro del marco en que se despliega —la norma de acumulación de capital es amoral— a no ser que la crítica le obligue a justificarse y autocontrolarse.

Progresivamente van reconstituyéndose diferentes esquemas de interpretación, permitiendo dar sentido a estas transformaciones y favoreciendo un relanzamiento de la crítica al facilitar la identificación de las nuevas modalidades problemáticas de la acumulación. La recuperación de la crítica trae consigo la formación de nuevos puntos de apoyo normativos que el capitalismo ha de ser capaz de integrar. Este compromiso se afirma en la expresión de una nueva forma de espíritu del capitalismo que contiene, al igual que aquellos que le precedieron, exigencias de justicia.

Así, pues, el nacimiento de un nuevo espíritu del capitalismo se realiza en dos tiempos, aunque sea ésta una distinción fundamentalmente de tipo analíti-

co, pues en realidad ambas fases se encuentran profundamente imbricadas. Asistimos, en un primer momento, al esbozo de un esquema de interpretación general de los nuevos dispositivos, a la puesta en marcha de una nueva cosmología que permite ubicarse y deducir algunas reglas elementales de comportamiento. En un segundo momento, este esquema va a *depurarse en dirección a una mayor justicia*. Una vez que sus principios de organización se han establecido, la crítica reformista va a esforzarse por tensar las nuevas pruebas identificadas.

Las formas históricas de la crítica del capitalismo

Para interpretar la coyuntura histórica que aborda nuestro trabajo, debemos ahora definir con mayor exactitud el contenido de las críticas dirigidas al capitalismo, porque la orientación de un movimiento particular de éste y el sentido de las transformaciones que afectan a su espíritu no pueden comprenderse en profundidad si no tomamos en consideración el tipo de críticas a las que se ha visto y se ve expuesto. La necesidad de aportar justificaciones al capitalismo y de mostrarle bajo una luz atractiva no se impondría con tanta urgencia si el capitalismo no estuviera enfrentado, desde sus orígenes, a fuerzas críticas de gran potencia. El anticapitalismo es tan antiguo como el propio capitalismo, «le acompaña como su propia sombra a lo largo de todo su desarrollo. Podemos sostener, sin buscar con ello en ningún caso la paradoja, que el anticapitalismo es, desde un punto de vista histórico, la expresión más importante del capitalismo» (Baechler, 1995, vol. 2, p. 268).

Sin entrar con detalle en la historia de las críticas de las que ha sido objeto el capitalismo —tarea que superaría con mucho el marco de esta obra— debemos, no obstante, para comprender la formación del nuevo espíritu del capitalismo, recordar los principales vectores sobre los que se han construido las principales formas de anticapitalismo y que han permanecido bastante perennes desde la primera mitad del siglo XIX.

La formulación de una crítica supone previamente la vivencia de una experiencia desagradable que suscita la queja, ya sea ésta padecida personalmente por el crítico o el resultado de una conmoción por la suerte de otro (Chiapello, 1998). Es lo que aquí denominaremos la fuente de la *indignación*. Sin este primer movimiento emotivo, casi sentimental, ninguna crítica puede emprender vuelo. Por otro lado, el espectáculo del sufrimiento no conduce automáticamente a una crítica articulada, ya que necesita de un apoyo teórico y de una retórica argumentativa para dar voz y traducir el sufrimiento individual en términos que hagan referencia al bien común (Boltanski, 1990; 1993). Así, pues, existen realmente dos niveles en la expresión de una crítica: un nivel primario,

situado en el ámbito de las emociones, que es imposible hacer callar y que siempre está dispuesto a inflamarse ante la presencia de la menor situación novedosa que fuerce la indignación, y un nivel secundario, reflexivo, teórico y argumentativo, que permite mantener la lucha ideológica y que constituye la fuente de conceptos y esquemas que permitirán ligar las situaciones históricas que pretenden someterse a crítica a valores susceptibles de universalización. Cuando hablamos de desarme de la crítica hacemos referencia a este segundo nivel. Dado que sabemos que el trabajo de la crítica consiste en traducir la indignación al marco de teorías críticas para proporcionarle voz posteriormente (lo que implica, por su parte, otras condiciones que no examinaremos aquí), comprendemos, que aun cuando las fuerzas críticas parecen estar en total descomposición, la capacidad de indignarse permanezca intacta. Ésta se encuentra especialmente presente entre los jóvenes, quienes no han experimentado aún el cierre del campo de posibilidades constitutivo del envejecimiento, pudiendo conformar el sustrato a partir del cual se hace posible un relanzamiento de la crítica. Aquí es donde reside la garantía de un trabajo crítico renovado de forma continua.

Desde su formación —y a pesar de las transformaciones del capitalismo— la «naturaleza» de la crítica (Heilbroner, 1986) no se ha transformado radicalmente, hasta el punto de que las fuentes de indignación que la han alimentado de forma continua han permanecido bastante similares a lo largo de los dos últimos siglos. Son básicamente de cuatro tipos:

- a) el capitalismo como fuente de *desencanto* y de *inautenticidad* de los objetos, de las personas, de los sentimientos y, en general, del tipo de vida que se encuentra a él asociado;
- b) el capitalismo como fuente de *opresión*, en la medida en que se opone a la libertad, a la autonomía y a la creatividad de los seres humanos sometidos bajo su imperio, por un lado, a la dominación del mercado como fuerza impersonal que fija los precios, designa los hombres y los productos-servicios deseables y rechaza al resto y, por otro, a las formas de subordinación de la condición salarial (disciplina de empresa, estrecha vigilancia por parte de los jefes y encuadramiento mediante reglamentos y procedimientos);
- c) el capitalismo como fuente de *miseria* de los trabajadores y de *desigualdades* de alcance desconocido en el pasado;
- d) el capitalismo como fuente de *oportunismo* y de *egoísmo* que, favoreciendo solamente intereses particulares, actúa como destructor de los lazos sociales y de las solidaridades comunitarias, en particular de una solidaridad mínima entre ricos y pobres.

Una de las mayores dificultades del trabajo crítico consiste en la cuasi imposibilidad de mantener unidas estas diferentes causas de indignación e integrarlas en un marco coherente, de tal forma que la mayor parte de las teorías críticas privilegian uno de los ejes, en función del cual desplegarán su argumentación, en detrimento de los otros. De este modo, unas veces se hace hincapié en las dimensiones industriales del capitalismo (crítica de la estandarización de los bienes, de la técnica, de la destrucción de la naturaleza y de los modos de vida auténticos, de la disciplina de fábrica y de la burocracia), de tal forma que las mismas críticas podrían también ser aplicadas a una denuncia del socialismo real, mientras otras veces se privilegia la crítica de sus dimensiones mercantiles (crítica de la dominación impersonal del mercado; del dinero todopoderoso que hace que todo sea equivalente, convirtiendo a los seres más sagrados, a las obras de arte y, sobre todo, a los seres humanos, en mercancías; que somete a procesos de mercantilización a la política, objeto de marketing y de publicidad como cualquier otro producto). Por otro lado, las referencias normativas movilizadas para dar cuenta de la indignación son diferentes, cuando no difícilmente compatibles. Mientras que la crítica del egoísmo y del desencanto suele ir acompañada de una nostalgia por las sociedades tradicionales o sociedades de orden —sobre todo por sus dimensiones comunitarias—, la indignación frente a la opresión y la miseria en una sociedad rica se apoya en los valores de libertad e igualdad que, pese a ser ajenos al principio de acumulación ilimitada que caracteriza al capitalismo, han estado históricamente asociados al ascenso de la burguesía y al desarrollo del mismo⁴⁹.

Por tales razones, los portadores de estos diversos motivos de indignación y puntos de apoyo normativos han sido grupos de actores diferentes, pese a que podamos, frecuentemente, verlos asociados en una coyuntura histórica determinada. De este modo, podemos distinguir entre una *crítica artista* y una *crítica social*⁵⁰.

La primera de ellas, que hunde sus raíces en la invención de un modo de vida bohemio (Siegel, 1986), recurre sobre todo a las dos primeras fuentes de indignación que hemos señalado brevemente hace un instante: por un lado, el desencanto y la inautenticidad y, por otro, la opresión, que caracterizan al mundo burgués asociado con el ascenso del capitalismo. Esta crítica pone en primer plano la pérdida de sentido y, más en concreto, la pérdida del sentido de lo bello y de lo grandioso que se desprende de la estandarización y de la mercantilización generalizada y que no sólo afecta a los objetos cotidianos, sino también a las obras de arte (el mercantilismo cultural de la burguesía) y a los seres humanos.

⁴⁹ Como demuestra François Furet (1995, pp. 20-31), los valores burgueses han servido para proporcionar un fuerte impulso a la crítica de la burguesía.

⁵⁰ Véase Grana (1964), Bourdieu (1992) y Chiapello (1998).

Esta crítica insiste en la voluntad objetiva del capitalismo y de la sociedad burguesa de incorporar, dominar y someter a los seres humanos a un trabajo prescrito con el objetivo de obtener beneficios, pero invocando hipócritamente la moral, a la que se opondría la libertad del artista, su rechazo a una contaminación de la estética por la ética, su desprecio por toda forma de sometimiento en el tiempo y en el espacio, así como, en sus expresiones más extremas, por todo tipo de trabajo.

La crítica artista descansa en una oposición, cuya expresión ejemplar podemos encontrar en Baudelaire, entre el apego y el desapego, la estabilidad y la movilidad. Por un lado estarían los burgueses, poseedores de tierras, de fábricas, de mujeres y esclavos del tener, obnubilados por la conservación de sus bienes, perpetuamente preocupados por su reproducción, su explotación y su crecimiento, condenados de este modo a una previsión meticulosa, a una gestión racional del espacio y del tiempo y a una búsqueda casi obsesiva de la producción por la producción. Por otro lado, estarían los intelectuales y los artistas libres de toda atadura, cuyo modelo —el del *dandy*, construido a mediados del siglo XIX— hizo tanto de la cultura de la incertidumbre como de la ausencia radical de toda producción que no fuese la producción de sí mismo ideales insuperables (Coblence, 1986)⁵¹.

El segundo tipo de crítica, inspirada en los socialistas y, posteriormente, en los marxistas, hace referencia preferentemente a las dos últimas fuentes de indignación que hemos identificado: el egoísmo de los intereses particulares en la sociedad burguesa y la miseria creciente de las clases populares en una sociedad con una riqueza sin precedentes, misterio que encontrará su explicación en las teorías de la explotación⁵². Apoyándose en la moral y, a menudo, en una temá-

⁵¹ De la ausencia de ataduras se desprende la idealización de un uso particular del espacio y el tiempo. Como han repetido las múltiples glosas del tema del *transeúnte* (de los *passants* de París, etc.) en Baudelaire, el artista es, en primer lugar, aquel que no hace sino pasar. Aquel cuya libertad se manifiesta pasando de un lugar a otro, de una situación a otra, un día en un burdel, al día siguiente en casa de una marquesa, sin entretenerse ni atarse, sin privilegiar un lugar con respecto a otro y, sobre todo, alejándose de todo juicio de valor del que pudiera brotar una intención moral, en favor de un juicio puramente estético que tenga como único principio la visión del artista (Froidevaux, 1989).

⁵² Podemos encontrar en Marx, así como entre la mayoría de los pensadores de la modernidad, ambas críticas: la artista y la social. La primera está muy presente en el joven Marx y en franco retroceso —aunque no completamente ausente— con respecto a la crítica social en *El Capital*. Los conceptos de alienación y de explotación hacen referencia a estas dos sensibilidades diferentes. En la alienación, lo primero en ser denunciado es la opresión, así como la forma en que la sociedad capitalista impide a los seres humanos vivir una «verdadera» vida, una vida auténticamente humana, volviéndoles extraños a sí mismos, es decir, a su humanidad más profunda; la crítica de la alienación es, por lo tanto, también una crítica de

tica de inspiración cristiana, la crítica social rechaza, a veces con violencia, el inmoralismo o el neutralismo moral, el individualismo, inclusive el egoísmo o egotismo, de los artistas⁵³.

Recurriendo a fuentes ideológicas y emocionales diferentes, las cuatro temáticas de la indignación, cuyos rasgos principales acabamos de recordar, no son compatibles automáticamente y pueden, según las coyunturas históricas, verse asociadas, a menudo al precio de un malentendido fácilmente denunciado como incoherencia, o, por el contrario, entrar en tensión.

Un ejemplo de amalgama nos lo ofrece la crítica intelectual en la Francia posterior a la Segunda Guerra Mundial, tal y como se expresa en una revista como *Les Temps Modernes*, que se preocupaba de mantenerse en la primera línea de todas las luchas y lograr así conciliar el obrerismo y el moralismo del partido comunista con el libertinaje aristocrático de la vanguardia artística. En este caso, la crítica esencialmente de tipo económico que denuncia la explotación burguesa de la clase obrera va acompañada de una crítica de las costumbres, denunciando el carácter opresivo e hipócrita de la moral burguesa —particularmente en lo que respecta a la sexualidad— y de una crítica estética que desacredita el sibilismo de una burguesía de gustos academicistas. La insistencia en la *transgresión* (de la que la figura de Sade constituye, desde comienzos de la década de 1940 hasta mediados de la década de 1960, el símbolo obligado movilizado por un gran número de escritores de la izquierda no comunista)⁵⁴ sirvió de puente entre estos diferentes temas no exentos, por otro lado, de malentendidos y conflictos cuando la transgresión sexual o estética, a la que los intelectuales y artistas eran particularmente aficionados, chocaba con el moralismo y el clasicismo estético de las elites obreras. Obreros que secuestraban a su patrón, homosexuales que se besaban en público o artistas que exponían objetos triviales desplazados de su contexto habitual en galerías de arte o en un museo, ¿no eran todos ellos, en el fondo, ejemplos de la metamorfosis de una misma *transgresión* del orden burgués?

la ausencia de autenticidad del mundo nuevo. La explotación, por su parte, establece un vínculo entre la pobreza de los pobres y la riqueza de los ricos, ya que los ricos son ricos únicamente porque han empobrecido a los pobres. La explotación pone en relación la cuestión de la miseria y de la desigualdad con la del egoísmo de los ricos y su falta de solidaridad.

⁵³ Véase, por ejemplo, la manera en que Proudhon, fundamentalmente, estigmatiza las costumbres de los artistas y condena «los cantos a la fealdad y a la inmundicia» que reúnen «las ignominias morales», «las corrupciones físicas» y el «escándalo de la complacencia perversa y de la indiferencia cínica frente a la infamia y a lo escandaloso» (Bourdieu, 1992, p. 160).

⁵⁴ Sobre la figura, rigurosamente mítica, de Sade en la Bastilla, como víctima de la opresión, que reconoce abiertamente los crímenes de los que se le acusa, convirtiéndose así en símbolo de la transgresión, en la literatura de izquierdas entre las décadas de 1940 y 1960 (en particular en Bataille o en torno a él), véase Boltanski (1993).

Sin embargo, en otras coyunturas políticas, las diferentes tradiciones críticas del capitalismo pueden diverger fácilmente, entrar en tensión o incluso oponerse violentamente entre sí. De este modo, mientras que la crítica del individualismo y su corolario comunitarista pueden dejarse arrastrar fácilmente hacia derivas fascistas (como ocurrió entre los intelectuales de la década de 1930), la crítica de la opresión puede conducir lentamente a quienes la atacan hacia la aceptación, cuanto menos tácita, del liberalismo, como ocurrió en la década de 1980 con numerosos intelectuales provenientes de la extrema izquierda que, habiendo reconocido justamente en el régimen soviético otra forma de alienación y habiendo hecho de la lucha contra el totalitarismo su principal combate, no pudieron prever o no supieron reconocer el nuevo predominio liberal en el mundo occidental.

Cada una de estas dos críticas puede ser considerada como más radical que la otra en cuanto a su posición con respecto a la modernidad ilustrada de la que el capitalismo se reclama, lo mismo que ocurre con la democracia, aunque desde puntos de vista diferentes.

La crítica artista, aunque comparta con la modernidad su individualismo, se presenta como una contestación radical de los valores y opciones básicos del capitalismo (Chiapello, 1998): la crítica artista rechaza el desencanto resultante de los procesos de racionalización y de mercantilización del mundo inherentes al capitalismo, procesos que trata de interrumpir o suprimir, buscando de esa forma una salida al régimen del capital. La crítica social, por su parte, trata de resolver ante todo el problema de las desigualdades y de la miseria, acabando con el juego de los intereses individuales. Aunque algunas de estas soluciones pueden parecer radicales, no suponen, sin embargo, una paralización de la producción industrial, de la invención de nuevos artefactos, del enriquecimiento de la nación y del progreso material, constituyendo, por lo tanto, un rechazo menos total de los marcos y opciones del capitalismo.

Sin embargo, a pesar de la inclinación predominante de cada una de estas dos críticas bien hacia la reforma, bien hacia la salida del régimen del capital, ambas poseen una vertiente moderna y una vertiente antimoderna. La tensión entre una crítica radical de la modernidad que conduce a «contestar su tiempo sin participar en él» y una crítica moderna que corre el riesgo de «participar en su tiempo sin contestarlo» constituye, de este modo, una constante de los movimientos críticos⁵⁵. La crítica artista es antimoderna cuando insiste en el desencanto y moderna cuando se preocupa por la liberación. Hundiendo sus raíces en

⁵⁵ Por tomar un ejemplo reciente, el del situacionismo —estudiado por J. Coupat, de quien tomamos prestada esta oposición—, semejante tensión condujo a una autodisolución del movimiento tras la ruptura entre Debord (crítica antimodernista) y Vaneigem (crítica modernista) (Coupat, 1997).

los valores liberales provenientes del espíritu de la Ilustración, denuncia la falsedad de un orden que, lejos de llevar a cabo el proyecto de liberación de la modernidad, no hace sino traicionarlo: en lugar de liberar las potencialidades humanas de autonomía, de autoorganización y de creatividad, impide a la gente la dirección de sus propios asuntos, somete a los seres humanos a la dominación de las racionalidades instrumentales y los mantiene encerrados en una «jaula de hierro»⁵⁶. La exigencia de la participación activa de los productores en el capitalismo no es sino la negación y destrucción de ésta⁵⁷. La crítica social tiende a ser moderna cuando insiste en las desigualdades y antimoderna cuando, insistiendo en la ausencia de solidaridad, se construye como una crítica del individualismo.

El carácter incompleto de la crítica

Estas características de las tradiciones críticas del capitalismo y la imposibilidad de construir una crítica total, perfectamente articulada, que se apoye equitativamente sobre las cuatro fuentes de indignación que hemos identificado, explican la ambigüedad intrínseca de la crítica, la cual —aun en los movimientos más radicales— comparte siempre «algo» con aquello que trata de criticar. Esto se debe, simplemente, al hecho de que las referencias normativas en las que se apoya la crítica se encuentran a su vez parcialmente inscritas en el mundo⁵⁸.

⁵⁶ Sobre la utilización, sobre todo en la filosofía moral, de la metáfora de la «jaula de hierro», véase Wagner (1996), p. 110.

⁵⁷ «El capitalismo, a diferencia [de las formas sociales que le han precedido], se yergue sobre una contradicción intrínseca, una verdadera contradicción, en el sentido literal del término. La organización capitalista de la sociedad es contradictoria, en los mismos términos que un individuo neurótico lo es: la organización capitalista es incapaz de realizar sus intenciones si no es a través de actos que la contradicen constantemente. Podemos observarlo situándonos en el nivel de la producción: el sistema capitalista sólo puede sobrevivir tratando de reducir continuamente a los asalariados a simples *ejecutantes* y sólo puede funcionar en la medida en que esta reducción no se lleve a cabo. El capitalismo está obligado a solicitar constantemente la participación de los asalariados en el proceso de producción, participación que él mismo trata, por otro lado, de hacer imposible» (Castoriadis, 1979, p. 106; véase también Castoriadis, 1974, pp. 15 y ss.). El concepto mismo de espíritu del capitalismo está basado en esta contradicción, en la medida en que consiste en movilizar las iniciativas para un proceso que no puede movilizar por sí mismo. El capitalismo se encuentra sin descanso tentado de destruir el espíritu que utiliza, ya que no puede serle útil más que obstaculizándolo.

⁵⁸ Los trabajos de M. Walzer (1996, sobre todo) ponen precisamente en cuestión la representación de una crítica construida en torno a una exterioridad absoluta, haciendo por el contrario del arraigo de la crítica en la sociedad la condición de posibilidad de la actividad crítica y de su eficacia.

Estas mismas razones son las que dan cuenta de la falibilidad de la crítica, que puede, por ejemplo, observar sin intervenir cómo el mundo avanza hacia una situación que acabará siendo desastrosa, o incluso ver con buenos ojos los cambios en curso porque implican una mejora de un aspecto importante que era fuente de indignación, sin darse cuenta de que al mismo tiempo la situación se degrada en otros aspectos. En el periodo que a nosotros nos interesa, podemos verlo en el hecho de que el capitalismo ha evolucionado en dirección a una reducción de las formas más antiguas de opresión, al precio de un reforzamiento de las desigualdades.

La dialéctica del capitalismo y de sus críticas se muestra por estas razones necesariamente sin fin, al menos mientras permanezcamos dentro del régimen del capital, lo cual parece la eventualidad más probable a medio plazo. La crítica, escuchada hasta cierto punto e integrada en determinados aspectos, parcialmente ignorada o contrariada en otros, debe desplazarse sin descanso y forjar nuevas armas, retomar sin cesar sus análisis, de tal forma que se mantenga lo más cerca posible de las propiedades que caracterizan al capitalismo de su tiempo. Se trata, en muchos aspectos, de una forma sofisticada del suplicio de Sísifo, un suplicio al que se encuentran condenados todos aquellos que no se contentan con un estado social dado y que piensan que los seres humanos deben tratar de mejorar la sociedad en la que viven, idea que constituye en sí misma una concepción bastante reciente (Hirschman, 1984). No obstante, los efectos de la crítica son reales: la piedra logra subir hasta lo alto de la pendiente, aunque corra siempre el riesgo de volver a caer por otro camino cuya orientación depende en la mayoría de las ocasiones de la forma en que se ha subido la misma⁵⁹. Por otro lado, aun admitiendo una interpretación pesimista de la dinámica del

⁵⁹ Karl Polanyi, en las páginas que consagra a la ley de Speenhamland de 1795, señala ya, a propósito de acontecimientos muy anteriores a los que nos interesan en este libro, la grandeza, las trampas y la imposibilidad de la realización del trabajo crítico y de las medidas reformistas. Esta ley, que trataba de asegurar una renta de subsistencia mínima para todos, combinada con un determinado estado de la sociedad y de la legislación (las leyes contra las coaliciones, sobre todo), «condujo al irónico resultado de que la traducción financiera del «derecho a vivir» acabó por arruinar a la gente a la que dicho «derecho» trataba supuestamente de socorrer» (Polanyi, 1983, p.118). La derogación de esta ley en 1834 trajo consigo importantes sufrimientos, con el abandono de la ayuda a domicilio y permitió la creación, inexorable, del mercado de trabajo. La situación de las clases populares, medida por la renta en dinero conoció, paradójicamente, una mejora. Los desastrosos efectos resultantes del funcionamiento del mercado de trabajo aparecerían con posterioridad y conducirían al establecimiento de nuevas medidas de protección, en particular la legalización de los sindicatos en 1870, destinadas a poner un límite a la violencia, sin pretender, sin embargo, eliminarla por completo (Polanyi, 1983, pp. 113 y ss.).

capitalismo y de sus críticas, según la cual, a fin de cuentas, «el capitalismo —como fuente de indignación— siempre sale adelante», podemos encontrar un consuelo en la observación siguiente extraída de la obra de K. Polanyi: «¿Por qué la victoria final de una tendencia tendría necesariamente que confirmar la ineficacia de los esfuerzos destinados a ralentizar su progreso? ¿Por qué no ver que estos esfuerzos han alcanzado su objetivo precisamente por haber logrado ralentizar el ritmo del cambio? Desde este punto de vista lo que es ineficaz para detener una evolución no es del todo ineficaz. A menudo, el ritmo del cambio no es menos importante que la dirección del mismo. Y si bien esta última tiende a escapar por lo general a nuestra voluntad, esto no impide que dependa de nosotros el ritmo impreso a aquél» (Polanyi, 1983, pp. 63-64).

Por más que reconozcamos a la crítica una eficacia innegable, no abordaremos directamente en este libro la cuestión —desarrollada por la ciencia política y la historia social— de las condiciones que intervienen en el grado de eficacia de la crítica en una situación histórica determinada⁶⁰. Aunque no ignoremos el conjunto de factores de los que dependen la virulencia y la eficacia de la crítica, pretendemos centrarnos principalmente en su dimensión propiamente ideológica, es decir, en la manera mediante la cual se produce la formulación de la indignación y la denuncia de la transgresión del bien común. Esta elección nos hace correr el riesgo de ser acusados de no interesarnos más que por los «discursos», en oposición a lo que constituiría lo «real», pero, sin embargo, hace hincapié en una parte esencial del trabajo de la crítica, que es la codificación de lo que «no va bien» y la búsqueda de las causas de esta situación al objeto de encontrar soluciones. Se trata además del nivel de análisis pertinente para un estudio consagrado al espíritu del capitalismo. De este modo, cuando evocamos un desarme de la crítica, nos referimos a un desarme ideológico (la crítica ya no sabe qué decir) y no a un desarme físico (la crítica sabría qué decir pero no puede hacerlo, no logra hacerse oír).

Las modificaciones del espíritu del capitalismo independientes de la crítica

Nos queda aún por tratar una última ambigüedad con respecto a la dinámica del espíritu del capitalismo. Hemos hecho de la crítica uno de sus motores

⁶⁰ Señalemos, no obstante, que evidentemente son las sociedades democráticas que garantizan la libertad de expresión, el acceso a los medios de comunicación de masas y la posibilidad de que existan los movimientos sociales críticos las que evolucionarán más probablemente según la dinámica que hemos dibujado.

más potentes: al obligar al capitalismo a justificarse, la crítica obliga también a reforzar los dispositivos de justicia que lo acompañan y a hacer referencia a determinados tipos de bienes comunes al servicio de los cuales dice estar. Pero hemos visto asimismo que el impacto de la crítica podía ser indirecto, incitando al capitalismo a «moverse» más rápido, es decir, a cambiar la naturaleza de las pruebas centrales en su orden para escapar, de este modo, a la crítica a la que es sometido. El espíritu del capitalismo, en este caso, no se vería alcanzado más que por la repercusión de los cambios que se hubiesen producido en primer lugar sobre el capitalismo.

Pero si las modificaciones del capitalismo son asimismo una de las fuentes más importantes de transformación de su espíritu, tenemos que reconocer que no todos sus desplazamientos están relacionados con la crítica. La dinámica misma del capitalismo está ligada sólo parcialmente a la crítica, al menos tal y como nosotros la hemos entendido hasta ahora: la crítica como aquello que da voz (*voice* en la conceptualización de A. Hirschman, 1972). Para dar cuenta de la dinámica del capitalismo convendría también agregar el impacto de la crítica de tipo *exit*, siguiendo a Hirschman, es decir, de la competencia. La crítica *exit* consiste en el rechazo de comprar por parte del consumidor o del cliente en un sentido amplio, el rechazo por parte del trabajador asalariado potencial de ser contratado o el rechazo de continuar sirviendo por parte del prestatario independiente, etc. Se trata de un tipo de crítica a la que el capitalismo acepta someterse más fácilmente, pese a que busque también en este caso escapar a los obstáculos que suscita, constituyendo monopolios o cárteles, por ejemplo, con el fin de ignorar los movimientos de defección que no podrían ya encontrar forma de expresarse. La rivalidad que mantiene viva la competencia entre los capitalistas los obliga a buscar sin descanso una posición de ventaja frente a sus competidores —ya sea a través de la innovación tecnológica, la búsqueda de nuevos productos o servicios, la mejora de aquellos que ya existen o la modificación de los modos de organización del trabajo—, pudiendo ver en ella una causa de cambio perpetuo del capitalismo según el proceso de «destrucción creadora» descrito por Schumpeter.

La eficacia de la crítica *voice*, que se traduce en un endurecimiento y un mayor coste de las pruebas, así como en un descenso de los beneficios, no es, por lo tanto, la única razón de los desplazamientos del capitalismo, pese a que en determinadas épocas pueda desempeñar un papel crucial. El impacto de la crítica *voice* sobre los beneficios es real, pero los desplazamientos del capitalismo están ligados también a todas las oportunidades que surgen de incrementar las ganancias, de tal forma que la solución más ventajosa en un momento determinado no siempre consiste en recuperar el espacio perdido con las ventajas concedidas tiempo atrás. Al contrario, la presión constante de la competencia, la

visión angustiada de los movimientos estratégicos que se operan en los mercados, son un poderoso impulso para la búsqueda incesante, por parte de los responsables de las empresas, de nuevas formas de hacer, hasta el punto de que la competencia será presentada como justificación mínima de las transformaciones del capitalismo, por razones válidas pero poco aceptables para aquellos que se han adherido al proceso capitalista, pues hace de ellos simples juguetes.

Una vez definidas las principales herramientas de nuestra investigación, podemos emprender ahora la descripción de los cambios experimentados por el espíritu del capitalismo en el transcurso de los últimos treinta años en sus relaciones con las críticas dirigidas contra el proceso de acumulación durante este periodo.

VI

El renacimiento de la crítica social

Los desplazamientos del capitalismo que se produjeron a mediados de la década de 1970 y durante el transcurso de la de 1980 no se limitaron a deshacer el viejo mundo a través fundamentalmente del debilitamiento de los dispositivos asociados al segundo espíritu del capitalismo sobre los que se apoyaban la definición y el control de las pruebas de selección social (tablas de clasificación de los convenios colectivos, sindicatos de asalariados, evolución de las carreras). Contribuyeron también al establecimiento progresivo (y todavía en marcha) de una multiplicidad de nuevos dispositivos y pruebas de selección (movilidad, tránsito de un proyecto a otro, polivalencia, aptitud comunicativa durante los cursillos de formación), que dependen de una nueva lógica que hemos denominado «conexionista».

Este estado del mundo social, que, en un primer momento, podía haber sido considerado de un modo exclusivamente negativo (disolución de las antiguas convenciones) o, desde una perspectiva posmoderna, haberse asimilado a un caos incapaz de ofrecer interpretaciones de conjunto, ha encontrado finalmente un instrumento de representación en el lenguaje de las redes. Pero, a falta de un trabajo de unificación y de equiparación, las pruebas, nuevas y poco institucionalizadas, resultaban demasiado heterogéneas y difíciles de identificar, no sólo por parte de las instancias críticas sino también por parte de aquellos que debían someterse a ellas. Aparecieron por ende nuevas formas de injusticia y de explotación, facilitadas precisamente por el hecho de basarse en pruebas no identificadas y no categorizadas. Las formas de la crítica social que habían acompañado la construcción del segundo espíritu del capitalismo, con sus sindicatos, sus análisis en términos de clases sociales y sus negociaciones en el ámbito nacional bajo la égida del Estado eran incapaces de intervenir en el nuevo mundo social.

Sin embargo, el incremento de la miseria y de las dificultades económico-sociales de un buen número de personas no dejaban de indignar y llamar a la acción, aunque los afectados por los cambios –directamente o por altruismo– estaban desconcertados. En esta coyuntura, una reorganización de la crítica social requería, como primera tarea, la reformulación de unas categorías críticas que permitiera una nueva manera de actuar en el mundo, animada por la esperanza de lograr algún día reducir su injusticia, es decir, reglamentar y mejorar el control sobre las nuevas pruebas a las que las personas –y particularmente, las más desprotegidas– se enfrentaban en lo sucesivo.

A nuestro modo de ver, asistimos en la actualidad a un nuevo impulso de este tipo de crítica, tras el desasosiego de la década de 1980. En efecto, de las dos formas de crítica heredadas del siglo XIX, la *crítica artista* –que desarrolla exigencias de liberación y de autenticidad– y la *crítica social* –que denuncia la miseria y la explotación–, la segunda es la que goza de un renacimiento, aunque aún modesto y dubitativo. Lo que por otra parte no ha de extrañar si recordamos que, desde mediados de la década de 1970, a results de la ola contestataria de la década de 1960, ambas críticas corrieron destinos diferentes: mientras algunos temas de la crítica artista fueron incorporados por el discurso del capitalismo, de tal suerte que esta crítica podía parecer en parte satisfecha, la crítica social se encontró totalmente desarmada, despojada de sus apoyos ideológicos y arrojada al cubo de basura de la historia.

En particular, del rebrote de la crítica social cabe esperar el arraigo, en el seno de dispositivos más sólidos, de las formas y de los principios de juicio propios de la ciudad por proyectos, hasta el momento tan sólo identificados en el ámbito retórico de los discursos de la gestión empresarial. Sin la formación de esta ciudad, el nuevo espíritu del capitalismo carecería, en efecto, de los apoyos normativos necesarios para justificar las vías de beneficio que caracterizan el nuevo mundo capitalista.

En el próximo capítulo se abordarán los problemas a los que se enfrenta el resurgimiento de la crítica artista, aún paralizada a causa de la incorporación de una parte de su temática al nuevo espíritu del capitalismo.

1. EL DESPERTAR DE LA CRÍTICA SOCIAL: DE LA EXCLUSIÓN A LA EXPLOTACIÓN

De las clases sociales a la exclusión

La noción de explotación, que hasta el momento tan sólo ha recibido una formulación teórica elaborada por parte del marxismo y que ha constituido el eje de la crítica social durante más de un siglo, desaparece de la crítica social durante la

década de 1980, coincidiendo con el abandono del marco general de las clases sociales en el que se ubicaba¹. Sin embargo, la renuncia a esta problemática, que a mediados de la década de 1980 resultaba ya un tanto «obsoleta», no supuso ni la adhesión unánime al orden existente ni el abandono de todo tipo de crítica. Nuevas categorías fueron recogiendo progresivamente la expresión de la negatividad social y, en particular, la de exclusión (por oposición a la inclusión). Pero la idea de explotación encaja a duras penas con esta nueva forma de expresar la indignación ante la creciente miseria. En efecto, en la crítica marxista ésta estaba ligada a las relaciones entre clases en el ámbito laboral. La explotación era, en primer lugar, una explotación por el trabajo. Ahora bien, el concepto de exclusión designa prioritariamente diversas formas de alejamiento con respecto a la esfera de las relaciones laborales. Los excluidos son, en primer lugar, parados denominados «de larga duración» (categoría estadística constituida en la década de 1980).

La primera utilización del término *excluido* para designar a aquellas personas que, debido a sus propias desventajas, no consiguen beneficiarse de las generosas ventajas del crecimiento y del progreso económicos se suele atribuir a *Les Exclus* [Los excluidos], de 1974², una obra de René Lenoir. Éste escribe todavía con el típico talante optimista de la década de 1960. El ineluctable crecimiento conduce a una mejora y a una uniformización general de las condiciones de vida que desembocará, en última instancia, en la desaparición del contenido negati-

¹ Será preciso elaborar una historia del término *explotación* en las diferentes corrientes del marxismo francés. Abundantemente utilizado por el partido comunista y por el movimiento sindical de los años 1950-1970, fue poco a poco sustituido en distintas corrientes influyentes del izquierdismo de los años que preceden al mayo de 1968 (*Arguments, Socialisme ou Barbarie*) por el tema de la *alienación*, que hace sobre todo referencia al joven Marx y desplaza la miseria de la pobreza material a la pobreza cultural y después, en la década de 1970, por el de *dominación*, que parecía más acorde con una sociedad en la que el Estado había asumido un papel económico preponderante y que, articulado con la crítica de la burocracia, permitía enjuiciar tanto a los países capitalistas como a los socialistas. Por otra parte, la crítica de la dominación, respaldada por una exigencia de liberación, permitía tender un puente entre la crítica social y la crítica artista, entre la denuncia del trato padecido por los más desfavorecidos y las demandas de autonomía de los nuevos asalariados intelectuales.

² En lo relativo al término *exclusión* parece haber aparecido por primera vez en su sentido actual en 1964, utilizado por Pierre Massé (*Les Dividendes du progrès* [Los dividendos del progreso]), entonces comisario general del Plan. Michel Foucault lo había utilizado desde principios de la década de 1960. En 1961 declaró, en una entrevista para *Le Monde* tras la publicación de su libro *Histoire de la folie à l'âge classique* [Historia de la locura en la época clásica]: «en la Edad Media, la exclusión afectaba a los leprosos, a los herejes. La cultura clásica excluyó del hospital general, de la *Zuchthaus*, del *Workhouse*, a todas las instituciones derivadas de la leprosería» (citado por *Magazine Littéraire*, núm. 34, julio-agosto de 1995, titulado «Les exclus» [«Los excluidos»], p. 22).

vo de las clases sociales, es decir, de las clases en cuanto fuentes de relaciones de explotación, para dar lugar a una división del trabajo sin más asimetrías que las funcionales. Pero este futuro radiante conserva una zona de oscuridad: los desaventajados [*handicapés*] que, incapaces de contribuir a la producción de riquezas, tampoco pueden disfrutar del bienestar que éstas procuran. En R. Lenoir, la desventaja se concibe sobre todo como física o mental, no como «desventaja social», aunque el término ya se empleaba generosamente en la misma época para designar a los afectados por una selección negativa o por una discriminación a causa de sus características sociales o del fracaso escolar («desventaja escolar»). Así pues, las razones del apartamiento de los «excluidos» (del crecimiento) hay que buscarlas en su propia debilidad. No puede ser atribuida a la acción interesada de otros actores.

A diferencia del modelo de las clases sociales, en el que la explicación de la miseria del proletariado descansaba en la designación de una clase (la burguesía, los detentadores de los medios de producción) responsable de su explotación, el modelo de la exclusión permite señalar una negatividad sin pasar por una acusación. Los excluidos no son las víctimas de nadie, aunque su pertenencia a una humanidad común (o a una «ciudadanía común») exige que sus sufrimientos se tengan en cuenta y sean socorridos, sobre todo, de acuerdo con la tradición política francesa, por el Estado. Así pues, la exclusión atañe más bien a lo que en otro lugar hemos denominado una «tópica del sentimiento» en contraposición a una «tópica de la denuncia» (Boltansky, 1993), lo que diez años más tarde favorecerá su reapropiación por parte del movimiento humanitario.

Según E. Didier (1995)³, el tema de la exclusión, muy marginal durante los diez años posteriores a la publicación del libro de Lenoir (1974), cobrará verdadero impulso a mediados de la década de 1980, en una coyuntura totalmente diferente, caracterizada por el desarrollo del paro y por lo que en principio se identificó con la expresión «nueva pobreza», cada vez más puesta en evidencia

³ E. Didier (1995) examinó de arriba a abajo los ficheros de las bibliotecas del Consejo Económico y Social y del Ministerio de Asuntos Sociales, en busca de todos los trabajos existentes sobre la pobreza y, entre ellos, de aquellos que llevarán en el título o en la descripción basada en palabras clave el término *exclusión*. Esta comprobación pudo demostrar que los trabajos sobre la pobreza, poco numerosos de 1970 a 1985 (alrededor de entre 5 y 10 libros por año), aumentaron considerablemente a partir de 1986 y alcanzaron su punto álgido (entre 30 y 45 libros por año) entre 1987 y 1992. El término *exclusión*, prácticamente inexistente de 1975 a 1986, se utilizaba abundantemente al final de la década aunque desembarazado de todos sus calificativos (social, económica, escolar, etc.), lo que muestra la legitimidad alcanzada por la categoría. Si hasta 1983 se hablaba más de los excluidos que de la exclusión, esta proporción terminó invirtiéndose: la exclusión, erigida al rango de nueva problemática social, trascendió a partir de ese momento la suerte de sus propias víctimas, los desgraciados.

por los *mendigos*, de acuerdo con la acepción del siglo XIX, que reaparecen en las calles de las grandes ciudades y que, sin medios de subsistencia ni domicilio fijo, sobreviven de la caridad pública o privada. En lo sucesivo, el término *exclusión* se utilizará para comprender bajo un mismo vocablo no solamente a quienes padecen una desventaja, sino también a todas las víctimas de la nueva miseria social.

Mientras tanto, el término ha transitado por las asociaciones humanitarias o caritativas que socorrían a los más pobres, silenciados por los dispositivos críticos y en particular por los sindicatos. Entre estas asociaciones cabe destacar a Aide à Toute Détresse (ATD-Quart Monde) [Ayuda Contra el Abandono, (ATD-Cuarto Mundo)], creada en 1957 en el «campamento de los *sin techo*» de Noisy-le-Grand por el padre Wresinski, hijo también del mundo de la indigencia. Para el padre Wresinski, el término *excluido* no designa a los desaventajados, sino precisamente a los marginados, a los que nadie representa, a los que, abandonados también por las instancias críticas nacidas de las luchas obreras, han quedado relegados a la asistencia, humillante e ineficaz⁴.

Paulatinamente integrado por el discurso del Estado a través de la Comisaría del Plan⁵ y, sobre todo, a través de las discusiones que acompañaron la puesta en marcha del Revenu Minimum d'Insertion [Ingreso Mínimo de Integración] (fuertemente inspirado a su vez por un informe del padre Wresinski remitido en 1987 al Consejo Económico y Social), la problemática de la exclusión perderá la orientación contestataria que le caracteriza en los textos de ATD-Quart Monde. A resultas del encuentro con el discurso sociológico y administrativo, asume una nueva representación de la sociedad en la que cabe identificar dos expresiones, por otra parte compatibles: la primera utiliza aún la palabra *clase*, aunque desprovista de su connotación conflictiva, y la segunda se acuña, aunque con frecuencia de manera implícita, sobre la metáfora de la red.

⁴ Es interesante saber que el padre Wresinski escogió el término *exclusión social* para separarse de la idea, que él juzgaba demasiado marxista pero sobre todo muy despreciativa, de «subproletariado». Sin embargo, dejó de buena gana la paternidad del nuevo vocablo a Lenoir. La problemática del fundador de ATD es, ante todo, social: hay gente que no dispone del nivel cultural necesario para pertenecer a la sociedad y sobrevivir en la civilización. A diferencia de la perspectiva marxista, no hace hincapié en el papel desempeñado por la economía en las relaciones de producción (al padre Wresinski debemos también la expresión *cuarto mundo*).

⁵ La Comisaría General del Plan, que se halla bajo la autoridad del primer ministro, fue creada en 1946 por el general De Gaulle, a propuesta de Jean Monnet, que fue su primer comisario general. En sus cincuenta años de planificación se han elaborado los Planes de Reconstrucción (1946-1961), los Planes de Crecimiento (1962-1975), los Planes para la Crisis (1976-1988) y la Planificación Estratégica (1989-1995) [N. de la T.].

En una primera interpretación, expresada en términos macrosociológicos, la antigua sociedad de clases ha sido enterrada por la expansión de una clase media más o menos uniforme, que ocupa la mayor parte del espacio social y que consta, en un extremo, de una franja muy pequeña, superior desde el punto de vista de la riqueza y del poder, y, en el otro, de un conjunto de excluidos, más o menos importante según los métodos de cálculo empleados, compuesto esencialmente por parados de larga duración, pero también por hombres y mujeres con distintas desventajas sociales y naturales (hijos de familias marginales, madres solteras, inmigrantes sin papeles, «inadaptados sociales», etc.). El trabajo social consiste en reinsertar a estos «excluidos», es decir, en permitir, en la medida de lo posible, su inclusión en la gran clase media, ayudándoles a superar las desventajas causantes de su marginalidad que se ven reforzadas por su exclusión.

Nos interesa una segunda interpretación, más microsociológica, porque se apoya con mayor nitidez en una representación de la sociedad respaldada por la metáfora de la red. En esta versión del paradigma de la exclusión, incluido es aquel que está conectado, ligado a otros —personas o instancias de un nivel más elevado como administraciones, familias, empresas— a través de vínculos múltiples y diversificados. Por el contrario, excluidos son aquellos que han visto romperse sus vínculos con los demás, aquellos que han sido enviados a los márgenes de la red, allí donde se pierde toda visibilidad, toda necesidad y, prácticamente, toda existencia. Así, por ejemplo, en la elaboración del concepto de *desafiliación* por parte de Robert Castel (1994) —sin duda, la más importante de las recientes aportaciones al análisis de los fenómenos de marginalización social—, tanto la exclusión como su opuesto, la inserción, aluden directamente a las formas del vínculo social en un mundo concebido desde el modelo de red. El individuo *desafiliado* es aquel que ha roto, una detrás de otra, todas sus conexiones, que ya no está inserto en ninguna red, que ya no forma parte de ninguna de las cadenas cuyo engarce constituye el tejido social y que se ha vuelto, por ende, «inútil para el mundo».

Desde nuestro punto de vista, la rapidísima difusión de una definición del mundo social en términos de redes, vinculada al establecimiento del mundo conexionista, es lo que permite comprender la forma en la que la dinámica de la exclusión y la de la inserción, en un principio asociada al destino de los grupos marginales, han sido capaces de ocupar el lugar anteriormente destinado a las clases sociales en lo relativo a la representación de la miseria social y de los modos de paliarla⁶. Un signo de esta importante difusión es el hecho de que, en

⁶ Francia no acaparó la rápida difusión del término *exclusión*. El debate sobre la exclusión, iniciado en este país, se extendió a gran velocidad por toda Europa. En 1989, el consejo de ministros de Asuntos Sociales de la Comunidad Europea dictó una resolución para

el transcurso de la década de 1990, un creciente número de actores (cuadros incluidos) ha visto en la «exclusión» una amenaza que les concernía personalmente y, por consiguiente, ha reconocido algo de su propio destino en una situación social —muy alejada de la suya— cuyo representante paradigmático, o si se prefiere su «buen ejemplo», estaba constituido por aquel que carece de domicilio fijo, vagabundo sin casa ni hogar (Thomas, 1997).

Asimismo, la construcción del término *exclusión* permitió a quienes se sitúan en lo más bajo de la escala social encontrar un lugar en la representación de la sociedad ofrecida por los periodistas, los cineastas, los sociólogos, los estadísticos, etc. Pero esta nueva imagen ha dejado de ser, como en la década de 1970, la de los proletarios o los explotados, es decir, la de personas integradas en clases sociales. Aquellos cuya condición ha sido denunciada se integran, a partir de ese momento, en la nueva representación en calidad de pobres, mendigos, sin domicilio fijo o incluso sin papeles, emigrantes o habitantes de las periferias dejadas al albur del olvido y de la violencia. A falta de un concepto claro de explotación y de una esperanza de transformación social, el rechazo de la injusticia social ha sufrido una suerte de regresión hacia su estímulo originario: la indignación frente a la miseria. Lo que ha significado, así mismo, que han tendido a desaparecer de la representación de los más desfavorecidos todos aquellos rasgos positivos que un siglo entero de luchas obreras y de literatura revolucionaria habían vinculado a la imagen del «hombre» del pueblo: la valentía, la franqueza, la generosidad, la solidaridad. Tales cualidades, relegadas, en el mejor de los casos, a la tienda de accesorios mitológicos (en el peor, acusadas como sospechosas de disimular la violencia estalinista), fueron sustituidas por los lastimosos atributos del excluido, definido ante todo por el hecho de estar *sin*: sin palabra, sin domicilio, sin papeles, sin trabajo, sin derechos, etc.

El movimiento humanitario, que tomó parte en la gestación del concepto, fue también el primero en preparar acciones para combatir la realidad de la exclusión. Fue así como esta forma de intervención se concibió, durante un tiempo, como la única posible.

combatir la exclusión. El Libro Blanco de la Comisión Europea, *Crecimiento, competitividad y empleo*, publicado en 1993, invitaba a «combatir la exclusión». Dinamarca, Alemania, Italia, Portugal y Bélgica crearon nuevas instituciones para tomar medidas contra la exclusión. Pero los significados del término *exclusión* diferían según el contexto sociopolítico: en los países anglosajones de tradición liberal su uso se centró en torno a la idea de discriminación. De tal forma que la lucha contra la exclusión es un elemento más de la lucha contra las distintas formas de discriminación (raciales, sexuales, etc.). En la Unión Europea, el concepto de exclusión se basó principalmente en la idea socialdemócrata de la «ciudadanía social», que «enlaza el vocablo con las nociones de desigualdades y de derechos sociales» (Silver, 1994).

La acción humanitaria

A mediados de la década de 1980, el incremento de las desigualdades y la reaparición de la miseria en las sociedades ricas terminarían en un nuevo interés por la cuestión social y de los movimientos sociales. Pero, en un contexto marcado por la derrota, la disolución o la descualificación de las instancias críticas que habían predominado durante las dos décadas anteriores y a falta de una teoría crítica que permitiera transformar la indignación en un mecanismo argumentador o dar razones para la revuelta, esta preocupación social y los movimientos que la acompañaron adoptaron en la mayoría de los casos la forma de la acción humanitaria.

Este tipo de acción, cuyo principio no era nuevo (se puede considerar a la Cruz Roja como una de las primeras asociaciones «humanitarias»), había sido reactualizado, en el transcurso de la década de 1970 por asociaciones de médicos jóvenes procedentes de la izquierda o de la extrema izquierda, que habían abandonado la lucha política en Francia —considerada frívola e ineficaz—, tanto para consagrarse a la ayuda directa a las víctimas de los países del Tercer Mundo afectados por la guerra o por catástrofes naturales como para intentar proteger a estas poblaciones dando un eco mediático a sus padecimientos y a la asistencia que se les procuraba (Boltanski, 1993). Esta forma se ajustaba a un perfil de la indignación ante la miseria vigente en la coyuntura de la década de 1980, porque hacía hincapié en el compromiso a través de la acción y de la ayuda individual directa, lo que permitía ahorrarse el recurso a los largos procesos necesarios para llevar una acusación hasta sus orígenes (hasta alcanzar, por ejemplo, a los patronos o a los accionistas de las empresas multinacionales) o para profundizar en la crítica hasta llegar a incriminar a un tipo de sociedad. Este repliegue hacia la acción humanitaria era tanto más sorprendente cuanto que una gran parte de las instancias críticas del periodo precedente había preconizado una solidaridad con las víctimas de las injusticias, pero acompañada de una fuerte crítica de la «caridad» e incluso del «trabajo social», denunciados como medios hipócritas, complacientes o perversos para apartar a las personas de la única acción válida: la acción política.

El ejemplo más famoso de estas nuevas asociaciones caritativas, surgidas del área de influencia de la izquierda y no de los medios confesionales fue, indiscutiblemente, los Restaurants du Coeur [Restaurantes del Corazón], fundados por Coluche durante el invierno de 1985-1986. En el mismo periodo surgieron una miríada de asociaciones de ayuda a personas necesitadas y, en 1990, se estimaba en 8 millones el número de personas que había realizado un trabajo de voluntariado (de las cuales 1,2 millones habían sido voluntarias en alguna asociación de ayuda). Se estimó que el cálculo del tiempo de trabajo voluntario dedicado a este tipo de asociaciones rondaba los 120 millones de horas al mes, lo que representa-

ba alrededor de 700.000 empleos equivalentes a tiempo completo, es decir, el 3,4 por 100 de los empleos remunerados (Paugam, 1995). Estas asociaciones de orientación humanitaria, que empleaban también y cada vez con más frecuencia a jóvenes licenciados como asalariados por un periodo limitado, encontraron, a partir de la década de 1990, un lenguaje común en el idioma de la exclusión y se impusieron como objetivo global, con independencia de su orientación práctica inmediata, la *reinserción* de los *excluidos*. Intervienen en campos muy diversos⁷, reciben dinero de los fondos públicos y trabajan con frecuencia en *colaboración* con el Estado, con trabajadores sociales o con miembros del personal administrativo que dependen sobre todo de colectividades locales, a las que se han asociado para llevar a cabo proyectos locales y limitados en el tiempo (Paugam, 1995).

Pero esta forma de acción se reveló enseguida insuficiente. La precariedad y la pobreza dejaron de tratarse únicamente como desgracias particulares cuyo remedio debía competir al compromiso personal, para acceder a la categoría de problema social de primera magnitud, engendrando la aparición de los nuevos movimientos sociales.

Los nuevos movimientos sociales

Cabe fechar el inicio de la politización de la exclusión a comienzos de la década de 1990, favorecida por los debates surgidos en torno al voto de la ley

⁷ 1) Reinserción de parados y creación de empleos y, en especial, el caso de las asociaciones intermediarias y las empresas de inserción profesional que, en 1994, suponen alrededor de un millar y en las que en la misma fecha se dio empleo a 46.000 personas; 2) ayuda a las 200.000 personas sin techo (según una encuesta de 1992) y a las 470.000 que ocupan viviendas sustitutivas (residencias, pensiones, etc.); 3) ayuda a las madres solteras en paro; 4) intervención en los barrios con dificultades (de 500 a 800, según las estimaciones), en especial a través de la organización de «redes vecinales»; 5) ayuda a los «vagabundos»; 6) apoyo escolar a los hijos de familias necesitadas; 7) alfabetización de adultos (entre 4 y 9 millones de adultos son «analfabetos», según estimaciones de la Delegación Permanente de la Lucha contra el Analfabetismo); 8) ayuda a las prostitutas que quieran dejar la profesión (de 75.000 a 90.000 empadronadas en París); 9) intervención en las cárceles (57.400 personas presas en 1994); 10) ayuda a las personas mayores y solas; 11) atención médica (por ejemplo, las 300.000 consultas efectuadas durante siete años en los centros de Médicos sin Fronteras a enfermos sin cobertura sanitaria) y, en especial, ayuda a personas afectadas por enfermedades que provocan un gran desvalimiento (asociaciones en defensa de los enfermos de sida, etc.); 12) animaciones culturales, teatrales en particular, o asociaciones deportivas para comprometer a los jóvenes de los barrios difíciles en «proyectos» que exijan un trabajo en equipo; 13) ayuda a los inmigrantes y, en particular, a los *sin papeles* (Fuente: número especial de *La Croix-L'Événement*, del 23 de noviembre de 1994, dedicado a la lucha contra la exclusión).

del Revenu Minimum d'Insertion [Ingreso Mínimo de Integración] y, quizá sobre todo, por el asombro producido ante el número y diversidad de las personas susceptibles de recibirlo. El RMI actuó como revelador de una miseria de la que a partir de entonces tomarían conciencia aquellos actores (periodistas, sociólogos, etc.) cuyas aportaciones a la representación del mundo social⁸ son especialmente importantes.

Entre los trabajos que contribuyeron a esta toma de conciencia tardía, desempeñó un papel fundamental el informe publicado por el Centre d'Étude des Revenus et des Coûts [Centro de Estudios de las Rentas y de los Precios], CERC, en el tercer trimestre de 1993, sobre *Précarité et risque d'exclusion en France* [Precariedad y riesgo de exclusión en Francia], al permitir la traducción en cifras de una inquietud difusa de la que da prueba, entre otros indicadores, el éxito de *La Misère du monde* [La miseria del mundo], publicado más o menos al mismo tiempo, bajo la dirección de Pierre Bourdieu (1993). En efecto, este informe, realizado por Serge Paugam a partir de la encuesta sobre «Situations défavorisées» [«Situaciones desfavorecidas»] del INSEE de 1986-1987 (en parte reactualizada), cifraba en un 51,6 por 100 las personas que tienen «un empleo estable no amenazado», en un 28,5 por 100 aquellas que tienen un empleo estable amenazado y en un 20 por 100, más o menos, la población activa que tiene empleos inestables o que está en paro. Demostraba así mismo importantes correlaciones entre el grado de estabilidad del empleo con la pobreza y la vulnerabilidad social, es decir, con el «riesgo de exclusión» y de «marginación» (Paugam, 1993).

Podríamos acumular los indicios del crecimiento de esta inquietud en alza, entre los que ciertamente destacó el tácito movimiento de solidaridad de los asalariados del sector privado con la huelga de los trabajadores del sector público —más protegidos frente al riesgo de despido—, en diciembre de 1995 (Touraine *et al.*, 1996). Sin olvidar, a mediados de la década de 1990, la salida al mercado de una abundante cantidad de publicaciones para el gran público —con tiradas a menudo importantes— dedicadas a la crítica de la sociedad económica, ya trataran del paro, el trabajo, la exclusión, la pobreza, la precariedad, las nuevas desigualdades, el neoliberalismo, los peligros de la globalización, la extensión de la violencia o el individualismo desmedido⁹.

⁸ Sin que esto sirva para deducir una relación de causa-efecto, sí hay que resaltar que es así mismo durante el transcurso de este periodo cuando el paro comienza a afectar al futuro de los licenciados —el propio y el de sus hijos—, incluidos los de origen burgués, que habían permanecido a salvo hasta el momento. Así pues, el paro empieza a aumentar claramente entre los cuadros a comienzos de la década de 1990 (André-Roux, Le Minez, 1999).

⁹ *La Misère du monde* [La miseria del mundo] es un libro voluminoso publicado en 1993, bajo la dirección de Pierre Bourdieu, del que se vendieron 80.000 ejemplares en pocos meses. Tras él, *J'accuse l'économie triomphante* [Yo acuso a la economía triunfante] de Albert Jacquard, en Calmann-Lévy, 1995 (37.000 ejemplares) y, en 1996, *L'Horreur économique* [El horror de la

Aunque a raíz de los intentos de reconstitución de una «izquierda de la izquierda», tras las huelgas de 1995, la acción humanitaria tiende a verse de nuevo desacreditada, acusada de «apoliticismo», no se puede ignorar que fue la reorientación de la militancia política hacia la acción humanitaria, a mediados de 1980, la que hizo posible la creación de un nuevo espacio común en el que arraiga el nuevo impulso de la crítica en la década de 1990. Este espacio tan diversificado, heterogéneo incluso, es capaz no obstante de crear un tejido continuo en cuyo interior pueden establecerse contactos, formarse oposiciones y llegar a acuerdos parciales, para operaciones puntuales y sobre cuestiones precisas. A este respecto, sin duda no es muy diferente de aquel espacio en el que, a mediados del siglo XIX, se sentaron las bases de lo que terminaría convirtiéndose en el Estado del bienestar, con la conjugación de esfuerzos —aunque quienes los desarrollaron frecuentemente se oponían con dureza entre sí— de reformadores sociales, juristas, filántropos, asociaciones de ayuda mutua obrera y sindicatos y partidos revolucionarios¹⁰. Hoy, en el espacio creado en torno a la lucha contra la exclusión entran también en interacción altos funcionarios, juristas, economistas o sociólogos de inspiración reformista, con miembros de movimientos de origen confesional (como Secours Catholique [Socorro Católico] o la CIMADE) y militantes de asociaciones de nuevo cuño¹¹ —Droit au

economía], de la escritora Viviane Forrester, que vendió 300.000 ejemplares y se tradujo a 18 idiomas. *L'imposture économique* [La impostura económica], de Emmanuel Todd, publicado en 1997, vendió más de 50.000 ejemplares. Ah! Dieu que la guerre économique est jolie [¡Ah! Dios, qué bella es la guerra económica] de P. Labarde y B. Maris, con 70.000 ejemplares publicados en 1998 (cfr. el artículo de P. Riché, «L'horreur économique», *Libération*, 21 de mayo de 1998). Dan fe del mismo viraje crítico que se ha producido en el seno de categorías sociales que han pasado por el sistema universitario (y sin duda, aunque no disponemos de números que lo avalen, entre un buen número de jóvenes cuadros), el éxito creciente de periódicos como *Charlie Hebdo* (80.000 ejemplares por semana) o *Le Monde Diplomatique* (200.000 ejemplares al mes). Cabría mencionar así mismo la multiplicación de clubes: Merleau-Ponty, Marc Bloch, Pétitions, Raisons d'agir, Copernic, etc. (Poulet, 1999). Por otra parte, en *L'Exclusion, l'état des savoirs* [La Exclusión, el estado de los saberes], publicado en 1996 bajo la dirección de S. Paugam, se puede encontrar una recopilación de los principales testimonios publicados a finales de la década de 1980 y principios de la de 1990 acerca de la pobreza o de los sin techo.

¹⁰ Véase, por ejemplo, Himmelfarb (1991) sobre el papel de los filántropos en la Inglaterra victoriana o Didry (1994), sobre el de los juristas de la tercera república francesa.

¹¹ Esta nueva forma de asociaciones (denominadas por J.-M. Salmon «asociaciones mediáticas»), que dan prioridad a la visibilidad mediática de sus «acciones» respecto al crecimiento del número de sus miembros, se encuentra fundamentalmente en las coordinaciones, que durante los conflictos sociales de mediados de 1980 y, en especial, en el movimiento de las enfermeras de octubre de 1988, se constituyeron como reacción a la crisis de la representación sindical. Las coordinaciones, que no son sindicales, inventan un nuevo modo de

Logement¹² [Derecho a Vivienda] (DAL), Droits devant!!¹³ [Derechos Primero] (Dd), Agir Ensemble Contre le Chômage¹⁴ [Acción conjunta contra el paro] (AC)– que, constituidas en torno a una *causa* específica (como la vivienda, los *sin papeles*, los parados, etc.) desempeñan, a partir de la mitad de la década de 1990, un papel esencial en la reformulación de la crítica social, directamente a través de las acciones que llevan a cabo, aunque tal vez más si cabe por la presión que tales acciones y su visibilidad mediática ejercen sobre los reformadores sociales. La ocupación del edificio de la *rue Dragon* y las huelgas de 1995 permitieron el acercamiento de estos movimientos a los sindicalistas y, en especial, al SUD, nacido a finales de la década de 1980 de una disidencia de militantes cedetistas¹⁵.

manifestarse centrado en la dignidad profesional y en las dimensiones morales de la identidad enfermera (al servicio de los demás), en el que los gestos simbólicos y las representaciones estilizadas y expresivas están muy marcados (Filleule, 1993, pp. 94-107). Encontramos ambos rasgos (dimensión moral y teatralidad) en las manifestaciones de la década de 1990, en las que los artistas (plásticos y del espectáculo) desempeñaron un papel muy importante, como en el caso de la movilización a favor de los *sin papeles* de 1997-1998.

¹² El DAL se formó en 1990 con motivo del desalojo policial de la casa ocupada de la *rue des Vignoles*. Desde el principio, contó con el apoyo de una «red» de asociaciones, entre las que figuraban Médicos del Mundo, Emmaüs, el MRAP [Movimiento contra el Racismo y por la Amistad de los Pueblos], sindicalistas de la CFDT y «personalidades con posibilidades de acceso a los medios»: el padre Pierre, René Dumont, Albert Jacquart, Théodore Monod, (Salmon, 1998, pp. 173-174). Pero será sobre todo a partir de la ocupación de un edificio vacío en la *rue du Dragon*, en diciembre de 1994, cuando la importancia de este movimiento y de los movimientos creados a continuación (Dd!!; AC!) comenzará a crecer, lo que contribuyó a convertir el tema de la exclusión en un *leitmotiv* de la campaña electoral de las elecciones presidenciales de 1995.

¹³ Droits Devant!! nace en 1995 durante la ocupación de la *rue du Dragon* con el apoyo de monseñor Gaillot, Albert Jacquard, Théodore Monod y Léon Schwartzberg. Impulsado por Philippe Chavance, que proviene del DAL. El objetivo del movimiento es «globalizar las luchas contra la exclusión» (Salmon, 1998, p. 187).

¹⁴ Agir Ensemble Contre le Chômage (AC) surge del crisol de la revista sindical *Collectif*, red de sindicalistas procedentes de la izquierda de la CFDT (como Claire Villiers, que militó en la JOC) y de SUD-PTT (como Christophe Aguiton). En octubre de 1993 *Collectif* hizo un llamamiento para crear un amplio movimiento contra el paro. Una de las primeras muestras de capacidad de convocatoria de AC! será la marcha contra el paro en la primavera de 1994, en cuya organización participó SUD-PTT (Salmon, 1998, pp. 200-205; Combesque, 1998, pp. 112-113).

¹⁵ Según Christophe Aguiton, la expulsión de los sindicalistas de los PTT de la CFDT, que dará lugar a SUD [Solidarios, Unitarios y Democráticos], y de los de salud (que dará lugar a CRC Salud), a finales de la década de 1980, tuvo lugar tras la represión ejercida por los sindicatos contra las coordinaciones. SUD-PTT se creó en 1989, con aproximadamente 1.000 afiliados y progresó tanto que en 1995 alcanzó los 9.000 afiliados. Su audiencia electoral en las empresas de telecomunicaciones ascendió de un 5 por 100 a un 25 por 100 durante el mismo periodo. Tras las huelgas de 1995 se crearon nuevos sindicatos SUD (SUD-Rail, SUD-Education) (Aguiton, Bensaïd, 1997, pp. 147-158).

Sin llegar a convertirse en un partido (cuyas formas se rechazan por su parecido con las modalidades de movilización de los políticos), tales acercamientos son lo bastante estrechos y constantes para que su esfera de influencia militante se haya podido reconocer, a su vez, en la metáfora de la red, en la que circulan personas diferentes en muchos aspectos, con opiniones divergentes (el «mosaico»), pero susceptibles de buscar acuerdos y de apoyarse mutuamente en acciones contra la exclusión, basadas en una mínima explicación de unos derechos reivindicados con frecuencia en nombre de una «ciudadanía» de definición imprecisa.

En efecto, en el seno de estos movimientos es donde se produce el encuentro entre el género de acción (acción directa con eco mediático) y de justificación (los derechos humanos) desarrollado por las asociaciones humanitarias de la década de 1980, con una destreza contestataria y un sentido del gesto transgresor, heredados de las luchas de comienzos de la década de 1970¹⁶, cuyo objetivo es provocar al poder y revelar su mala fe. Estos movimientos, cuyos miembros más activos suelen ser antiguos militantes de sindicatos o de partidos¹⁷ decepcionados por la ineficacia de las organizaciones instituidas, cuando no asqueados por el juego de maniobras políticas y de intereses personales descubiertos en ellas, inventan un *repertorio de la protesta* –según la expresión de Charles Tilly (1981)– y de las formas de organización, que contrastan con las que han predominado en el movimiento obrero desde hace un siglo. De este modo, por ejemplo, la delegación que otorga a los portavoces el poder de actuar *a distancia*, exponiéndolos a las acusaciones de usurpación y de abuso de autoridad, se sustituye por la acción *personal* o la ayuda directa a los oprimidos, en una relación de proximidad entendida como una de las condiciones de autenticidad

¹⁶ Uno de los métodos empleados tanto por DAL como por AC! consiste en avisar discretamente a la prensa y a la televisión de la fecha y hora de una acción, pero sin indicar su lugar preciso. Se concierta con ellos una cita en una salida de metro. Estas acciones consisten en autoadjudicaciones de viviendas, en el caso de DAL, o en ocupaciones temporales, en el de AC!: por ejemplo, se ocupa una empresa y se conmina a su dirección a dar explicaciones sobre los despidos o sobre la existencia de puestos de trabajo vacantes. Durante el invierno de 1995, AC! se instaló en la *rue du Dragon* codo a codo con el DAL. La coordinación entre AC! y los comités de parados de la CGT condujo al movimiento de parados del invierno de 1997, marcado por numerosas ocupaciones de la ASSEDIC [Asociación para el Empleo en la Industria y el Comercio].

¹⁷ Jean-Baptiste Eyraud, fundador de DAL, fue maoísta en el instituto, militó después en la CFDT y, en 1982, ocupó una fábrica abandonada en la que estableció contactos con otras asociaciones y, en especial, con Emmaüs, fundada por el padre Pierre (Salmon, 1998, p. 171). Christophe Aguiton, uno de los fundadores de SUD, fue un disidente de la CFDT (Combesque, 1998, p. 145). J. Dessenard, delegado nacional del Movimiento Nacional de Parados y Precarios, militó en la LCR hasta 1997 (Poulet, 1999).

del compromiso, porque exige un sacrificio —especialmente temporal— difícil de simular. Así mismo, frente a las organizaciones rígidas, cuya burocratización amenaza con anteponer los intereses de la organización a los de las personas a las que se supone que defiende, crean formas ágiles, flexibles, que recurren, con motivo de acontecimientos precisos (definidos como otros tantos proyectos y, por regla general, intencionalmente mediatizados como, por ejemplo, las ocupaciones), a personas con compromisos muy desiguales y bajo aspectos diversos. A quienes ofrecen su ayuda en tales acontecimientos no se les pide una adhesión total, en todos los aspectos, sino tan sólo un acuerdo puntual sobre la validez de la acción llevada a cabo. Estos movimientos reivindican, frente al trabajo de homogeneización ideológica de las organizaciones tradicionales, acusado de totalitario, el respeto a la heterogeneidad y a la pluralidad de los modos y motivos del compromiso¹⁸. Christophe Aguiton, uno de los fundadores de SUD-PTT, define de este modo tales formas de acción: «La forma de organización simboliza esta situación: la red, un sistema flexible en el que trabajar unidos sin perder la identidad» (Aguiton, Bensaïd, 1997, p. 200). Es esa autodescripción en la lógica de la red lo que permite a estos movimientos, formados en torno a la defensa de los «derechos», despreocuparse en gran medida del número de sus simpatizantes, a diferencia de las organizaciones tradicionales —con sus células y sus secciones cerradas, sus carnés y sus ceremonias para concederlos, etc.— para las que tales cuestiones adquirían un peso casi obsesivo. Pues ¿cómo saber quién está «dentro» y quién «fuera», cuando el tema de la pertenencia se sustituye por el de una acción común que sólo se plantea de manera circunstancial, en ocasiones muy concretas?

En esta breve descripción reconocemos la homología morfológica entre los nuevos movimientos de protesta y las formas del capitalismo que se han ido instaurando en el transcurso de los últimos veinte años. Homología que proporciona a estos movimientos sumamente móviles la oportunidad de encontrar asideros precisamente allí donde las organizaciones tradicionales perdían pie. Pero esto implica así mismo que deben componerse con el tipo de tensiones que pueblan las formas emergentes del capitalismo, entre las cuales no resulta baladí la tensión entre, por un lado, la flexibilidad, la movilidad y la rapidez y, por otro, la continuidad de un compromiso expuesto al constante peligro de difuminarse sin el continuo estímulo de unos acontecimientos capaces de actualizarlo, es decir, de conferirle realidad.

¹⁸ De este modo, las mismas personas pueden movilizarse bajo una u otra sigla, según la causa defendida: «afiliados del SUD preferirán la banderola de AC! a la suya propia en una marcha contra el paro o la de los firmantes de la petición cuando se manifiesten contra la ley Debré» (Aguiton, Bensaïd, 1997, p. 199).

Una de las dificultades que han de superar los nuevos movimientos es el paso del concepto de exclusión, cuya compatibilidad con una representación del mundo en red no excluye, como hemos visto, su pertenencia a una «política del sentimiento», a una teoría de la explotación que permitiría aliviar a los «excluidos» del peso de la responsabilidad individual unilateral o de la inexorable fatalidad y, de este modo, lograría establecer una relación entre su suerte y la de los más favorecidos, en particular la de quienes ocupan posiciones sociales privilegiadas. Esta operación daría cuerpo a la responsabilidad de estos últimos y se convertiría, para los más desfavorecidos, en una garantía mucho más fiable que la mera llamada a las «virtudes del corazón». Por otra parte, la transformación de la problemática de la exclusión en una teoría de la explotación permitiría identificar nuevas causas de exclusión, distintas de la falta de cualificación, que es la explicación más frecuente hasta el momento.

Las dificultades de la exclusión como concepto crítico

Aunque la exclusión es un concepto crítico¹⁹ al mismo título que el de clase social, que en su primera acepción exigía la desaparición del sistema de clases, ambas problemáticas dan lugar a formas críticas muy diferentes. La categoría de exclusión, aun después de su generalización al conjunto de la sociedad, ha conservado algo del modo en que, en sus comienzos, servía para designar a aquellos cuyas propias desventajas excluían del reparto del bienestar social. A diferencia de la explotación, la exclusión no sólo no beneficia a nadie, de tal suerte que nadie puede ser considerado responsable salvo por negligencia o por error, sino que todavía conserva siempre resonancias de las propiedades negativas vinculadas a sus propias víctimas. Además, éste es el sentido de los principales trabajos estadísticos: ni los mejor intencionados escapan a la tentación de acabar identificando a los grupos o personas «de riesgo», es decir, a aquellos sobre los que se cierne la amenaza de la exclusión a causa de sus propias desventajas, concebidas ahora como desventajas sociales, a la par que físicas o mentales. Ahora bien, es precisamente esa relación entre miseria y culpa o, más exactamente, entre la miseria y unas características personales fácilmente transformables en factores de responsabilidad individual, la que habían conseguido eliminar la noción de clase y, sobre todo, la de proletariado.

¹⁹ Nadie está a favor de la exclusión. Todas las tendencias políticas coinciden en denunciarla, excepto el Club de l'Horloge, que en 1995 publicó un texto escrito por P. Millan (*Le refus de l'exclusion* [El rechazo de la exclusión], Lettres du Monde): después de criticar las «ideologías» de los derechos humanos, se esforzaba en diferenciar las «exclusiones legítimas» de las «exclusiones ilegítimas».

Así pues, la exclusión se presenta más como un destino (contra el que hay que luchar) que como el resultado de una asimetría social de la que algunas personas sacarían partido en perjuicio de otras. La exclusión ignora la explotación. Este argumento ha sido explícitamente desarrollado por Jean-Baptiste de Foucauld, comisario del Plan a comienzos de la década de 1990 y, sin duda, uno de los altos funcionarios que más a pecho se ha tomado la lucha contra la exclusión. Aun partiendo del reconocimiento de la existencia de residuos de explotación en nuestra sociedad, su intención es distinguir con claridad la explotación de la exclusión. La exclusión es de otra naturaleza. No puede constituir una explotación –dice–, ya que ésta tiene lugar en el trabajo y los excluidos se caracterizan, en principio, por el hecho de carecer de éste²⁰. Este argumento, invocado con frecuencia, desempeña un papel fundamental en la actualidad, porque rompe el eslabón que, uniendo el bienestar de los ricos a la desgracia de los pobres, mantenía el referente de una balanza de justicia en una sociedad concebida como un equilibrio entre los grupos socioprofesionales de un mismo territorio nacional. Pero las sociedades occidentales, sociedades desiguales cuyo ideal de justicia se basa en el principio de la igualdad esencial de todos los seres humanos, no pueden ahorrarse sin embargo una justificación de las desigualdades. Ésta es la razón por la que no cabe ignorar el riesgo de una regresión hacia explicaciones que recurran únicamente a las cualidades naturales de las personas e incluso a su patrimonio genético, por muy poco legítimas que parezcan: unos, mejor dotados de múltiples virtudes, han sabido aprovechar las oportunidades que otros, menos inteligentes o aquejados de desventajas (o vicios), dejaron escapar.

Así pues, ¿debemos llegar a la conclusión de que la exclusión no es más que una ideología (en el sentido marxista del término), cuyo único objetivo consis-

²⁰ «La exclusión es, para la sociedad del mañana, lo que la cuestión obrera fue para la de ayer, y es preciso desprenderla de su ganga caritativa o humanitaria para convertirla en un concepto político, es decir, en un concepto de lucha.» «La exclusión fuera de la empresa comienza con frecuencia con la exclusión en la empresa, en especial la de los trabajadores poco cualificados o intermitentes.» Pero «una clase “explotada” mantiene al menos relaciones económicas con los “explotadores” que la oprimen. Éste era el caso, si retomamos la célebre enumeración del *Manifiesto del partido comunista* de 1848, de los esclavos de la antigüedad y de los plebeyos, de los siervos o los aprendices del medioevo frente a los maestros-artesanos y, evidentemente, del proletariado obrero de los siglos XIX y XX. El explotado resulta útil al explotador porque está ahí y trabaja. Del mismo modo, el excluido podría parecer igualmente “útil” al excluyente, si consideramos que la separación con respecto al excluido significa para el excluyente quitarse un peso encima. Entonces sólo es útil gracias a su ausencia. Sólo es útil porque se ha convertido en inútil. Explotadores y explotados, opresores y oprimidos comparten la misma esfera económica y social. Forman una pareja, aunque ésta sea desigual y tormentosa. Mientras que excluyentes y excluidos han roto sus lazos y sus respectivas esferas se han divorciado» (De Foucauld, Piveteau, 1995, pp. 13 y 144-145).

tiría en enmascarar la perennidad de una sociedad basada en la explotación de clase? Muy al contrario: creemos en la necesidad de tomar en serio el concepto de exclusión, en la medida en que apunta hacia unas nuevas formas de miseria correspondientes a formaciones capitalistas que han surgido en la década de 1980, pero así mismo en la conveniencia de forzar el análisis para ver el modo en que este concepto se relaciona con algunos de los dispositivos actuales de formación del beneficio.

En el marxismo, la explotación se concibe en relación a los mundos industrial y mercantil, en los que el capitalismo del siglo XIX cobra impulso. Pero pueden existir otras formas de explotación diferentes, adaptadas a otros mundos. Para continuar este análisis, desarrollaremos la idea según la cual el concepto de exclusión se refiere sobre todo a una forma de explotación desarrollada en un mundo conexionista, es decir, en un mundo en el que la consecución del beneficio pasa por la puesta en red de las actividades. Carecemos, sin embargo, de un elemento para perfilar esta forma de explotación conexionista, habida cuenta de que la exclusión, única definición de la miseria característica del nuevo mundo, resulta insuficiente. Así mismo, hace falta definir la forma específica que el egoísmo adopta en este nuevo mundo, puesto que las teorías de la explotación sistematizan la intuición de la existencia de una relación entre la miseria de los pobres y el egoísmo de los ricos. La explotación, aun la no intencionada, de ciertos actores significa que otros actores (o esos mismos, pero en diferentes momentos) están esquivando las exigencias en pos del bien común, para dedicarse a la satisfacción de sus intereses particulares.

Así pues, se trataría de reencontrar el vínculo –desatendido por la problemática de la exclusión– entre las dos fuentes de indignación que, como hemos visto, no han dejado de sostener la crítica social: la indignación frente a la miseria y la indignación frente al egoísmo.

Las conductas egoístas en un mundo conexionista

Entendemos que los nuevos dispositivos en red favorecen la aparición y el desarrollo de una forma original de oportunismo, distinta del oportunismo comercial y más ampliamente extendida, es decir, que puede tener lugar en una gran variedad de situaciones, entre las cuales la transacción comercial tan sólo sería uno de los ejemplos posibles.

En la medida en que el oportunismo se presenta ante todo como una disposición de los individuos, partiremos de las cualidades personales necesarias para quienes pretendan vivir cómodamente en un mundo conexionista y actuar en busca del éxito personal partiendo, sobre todo, de una hábil gestión de su capi-

tal de relaciones. Tales cualidades no nos son desconocidas. Las hemos vistos en parte cuando, al exponer el modelo de la ciudad por proyectos, enumeramos las cualidades cuya posesión inclina, en tal ciudad, a calificar a alguien de «grande». Son, por excelencia, las del *manager*, jefe de proyecto, móvil, ligero, dotado del arte de establecer y de mantener conexiones numerosas, diversas y enriquecedoras y de la capacidad de extender redes.

En la lógica de la ciudad (que es, recordémoslo, un modelo de justicia y no una descripción empírica de estados de realidad), estas cualidades se ponen al servicio del bien común. En el lado negativo del modelo aparece la otra actitud posible: la de aquellas personas que a pesar de triunfar en la vida no emplean sus virtudes sino en provecho de sus intereses personales, de manera egoísta e incluso cínica. Para distinguirlas del grande de la ciudad por proyectos (al que denominaremos con el término genérico de *gestor de redes*), llamaremos al personaje oportunista que, en posesión de todas las cualidades requeridas en este mundo, hace un uso puramente egoísta de las mismas el *hacedor de redes* (equivalente al *networker* anglosajón) o, para ser breves, el *hacedor*. La diferencia entre el gestor y el *hacedor* reside en la disociación analítica de los rasgos que constituyen la grandeza en la lógica de la ciudad, con respecto a las cualidades y a las acciones que aseguran el éxito en un mundo determinado, es decir, el acceso a los estados superiores. Así pues, ambos modelos dependen de la misma escala de valores (*hacedores* y *gestores* pueden ganar o fracasar por los mismos motivos) y, para triunfar, que aquí significa desarrollar un vínculo, han de asumir los mismos sacrificios (el sacrificio de la estabilidad, de la permanencia, etc.). Por lo tanto, comparten lo esencial, pero los separa una diferencia fundamental según la lógica de la ciudad: del éxito del *hacedor* sólo se aprovecha él mismo, mientras que el acceso del gestor a los estados superiores beneficia a toda la ciudad y es, por lo tanto, un bien común²¹.

Para dibujar el retrato del *hacedor* partiremos de la literatura sociológica, que representa la acción en un mundo en red como un comportamiento exclusiva-

mente guiado por consideraciones estratégicas y por intereses, y más concretamente de los trabajos de Ronald Burt. El interés de los trabajos estadounidenses sobre redes que se han venido desarrollando desde hace una veintena de años reside en no haber hecho hincapié en los pequeños grupos (*camarillas*), caracterizados por un denso conjunto de relaciones recíprocas y en cuyo seno las elecciones son mutuas, la información se comparte y cada uno se comunica con todos los demás, sino en los espacios desprovistos de vínculos, a los que Burt denomina «agujeros estructurales», y, más precisamente, en el diferencial creado al contrastar los enjambres relacionales y los vacíos intersticiales. Los trabajos de Burt, al igual que los de Michel Callon (1991, 1993) pero por diferentes caminos, dan paso a un análisis acerca del modo en el que se construyen las asimetrías, en particular, las asimetrías de la información, en una lógica de red. En efecto, si en el seno de un mismo conjunto todos se comunican con todos, los conocimientos se ponen en común y la información se comparte, el desarrollo de asimetrías tenderá a limitarse. Por las mismas razones ningún actor capitalizará más que el resto ni, sobre todo, en perjuicio del resto. Una red cuyo entramado pone a cada nudo en relación con todos los demás no engendra asimetría alguna, pero tampoco crea el diferencial que hace posible la difusión de las ventajas en ciertos puntos de la red, de tal suerte que puedan sacar provecho del capital acumulado, en especial, del capital informativo y relacional.

Ésta es la intuición desarrollada por Ronald Burt (1992a y b), en una serie de trabajos cuyo aliciente estriba, sobre todo, en su carácter mixto, entre la teoría formal y el manual de consejos para *managers* ambiciosos. El que sigue podría ser un sucinto resumen de su argumentación principal: después de distinguir entre tres tipos de capital, el económico, el humano y el social, atribuye a este último el papel fundamental, habida cuenta de que condiciona la posibilidad de acumulación de los otros dos. Por capital social se entiende el conjunto de relaciones personales que puede atesorar un individuo. Pero los límites de la acumulación de capital social aparecen rápidamente en la medida que, al descansar en un compromiso personal, esta acumulación exige unas inversiones de tiempo y energía difíciles de delegar. Ésta es la razón por la que Burt aconseja efectuarla con discernimiento, evitando las inversiones que supongan un empleo doble. Si Pierre y Jacques ocupan puestos similares en la misma sección, de nada sirve dilapidar el tiempo comprometiéndose en una relación con uno y luego con otro. Las inversiones más rentables no son las que se producen dentro de la camarilla, sino las más lejanas. De la superación de los *agujeros estructurales*, es decir, del establecimiento de relaciones con puntos o nudos desligados de los otros puntos con los que uno mismo ya está vinculado, depende la formación de una asimetría que, a partir de ese diferencial, hace posible la acumulación. Aunque no siempre se haga explícito, la construcción de Burt tiene efectiva-

²¹ La distinción entre el *hacedor* y el gestor de redes no se establece en función de sus respectivas capacidades para lograr el éxito. Del mismo modo que existen actores que, a pesar del desarrollo de una lógica de *hacedor*, ni cumplen sus objetivos ni consiguen convertirse en paso obligado para otros (constantemente al acecho de nuevas conexiones, disponen de una abundante cantidad de nombres en su agenda, pero no figuran en la agenda de nadie), las cualidades oblativas del gestor de redes no son suficientes para asegurar el éxito. Diremos que un gestor de redes fracasa cuando, preso de una generosidad ilimitada, deja que todo le pase por delante —personas, informaciones, etc.— sin que nada se acumule a su alrededor. Multiplica los lazos, pero no logra coordinarlos hacia una finalidad concreta, durante un tiempo determinado. Teje redes incansablemente, pero no es capaz de asentar las formas de estabilidad provisional o, si se prefiere, de retraso de desplazamientos y nuevas conexiones, que constituyen los proyectos.

mente lugar en un mundo en el que la información desempeña un papel esencial en la acumulación de riqueza. Las ganancias obtenidas al conectar puntos anteriormente separados por agujeros estructurales representan ante todo ganancias en asimetría informativa. Para Burt, esto facilita, por un lado, el acceso a una información aún desconocida por el resto de miembros de la camarilla o, lo que es lo mismo, una ventaja de tiempo por haber sido el primero en acceder a esa información y, por otro, la obtención de ganancias de *reputación* en espacios de difícil acceso, habida cuenta de que los actores con los que se han establecido contactos son susceptibles de hablar de uno y de darle a conocer. Añadamos, por último, que el modelo de Burt puede someterse a verificaciones empíricas. Concretamente el autor lo puso a prueba en una encuesta realizada a una muestra de miembros del personal superior y medio de una gran empresa punta, que reveló una estrecha relación entre el éxito y el número de agujeros estructurales en manos de cada «jugador», de acuerdo con la terminología empleada²².

Lo que no dice Burt (que, como todos los autores de la misma escuela, concibe un mundo completamente en red, carente de cualquier otro tipo de organización social) es que los beneficios de las estrategias de superación de los agujeros estructurales serían diferentes si los actores no estuviesen separados por fronteras institucionales. La existencia de espacios separados, de barreras legales o de derechos de entrada que hay que pagar incrementan los costes adscritos a la formación del vínculo y los beneficios diferenciales a los que pueden aspirar quienes hayan conseguido superar las barreras²³. Si la acumulación de un

²² En un artículo reciente (Burt, Jannotta, Mahoney, 1998), Ronald Burt, basándose en un trabajo empírico realizado con una cincuentena de estudiantes en MBA de la Universidad de Chicago y empleados a tiempo completo en empresas, emprende la tarea de comparar sus posiciones en las redes (centradas en la oposición entre los que se han quedado encerrados en las camarillas o en las estructuras jerárquicas y los que han atravesado agujeros estructurales) con sus «rasgos de personalidad», evaluados por medio de un test autoaplicado y puesto a punto por una consultora. Encuentra, en aquellos cuya posición en las redes se caracteriza por una abundancia de agujeros estructurales, muchos de los rasgos atribuidos en nuestro análisis a la persona conexcionista, con la diferencia de que Burt emplea siempre adjetivos halagadores para hablar de las personas que se desenvuelven con comodidad en las redes y más bien despectivos para referirse a los que no han sabido abandonar su camarilla: los primeros aparecen como jugadores, profundamente independientes, con una gran capacidad de crear a su alrededor un aura de excitación, amantes del cambio, interesados por los otros y por las informaciones que puedan ofrecerle. Serían los *outsiders* independientes. Por el contrario, a los que viven las camarillas les repele el riesgo, aman la seguridad y la estabilidad, practican la obediencia, se concentran en los detalles técnicos y hacen hincapié en los sistemas y en los procedimientos: serían los *insiders* conformistas.

²³ Éste es un razonamiento similar a los desarrollados por los análisis económicos de la corrupción centrados en la búsqueda de una renta. Una economía de la corrupción sólo es

capital social rico en agujeros estructurales se convierte en una fuente de beneficios aprovechable por el hacedor oportunista, es gracias a la desigual capacidad de los actores a la hora de desprenderse de sus pertenencias institucionales, según su grado de *lealtad* (Hirschman, 1970) y las bazas de las que disponen.

Así mismo, el hacedor intenta sacar el mayor provecho de las asimetrías informativas. De su experiencia, extrae una representación de los vínculos de utilidad, pero la mantiene en secreto y hace (al contrario del gestor) todo lo posible para que las personas cercanas no puedan construir una topología eficaz de la red. Se envuelve de misterio y se esfuerza especialmente por ocultar los distintos espacios en los que evoluciona, a fin de impedir que sus múltiples contactos se conozcan sin su mediación y terminen, a través del establecimiento de relaciones duraderas, alcanzando la posibilidad de hacer circular la información útil sin pasar por él. La discreción se vuelve particularmente necesaria con respecto a los más cercanos (aquellos que participan en el mismo proyecto o, en términos de red, los miembros de una misma «camarilla»), que son quienes, precisamente porque ya disponen de una gran parte del capital de información utilizada por el hacedor para actuar, tienen la posibilidad de sacar el mejor partido de las transferencias de nuevas informaciones y conexiones. La discreción es la que permite neutralizar a los competidores virtuales sin necesidad de ser considerado un traidor, al objeto de no perder las ventajas que procuran la confianza y el afecto de los viejos amigos y de los colaboradores cercanos. En efecto, conviene evitar las sospechas de duplicidad y de acción estratégica. Así mismo, cada nuevo encuentro debe parecer, si pretende inspirar confianza y hacerse verdaderamente beneficioso, fortuito y desinteresado. Igualmente, los nuevos contactos exigen la misma discreción para evitar tanto que utilicen la conexión para extender su propia red sin responsabilizarse de su coste como que se asusten: porque siempre existen diversos entornos separados por fronteras más o menos rígidas o personas con historias conflictivas, que impiden que todas las conexiones puedan ser inmediatamente compatibles, de tal suerte que la reputación de ciertos vínculos («las malas compañías») es capaz de obstaculizar otras conexiones. De modo que el hacedor que aspire a convertirse en *paso obligatorio* ha de mantener separados los distintos fragmentos de la red entre los cuales logró tener un puente. Por ende, su actuación contribuye a la formación de mafias²⁴, de

posible en el supuesto de unas fronteras y reglamentos cuya superación y transgresión supusiera un coste. El diferencial entre un espacio institucionalizado y un espacio de redes que permita vencer las separaciones y los reglamentos institucionales es lo que abre una posibilidad de beneficio (Cartier-Bresson, 1992).

²⁴ Éste es el principio que limita la extensión de las redes de tráfico de drogas. Quien consigue establecer una ramificación tiene que hacer lo posible para que los que estén por

redes de corrupción, «privilegios», «colegueos», etc. Otros tantos términos que, en la literatura sobre las nuevas prácticas de gestión empresarial, se emplean para designar las malas redes, las que se han desviado en un sentido puramente egoísta y que son, por consiguiente, inservibles como pilares de una ciudad por proyectos.

No todas las posiciones son igualmente favorables al desarrollo de una actividad de *hacedor*. Una solución interesante consiste en ocupar un cargo en una institución (empresa, servicio administrativo, asociación), para disponer de recursos (un sueldo base, herramientas de trabajo como el teléfono, la fotocopiadora, los ordenadores, el correo electrónico, etc.), de una identidad y de garantías jurídicas, al resguardo de las obligaciones del mercado (a diferencia del *empresario independiente*) y a salvo de responsabilidades directas con respecto a los subordinados (a diferencia del director)²⁵. El *hacedor* oportunista procura que los riesgos de sus operaciones recaigan sobre otros —empresarios o responsables de instituciones—, mientras él se dedica a atesorar beneficios. La mejor posición de partida para emprender una actividad de *hacedor* parece ser aquella que dé acceso al nivel más elevado posible de recursos compatible con el grado más débil de control, a fin de poner unos *bienes sociales* al servicio de una actividad personal de *networker*.

Supongamos que un *hacedor* participa en una empresa colectiva, tiene acceso a sus recursos y sólo se encuentra relativamente supeditado a formas burocráticas de control. Ha abandonado la idea de carrera profesional, sabe que el dispositivo en el que participa es temporal y tampoco ignora que, por consiguiente, está abocado a cambiar más tarde o más temprano de actividad. Su estrategia óptima consiste en no compartir sus informaciones y contactos con

debajo suyo (en la ramificación) desconozcan sus fuentes de abastecimiento, de tal suerte que su mediación les sea imprescindible para aprovisionarse y para que los que estén por encima tampoco puedan apañarse directamente con los camellos. Ha de estar dispuesto a todo, violencia incluida, para impedir la implantación de nuevos integrantes de la red. Los traficantes de droga con éxito son conservadores a este respecto. No tienden a extender la red sino a acotarla: a formar una mafia (Schiray, 1994). Como en este tipo de redes la información se encuentra tan tremendamente parcelada como desigualmente repartida, la red no existe como tal salvo para los policías que intentan investigarla y seguir sus ramificaciones.

²⁵ La ocupación de un puesto de responsabilidad o de poder, al tiempo que ofrece una cierta visibilidad a la persona, favorable al desarrollo de conexiones, termina por frenar —cuando se toma en serio— la formación de un capital social rico en agujeros estructurales. Por una parte, el carácter oficial del poder institucional limita la naturaleza de los lazos que pueden tejerse. Por otra, quien detenta el poder, ese guardián de las cosas y de las personas encargadas de asegurar su mantenimiento, está obligado por aquello sobre lo que su autoridad se ejerce.

su equipo en beneficio de su centro trabajo —como le recomienda la gestión empresarial—, sino, por el contrario, en sacar provecho de los recursos que le rodean y del escaso nivel de control del que disfruta, para adquirir un capital social que le dará ventajas sobre los demás miembros de su equipo. En este proceso, lo que se gana esencialmente es tiempo. Gracias a su movilidad, el *hacedor* se adelanta a sus eventuales competidores —es decir, en numerosos casos, a sus colaboradores y amigos— a la hora de dar visibilidad a una forma original (producto, idea, texto, etc.), que quedará desde entonces vinculada a su nombre y persona. El *hacedor* habrá vencido cuando, al final de un proyecto, se le pueda atribuir algo y ser públicamente asociado a su nombre. Ese algo no tiene por qué cumplir los requisitos de estabilidad y de objetividad que definen una obra. Para el *hacedor*, del mismo modo que para el artista de *performances*, se trata de suscitar un *acontecimiento* y de *firmarlo*. La competencia y los conocimientos comunes a todo el equipo quedan devaluados de repente, lo que disminuye las posibilidades de que los demás miembros del equipo continúen su actividad o de que sean contratados para un nuevo proyecto. Pero el hecho de que sus competencias no tuvieran la oportunidad de desarrollarse a causa del aislamiento relativo en el que el *hacedor* trataba de mantenerlos, de que no aprendieran nada más de lo que ya sabían y de que no se enriquecieran a través del contacto con los otros es, si cabe, aún más grave que su fatal desenlace.

La actividad de los *hacedores* puede generar grandes dificultades a las personas con las que entran en relación. También suscita problemas de control para las empresas y las organizaciones desde las que operan. Alentados por los beneficios que consiguen, suscitan así mismo inquietud, ya que su propensión a reconducir tales ganancias hacia la empresa tan sólo depende de su lealtad y ésta es incierta. En efecto, del mismo modo que en el caso de la firma burocratizada los directores pueden perseguir intereses diferentes de los de los propietarios y accionistas (por ejemplo, el objetivo de incrementar el número de asalariados a su cargo), también los *hacedores* pueden trabajar con fines divergentes de los de los directores, cuyo poder se ejerce sobre las cosas necesarias para el funcionamiento de las instituciones. No comparten el mismo horizonte temporal. La naturaleza pasajera, fluida, de las actividades del *hacedor* le incita a sacar el máximo provecho personal de cada operación, sin preocuparse demasiado por las posibles consecuencias futuras para la institución cuyos recursos utiliza. En un mundo asumido como extremadamente incierto y fluctuante, el *yo* se erige como el único elemento que merece la pena identificar y fomentar, porque es el único que aparenta ser un poquito *duradero*. En efecto, para el *hacedor*, cada una de las operaciones a cuyo través se desplaza se convierte en la ocasión de dar cuerpo a su *yo*, en la oportunidad de engordarlo. Es un «empresario de sí mismo». Valorará la actividad en la que participe o la «misión» que la empresa

le confíe dependiendo ante todo del grado de consistencia que le procuren a través del enriquecimiento y diversificación del universo de cosas y personas que puedan serle asociadas y que constituyen las bazas para invertir en futuros desplazamientos. Pero, de acuerdo con esta lógica, se abre la posibilidad de conflictos con la unidad —empresa o administración— que comenzó el proyecto o dispuso los recursos. Los problemas suelen corresponder, fundamentalmente, a asuntos de propiedad, en particular cuando lo disputado es difícil de proteger, como cuando no se trata de objetos sino de personas o bienes inmateriales, en lo relativo, por ejemplo, a clientes, proveedores o ideas.

El desarrollo de comportamientos oportunistas en un mundo conexcionista perjudica, como hemos visto, al resto de los miembros del colectivo de trabajo, cuya empleabilidad disminuye, pero también a las instituciones que proveyeron al hacedor de unos recursos cuyo precio no ha pagado necesariamente. Estas observaciones sugieren la posibilidad de unas formas de explotación propias del mundo conexcionista. Queda por construir un concepto de explotación adaptado a una sociedad en la que, junto a los mundos industrial y mercantil a los que hacían referencia las formulaciones clásicas de la explotación, el mundo conexcionista cobra una importancia cada vez mayor. Esta reformulación de la explotación permitiría llenar el espacio que actualmente separa esta noción de la de exclusión.

La explotación en un mundo en red

Una teoría de la explotación debe mostrar que el éxito y la fuerza de algunos se deben, *de hecho*, al menos parcialmente, a la intervención de otros actores cuya actividad no es ni reconocida ni valorizada. Esta perspectiva crítica supone, en primer lugar, la existencia de un mundo común. Para conectar exclusión y explotación hace falta, como mínimo, estar en condiciones de fundar un principio de solidaridad entre la felicidad de los fuertes (grandes) y la miseria de los débiles (pequeños). En efecto, si por un lado tenemos a fuertes muy dichosos y por el otro a pequeños en míseras condiciones, pero sin relación los unos con los otros y moviéndose por mundos totalmente distintos, entonces la idea de explotación carece de sentido. Es necesario que compartan, como mínimo, un mundo común. Cabría identificar ese mundo común desde la intuición de la red. La red compone efectivamente la forma que, centrándose en las relaciones, permite comprender en el seno de un mismo gráfico tanto a los más débiles como a los más fuertes; pero como los conglomerados relacionales se caracterizan por una densidad variable, también reúne elementos más o menos ligados, conectados en red o desconectados, incluidos, que figuran en el centro del diagrama, y excluidos, expulsados a sus márgenes.

¿Existe la posibilidad de que fuertes y débiles pertenezcan a un mundo común, sin que la felicidad de unos dependa de la desdicha de los otros y viceversa? Para poder hablar de explotación hace falta que exista entre ambos una solidaridad que no sea tan sólo estructural (la supremacía que los fuertes deben a la riqueza de sus relaciones sólo existe diferencialmente con respecto a la pobreza de las relaciones que atan a los pobres al resto del mundo), sino también sustancial: debe permitir la identificación, en un mundo en el que la capacidad de anudar relaciones es fuente de beneficios, de la parte ausente sin la cual la felicidad de los ricos permanecería en el *misterio* (como dice Marx a propósito de la valorización del capital), precisar de qué está constituida esa parte ausente y demostrar que, *en realidad*, se trata de una aportación de los pequeños, que no reciben la fracción del valor añadido que les corresponde.

¿Cuál es esa parte ausente, sonsacada a los pequeños, que explicaría la fuerza de los grandes en un mundo conexcionista? Para asegurar que los pequeños han contribuido al proceso de valorización, hay que ser capaces de demostrar que resultan útiles para el establecimiento de relaciones beneficiosas. De no ser así, su pobreza de relaciones —una lástima para ellos— no aportaría nada. La aportación de los débiles ha de poseer un carácter de visibilidad limitada y, a la vez, no ser objeto de reconocimiento en el marco de este mundo, en el que al mismo tiempo que detentan un valor mediocre (de lo contrario, la injusticia de la que son víctimas sería evidente) contribuyen a su enriquecimiento. Podemos proponer la siguiente respuesta: en un mundo conexcionista la contribución específica de los pequeños al enriquecimiento y el origen de su explotación por parte de los grandes residen precisamente en lo que constituye su debilidad en este marco, es decir, en su inmovilidad.

En efecto, en un mundo conexcionista, la movilidad, la capacidad de desplazarse de manera autónoma, no solamente en el espacio geográfico, sino también entre las personas e incluso en el ámbito de los espacios mentales, entre las ideas, es una cualidad esencial de los grandes, de tal suerte que los pequeños se caracterizan, en principio, por su inmovilidad (su rigidez). Tampoco conviene atribuir demasiada importancia a la diferencia entre la movilidad propiamente geográfica o espacial y las otras formas de movilidad. Efectivamente, las conexiones importantes, sea cual sea la perspectiva desde la que se aborden, cuentan con todas las probabilidades de traducirse, en uno u otro momento, en un acercamiento geográfico e, inversamente, las desconexiones conllevan un fuerte riesgo de saldarse con un alejamiento en términos de distancia espacial. Evidentemente, esto es más cierto todavía si redefinimos la distancia geográfica en el lenguaje de las redes que la mide por el número e intensidad de los vínculos (desde esta perspectiva se puede considerar que una persona que ha vivido siempre en una misma ciudad, pero que ha cambiado completamente de grupo de

relaciones, ha operado un movimiento en el espacio de la red). La movilidad geográfica o espacial siempre puede considerarse una expresión paradigmática de la movilidad.

Los grandes no paran. Los pequeños no se mueven. Desplazándose, los grandes introducen nuevos vínculos. Permaneciendo en un mismo sitio, los pequeños pierden aquellos vínculos que les resultan más potencialmente beneficiosos (proceso de exclusión). Estamos en alguna parte con otros. Los otros se desplazan, nosotros nos quedamos atrás. Al final nos quedamos solos, o débilmente vinculados al corazón de la red²⁶. Desde este punto de vista la «exclusión» puede interpretarse como un proceso, es decir, como el proceso no intencional que no supone la imputación a seres humanos de la voluntad de excluir a otros de su círculo.

Pero esto no basta para comprender en qué contribuyen los que no se desplazan (o se desplazan menos) a la formación del valor añadido de los que se desplazan (más). Cabe argumentar que si no se desplazan es porque son caseros o timoratos, porque tienen ideas fijas, costumbres, o porque están casados, tienen hijos o incluso viven con su anciana madre, etc. Pero ése es su problema, es culpa suya. No están dispuestos a asumir los sacrificios exigidos por los desplazamientos. Ciertamente es que esto los deja atrás, pero tampoco parece aventajar en nada a los que sí se mueven. La explotación permanece inencontrable. Para descubrirla sería imprescindible comprender que *la inmovilidad de unos permite la movilidad de los otros*.

El mundo conexcionista está habitado por una tensión muy viva entre lo cercano y lo lejano, lo local y lo global. Tensión que recae en particular sobre los más grandes, puesto que ellos encarnan la verdad de este mundo. En efecto, para aspirar a la grandeza conviene, en este tipo de realidad, moverse continuamente para tejer nuevas relaciones. Y es preferible desplazarse personalmente (asistir al coloquio, entrar en contacto directo con el socio comercial, etc.). Ronald Burt (1992a) habla de capital social para designar el tipo de activos al que se atribuye la fuerza en un mundo conexcionista, entendiendo que las relaciones establecidas en una red son convertibles en otra cosa, en dinero en particular: de lo contrario la referencia al «capital» sería puramente analógica. Pero una característica del capital social, a diferencia, por ejemplo, del financiero, es la debilidad de su autonomía con respecto a las personas. Su desapego no pasa

²⁶ El dolor y la nostalgia de la emigración residen en un modo inverso de vivir la partida, que es sin duda un signo de la transformación del mundo y de sus valores. Para el emigrante que se aleja, es él mismo quien se encuentra solo y con sus relaciones truncadas, es él quien deja atrás a los demás, aunque parta con el sueño del retorno. Por el contrario, el excluido actual se encuentra desamparado porque los demás se fueron sin tan siquiera el sueño de volver, y le dejaron solo.

de débil. No circula bien si las personas no circulan con él. El capital social se asemeja así al trabajo humano anterior a la separación liberal entre la persona y su trabajo, entre el trabajo y el trabajador. Ésta es la razón de que el incremento del capital social se enfrente a una limitación temporal. De ahí que se desaconseje a los inversores la constitución de relaciones redundantes. Pero Burt observa también que una de las ventajas esperables de las relaciones con personas bien situadas es que hablen bien de uno en su ausencia, cuando no se puede estar en el momento propicio (cuando se busca, por ejemplo, un colaborador para tal empresa o un jefe para tal nuevo proyecto). Burt (que, como la mayor parte de los que reflexionan en términos de red, adopta el punto de vista de los fuertes) sólo piensa, evidentemente, en el prestigio. Pero esta observación puede ponernos sobre la pista para identificar la contribución específica de los pequeños a la fuerza de los grandes en un mundo conexcionista.

Permaneciendo en un mismo lugar, los pequeños aseguran en él la presencia de los grandes, que no pueden estar en todas partes y mantienen los lazos que éstos tejieron. Son ellos quienes permiten superar los límites temporales (naturales) que se oponen a la extensión del capital social. En un mundo conexcionista, diremos que los pequeños son los *dobles*. El grande teje una relación a distancia. Contacta con una persona (que puede ser el centro de una camarilla) y escoge o deposita en ese lugar a alguien que mantenga esa relación. El doble ha de permanecer en el lugar que le fue asignado. Su estancia en ese nudo de la red es imprescindible para los desplazamientos del grande. Sin su presencia, el grande perdería, a medida que se desplaza, tantas relaciones como fuera creando. No podría acumularlas. El capital se le escaparía. ¿De qué le serviría su teléfono móvil (gran objeto conexcionista) si no estuviera seguro de encontrar en el otro extremo del hilo, en su sitio, en la base, a alguien capaz de actuar en su lugar, alguien que tiene al alcance de la mano aquello sobre lo que hay que intervenir?

En un mundo conexcionista, en el que la grandeza implica el desplazamiento, los grandes arrancan una parte de su fuerza de la inmovilidad de los pequeños, origen de la miseria de estos últimos. Ahora bien, los actores menos móviles son un factor importante para la formación de los beneficios que los móviles extraen de sus desplazamientos. Efectivamente, en un mundo en el que cada cual transitará, los movimientos se volverían aleatorios, y como los lugares entre los que es posible desplazarse perderían su particularidad, su singularidad (puesto que ya no serían conservados, en su especificidad, por actores inmovilizados en su lugar), los beneficios del desplazamiento, y en particular los debidos a la conexión entre seres o universos distantes en tanto que diferentes, tenderían a desaparecer.

Si es verdad que la inmovilidad de algunos es condición para las ganancias que otros obtienen de su aptitud para el desplazamiento y que la movilidad pro-

cura beneficios sin comparación posible con lo que puedan esperar los que permanecen en un lugar, entonces podemos decir que los inmóviles son explotados con respecto a los móviles en la medida en que el papel que desempeñan en tanto que factor de producción no se reconoce como se merece, y porque su contribución a la formación del valor añadido no se retribuye al nivel que debería para que el reparto pudiera ser considerado equitativo.

La desigualdad parece aún más escandalosa si la consideramos desde el punto de vista de la duración, en tanto que proceso acumulativo. Los menos móviles asistirán probablemente a la caída del beneficio esperado al comienzo del periodo e irán perdiendo, con el paso del tiempo, la seguridad relativa de la que, en otro estado de las relaciones de explotación, hubieran podido disfrutar como contrapartida de la estabilidad y la fidelidad (en especial a uno mismo), valoradas en términos de previsión y de prudencia. Efectivamente, los pequeños, asentados en un mismo sitio, no desarrollan su capacidad para la movilidad y las nuevas relaciones (es decir, en el vocabulario en curso de formación en las empresas, «su empleabilidad»), de tal suerte que su *status* depende del interés que tenga su comitente por las conexiones locales que ellos aseguran. El valor de los pequeños destinados en un lugar fijo procede del vínculo con el grande hacia el que ese valor retorna. Los dobles se benefician de los lazos que tienen con el grande. Pero los pequeños no disfrutan del capital de vínculos que el grande va tejiendo, puesto que éste, del que son agentes, es para ellos un paso obligatorio, y no disponen de una conexión directa con los seres cuya relación capitaliza el grande. Lo más frecuente es que hasta ignoren su existencia. Ahora bien, el grande se mueve (y a ello debe precisamente su calidad de grande). Las relaciones no son eternas. Las empresas se suceden. Los proyectos cambian. Y ocurre que los suplentes se vuelven innecesarios. Envejecen con las inversiones en capital social de las que dependían. La relación que aseguraban en su sitio, su mantenimiento, pierde interés. El comitente rompe los lazos (que no le costaba nada mantener) establecidos con su agente. El papel del doble se diluye y su fuerza y hasta su capacidad de supervivencia disminuyen en la misma proporción. Separados de los que suponían para ellos el paso obligado hacia conexiones más diversificadas y lejanas, los *dobles* son empujados a los límites de la red y arrastrados hacia un proceso de exclusión.

En un mundo en red, se vive con la angustia permanente de ser desconectado, dejado de lado, abandonado en el sitio por aquellos que se desplazan. Ésta es la razón por la que el arraigo local, la fidelidad y la estabilidad se han convertido ahora, paradójicamente, en factores de *precariedad* y son vividos cada vez más de ese modo, como demuestran las reticencias de los jóvenes que ocupan posiciones marginales, como aquellos que ejercen profesiones en decadencia o viven en regiones en declive, a instalarse en la vida, a pedir un préstamo para

comprar una vivienda (en vez de alquilar), a casarse (en vez de vivir como pareja de hecho), a tener hijos (en vez de abortar con la esperanza de conservar el empleo), etc. La «desafiliación» puede también comenzar por conductas de autoprotección en situaciones de precariedad, cuyo resultado paradójico es el aumento de la precariedad²⁷.

Así pues, uno de los efectos de los nuevos dispositivos de empresa, especialmente pertinente para nuestro enfoque, consiste en aumentar el peso de las desigualdades relacionadas con la extensión y la diversidad de las redes por las que las personas pueden circular. Frente a aquellos cuya supervivencia depende de redes locales densas y cortas y están expuestos a todo tipo de riesgos en cuanto se alejan de ellas, se encuentran los individuos o grupos con la posibilidad de circular por redes largas, que deben su seguridad no al sostén de las protecciones territoriales, sino al mantenimiento de las relaciones apropiadas para mantener la estabilidad o, si se prefiere, la interconexión de los circuitos sobre los que se desplazan.

Las observaciones precedentes, sin embargo, no bastan para agotar la carga de indignación contenida en la idea de explotación. Junto a estas formas de explotación, que cabría calificar de débiles (*tan sólo* ofenden al sentido de la justicia, por así decirlo), existe una explotación en sentido fuerte que implica una agresión a lo que constituye la dignidad misma de los seres humanos²⁸. La críti-

²⁷ La relación del capitalismo con la familia se ha visto considerablemente modificada en el transcurso de los últimos treinta años. La asociación de los dos tipos de valores antaño centrales en el retrato del burgués —los valores familiares y los valores del dinero—, cuando el capitalismo se basaba en el patrimonio y trataba de estabilizar y domesticar una mano de obra obrera móvil y turbulenta, tiende ahora a verse sustituida por otro tipo de modelo en el que la insistencia sobre la movilidad convierte el apego a la familia en una desventaja. La familia estallada —«recompuesta» al hilo de los cambios de situación y de los desplazamientos y, por así decirlo, «flexible»— parece acorde con el capitalismo en red.

²⁸ Es a esta explotación en el sentido fuerte a la que se refiere, por ejemplo, Simone Weil con el término *opresión* y que describe en su diario de fábrica (Weil, 1951). «Esto es lo que ha supuesto —escribe Weil en una carta dirigida a Albertine Thévenon, publicada en el mismo libro— trabajar en una fábrica. Ha supuesto que todas las razones externas (y que yo, anteriormente, había creído internas) en las que se apoyaba mi sentimiento de dignidad, el respeto hacia mí misma, se han visto radicalmente rotas en dos o tres semanas bajo el golpe de una coacción brutal y cotidiana» (p. 27); y algunas páginas después en una carta a un desconocido: «Tienes evidentemente razón cuando dices que el obrero descalificado deja de ser prisionero del dominio del trabajo en cadena al salir de la fábrica. Pero ¿a qué conclusión te lleva? Si concluyes que cualquier hombre, por muy oprimido que esté, no pierde nunca la oportunidad cotidiana de recuperar su humanidad, perfecto. Pero si llegas a la conclusión de que la vida de un obrero descalificado de la Renault o de Citroën es una vida aceptable para un hombre deseoso de conservar su dignidad humana, yo no puedo estar de acuerdo» (p. 44).

ca se aferra aquí al principio de dignidad, entendido como la imposibilidad de asignar a las personas una sola forma de grandeza de una vez por todas: el que sea pequeño en algún aspecto siempre habrá de conservar la posibilidad de ser grande en otro. Si se reduce a una persona hasta el punto de anular su capacidad para manifestar su grandeza en cualquier ámbito, su dignidad humana se verá atacada. Ahora bien, el trato infligido a las personas en una realidad determinada, la del trabajo en este caso, puede alcanzar tales cotas de injusticia que les impida manifestar aquello de lo que son capaces en otras realidades. ¿De qué modo la explotación (en su sentido débil) en una realidad puede conducir a la explotación, en su sentido fuerte, en todas las realidades posibles? Adoptando una forma tan intensa que afecte a la vitalidad misma, es decir, a todas las capacidades de reproducción de las que dispone un individuo. En el mundo industrial esta forma límite de explotación se produce a través del agotamiento causado por el trabajo. ¿Y en el mundo conexionista? En éste los modos de explotación extrema se manifiestan a través de una privación cada vez más drástica de las relaciones y de la progresiva aparición de una incapacidad no solamente para crear nuevos vínculos, sino también para mantener los existentes (alejamiento de los amigos, ruptura de los lazos familiares, divorcio, absentismo político). ¿No es la carencia de vínculos, la incapacidad de establecerlos, el naufragio absoluto, lo que constituye la condición del «excluido» tal y como se describe habitualmente hoy en día?

Sin embargo, sigue siendo imprescindible examinar el modelo de explotación en un mundo en red para llegar a comprender a fondo el mundo del trabajo y sus injusticias, tal y como lo hemos descrito en el capítulo IV. A tal fin habrá que generalizar el diseño que acabamos de leer, construido, con fines demostrativos, únicamente a partir de relaciones interindividuales, al objeto de que sea posible describir con ese mismo esquema, operando con los diferenciales de movilidad, tanto la explotación de determinadas personas consideradas individualmente como la de personas en cuanto miembros de colectivos, tales como empresas, países o clases, desfavorecidos en cuanto a la movilidad se refiere.

La explotación de los inmóviles por parte de los móviles a prueba

Aquello que es denunciado con frecuencia como una de las fuentes actuales de desigualdad, a saber, alternativamente, el poder de los mercados financieros o la globalización, se deduce perfectamente del diferencial móvil/inmóvil tal y como lo hemos venido analizando.

Los *mercados financieros*, se ha insistido bastante de ello, desplazan sus inversiones a un ritmo incommensurable con respecto al de los intercambios de mer-

cancías que, hasta hace bien poco, eran el principio esencial de los movimientos financieros internacionales²⁹. De acuerdo con nuestro modelo, ellos son los primeros explotadores, puesto que son los más móviles de una larga cadena de explotación en cascada. En efecto, su lógica de acción incita la de sus víctimas, que intentaron emular una flexibilidad comparable a la movilidad de los capitales para conservar la mayor parte posible del valor añadido; esto desencadena otros fenómenos de explotación en los que cada uno, excepto los situados a ambos extremos de la cadena, es a la vez explotador y explotado.

Se puede considerar que los mercados financieros explotan a países y empresas. Desplazan capitales a un país (compra de divisas, préstamos a los Estados³⁰, compra de acciones en empresas locales), pero los pueden retirar cuando les plazca (se exige esta posibilidad como condición de la inversión). El país afectado, por su parte, no tiene esta movilidad. Necesita ese dinero para su desarrollo y su retirada brutal le sume en una crisis. Su moneda nacional pasa de ser la medida de su vitalidad económica, al reflejo tanto de la confianza depositada en ella por los mercados como de la naturaleza de su estrategia para extraer beneficios en un momento dado. Por otro lado, cuando los capitales se retiran, la moneda se hunde, ligando así, a la inversa de la teoría, la salud económica del país afectado al curso de su divisa³¹. Para impedir que los inversores retiren

²⁹ En el mercado de divisas, el importe de las transacciones ligadas a las mercancías representaba apenas el 3 por 100 del importe de las transacciones de 1992 (Chesnais, 1994, p. 209). Si en 1980 los movimientos relacionados con las importaciones y exportaciones de bienes y servicios representaban más del 70 por 100 de los flujos de la balanza de pagos francesa, esta proporción desciende a alrededor del 31 por 100 en 1992, correspondiendo el resto a movimientos de capitales (medidos aquí por variaciones de carácter periódico, sin tomar en cuenta todos los vaivenes de fondos). Estas cifras, que hablan por sí mismas, han de interpretarse además en el contexto de un enorme crecimiento de los movimientos de capitales de todo tipo, que, durante el mismo periodo, pasaron del 14 al 89 por 100 del PIB (Chesnais, 1994, p. 228).

³⁰ Para financiarse, los Estados acuden a los mercados financieros internacionales, lo que acelera en gran medida el proceso de mundialización de los mercados. En 1970 la deuda federal estadounidense sumaba 322.000 millones de dólares, 4.061.000 millones en 1992, y la prevista para 1998 asciende a 6.141.000 millones; estas necesidades se financian ampliamente recurriendo a capitales extranjeros (Chesnais, 1994, p. 221).

³¹ Tras el hundimiento del sistema de Bretton-Woods, a resultas de la suspensión de la convertibilidad al oro del dólar en 1971, «la profesión al completo, inspirada por las tesis del monetarista Milton Friedman, pensó que el sistema de tipos de cambio flotantes desanimaría la especulación, ya que las cotizaciones reflejarían automáticamente los *fundamentals* de las economías subyacentes» (Warde, 1997). Ha ocurrido justamente lo contrario. Según Chesnais (1994, p. 207), «a partir de ese momento los mercados de valores están preparados para modificar la cotización relativa de todas las monedas sin excepción, incluido el dólar, para poder encajar la variedad particular de beneficios especulativos de los que se nutren».

todos sus fondos se suben los tipos de interés, de manera que el conjunto de los actores inmóviles, los Estados financiados por los impuestos de los contribuyentes que no pueden eludir la tributación, así como los habitantes endeudados, quedan estrangulados bajo la carga de la deuda, bajo el peso de los gastos financieros. Quien tiene la posibilidad de tomar la decisión de retirarse unilateralmente impone su precio, sus tipos de interés, a quien no se mueve, que se queda «pegado», según la expresión que llegan a utilizar los operadores financieros.

Además, la extrema movilidad de los inversores representa una amenaza permanente para las empresas cuyo capital no está, como se suele decir, «blindado». Si la empresa no hace entrega de la remuneración prevista, pueden venderla a un desmantelador; si tienen la impresión que se puede gestionar mejor, su baja cotización la convierte en víctima potencial de una OPA³². Si el industrial obligado a invertir a largo plazo, que posee activos poco móviles, fábricas, maquinaria, que vive permanentemente con el temor de perder el apoyo financiero, de no poder efectuar el aumento de capital que deseaba realizar o de pagarlo muy caro, pretendiese movilizar una determinada cantidad, tendría que «diluir» buena parte de su capital (como su cotización es baja, habrá de multiplicar el número de acciones) para conseguirlo. Teme perder la confianza de sus prestamistas, que, desde la liberalización de los mercados³³, son con frecuencia sus propios accionistas, y que le impongan fuertes tipos de interés. Por otra parte, los movimientos de los mercados, obedeciendo a una lógica en buena medida independiente

³² Las OPA (Oferta Pública de Adquisición) suelen lanzarse sobre las empresas cuya cotización se estima débil con respecto a su rentabilidad potencial. Se hace una oferta de compra de las acciones de la empresa a un precio superior al que cotizan, para que alguien caiga en la tentación de asumir su gestión. La empresa, sobre todo cuando cae en manos de un «tiburón», es decir, de quien busca rentabilidad a corto plazo, y no, por ejemplo, de un competidor que desea aprovechar la ocasión para aumentar su peso a escala mundial, podrá ser después desmantelada, vendida «por partes» y, en cualquier caso, sometida a una reestructuración para conseguir la rentabilidad de la que se le cree capaz y recuperar así la inversión inicial en la operación. Las empresas susceptibles de recibir una OPA («opeables») porque su capital está ampliamente difundido entre el público tienen que hacer alarde de fuertes rentabilidades para compensar ese riesgo.

³³ La liberalización de los diferentes mercados (de divisas, de crédito, de obligaciones y de acciones) ha sido ampliamente favorecida por la aparición de nuevos productos financieros. En Francia la medida más importante de liberalización la introdujo la ley de 1984 que suprimió la separación de los créditos y préstamos a largo plazo de los créditos a corto plazo (Chesnais, 1994, p. 226). Por otra parte, la desintermediación ha permitido que las multinacionales se sirvan directamente en los mercados, sin pasar por los bancos. Estas evoluciones han contribuido a centralizar todas las fuentes de la financiación internacional en unas pocas manos. Los actores de los mercados financieros son, de hecho, bastante menos numerosos y más fáciles de identificar de lo que sugiere la expresión anónima de «mercados».

de la de las empresas, constituyen una amenaza permanente, capaz, a causa de una modificación de las tasas de cambio o de los tipos de interés, de hacer añicos los beneficios industriales tan duramente conquistados, de modo que, aún no saciados con la exigencia de remuneraciones crecientes permitida por su mayor movilidad, logran sangrar ganancias directamente de la cadena de valor: las turbulencias que introducen incitan a las empresas a protegerse y a comprar productos financieros vendidos por los mismos mercados, que han encontrado de este modo el medio de constituir el origen del daño cuyos remedios venden³⁴.

Como respuesta a esta presión, las empresas se mundializan para hacerse ineludibles³⁵. Allí donde van, los inversores terminan encontrándose con los mismos actores, las mismas marcas, los mismos productos. Dentro de poco no podrán escoger, con independencia del mercado al que acudan, más que entre cuatro o cinco empresas. Su movilidad se ve reducida otro tanto. Al hacerse gigantescas, las empresas consiguen liberarse de la tutela de los mercados, ya que a partir de un determinado tamaño ningún postulante es lo suficientemente importante como para comprarlas, de tal forma que el riesgo de OPA remite. Los accionistas, conforme a la teoría de los mercados, reclaman el poder de realizar los arbitrajes³⁶ por sí mismos, de poner su dinero allí donde lo deseen, sólo en las

³⁴ Para un grupo multinacional cualquier decisión industrial, tanto a corto como a medio o largo plazo, debe tener en cuenta una multitud de variables financieras: la evolución de los tipos de cambio, la comparación de los tipos de interés según plazos y países, etc. El envite es considerable porque, a diferencia de otras cargas de explotación, los gastos financieros ligados a los riesgos de cambio pueden llegar a duplicarse. Un ejemplo sencillo: si un grupo obtiene la mitad de sus ingresos en dólares, cuando el dólar baja un 10 por 100 el grupo pierde el 5 por 100 de su facturación (expresada en moneda nacional). Según las cifras dadas por Serfati (1995), válidas para el momento en que las escribí, para protegerse frente al dólar a 5,30 francos a seis meses, hay que pagar un 2,6 por 100 del importe nominal del contrato y el 4,4 por 100 a dos años. En el mercado de opciones de tipos de interés, para asegurar un tipo de interés al 6,5 por 100, la opción a dos años cuesta 1,7 por 100, y 6,5 por 100 a cinco años. Así que para pedir un préstamo al 6,5 por 100 más el aumento debido al coste de la opción que garantiza este tipo, ha de poder extraerse una rentabilidad a un tipo todavía mayor para poder, por un lado, devolver el préstamo y, por otro, satisfacer a los accionistas que, considerando su riesgo superior al de los prestamistas, exigen un rendimiento superior.

³⁵ Las operaciones de concentración industrial efectuadas en la Comunidad Europea han adquirido un ritmo vertiginoso, sobre todo a partir de 1987 con la perspectiva del mercado único, primero, y de la moneda única, después. Según cifras de Chesnais (1994, p. 70), las operaciones de fusiones-adquisiciones de intereses mayoritarios en el periodo 1988-1989 fueron cuatro veces mayores que en 1982-1983. El importe de fusiones y de adquisiciones a escala mundial batió su récord histórico en 1998. El récord precedente fue en 1997.

³⁶ Operación bursátil de compraventa simultánea, que permite obtener un beneficio dada la diferencia existente en las cotizaciones de un mismo valor en mercados diferentes, o de valores diferentes pero comparables en un mismo mercado [N. de la T.].

empresas y los países que les resulten interesantes. Desean esa movilidad y a veces la obtienen, como en el caso de los gigantes de la industria química que estallan uno a uno para dar paso a dos grupos, el químico y el farmacéutico. Pero las multinacionales replican a su turno y, al mundializarse, restringen de nuevo los márgenes de arbitraje de los mercados que ya no pueden elegir el país en el que implantarse. Las empresas intentan implantarse en muchos países para conseguir llevar a cabo los arbitrajes entre regiones y lograr el beneficio que de otro modo les arrebatan los mercados. Y aprenden a su vez a jugar directamente en los mercados, compitiendo con los actores tradicionales en la búsqueda del beneficio financiero³⁷.

Las multinacionales, aunque menos móviles que los mercados financieros, no son mucho más fieles a un país, a una región, a una implantación. Los Estados, e incluso las colectividades locales, están obligadas a pagarles, a ofrecerles terrenos, a reducir sus impuestos, etc., para retenerlas o atraerlas. La parte más móvil impone su precio pero no se compromete verdaderamente a quedarse. Está siempre a punto de partir³⁸.

³⁷ Como las oportunidades y los riesgos generados por los mercados financieros (especialmente los de divisas) son con frecuencia superiores a los de las actividades industriales, cierto número de grandes grupos disfrutan de plazas de mercado que no tienen nada que envidiar, de no ser el tamaño, a las de los bancos, y han abierto bancos y entidades de financiación propias. Se han acostumbrado, además, a invertir una parte de su tesorería en los mercados financieros (en vez de en nuevos proyectos industriales) para satisfacer más fácilmente a los operadores financieros. De este modo, terminan sangrando en los mercados la remuneración que estos operadores les exigen, y éstos, evidentemente disgustados, emprenden toda clase de gestiones para que las empresas les restituyan estos flujos de tesorería (con la justificación de que la inversión es un tarea exclusivamente suya). Una de las técnicas empleadas por las empresas para la realización de esta transferencia es volver a comprar sus propias acciones. Con esta operación transfiere efectivamente una parte de su tesorería a manos de los antiguos accionistas, contribuye al aumento de su cotización y garantiza una mayor rentabilidad a los accionistas restantes, puesto que el número de acciones en circulación es menor, mientras que el beneficio objeto de reparto permanece supuestamente estable. Para los mercados esta transferencia de fondos ofrece, por lo demás, la ventaja de reducir la autonomía de las empresas, que dependerán de sus préstamos para financiar sus próximos proyectos industriales.

³⁸ A este respecto, el caso Hoover fue especialmente contundente. A principios de 1993, el grupo Maytag decidió cerrar su fábrica de aspiradoras de Dijon y concentrar toda su producción en su otra planta de Longvic, en Escocia, que contaba, de hecho, con más espacio disponible, aunque los dirigentes destacaron los costes salariales más bajos de este país. Pero lo que esta versión oficial oculta es que en Escocia la dirección había amenazado con el cierre para arrancar a los sindicatos una revisión a la baja del convenio de la empresa y, sobre todo, para imponer condiciones de contratación particularmente duras a los nuevos empleados necesarios tras el traslado de Dijon (cláusulas de despido de veinticuatro meses y exclusión

Cuando «el socio explotable» es un país, las empresas mundiales, a pesar de ser a su vez víctimas de los mercados financieros, se pueden aliar con ellos, como se ha visto en el reciente proyecto de Acuerdo Multilateral sobre Inversiones (AMI) elaborado en el seno de la OCDE³⁹; este acuerdo pretendía garantizar la libertad de movimientos a las inversiones directas en el extranjero que pueden ser inversiones industriales duraderas o simples participaciones financieras⁴⁰. El proyecto consistía en completar la paleta de los acuerdos multilaterales que ya trataban el tema de los intercambios de mercancías (GATT) y de los servicios (AGCS). Entre las cláusulas del acuerdo cabe destacar que «los pagos relacionados con las inversiones, especialmente las operaciones de capital, los beneficios y los dividendos, podrán efectuarse libremente con destino a o procedentes del país de acogida». La entrada y estancia del personal clave tenían así mismo que quedar garantizadas. Además, el acuerdo buscaba la supresión de la mayor parte de las posibilidades de acción de los Estados sobre las inversiones efectuadas en su territorio: tenía que prohibirse la imposición de determinadas obligaciones a los inversores, como los objetivos mínimos de exportación de bienes y servicios; debía garantizarse la igualdad entre todos ellos, sin que cupiese favorecer con subvenciones a una empresa de capitales nacionales sin beneficiar así mismo a las empresas extranjeras; no se podía reservar la compra de terrenos a los nacionales; numerosas cláusulas preveían indemnizaciones para los inversores y para las empresas en caso de una intervención gubernamental susceptible de restringir su capacidad de sacar partido de su inversión y de discriminar al capital extranjero. Además, el riesgo político asociado a la situación de un país

del sistema de pensiones de la empresa durante este periodo). Tan sólo tras la firma de dichos acuerdos la dirección anunció el cierre de Dijon, decisión que, sin duda, había sido ya tomada de antemano. Además, esta simple transferencia de capacidad, que supuso finalmente una pérdida de empleos a escala europea, disfrutó de ayudas locales (10 millones de libras) al ser considerada como nueva implantación en Escocia. Según la dirección de Hoover, esto no fue determinante para la decisión final, puesto que las autoridades francesas habían ofrecido otro tanto en caso de transferencia en sentido inverso. ¿Pero es posible, cabe preguntarse, que la empresa hubiera procedido a un simple cierre de una de sus fábricas sin contar con ayudas para reestructurarse? (Sohlberg, 1993).

³⁹ Ante la generalizada indignación suscitada por la publicación del proyecto de acuerdo, su negociación se transfirió a la OMC (Organización Mundial del Comercio), mucho más cómoda, puesto que sólo representa a los países más ricos, a la hora de enmendar las cláusulas más desfavorables para los demás países.

⁴⁰ Efectivamente, la parte de las inversiones extranjeras directas procedente del sector financiero (bancos, sociedades de valores, aseguradoras, fondos de pensiones) ha aumentado en el contexto de un crecimiento general de las mismas. En el AMI, «la inversión» se definía teniendo en cuenta tanto las inversiones directas como la cartera de inversiones, las inversiones inmobiliarias y los derechos derivados de los contratos.

dejaría de ser asumido por los inversores, a pesar de su propio deseo de instalarse en éstos, y recaería en los Estados: las empresas adquirirían así un derecho de indemnización en caso de «desórdenes civiles», «revolución, estados de emergencia u otros acontecimientos similares».

Entre todas las empresas, las *multinacionales*, gracias a su mayor movilidad, pueden usar ese diferencial de desplazamiento para presionar a las empresas más pequeñas. Gozan de la capacidad financiera suficiente para cerrar una fábrica en un sitio y poder reconstruirla en otro, o, con mayor rapidez si cabe, para vender una en tal lugar y comprar otra en otro país. La deslocalización deja en la estacada a todos aquellos que vivían de la fábrica cerrada: a sus asalariados, a las subcontratas y a todos aquellos cuyos ingresos dependían de ellos (comercios, proveedores de los proveedores, etc.). De este modo muere, asfixiada, una parte de la red. En caso de venta de la fábrica, y no de cierre, los que se quedan en ella tendrán que asumir la tarea de granjearse las simpatías del nuevo propietario.

El importante movimiento de externalización y de globalización al que hemos asistido se puede interpretar, al menos en parte, como el resultado de una voluntad de ganar ligereza para desplazarse más deprisa. Una empresa integrada que posee todas sus subcontratas se lo pensará dos veces antes de proceder a una deslocalización. Su dificultad se reduce al comprar desde donde quiera que se encuentren el 70 por 100 de su facturación a diversos proveedores.

Frente a este riesgo, proveedores y subcontratistas se mundializan y aligeran a su vez. Hay que responder con movilidad a la movilidad. Para no exponerse a ser más tarde o más temprano abandonados a su vez, se ven obligados a cultivar la capacidad de seguir a su clientela al fin del mundo. A veces incluso logran superar la movilidad de sus propios clientes, como en el caso de los proveedores de equipamientos de automóviles, hoy en día más rentables que los mismos fabricantes. Pero tal diferencia se explica, en parte, porque los fabricantes siguen siendo los propietarios de la maquinaria *ad hoc* necesaria para la elaboración de las piezas específicas de sus distintos vehículos (como, por ejemplo, los moldes con los que los subcontratistas fabrican los salpicaderos). Aunque la maquinaria puede desplazarse por todo el mundo, esto no evita su intransferibilidad de un vehículo a otro distinto. Por el contrario, el coste de un cambio de modelo es muy bajo para los subcontratistas, aligerados del peso de tales inversiones específicas. No son penalizados cuando las preferencias expresadas por el mercado se modifican, como los fabricantes obligados a diseñar nuevos modelos, toda vez que continúan fabricando las piezas sin tener que asumir los costes fijos. Durante un primer periodo los fabricantes consiguieron descargarse considerablemente gracias a las transferencias de producción a los proveedores de equipamientos, pero como deseaban seguir siendo «propietarios» de los vehículos (conformes al segundo espíritu del capitalismo), no repararon en la carga exce-

siva que eso les suponía todavía. De modo que hoy por hoy, para afrontar el éxito de sus proveedores, intentan de nuevo aligerarse, transfiriendo a estos últimos el peso de la propiedad de la maquinaria⁴¹. Este ejemplo ilustra perfectamente que la movilidad tiene una dimensión geográfica, pero que se manifiesta, en general, a través del desapego con respecto a todo lo que es demasiado específico, a todo lo que está demasiado vinculado a unas circunstancias precisas (en el ejemplo, a lo intransferible a otras fabricaciones). Se expanden los equipamientos industriales modulares, flexibles, poco específicos, que se desplazan con mayor facilidad, no sólo geográficamente, sino también de una producción a otra.

El *consumidor* es otra fuente de inestabilidad. Como en el caso del accionista anónimo, él es quien decide si comprar o no, sin imponerse ningún tipo de fidelidad. Las empresas han pretendido alcanzar un nivel de movilidad adaptado a la supuesta volatilidad de sus deseos. Trabajan en la modalidad *justo-a-tiempo* para no correr el riesgo de quedarse con existencias. Producen exactamente lo que él quiere cuando él quiere, una proeza que sólo son capaces de realizar lastrando la movilidad de los subcontratistas, que suelen acabar con existencias superiores al número de sus clientes (Amat, 1992) y que ponen en marcha procedimientos más exigentes de gestión de la mano de obra (más personal para menos facturación). Estos subcontratistas intentarán aligerarse a su vez, es decir, lastrar a otros actores con el peso de la mínima inmovilidad necesaria para la realización de sus negocios, porque hacen falta espacios mínimamente estables en los que instalar las fábricas, así como puntos de venta anclados en un territorio, de tal forma que el cliente no tenga que buscarlos cada día allí donde hayan creído oportuno desplazarse. En estas implantaciones relativamente estabilizadas se necesita personal local, al menos durante el periodo en el que permanecen activas. Cuanta menos capacidad de movilidad tenga ese personal, de menos posibilidades dispondrá para instalarse en otra parte y más fácil será imponerle un estatuto de precariedad, para poder reducir la actividad de la planta de un día para otro sin despidos, sin plan social, simplemente dejando de

⁴¹ Los fabricantes de automóviles solicitan a sus proveedores, cada vez con más frecuencia, la entrega de «módulos» completos (toda la parte delantera ya montada, el conjunto completo de asientos y soportes, salpicaderos totalmente equipados): esto implica la transferencia de numerosas operaciones de acoplamiento y ensamblaje de los componentes que constituyen el módulo. Poco a poco, el montaje final de los vehículos en las fábricas de los fabricantes, que aún debe hacerse próximo al consumidor final, terminará limitándose al ensamblaje de unos cuantos módulos. El automóvil, producto particularmente complejo y «pesado» por la gran cantidad de piezas que lo componen, se transformará en un producto «ligero» industrialmente. Podría darse el caso de que los fabricantes acabaran pidiendo a sus subcontratas la financiación de una parte de sus fábricas de ensamblaje final, como ya ocurrió con la construcción de la fábrica de Smart (ex Swatch) de Mercedes en Lorraine.

recurrir a los trabajadores temporales del país o región en la que está instalada, lo que permite a los dispositivos anteriormente mencionados alcanzar una mayor ligereza y movilidad.

De donde se desprende el grave error que supone reunir en una misma categoría la flexibilidad y precariedad del trabajador temporal y la movilidad del consumidor y de la multinacional. En un caso, la movilidad se elige, da fuerza, se impone; en el otro, la flexibilidad viene impuesta y se revela como lo más opuesto a la libertad. La movilidad del explotador tiene como contrapartida la flexibilidad del explotado. Encerrado en la angustiosa precariedad que le impide optar por la movilidad y reprime, cuando no destruye, el desarrollo de su capacidad de ser móvil, el trabajador flexible es el candidato a la exclusión en el próximo desplazamiento del más fuerte (al final de su contrato temporal, por ejemplo) como lo son los asalariados que, por ejemplo, por razones de salud, no son capaces de aguantar el ritmo endiablado que se les impone.

Así pues, las empresas tratan de reducir cada día más todo aquello susceptible de atarlas a un territorio concreto, a un personal determinado. Sus esfuerzos abarcan el ámbito de la producción, con el desarrollo de la externalización y de los equipamientos ligeros y modulares, pero también el de la distribución, cuyas implantaciones físicas se intentan reducir. Señal de ello es el desarrollo de la venta por correspondencia a través de todos los medios posibles (teléfono, correo, Internet)⁴² o de las redes de franquicias, que liberan a los cabezas de red del peso de todos los activos. Una empresa de venta por correspondencia que subcontrata su fabricación no posee casi ningún activo, alquila su sede social y su valor reside en sus archivos informáticos y en la destreza de un puñado de personas que conciben, compran y venden. Se puede implantar casi en cualquier lugar, si sus empleados más indispensables están dispuestos a seguirla, aunque su extrema ligereza le da también la posibilidad de instalarse allí donde este personal desee vivir. Es así como aquellos que disponen de una mayor movilidad, gozan de una mejor empleabilidad y forman parte del personal imprescindible son también quienes pueden aspirar a que el patrón los favorezca con un estado de sedentariedad dispensado de sus correspondientes riesgos.

Estos procesos dan la razón a los expertos que exhortan a personas y empresas a la movilidad. La apuesta estriba en ser más móvil, o menos pesado, que el cliente o que el patrón, para reequilibrar la relación de fuerzas. El profesional muy especializado al que todo el mundo requiere sufre la molestia de tener que escoger.

⁴² El reciente éxito de Dell en el mercado informático es totalmente ejemplar. Al vender sus ordenadores directamente a través de Internet, esta firma economiza los costes de distribución y proporciona, además, un mejor servicio, porque el contacto directo con el cliente final le permite configurar sus ordenadores directamente de fábrica con el *software* deseado.

Puede irse cuando quiera y encontrar un nuevo trabajo al día siguiente y su amenaza de marcharse le servirá para obtener una remuneración importante. El asalariado que aprende otros idiomas con facilidad y que se reconvierte sin demasiadas dificultades puede llegar a ser tan móvil como su patrón, hacer cuerpo con la empresa y reducir las posibilidades de ser abandonado *in situ*. Todos los demás podrán ser explotados a causa de su menor movilidad. Bajo la amenaza de romper la relación, de dejarlos en la estacada, tarea tanto más sencilla cuanto que se está preparado para desplazarse con rapidez, se les impone un salario menor y se los condena a soportar, a ellos, los últimos eslabones de la cadena, las incertidumbres de los mercados. El imperativo de movilidad está ya tan asentado en las costumbres que, cuando una empresa cierra una planta ofreciendo recolocaciones laborales a quinientos kilómetros de distancia, puede valerse de un cierre sin despidos: si la gente no se traslada, es su problema; si se los despide es porque ellos quieren.

En esta coyuntura, los asalariados mejor pagados son aquellos cuyo saber o destreza es al mismo tiempo el más especializado y el menos específico, porque mientras ellos disfrutan de la posibilidad de desplazarse de una empresa a otra, para éstas no resulta igualmente sencillo arreglarse sin ellos. Así es como los miembros del personal financiero se apoyan en competencias relativamente estabilizadas gracias a los mercados financieros, que utilizan en todos los lugares los mismos modelos matemáticos, y a la estandarización de las reglas de contabilidad en el seno de un mismo país, y cada vez más a escala mundial, provocados por el funcionamiento de las multinacionales que cotizan en los mismos mercados. A contrario, los miembros del personal de producción que dirigen fábricas con varios cientos de empleados a su cargo y gestionan activos industriales reciben remuneraciones comparativamente bajas porque sus competencias están relacionadas con lo que pesa, es decir, con personas e instalaciones industriales. Estos cuadros se arriesgan, además, a no ser nunca tan útiles como cuando intervienen en procesos industriales específicos de los que son buenos conocedores y en los que realizan toda su carrera: industria química pesada, mecánica, textil, plásticos, etc. Su saber es menos transferible. Han de permanecer en su sector. Por lo tanto, los cuadros deberían aprender a estandarizar sus saberes para poder transferirlos del mismo modo que los expertos financieros o los consultores que aplican en todas partes los mismos modelos de análisis y decisión. Para reforzar su movilidad, tendrían que interesarse por el desarrollo de certificaciones de validez mundial para las profesiones hoy demasiado específicas. Una persona altamente competente en una clase de producto, un sector de actividad o un tipo de tecnología es indispensable porque sin ella las máquinas dejarían de funcionar, los productos no saldrían de fábrica y las mejoras técnicas dejarían de producirse, pero está muy desvalorizada por el carácter local y demasiado específico de sus conocimientos. Sólo hay un puñado de expertos capacitados para sacar parti-

do de su saber especializado, pero el peligro de quedarse atrás cuando su especialidad caduque es muy elevado y, para estar al día, tienen que realizar esfuerzos e inversiones considerables, mucho mayores que los poseedores de saberes especializados pero altamente transferibles, es decir, poco específicos.

A todos los niveles de la cadena, el más móvil, a cambio de la atenuación de su movilidad, arranca plusvalor al menos móvil. La empresa paga menos a sus empleados y/o los precariza a cambio de una suspensión temporal de la amenaza de deslocalización. El inversor exige una remuneración mayor a cambio de una inversión a largo plazo, porque, según él, asume riesgos mayores cuando no se puede retirar, y eso hay que pagarlo. El país subvenciona a la multinacional para que se comprometa a permanecer en su territorio durante varios años: de tal suerte que una misma empresa puede, en Francia, recibir en un lugar ayudas por el cierre de fábrica y en otro por crear empleo.

El diferencial de movilidad se ha convertido en la actualidad en una nueva mercancía muy apreciada. Su precio sube a gran velocidad y lo pagan exclusivamente «los lentos» para conseguir que «los rápidos» sincronicen su ritmo y lo ralenticen un poco. Sin embargo, ni los rápidos lograrían sobrevivir sin el soporte de las actividades sedentarias ni la red que animan podría prescindir de su inscripción en territorios concretos ni del trabajo de máquinas y humanos, los pesos pesados por excelencia. Su proyecto consiste en enriquecerse, pero sin soportar ese peso, limitándose a comprar a subcontratistas, a poner su firma y a revender en Internet, pero recuperando por el camino la mayor parte del plusvalor generada por el conjunto de la cadena.

Las relaciones de explotación basadas en diferenciales de movilidad parecen innumerables: mercados financieros *versus* países; mercados financieros *versus* empresas; multinacionales *versus* países; experto mundial *versus* empresa; empresa *versus* personal precario; consumidor *versus* empresa.

En la medida en que tratemos del capitalismo, proceso que persigue una creciente acumulación de capital medido por un valor monetario, y que las pruebas para el reparto del valor añadido entre los distintos actores que forman parte del proceso (consumidores, asalariados, subcontratistas y proveedores, financieros, etc.) pasen por lo que parecen unos contratos con precios determinados, podría interpretarse que los fenómenos anteriormente evocados sólo son descriptibles desde el lenguaje de la grandeza mercantil (y así lo hacen quienes denigran el «neoliberalismo»). Sin embargo, nada pecaría de más inexhaustividad, puesto que un análisis en términos de extensión de las relaciones mercantiles omitiría la generalización de una relación de fuerzas vinculada con la movilidad. La realidad se parece más a un compromiso generalizado entre la grandeza mercantil y la grandeza conexionista, alianza enormemente redefinidora de las relaciones que se establecen en los mercados.

La relación de fuerzas mercantil depende ante todo de una diferencia de capital acumulado o de crédito en el momento de la transacción (si ambos desean el mismo bien, el rico gana al pobre, ya que goza de la posibilidad de pagar más por él) o de deseabilidad (tal artículo o servicio es más caro porque es más deseable; tal proveedor puede imponer sus precios porque trabaja las cosas de un modo tan singular que se hace imprescindible). En un modelo estándar de hegemonía mercantil poco importa que el proveedor tenga posibilidades de desplazarse o que el cuadro de alto nivel pueda trabajar en cualquier lugar del mundo o que ambos sean más móviles que sus propios clientes o empresarios, si esa movilidad no les hace, por sí misma, más deseables. Son, simplemente, más difíciles de controlar. Por el contrario, en un mundo conexionista no sólo se valora la calidad y la escasez de un bien o de un servicio. En el precio pagado se incluye la valorización del diferencial de movilidad. Los más móviles cuentan siempre con el poder de amenazar con ejercer su opción *exit*, en función de las oportunidades abiertas por su potencial de variabilidad, y esa posición favorable les permite negociar los precios de los bienes o servicios que proponen.

El tipo de razones esgrimidas para explicar las políticas de flexibilidad y de desarrollo de la movilidad organizativa constituye un buen ejemplo para comprender la diferencia entre una justificación comercial y una conexionista. El argumento más empleado es el de la rapidez para sacar un nuevo producto al mercado. Se trata de ser más veloz que el contrincante y de captar antes que él los recursos del mercado potencial. En este caso, se legitima la movilidad recomendada porque «el enemigo» es el competidor directo. En cambio, nunca se reconoce que una ventaja en términos de movilidad constituye una baza a la hora de negociar con proveedores, asalariados y clientes. Sin embargo, cuando una empresa disfruta de la suficiente movilidad como para sacar rápidamente al mercado un nuevo producto también gana movilidad en otros escenarios, porque para conseguirlo se ha tenido que someter a una importante reorganización. Se ha hecho más ligera y puede emplear esa ventaja en otras situaciones. La movilidad mercantil legítima es la que permite ser más veloz que el competidor, pero no «hacer chantaje» a los demandantes de empleo. Para justificar un descenso de la retribución del trabajador asalariado que no es móvil, se recurre a otro tipo de justificación —de naturaleza conexionista—, que desprecia todo lo que en él es rígido y cuya legitimidad se encuentra actualmente en alza.

2. ¿HACIA DISPOSITIVOS DE JUSTICIA CONEXIONISTAS?

En esta sección analizaremos los dispositivos que se están proponiendo en la actualidad, en especial por parte de juristas, y que ocupan un lugar central en

consumidores para evaluar su consumo en los países desarrollados. Este fenómeno se ha producido paralelamente a la mercantilización de *bienes hasta ese momento al margen de la esfera mercantil* (razón por la que, precisamente, se los juzgaba como auténticos): el capitalismo penetró ámbitos (turismo, actividades culturales, servicios a las personas, ocio, etc.) que habían permanecido relativamente apartados de la circulación mercantil.

La voluntad de «humanizar» tanto los servicios, y en particular los servicios a las personas, como las relaciones de trabajo marcaron el inicio de una evolución encaminada hacia un *incremento de la mercantilización de ciertas cualidades de los seres humanos*. Los servicios a las personas se enmarcan habitualmente en la proximidad de la presencia cara a cara, de tal forma que se incluyen en la transacción, al mismo tiempo que el «servicio» propiamente dicho, otras dimensiones, en especial aquellas en las que la presencia está más ligada al cuerpo (no sólo en la medida en que se ofrece a la mirada, sino también en la que afecta al olor, e incluso al tacto) que, al suscitar simpatía o antipatía, atracción o repugnancia, influyen en la satisfacción del usuario y, por lo tanto, en las ganancias. La presencia de cualidades personales que intervienen en la transacción, pero no forman parte directamente de la definición del servicio vendido, puede ser espontánea y no premeditada o, por el contrario, el resultado de una selección o formación específica²², de tal suerte que el descubrimiento de la verdadera naturaleza de una relación (puramente «mercantil» o vinculada además con sentimientos «reales») permanece siempre en suspenso y queda muy a menudo sin respuesta. Estas «cualidades interactivas» anteriormente excluidas de la definición de lo intercambiable por el salario en el marco de un contrato de trabajo también se recomiendan hoy en día dentro de los colectivos de trabajo. En el mundo conexonista, la importancia que se otorga al rol de mediador, a las relaciones personales, a la amistad o a la confianza en la consecución del beneficio y, correlativamente, el debilitamiento de la distinción entre la vida privada y la laboral terminan por introducir las relaciones, que antes definíamos precisamente como «desinteresadas», en la esfera mercantil.

La única posibilidad, compatible con la exigencia de acumulación, de responder a la demanda de autenticidad era la oferta de bienes y de relaciones humanas auténticas en forma de mercancías. Aunque, por supuesto, en esta nueva

²² De este modo, por ejemplo, las chicas que se presentan en los restaurantes McDonald's para trabajar en cocina son sistemáticamente orientadas hacia el trabajo de atención al público cuando al encargado de personal le parecen especialmente guapas (Cartron, 1998). Como ejemplo de formación está el caso de las azafatas estudiado por A. Hirschfeld (1983), en cuyos cursos de formación les enseñan a controlar sus emociones o a expresarlas tan sólo de forma estilizada y codificada, fácilmente interpretable.

acepción la referencia a la autenticidad ya no implicaba un rechazo ascético de los bienes, del confort material o del «materialismo» que todavía impregnaba la crítica de la sociedad de consumo en los años posteriores a mayo de 1968.

Los fracasos de la mercantilización de lo auténtico y el retorno de la inquietud

Esta forma de respuesta capitalista a las aspiraciones de autenticidad, sin embargo, estaba abocada al fracaso, como vamos a tratar de demostrar. En efecto, la mercantilización de bienes y servicios auténticos posee, comparada con la producción en serie de objetos estándar destinados al consumo de masas, un carácter paradójico.

Por un lado, para aspirar a la etiqueta de «auténtico» tales bienes deben proceder del exterior de la esfera mercantil, de lo que podríamos denominar «yacimientos de autenticidad». Así pues, la mercantilización de lo auténtico supone el referente de un original que no sea una mercancía, sino un valor de uso puro, definido por una relación singular con respecto a un usuario. Y reconoce de este modo, al menos tácitamente, que los bienes no mercantiles superan «en valor» a los mercantiles o que el valor de uso es en lo que tiene de singular superior al valor de cambio en lo que tiene de genérico. Bajo el régimen del capital, la mercantilización de lo auténtico consiste en la explotación de los seres, bienes, valores y medios que, a pesar de haber sido reconocidos como constitutivos de riquezas, y hasta como «tesoros», según la formulación de Hideya Kawakita²³ (1996), aún quedaban fuera de la esfera del capital y de la circulación mercantil. En efecto, en cada momento histórico sólo se puede convertir en objeto de deseo y, por lo tanto, en fuente potencial de beneficio a una única y limitada parte de los seres —materiales o inmateriales, reales o virtuales—, quedando el resto fuera tanto por no haber sido descubiertos en cuanto posibles fuentes de liberación de un deseo y, por consiguiente, de beneficio como por ser de difícil acceso, de

²³ H. Kawakita, encargado de promocionar una región japonesa (el departamento de Fukui), tomó la decisión de partir de aquello que para sus habitantes fuera «fuente de orgullo». Con ese fin organizó una «caza de tesoros» para descubrir todo aquello que para los habitantes tuviera «un valor», como un paisaje «con vistas», «una anciana que habla el dialecto local», una «puesta de sol» a los pies de tal montaña, etc. Estos «tesoros» se descubrieron sobre todo a través de «redacciones» organizadas en las escuelas de la región, entre los estudiantes. De tal suerte que se recogieron 4.500 «tesoros». En el tratamiento de esta recopilación y para organizar la campaña de promoción, el autor los clasificó en categorías como «relaciones entre las personas», «tesoros paisajísticos», «acontecimientos», etc., lo que evidentemente hizo que perdieran su carácter de singularidades.

transformación costosa, o bien por haber sido voluntariamente apartados y protegidos por prohibiciones morales sancionadas jurídicamente. En este sentido la mercantilización de lo auténtico permite reimpulsar desde nuevas bases el procedimiento de transformación del no capital en capital, uno de los principales motores del capitalismo, para hacer frente a la amenaza de la crisis del consumo de masas perfilada en la década de 1970.

Pero, por otro lado, para que la introducción en el proceso de circulación de los bienes procedentes de la reserva de autenticidad de los bienes no mercantiles pueda aportar un beneficio, tales bienes han de inscribirse en la esfera del control y del cálculo, convertirse en objeto de transacciones y, tratándose de personas, de «contratos objetivos», de sanciones, etc. En efecto, la conversión del no capital en capital obedece a una *serie de operaciones* que cabría llamar operaciones de producción, puesto que crean un «producto» a partir de una diversidad de recursos, aun en el caso de las personas o en el de los bienes inmateriales cuya transformación remite a un orden puramente simbólico²⁴.

La mercantilización de lo auténtico supone, en primer lugar, efectuar una prospección de yacimientos de autenticidad convertibles en fuentes potenciales de beneficio (tales como seres humanos, paisajes, bares con encanto, gustos, ritmos, maneras de ser y de hacer...), que no hayan sido todavía introducidos en la esfera de la circulación mercantil. Esta mercantilización de lo auténtico iniciada en el ámbito, que durante mucho tiempo fue económicamente marginal, de las empresas culturales —edición, producción de discos, orquestas, galerías de arte...—, en las que la eficiencia económica se basa fundamentalmente en la capacidad del empresario para intuir, a través de la relación personal, las posibilidades de un creador y para anticiparse a los gustos y deseos del público, esta lógica se ha ido extendiendo considerablemente a lo largo de los últimos treinta años: creciente importancia de las inversiones culturales y tecnológicas, y también desarrollo de los servicios y en particular del turismo, de la hostelería, de la moda y del *prêt-à-porter*, de la decoración de interiores y del diseño. Es el producto de *managers* con cualidades inspiradas a la vez en el artista, el organizador y el hombre de negocios. En busca de yacimientos explotables y aún no identificados, estos «olfateadores» no pueden partir de los estándares existentes, sino poner a prueba, como se dice en la literatura de la gestión empresarial, su

²⁴ Es preciso observar cómo el uso ordinario del término *producto* se ha expandido a lo largo de los últimos veinte años y cómo en la actualidad se habla corrientemente de «productos financieros», «productos turísticos» o «productos inmobiliarios», para referirse no a objetos materiales sino a específicos conjuntos de servicios. En determinados ambientes científicos, no es infrecuente referirse a una nueva teoría o a un nuevo paradigma en términos de «producto» (tal teoría es un «producto que funciona bien»).

«intuición», que tiene tanto más posibilidades de dar en el blanco cuanto más «espontánea» o «natural» se muestre, es decir, cuanto más se arraigue en su propio deseo en vez de en reflexiones desarrolladas en el transcurso de una actividad profesional, lo que implica una comunidad de gustos, de intereses, de actividades con el público potencial cuya demanda anticipan o, más que nada, suscitan.

Una segunda serie de operaciones consiste en analizar el producto para poder controlar su circulación y convertirla en fuente de beneficios. En efecto, excepto en el caso extremo de las antigüedades o de las obras de arte que circulan por el mercado sin perder su singularidad sustancial²⁵, los seres, objetos o personas deben, para insertarse en el proceso de acumulación, ser objeto de un tratamiento susceptible de transformarlos en «múltiples», como dice el lenguaje del arte para referirse a las litografías o a las fotografías. El bien o servicio destinado a la mercantilización se somete a una operación selectiva de los rasgos conservables (por oposición a los secundarios, que pueden ser abandonados o que son demasiado caros de reproducir), es decir, a una «codificación» igualmente necesaria para evaluar financieramente el coste de la mercantilización del bien auténtico y como para servir de soporte a operaciones de marketing de valorización.

La codificación se diferencia de la estandarización, imperativo de la producción en masa, en la medida en que permite una mayor flexibilidad. Mientras que la estandarización consistía en concebir un producto de golpe y someterlo a la reproducción idéntica del mayor número posible de ejemplares absorbible por el mercado, la codificación, elemento a elemento, permite jugar con combinaciones e introducir variaciones con el fin de obtener productos relativamente diferentes aunque del mismo estilo. En este sentido, la codificación posibilita una mercantilización de la diferencia inviable en la producción estandarizada. Y ésta es la razón que le permite adaptarse a la mercantilización de lo auténtico, ya que permite conservar parte de la singularidad que daba valor al original. Sirva de ejemplo el pequeño bar montado sin esmero, intuitivamente, a ojo, y que funciona. Que funciona muy bien. Que está siempre a tope. Tienta el impulso de extenderlo. Se puede comprar la casa de al lado, pero eso no llevaría lejos. Para extenderlo haría falta reproducirlo en otro lugar. En otro barrio, en otra ciudad. Haría falta transportarlo. Pero no se sabe lo que debería transportarse de éste, porque se desconoce la clave de su éxito. ¿Las mesas descabaladas? ¿Los platos caseros? ¿El servicio a la pata la llana? ¿La simpatía de sus clientes? ¿Los pre-

²⁵ A pesar de que el valor de las obras de arte y las antigüedades dependa de su ubicación en una serie simbólica por parte de los historiadores de arte, de los aficionados o de los expertos, que son quienes constituyen las categorías en las que se basan la identificación y la apreciación de las obras, identifican «escuelas», jerarquizan a los artistas, establecen los catálogos, etcétera.

cios ajustados (aunque otros consumidores estuvieran dispuestos a pagar más en otro lugar)? Para saberlo hay que analizar el bar, descubrir qué es lo que le da ese carácter de verdadera autenticidad que constituye su valor, elegir algunas de sus cualidades, las más importantes y las más transportables (el público, por ejemplo, es imposible) e ignorar otras consideradas secundarias. Este proceso es un proceso de codificación.

El efecto de la endogenización de la demanda de autenticidad por parte del capitalismo, a través de una mercantilización cuyo carácter marcadamente contradictorio acabamos de ver, ha consistido en la introducción, con respecto a los bienes y a las personas, de *ciclos rápidos de entusiasmo y de decepción* (cuyos modelos han sido formalizados desde otras perspectivas por A. Hirschman, 1983). En efecto, el deseo de autenticidad se dirige prioritariamente hacia bienes considerados originales, es decir, bienes de los que cabe pensar que han permanecido al margen de la esfera mercantil y cuyo acceso precisaba, por este motivo, de un sacrificio irreductible al desembolso de un dinero (tiempo, esfuerzo físico continuado, inversión personal en el establecimiento de una relación de confianza, etc.). El resultado de la mercantilización de bienes procedentes del exterior de la esfera mercantil ha consistido en facilitar el acceso a dichos bienes, cuyo coste ha quedado reducido a un precio en dinero, a quienes puedan pagarlos. Pero estos bienes, por el mero hecho de que han de ser reproducidos y copiados mediante una codificación y un cálculo de rentabilidad para asegurar su mercantilización, están abocados a decepcionar una vez en el mercado al menos una parte de las expectativas puestas en ellos. Porque el atractivo de un bien apreciado por su autenticidad no reside solamente en su capacidad de cumplir, correctamente y al menor coste posible, las funciones específicas a las que se encuentra destinado, sino que depende en gran medida del carácter abierto (y, por lo tanto, necesariamente no codificado) de sus determinaciones, cuya lista es, por definición, ilimitada, propiedad por la que, como señala N. Heinrich en el caso de la obra de arte, se asemeja a las personas. En efecto, en el caso del bien auténtico, el placer no se desprende únicamente de su uso, sino también del descubrimiento de las significaciones y de las cualidades ocultas a lo largo de una relación singular. Ahora bien, la codificación en la que se basa la reproducción tiende a limitar la diversidad de las significaciones extraíbles del bien. A partir de ahí, una vez reconocidas las significaciones intencionalmente introducidas por medio de la codificación, el bien tiende a perder interés y a decepcionar, aunque su uso siga cumpliendo correctamente con una función determinada.

Un caso típicamente ilustrativo de este fenómeno es el paso del turismo de masas al de «aventura» con su exigencia de renovar permanentemente los lugares de destino a medida que, al convertirse a su vez en turísticos, pierden la autenticidad (cuya prueba era precisamente la ausencia de turistas) que consti-

tuía su valor²⁶. En efecto, los bienes mercantiles llamados «naturales» o «auténticos» poseen un carácter paradójico, ya que al mismo tiempo que circulan de un modo estrictamente mercantil (muchas veces hasta en los circuitos de gran distribución) están obligados, para adquirir algo que destaque (y justifique su precio), a presentarse bajo aspectos que sugieran un estado anterior a las relaciones mercantiles: aquel en el que el comprador entraba en contacto directo con el artesano, productor y vendedor a la vez, en el mercado. Estos objetos son el caldo de cultivo privilegiado de la sospecha, porque resulta difícil eludir la cuestión de averiguar si se distinguen de los productos estándar únicamente por la presentación (acondicionamiento) o por los argumentos de venta (la publicidad), o si se diferencian en virtud de propiedades sustanciales derivadas de distintos modos de fabricación²⁷.

Así pues, la posibilidad de mercantilizar las diferencias abre una nueva era de la sospecha. Si antes era relativamente fácil distinguir entre un objeto artesanal y un producto de masas, entre un trabajador «masificado» y un artesano «libre», ¿cómo averiguar ahora si tal cosa, tal acontecimiento, tal sentimiento es una manifestación de la espontaneidad de la vida o el resultado de un proceso premeditado encaminado hacia la transformación de un bien «auténtico» en mercancía? E incluso ¿cómo descubrir si tal autor es un «auténtico» rebelde o un producto «editorial», si esta sonrisa, ese gesto de amistad, aquella invitación a cenar son expresiones de una simpatía espontánea y sincera o productos de un entrenamiento, de un curso de formación por ejemplo, destinado a hacer más atractivo tal servicio o, peor aún, de una estrategia con el fin de suscitar confianza y de seducir para tener más probabilidades de alcanzar un objetivo puramente mercantil?

Al igual que en los casos de la justicia y de la liberación, en el tema de lo auténtico cabe también sacar a la luz un bucle de recuperación. En este último

²⁶ En efecto, una de las formas de innovación en este sector de actividad económica consiste en proponer prestaciones individualizadas capaces de recuperar el sentido del «viaje» frente al turismo de masas, por ejemplo, estancias en parajes «auténticos», es decir, en lugares precisamente aún inalcanzados por el turismo: «verdaderos poblados indios», «ruinas» a las que sólo se puede acceder a lomos de una mula, etc. Pero, evidentemente, al introducir el turismo, los operadores destruyen el valor del bien ofrecido.

²⁷ Un caso ilustrativo es el de los quesos camembert, cuyo embalaje tradicional —una caja confeccionada con láminas de álamo, inventada a finales del siglo XIX— puede albergar una amplia gama de productos, que se diferencian por el gusto, pero también por las posibilidades de conservación y de transporte, y que son el resultado de procesos de producción distintos (con leche fresca o pasteurizada; un molde que se llena automáticamente, removido a mano o por medio de una «batidora» que imita el gesto del quesero, etc.) (Boisard, Letablier, 1989).

caso, hemos asistido en primer lugar a una crítica de los bienes y de las relaciones humanas estandarizadas, convencionales e impersonales. Como respuesta se han reformado los dispositivos del capitalismo, mediante la puesta en marcha de una mercantilización de la diferencia y la oferta de nuevos bienes cuyo valor reside, precisamente, en su apartamiento original de la esfera mercantil. Aquí cabe decir que el capitalismo ha recuperado en cierta medida la exigencia de autenticidad, ya que ha conseguido sacarle beneficio.

Por otro lado, esta forma de recuperación se diferencia de la utilizada en los ámbitos de la justicia y de la libertad. En estos dos últimos casos, el momento de la recuperación no se caracterizaba por la satisfacción de la demanda crítica, como ocurre en este caso, sino por el hecho de recuperar por otras vías lo que acababa de concederse. En el tema de la autenticidad nos encontramos con una verdadera apropiación capitalista, en la medida en que se termina decepcionando a una demanda a la que previamente se había intentado satisfacer: de tal suerte que la mercantilización suscita nuevas formas de inquietud en lo relativo a la autenticidad de las cosas o de las personas de las que ya no sabemos si son «auténticas» o «inauténticas», espontáneas o remodeladas con fines mercantiles. A diferencia de las apropiaciones relacionadas con la justicia y con la liberación, no se puede decir ahora que el proceso de acumulación haya conseguido liberarse de sus obstáculos. Tras haber recuperado por otras vías lo anteriormente concedido en términos de autonomía o de control de las pruebas, el proceso de acumulación recobra una libertad y una capacidad de controlar los «recursos humanos», a la vez que los compromete. Pero al fracasar en su intento de ofrecer bienes verdaderamente «auténticos», algo de lo que es necesariamente incapaz habida cuenta de que tal calificativo remite a lo no calculado, lo no intencional, lo no mercantil, encuentra límites a su desarrollo.

Objetos sospechosos: el ejemplo de los productos ecológicos

Un buen ejemplo del modo en el que la recuperación capitalista de la demanda de autenticidad conduce a ciclos rápidos de entusiasmo y decepción es el de los productos ecológicos. En efecto, este ejemplo muestra cómo el deseo de los consumidores por productos calificados de «naturales», considerados menos contaminantes o menos nocivos para la salud, puede verse frustrado cuando la respuesta capitalista a esta demanda pasa por el marketing y la publicidad.

El consumismo verde, frecuentemente acompañado de una crítica del capitalismo y de la sociedad de consumo, puede considerarse como uno de los refugios actuales de la crítica artística, al menos durante su periodo de formación en el transcurso de la década de 1970. Basado en una temática que, en sus formu-

laciones más generales y extendidas, otorga un valor a la naturaleza como lugar en el que reside lo auténtico, es decir, por una parte, lo «original», que debe ser preservado en cuanto tal y que siempre corre el peligro de ser «desnaturalizado» por copias evaluadas según su fidelidad al modelo, y, por otra, en cuanto reserva de diferencias estéticas (el paisaje) y orgánicas (la diversidad biológica) cuya proliferación constituye por sí misma una riqueza. Desde este punto de vista, cabe cuestionar los productos industriales por su contribución a la degradación del medio ambiente.

El desarrollo del consumismo verde a finales de la década de 1980 (que los especialistas del marketing denominan la «revuelta de los *caddies*») originó la crisis de un cierto número de empresas provocando un brusco descenso del consumo de sus productos, acusados por los movimientos conservacionistas de contaminantes o nocivos para la salud (tales como las lejías con fosfatos, los aerosoles con CFC y, en Estados Unidos, las manzanas tratadas químicamente, algunos envases de plástico). Las preocupaciones medioambientales de los consumidores se manifestaron al principio en términos de lo que A. Hirschman designa como defección [*exit*] (en contraposición a protesta [*voice*]). De 1988²⁸ a 1990, la proporción de los consumidores verdes (individuos que manifiestan criterios ecológicos a la hora de elegir un producto) ascendió en Gran Bretaña de un 19 a un 50 por 100 (Cairncross, 1993, p. 173).

Los distribuidores fueron los primeros en tomar conciencia del fenómeno: trasladaron el desarrollo del consumismo verde a los productores, favoreciendo a los proveedores de productos supuestamente menos contaminantes. Los mismos productores comenzaron a interesarse más de cerca por los procedimientos empleados por los subcontratistas, lo que contribuyó al desarrollo de las prácticas de rastreo y de normalización contractual. Como respuesta a la amenaza del consumismo verde se desarrollaron también, en los últimos años de la década de 1980 y primeros de la de 1990, especialmente en los países anglosajones, tanto estudios enfocados hacia el mejor conocimiento de las actitudes de los consumidores con respecto a esta cuestión como reflexiones orientadas a inculcar cierta conciencia ecológica entre los responsables de la gestión empresarial (el *ecomangement*). A partir de 1989, los estudios que demostraban que los consumidores verdes disponían de un poder adquisitivo y de un nivel educativo superior a la media y que estaban dispuestos a gastar un 25 por 100 más por productos menos contaminantes o, en el caso de los alimentos, por productos «biológicos» estimularon la fabricación de productos menos agresivos ecológica-

²⁸ En 1988 se publicó en Gran Bretaña la *Green Consumer Guide*, con su atribución de estrellas a las empresas y productos en función de su grado de respeto al medio ambiente. En cuatro semanas este libro se puso a la cabeza de los libros más vendidos (Cairncross, 1993, p. 175).

mente, los productos ecológicos, y el desarrollo de un marketing que hacía hincapié en la protección del medio ambiente (Bennahmias, Roche, 1992, pp. 118, 125). Tras los temores de finales de la década de 1980, muchas empresas descubrían esperanzadas la virtualidad de un nuevo mercado de gama alta²⁹.

El marketing ecológico se desarrolló en varias direcciones. La primera consistió en patrocinar campañas para la protección del medio ambiente y en darlo a conocer mediante una insignia (mecenazgo ecológico). Pero resultaba así mismo tentador el recurso a una publicidad ecológica que recaicara los esfuerzos realizados para hacer que los productos fuesen menos contaminantes y nocivos, para que su modo de producción fuera más respetuoso con la naturaleza o para facilitar su eliminación una vez usados. Los argumentos empleados eran de este estilo: la producción de la carne de vaca empleada en tal cadena de restaurantes no ha contribuido a la deforestación; el modo de pesca de los atunes para las conservas no ha sido nocivo para los delfines³⁰; tales pilas no contienen mercurio; los camiones de tal empresa usan gasolina sin plomo; tal otra utiliza papel reciclado para sus envases (Cairncross, 1993, p. 178).

Pero, enseguida, los consumidores se volvieron cada vez más escépticos con respecto a este tipo de argumentos. Como respuesta, los especialistas del marketing intentaron camuflar el tono comercial de sus campañas recurriendo a expertos externos, a autoridades públicas, a comités plurales, a asociaciones defensoras del medio ambiente³¹, a los institutos responsables de los sellos de

²⁹ Dos especialistas estadounidenses en marketing de productos ecológicos describen en estos términos el entusiasmo suscitado por el descubrimiento de este nuevo mercado: «Cuando a finales de la década de 1980, el medio ambiente se puso de repente a la cabeza del *hit-parade* de las "buenas causas", los empresarios y los especialistas del marketing no tardaron en saltar sobre lo que prometía convertirse en la más perfecta de las máquinas. "Es la mejor oportunidad de negocios de todo el siglo", se decía. ¿Qué podía resultar más sencillo? Transformar buenas acciones verdes y limpias en hermosos billetes verdes» (Frause, Colehour, 1994, p. 1).

³⁰ Heinz, para hacer frente al boicot a las conservas de atún, afirmó haber llevado a cabo una investigación para asegurarse de que el material de pesca utilizado no era nocivo para los delfines. Argumento de venta refutado por Greenpeace, que demostró que las subcontratas de Heinz utilizaban siempre peces pescados según métodos muy antiguos que no eran *dolphin-safe*, lo que condujo a una pérdida de credibilidad de la firma (Frause, Colehour, 1994, pp. 186-187).

³¹ Mc Donald's es un buen ejemplo. Al percatarse dicha firma de que los defensores del medioambiente la consideraban una *bad guy*, el argumento de sinceridad empleado fue que la decisión de reciclar los envases de polietileno se había tomado previo acuerdo con el Environmental Defense Fund, una asociación de defensa del medio ambiente que había iniciado una campaña contra las basuras producidas por los envases de *fast food* (Frause, Colehour, 1994, pp. 184-185).

calidad y a consultas en materia ecológica realizadas a gabinetes provistos de herramientas ecológicas (Vigneron, Burstein, 1993), para conseguir «construir una credibilidad» frente a «los perros guardianes del medio ambiente» (Bennet, Frierman, George, 1993). Sin embargo, parece que la pérdida de credibilidad del ecomarketing se debió no sólo a la utilización de argumentos bastante poco fundamentados o al hecho de que un producto que era menos contaminante en el aspecto destacado por la publicidad pudiera resultar más contaminante en algún otro aspecto omitido por ésta, sino también al hecho mismo de ver el lenguaje de la ecología convertido en argumento comercial. *La mercantilización bastaba para sembrar la duda sobre la verdad y valor de los productos ecológicos*. Por consiguiente, el porcentaje de compradores dispuestos a desplazarse o a pagar más caro por los productos verdes comenzó a descender a partir de los primeros años de la década de 1990 (Cairncross, 1993, p. 182). Por ejemplo, éste fue en Francia el caso de Monoprix, uno de los primeros grandes distribuidores que lanzaron al mercado «productos verdes» (en 1990), que, al haber optado por el ecomarketing en vez de por el mecenazgo medioambiental, se vio tachado de «ecolomarketing» (Vigneron, Burstein, 1993). Al mismo tiempo, movimientos ecológicos más radicales (como los Amigos de la Tierra) criticaban el consumismo verde considerando que había contribuido, al favorecer la comercialización de nuevos bienes, a dar un nuevo impulso al capitalismo en el momento en el que los mercados alcanzaban su punto de saturación, retrasando de este modo el fin de la sociedad de consumo (Yiannis, Lang, 1995, p. 165).

Una nueva exigencia de autenticidad: la crítica de los productos fabricados

El modo en el que el capitalismo ha incorporado, mercantilizándola, la demanda de autenticidad ha conducido a una redefinición de la misma. La definición de lo inauténtico como lo seriado y lo estandarizado en cuanto disolventes de la diferencia, a la que cabía contraponer la autenticidad de lo singular como principio de resistencia a la uniformidad de la serie, se ha visto reemplazada por una definición de lo inauténtico como *reproducción de una diferencia con fines comerciales*, como copia, en contraposición a la autenticidad de lo original. La tensión entre la verdad de lo original y la artificialidad de lo «fabricado» a su imagen y semejanza orienta el significado de la calificación de lo auténtico en una dirección que hace menos referencia al objeto en sí mismo que a las *intenciones* de quien lo ofrece: se convierte en auténtico lo que ha sido hecho sin una segunda intención estratégica, es decir, sin otra intención que el hacerlo en sí mismo en contraposición a la intención de hacer para vender, como en el ejem-

plo de los productos ecológicos, de hacer (o de hacerse) querer, de hacer (o de hacerse) admirar³². Igualmente, en lo que respecta a las relaciones entre las personas, el hecho de que en el mundo conexionista se haya puesto de relieve que resultan provechosas con independencia, cómo se establezcan tiende a conducir a una generalización de las sospechas sobre las intenciones que presiden su establecimiento. Desde ese momento, la calificación de inauténtico tiende a atribuirse a todas las formas de acción de las que se sospechan «segundas intenciones», es decir, un propósito estratégico o «manipulador».

La forma que adopta en la actualidad la crítica de la inautenticidad entronca con una tradición —distinta a la de la problemática de la masificación, dominante en la primera parte mitad del siglo XX— en la que se arraiga la denuncia de lo artificial en contraposición a lo espontáneo, de lo mecánico con respecto a lo vivo, de lo sincero en contraposición a lo estratégico y, por consiguiente, de la emoción vital surgida de manera no intencional frente a la imitación simulada: la denuncia del «espectáculo». Esta tradición que, como ha demostrado J. Parish (1981) en su monumental historia de los «prejuicios» contra el teatro, comienza su andadura durante la antigüedad griega y culmina en el siglo XVIII (particularmente con Rousseau), vive un gran auge en la actualidad. En efecto, el arte del «simulacro» resulta particularmente escandaloso cada vez que —como ocurriera de manera especial en el siglo XVIII— la crítica de las instituciones existentes traslada a las personas, en tanto que son susceptibles de emociones y de sentimientos, todo el peso de la dimensión ética que, desvinculada del respeto a una norma externa, a una moral impuesta, se revela como pura expresividad espontánea³³. Se incrimina al teatro en tanto en cuanto se basa en la capacidad de los actores para producir los signos externos de la emoción. En efecto, en el teatro lo que se destaca es precisamente la diferencia: lo característico de cada perso-

³² En este sentido, la autenticidad de los bienes es una extensión de la autenticidad de las personas que, superando la sinceridad, como voluntad de decir la verdad —de decir las cosas como son—, lo que supone una reflexividad, se refiere a un estado en el que la persona hace cuerpo con lo que expresa sin que quepa distinguir entre lo que pertenece al orden del ser y lo que pertenece al orden de la comunicación y, en consecuencia, sin que sea necesario hacer referencia a una reflexividad y a una intencionalidad. Para ilustrar la diferencia entre sinceridad y autenticidad, Lionel Trilling toma el ejemplo del protagonista del poema de Wordsworth, «Michael», a quien describe como si fuera uno con su tristeza, de tal suerte que sólo cabe aprehender su ser como el ser de la tristeza (Trilling, 1971, p. 93).

³³ Por ejemplo, según los autores escoceses de la Ilustración, el momento de compasión manifestado en la emoción frente al espectáculo del sufrimiento ajeno es el momento en el que se revela la plena humanidad de las personas. Habida cuenta de la importancia del rol otorgado a las emociones en la vida moral, se convierte en crucial ser capaz de distinguir entre las emociones reales, aquellas que tocan directamente al corazón, y las emociones interpretadas, puramente externas, mimetizadas, sin ningún referente en la vida interior.

naje, los sentimientos que sólo es capaz de expresar el rostro humano, con su risa o sus lágrimas, la singularidad de los gestos en cuanto manifestaciones de una *hexis* corporal particular, etc. Pero todo es simulado, premeditado: la realización de la diferencia está sometida a una finalidad externa, el placer del espectador; todo es falso³⁴.

Así pues, la mercantilización de todo, como apropiación capitalista de la diferencia con el propósito de extraer un beneficio, podría ser así mismo modo denunciada —por ejemplo, en Debord o, desde otra perspectiva, en Baudrillard— como espectacularización de todo, como aniquilamiento de todo impulso vital auténtico que, apenas esbozado, es inmediatamente *codificado* con objeto de que ocupe un lugar en la circulación mercantil de los signos que pasa a ocupar el lugar de la experiencia de la verdadera «vida» en contacto con el mundo³⁵. La

³⁴ A la «opacidad del teatro», que aprisiona al espectador —fascinado por la ilusión— en su «soledad» y lo aleja de este modo de la verdadera «vida», se contraponen, en la *Lettre à D'Alembert* [Carta a D'Alembert] de Rousseau (aunque también en *La Nouvelle Héloïse*), el «mundo de la transparencia» de la fiesta, como «autoafirmación de la transparencia de las conciencias», en el que cada uno es a la vez «actor y espectador» (Starobinski, 1971, pp. 116-121).

³⁵ En Baudrillard la denuncia de la «sociedad de consumo» en la década de 1970 se radicaliza, en los años 1980-1990, en una crítica de «la sociedad de la simulación» en la que el dominio de la mercancía desemboca en una proliferación ilimitada de imágenes en las que no se ve nada (imágenes de síntesis, vídeo, etc.). Véase, por ejemplo, su análisis de la guerra del Golfo como orgía virtual (Baudrillard, 1991). Esta mercantilización no se olvida del moderno proyecto de liberación —política o sexual— convertido a su vez en una mercancía cualquiera que se entrega a los *media* y a sus comentarios para, en esta lógica, ser consumida. En Guy Debord, la oposición entre espectáculo y vida es central (Coupard, 1997). *La société du spectacle* [La sociedad del espectáculo], escrito a mediados de la década de 1960, anuncia el paso, presente en muchas de sus páginas —sirva de ejemplo la denuncia de la centralización administrativa (p. 27) o la de las «mercancías producidas en serie» (p. 163)—, de la primera a la segunda crítica de la autenticidad, de la que este texto constituye una de las primeras expresiones sistemáticas. En Debord, la crítica del espectáculo no puede reducirse en absoluto, como muchas veces se ha hecho, a una crítica de los *media*. Pretende ser una crítica radical del estado del mundo bajo el imperio de una mercantilización de la que nada escapa. El espectáculo, prueba de «un deslizamiento generalizado del tener al parecer» (p. 22) que conduce a «*hacer ver* [...] el mundo que ya no se puede tocar» (p. 23), es negación de la «vida»: cuanto más contemple el espectador, menos vivirá; cuanto más acepte reconocerse en las imágenes dominantes de la necesidad, menos comprenderá su propia existencia y su propio deseo» (p. 31). A partir de ese momento estará «separado de su vida» (p. 32). El espectáculo es en Debord el último estadio de la mercancía, el momento en el que, como todo puede ser transmutado en mercancía, «la mercancía ha conseguido la *ocupación total* de la vida social» (p. 39): «el mundo a la vez presente y ausente que el espectáculo *hace ver* es el mundo de la mercantilización que domina todo aquello que se vive» (p. 36). El espectáculo, en el que todo se torna equivalente, se ha convertido, al mismo nivel que el dinero, en «el equivalente general abstracto de todas las mercancías» (p. 34) (Debord, 1992).

ra relativamente independiente, gracias a la metáfora de la red, la crítica a dicha exigencia de autenticidad, cuya formulación diera lugar al despliegue de paradigmas reticulares o rizomáticos.

Esta doble y contradictoria incorporación tiende a reconocer como válida la demanda de autenticidad y, a la vez, a crear un mundo en el que ya no sea necesario plantearse esta cuestión, de tal forma que, como ya veremos, aquí yace en gran medida el origen de tensiones existenciales –indisociablemente éticas y psicológicas– que pesan sobre las personas implicadas en el proceso de acumulación. Aunque esta situación, por sus tensiones, puede afectar a las personas implicadas en ella, hay que reconocer que también permite al capitalismo esquivar el fracaso al que parecía condenado dados sus intentos de respuesta a las demandas de autenticidad. En efecto, desde el punto de vista de la acumulación ilimitada, más vale suprimir esta cuestión, que las personas se convenzan de que todo es o no puede ser más que simulacro, de que la «verdadera» autenticidad ha quedado definitivamente excluida del mundo y de que la aspiración a lo «auténtico» era pura ilusión. De este modo, aceptarán más fácilmente las satisfacciones procuradas por los bienes ofertados, con o sin el envoltorio de «auténticos», en vez de soñar con un mundo diferente al del artificio y las mercancías.

Paralelamente a su incorporación al capitalismo, la descalificación de la demanda de autenticidad ha tenido también sus efectos en las formas de expresión de las nuevas demandas de autenticidad que, tras el trabajo de deconstrucción, ya no podían seguir siendo tan «naïfs» como en el pasado y continuar creyendo de veras en la posibilidad de una autenticidad preservada en algún lugar. Por lo tanto, la nueva demanda de autenticidad ha de formularse permanentemente desde una distancia irónica con respecto a sí misma.

Así pues, las tensiones existenciales derivadas de la contradicción interna del capitalismo, que se jacta de ser más «auténtico» a la vez que se reconoce en un paradigma para el que la exigencia de autenticidad carece de sentido, se multiplican ante la carencia de una salida posible por parte de la crítica empeñada en denunciar al mismo tiempo la inautenticidad y la ingenuidad de esa denuncia.

Antes de analizar estas tensiones, tenemos que analizar con más detalle la manera en que la antigua exigencia de autenticidad ha sido desarticulada teóricamente, antes de verse descalificada en sus manifestaciones cotidianas hasta el punto de resultar anacrónica e incluso ridícula.

Descalificación de la búsqueda de autenticidad

En la segunda mitad de la década de 1960 y durante la de 1970, la temática de la autenticidad se somete, por parte de autores cuyo nombre se asocia con

frecuencia, con o sin acierto, al «pensamiento del 68», a un sistemático trabajo de deconstrucción, sin duda deudor de la determinación de acabar con las diferentes formas de existencialismo (sobre todo, con el existencialismo cristiano, por no hablar del personalismo) imperantes en la filosofía de la década de 1950. Esta crítica radical se plantea desde posiciones que, aun partiendo de distintas orientaciones filosóficas, comparten la voluntad de terminar con ese sujeto responsable ante el cual la alternativa entre autenticidad e inautenticidad, criticada como pura ilusión o como expresión del *ethos* burgués, se presentara como elección existencial. Con un propósito simplemente indicativo, daremos tres ejemplos de esta crítica en P. Bourdieu, J. Derrida y G. Deleuze.

Desde una postura próxima a lo que hemos denominado «crítica social», P. Bourdieu desvela la presencia de un desprecio aristocrático hacia las clases populares, que subyace en la crítica de la masificación. Sus blancos son, sucesivamente, la sociología de los «medios de comunicación de masas», acusada de ignorar las diferentes interpretaciones que los miembros de las distintas clases sociales dan a un mismo mensaje mediático y los usos diversos que le otorgan (Bourdieu, Passeron, 1963); el subjetivismo sartreano y el olvido de «las condiciones sociales de acceso» a unas formas de vida «auténticas»³⁷; la oposición heideggeriana entre la autenticidad y la inautenticidad, entre la palabra auténtica y la charla cotidiana, que él asimila a una ideología, es decir, en este caso preciso a una expresión entre otras de la repugnancia que inspiran las masas industriales a los profetas de la «revolución conservadora» de los años 1920-1930 en Alemania (y por ello, a una anticipación del nazismo) (Bourdieu, 1975)³⁸; por

³⁷ En una extensa nota (nota 33) de *LEsquisse d'une théorie de la pratique* [Bosquejo de una teoría de la práctica], P. Bourdieu critica lo que él denomina el «ultrasubjetivismo» de Sartre, quien, al ignorar «el tema de las condiciones económicas y sociales de la toma de conciencia de las condiciones económicas y sociales», sitúa en «el principio de la acción revolucionaria un acto absoluto de donación de sentido, una "invención" o una conversión». El «mundo de la acción» sólo es «ese universo imaginario de posibles intercambios completamente dependientes de los decretos de la conciencia que lo crea y, por lo tanto, totalmente desprovisto de objetividad». «Este artificialismo –añade P. Bourdieu– tan sólo reconoce como límite a la libertad del ego aquel que la libertad se impone a sí misma por la libre abdicación de la promesa o por la dimisión de la mala fe, denominación sartreana de la alienación, o la que la alienante libertad del alter ego le impone en los combates hegelianos entre el amo y el esclavo» (Bourdieu, 1972, pp. 248-249).

³⁸ «Está claro que la oposición entre la *Eigentlichkeit*, es decir, la «autenticidad» y la *Uneigentlichkeit*, la «inautenticidad», «modos cardinales del ser ahí» como dice Heidegger, en torno a los cuales, desde la perspectiva de las lecturas estrictamente internas, se organiza toda la obra, tan sólo es una forma y una forma particularmente sutil de la común oposición entre la «élite» y las «masas» (Bourdieu, 1975, p. 113). La continuación de este pasaje es particularmente esclarecedora porque permite leer, solapadamente, la crítica a otros adver-

último, el «punto de vista propiamente estético», de la «estética pura» y del «gusto natural» desvelados como expresión de «una ideología carismática» que tiene por objetivo disimular «las condiciones ocultas del milagro de la desigual distribución entre las clases de la aptitud para un encuentro inspirado con la obra de arte» y proveer a los privilegiados de la cultura de los beneficios de la distinción (Bourdieu, 1979, pp. 29 y ss.). Por lo tanto, la relación entre el hombre de gusto y la obra de arte considerada «auténtica» en tanto que sublime –encuentro inspirado entre una mirada y una obra– no es más que el desciframiento de un código inculcado pero ignorado como tal³⁹.

Segundo ejemplo, contemporáneo del primero: J. Derrida no aborda directamente el proceso de oposición existente entre la existencia auténtica del ser para sí versus la huida hacia la banalidad cotidiana del «se». Pero, al imponerse, en *De la grammatologie* [*De la gramatología*], libro publicado en 1967, la tarea de la deconstrucción de la oposición en la que se asienta, a su juicio, la metafísica occidental en su totalidad, la oposición entre la «voz» y la «escritura», establece una distancia y, de alguna manera, relativiza la primacía al mismo tiempo ontológica y ética concedida a la «presencia» y, de este modo, al objetivo de la propia presencia. Al poner en cuestión el privilegio que se otorga a la voz, a la palabra viva tomada como expresión sin distancia ni intermediarios de la verdad del ser cuya presencia se revelaría de este modo en lo que tiene de auténtica –en contraposición a la escritura como presencia diferida y como operadora de la distancia,

sarios contra los que Bourdieu no ha dejado de batallar, los personalistas (la alusión a «la persona aquí llamada *Dasein*») y los sociólogos de los medios de comunicación de masas inspirados en la Escuela de Frankfurt («las fuerzas niveladoras que otros llamarían “masificadoras”»): «Sería necesario enumerar, a lo largo del pasaje, mil veces comentado, sobre el “se”, los lugares comunes del aristocratismo universitario del mérito y de la cultura, alimentado de *topoi* sobre el *agora*, antítesis de la *scholè*, ocio-y-escuela: el horror de la estadística (el tema de la “media”), símbolo de todas las operaciones de “nivelación” que amenazan a la “persona” (aquí llamada *Dasein*) y sus atributos más preciosos, la “originalidad” y el “secreto”; el odio hacia todas las fuerzas “niveladoras” que otros llamarían “masificadoras”)» (*ibid.*).

³⁹ A decir verdad, permanece en *La distinción* [*La distinción*] una especie de posición de autenticidad, en ningún momento explicitada como tal: la de la «estética popular», «basada en la afirmación de una continuidad del arte y de la vida» y en «la subordinación de la forma a la función» (p. 33). Ésta es la posición desde la que cabe desvelar dos representaciones de lo inauténtico. Por un lado, una inautenticidad primordial, la del «gusto puro» (p. 46); y, por otro, una inautenticidad que se podría calificar de *derivada*: la del «pequeñoburgués» que, preocupado de distinguirse del gusto popular pero sin recursos para acceder al gusto burgués, está condenado al «símil», «especie de farol (*bluff*) inconsciente que engaña sobre todo al que se lo tira [*bluffeur*], primer interesado en confundir la copia con el original y lo falso con lo auténtico, como los compradores de “imitaciones”, de saldos o de objetos de ocasión que pretenden convencerse de que “es menos caro pero hace el mismo efecto”» (p. 371).

como suplemento y como artificio contingente que pone en peligro la verdad–, J. Derrida desmonta un símbolo que había constituido, desde Rousseau, uno de los más potentes resortes susceptibles de sostener una exigencia de autenticidad⁴⁰.

Y como tercer y último ejemplo, la empresa deleuziana desarrollada en *Différence et répétition* [*Diferencia y repetición*], obra publicada en 1968, prácticamente al mismo tiempo que *De la grammatologie*. G. Deleuze lleva a cabo una crítica de la representación, entendida como la adecuación entre la cosa y el concepto, solidaria de una metafísica en la que ya no es posible mantener la oposición entre un original y una copia. En un mundo tal, «todas las identidades son simuladas, producidas a modo de “efecto” óptico, por un juego más profundo que es el de la diferencia y la repetición». Porque, añade Deleuze, «nuestra vida es de tal modo que, al encontrarnos con las repeticiones más mecánicas, más estereotipadas, fuera de nosotros y en nosotros, no dejamos de extraer pequeñas diferencias, variantes o modificaciones. A la inversa, repeticiones secretas, disfrazadas y escondidas, animadas por el perpetuo desplazamiento de una diferencia, restituyen en nosotros y fuera de nosotros repeticiones desnudas, mecánicas, estereotipadas». El mundo moderno es el mundo de los «simulacros». Ahora bien, «lo propio del simulacro no es ser una copia, sino echar abajo todas las copias para derribar así todos los modelos» (pp. 2-4). En el mundo del «simulacro» ya no queda ninguna posibilidad de oponer una «copia» a un «modelo»; ni una existencia dirigida hacia la autenticidad, como identidad de sí, a una existencia sometida por fuerzas externas a una repetición mecánica, ni una diferencia ontológica, que fuera la del sujeto responsable, a su pérdida en lo indiferenciado. El «plano de inmanencia» sólo conoce diferenciales de fuerza cuyos desplazamientos producen a la vez (pequeñas) diferencias, variaciones continuas entre las que no existe ninguna jerarquía, y formas «complejas» de repetición⁴¹.

⁴⁰ Es lo que Derrida llama el *fonocentrismo*, que describe mediante un extenso comentario de Rousseau y, en particular, del *Essai sur l'origine des langues* [*Ensayo sobre el origen de las lenguas*], que ocupa toda la segunda parte de *De la grammatologie* (Derrida, 1967). En Rousseau, en el que sin duda cabe encontrar la primera expresión sistemática de la exigencia de autenticidad en su sentido moderno, la voz, como presencia auténtica y como proximidad absoluta de uno con respecto a sí mismo (y, por consiguiente, como verdad), se opone a la escritura, como distancia, mediación, pérdida de la presencia que abre la posibilidad de la mentira, del mismo modo que la inmediatez de la fiesta popular se contrapone a la artificialidad del espectáculo del teatro o, desde otra perspectiva, a la manera en la que la democracia directa que celebra la asamblea de los ciudadanos se opone a la democracia representativa en la que la voluntad general, apropiada por los representantes, queda bajo la amenaza de ser desviada y degradada a interés particular.

⁴¹ De todos modos, algo permanece como fuente de una posición moral que apunta hacia una mayor autenticidad: la primacía de la *vida* como apertura (infra o preindividual) a

Los diferentes impugnaciones de la temática de la autenticidad cuyas líneas principales terminamos de recordar tuvieron por efecto el allanamiento, desde una crítica marxista de las ideologías, del camino abierto por la Escuela de Frankfurt o por el Barthes de las *Mythologies*⁴²: camino que conduce a asignar, tanto a la crítica social como a la literaria, la tarea principal de descifrar, de develar las operaciones de codificación que sostienen clandestinamente (como maquinarias de teatro operando entre bastidores) la pretensión de todo ser a una presencia auténtica. Esta afirmación de la primacía absoluta del código y la revelación de la ilusión de la presencia en cuanto tal pueden servir perfectamente de soporte a una crítica de la inautenticidad del mundo, pero ya no permiten oponer una expresión auténtica a una representación ilusoria.

Así mismo, el frustrado intento de liberarse de esa deconstrucción de la idea de autenticidad acontecida entre las décadas de 1960 y 1970 es, sin duda, el motivo por el que la nueva crítica de la inautenticidad del mundo entregado al imperio de la mercancía como simulacro generalizado se hunde en la aporía que consiste en denunciar del modo más radical posible la pérdida de toda realidad «auténtica» y socavar al mismo tiempo la posición normativa e incluso cognitiva desde la que pudiera plantearse una denuncia de este tipo. Si todo, sin excepción, ya no es más que construcción, código, espectáculo o simulacro, ¿desde qué posición de exterioridad podría situarse el crítico para denunciar una ilusión que se confunde con la totalidad de lo existente? La antigua crítica de la estandarización y de la masificación disponía al menos de un punto de apoyo normativo en el ideal del individuo auténtico, singular, que asumía su responsabilidad, y hacía oídos sordos a la charla de lo que «se dice». Ahora bien, en el caso de la crítica del mundo como espectáculo, ya no queda ninguna posición preservada desde la que poder reivindicar una relación auténtica con las cosas, con las personas, con uno mismo. El enfoque radical de la nueva crítica amenaza constantemente su propia posición de enunciación, ya que no es posible dejar de pre-

lo ilimitado, a la proliferación, a la creatividad y como resistencia a los órdenes cerrados, a los bloques; la valoración nietzscheana de las fuerzas activas sobre las reactivas (inspiradoras, según Nietzsche, del resentimiento y, por lo tanto, de la moral en la acepción de la crítica del «moralismo»).

⁴² Cabe encontrar en numerosas páginas de las *Mythologies* (Barthes, 1955) la prefiguración de un tema de gran éxito posterior: el del mundo como *look*. Véase, por ejemplo, el capítulo dedicado al padre Pierre, que desmonta la vestimenta del sacerdote, del modo con el que se describiría un traje de teatro destinado a dar cierta imagen del personaje, en el que cada prenda del vestuario recibe un tratamiento de signo cuyo desciframiento supone el conocimiento de un código. El padre Pierre no se viste de sacerdote conforme a los reglamentos de la institución a la que pertenece en la época en la que vive. Se ha hecho un *look* de padre. Está *relooké*, como se dice hoy de las vedettes de la canción, modelo *cura de choque*.

guntarse desde dónde adoptar un punto de vista crítico cuando todo se ha convertido en mero simulacro y espectáculo; cuando, a partir de ahora, ya no existe la posibilidad de ninguna referencia a un mundo exterior y, por consiguiente, de ninguna definición clásica de la verdad («La ilusión ya no es posible puesto que lo real ya no es posible», Baudrillard, 1981, p. 36); cuando el «sistema» en el que estamos inmersos, completamente «codificado», «no es más que un gigantesco simulacro», que «ya no se confronta nunca a lo real, sino que sólo se confronta a sí mismo, en un circuito ininterrumpido en el que ni la referencia ni la circunferencia están en ningún lado» (Baudrillard, 1981, p. 16), y que se encuentra, por consiguiente, más allá o más acá de la verdad y de la mentira.

El primer resultado de la tensión entre la doble endogenización capitalista de una crítica de la inautenticidad y de una demanda de autenticidad consiste en haber tenido un efecto particularmente insidioso en la confianza que las personas son capaces de darse mutuamente.

La inquietud de las relaciones: entre la amistad y los negocios

Si bien es cierto que la incertidumbre que afecta a las relaciones con los otros juega, junto a factores más fácilmente observables, como el de la inseguridad económica, un papel importante en la formación de conductas tradicionalmente utilizadas como indicadores de *anomia*, cabe dedicar una atención particular a la inquietud generada, en un mundo conexionalista, por la difuminación de la diferencia entre las relaciones desinteresadas, hasta ahora incluidas en el ámbito de la vida afectiva personal, y las relaciones profesionales, más bien situadas bajo el signo del interés.

El establecimiento de conexiones, tal y como se concibe en el marco de la ciudad por proyectos, no sería posible mediante procedimientos estandarizados que actuasen a distancia. El encuentro cara a cara es lo único que permite reducir la incertidumbre radical de la relación y que deja a las expectativas mutuas descubrirse, negociarse y coordinarse. En este proceso intervienen necesariamente factores de acercamiento cuya descripción pertenece al lenguaje de las relaciones amistosas o afectivas como la simpatía, el descubrimiento de gustos, intereses o lugares comunes, capaces de suscitar el tipo de confianza frecuentemente calificada como «espontánea». Las modalidades según las cuales se establecen estos vínculos, el papel desempeñado por la simpatía, se aproximan al modo en que se forman las relaciones de amistad, sobre todo si la conexión es lejana, nueva (innovadora) y no finalizada; su función, aún completamente virtual, sólo será revelada en la dinámica de la propia relación, que, de alguna manera, genera una utilidad cuyo contenido no conocía nadie con exactitud

antes del establecimiento de la relación. Ahora bien, si el horizonte fundamental de tales relaciones es la búsqueda de beneficio, se desembocará en una confusión bastante inquietante a la hora de distinguir entre la relación amistosa y la relación de negocios, entre un compartir desinteresado de intereses comunes y la búsqueda de intereses profesionales o económicos. ¿Cómo averiguar si tal invitación a cenar, tal presentación hecha por un amigo estimado, tal participación en una discusión es gratuita o interesada, contingente o planificada?⁴³ ¿Y cómo distinguir los momentos del día o del año consagrados al trabajo de los momentos de ocio, la vida privada de la profesional? ¿El objetivo de una idea como la de «actividad», central en la construcción de la ciudad por proyectos, no consiste precisamente en desdibujar las fronteras entre estos distintos y hasta ahora claramente separados estados de las personas?

El uso estratégico de las relaciones, que presenta, además, ciertos rasgos atribuibles en otros contextos a la amistad, resulta particularmente desconcertante cuando las actividades de conexión son capaces de generar ventajas económicas. Es poco visible cuando el empresario saca partido de sus relaciones para desarrollar sus propios negocios; sin embargo, los beneficios adscritos a las conexiones aparecen con claridad cuando la mediación se mercantiliza, es decir, cuando alguien recibe un salario, honorarios o una comisión en pago a su papel de mediador entre las personas que comienzan un relación de negocios (por haber contribuido, por ejemplo, a la realización de un nuevo producto al poner en contacto, durante una cena, a un científico imaginativo con un jefe de empresa abierto a la innovación). Tales actividades son problemáticas en la medida en que pueden ser acusadas de transgredir la prohibición impuesta sobre la mercantilización de los seres humanos. Recibir una gratificación pecuniaria por haber contribuido a extender una red mediante una nueva conexión entre personas o grupos entre los cuales no existía hasta entonces una relación directa o cobrar por poner en relación a un conocido con una tercera persona que deseaba conocerlo poseen un parecido desconcertante con el delito de mercantilización: el intermediario interviene como si poseyera un derecho de propiedad

⁴³ Los mundos del arte ofrecen un ejemplo de este tipo de relación ambigua. El análisis de las características de los contextos organizativos apropiados para favorecer la aparición de creaciones artísticas consideradas como innovadoras ha hecho aparecer el rol esencial de ciertas relaciones que mezclan la amistad y la intervención de alguien diferente del artista (al que se podría llamar *coach*) en su obra al modo de una crítica empática, es decir, de una crítica en teoría formulada desde el punto de vista del proyecto del artista y no desde el de las preocupaciones de rentabilidad de la organización. Pero este tipo de dispositivo puede interpretarse como un subterfugio de la producción, puesto que está demostrado que la amistad y la «crítica cariñosa» son de hecho útiles para la producción de un bien de calidad, de tal forma que cabría la posibilidad de una posterior denuncia por manipulación (Chiapello, 1998).

sobre la persona a la que pone en contacto con un tercero que espera sacar provecho de tal encuentro.

Esta confusión sobre la naturaleza de las relaciones posibles en un mundo conexionalista procede de una contradicción esencial entre, por un lado, la exigencia de adaptabilidad y de movilidad y, por otro, la de autenticidad (que implica conectarse personalmente, inspirar confianza) que atraviesa el nuevo mundo y se duplica en la ciudad por proyectos.

Verificamos, por una parte, la exigencia de desplazarse, de adaptarse a situaciones diversas para poder aprovechar las oportunidades de conexiones que se presenten. Desde el punto de vista de un mundo «rizomático», la autenticidad entendida como en el viejo existencialismo, el del sujeto resistiendo en soledad a la masificación de los espíritus, ha quedado perfectamente obsoleta. En efecto, para una ontología fundamentada en la red, la búsqueda de una existencia auténtica a través del alejamiento con respecto a la masa, la soledad voluntaria o el retiro hacia uno mismo pierden todo el valor e incluso el sentido, ya que las relaciones preceden a los elementos entre los cuales se instauran y las propiedades sustanciales de las mismas personas dependen de las relaciones en las que se encuentran atrapadas. Como sólo conoce *mediaciones*, la red ignora la oposición entre, por un lado, unos seres calificados por la diferencia que los definiría desde sus atributos más profundos, íntimos y específicos y, por otro, la indiferenciación de la masa o de la serie de la que debieran sustraerse para acceder a su verdadero ser. En un mundo así puede crecer un cierto sentimiento de libertad, pero la exigencia de autenticidad está ausente.

Y verificamos, por otra, la exigencia de ser alguien seguro, alguien en quien se pueda confiar. La crítica de las instituciones y de la autoridad institucional (acusada de burocrática), la crítica de las convenciones entendidas como «convenciones», de las relaciones «convencionales», de las prescripciones y de las reglas en las que se apoyaba la «moral convencional» (acusada de «formal» con respecto a la espontaneidad de la «ética») y, en general, de las convenciones que sustentaban los órdenes domésticos y las relaciones jerárquicas ha provocado, al transferir todo el peso de la relación a las personas, la reactivación de una referencia a la «autenticidad» formulada en términos de «sinceridad», «compromiso» y «confianza». De este modo, y por no salir de los ejemplos más evidentes, las relaciones de pareja se consideran dignas de vivirse a partir de ahora únicamente en la medida en que se sustenten en «una relación intensa», comparable a la de sus primeros momentos, las relaciones de amistad en «afinidades» espontáneas y, aunque de manera absolutamente paradójica, las relaciones familiares, las más estatutarias que quepa, en opciones «electivas» (Chalvon-Demersay, 1996). En el mundo de los negocios, el mismo tipo de desconventionalización ha conducido a destacar la importancia de la parte «personal» de las

relaciones y la necesidad de asentarlas en la «confianza», es decir, en una creencia interiorizada en la sinceridad de la relación establecida para un cierto tiempo, a la vez que el continuo establecimiento de nuevas relaciones se consideraba imprescindible para la consecución del beneficio. Así pues, la antigua concepción de la autenticidad como «interioridad» asumida frente a la banalidad del mundo exterior manifiesta su persistencia en el seno del nuevo mundo en red, que de alguna manera había sido construido, sin embargo, contra ella⁴⁴.

En un mundo en el que todo el peso de las relaciones se basa en la autenticidad de las personas, resulta particularmente perturbador ser testigo del uso de aquellas en estrategias destinadas a crear beneficios en red, tal y como recomienda la literatura de la nueva gestión empresarial.

La nueva gestión empresarial y las denuncias de manipulación

La tensión entre una valoración de la autenticidad en las relaciones personales y una exigencia de adaptabilidad y de movilidad anida en el corazón de la nueva gestión empresarial, bien porque ambos imperativos aparezcan en los preceptos dispensados por un mismo autor, sin que la contradicción sea explícitamente reconocida, bien, aunque más raramente, porque el esfuerzo de redefinición de las formas óptimas de organización del trabajo se dedique a buscar dispositivos para reducir la oposición existente entre los dos tipos diferentes de prescripciones.

Cabe encontrar ejemplos del primer tipo en los escritos de Bob Aubrey, que, en una especie de apólogo, relata la historia de un «cliente» convertido en «amigo» a lo largo de una discusión calificada a la vez de «franca» y de «eficaz»: «Desde el momento en que nuestra relación se transformó en un entendimiento mutuo, tuve la impresión de encontrarme en el corazón de lo más verdadero y lo más noble del mundo de los negocios, la decisión de "hacer camino juntos", de darse confianza y ocuparse de la otra persona [...]. Desde entonces [...] al tomar una decisión privilegio intuitivamente la posibilidad de establecer una relación de compañerismo con mi cliente» (Aubrey, 1990 ©). El mismo autor, sin embargo, es también uno de los promotores más entusiastas de la exigencia

⁴⁴ Esta misma tensión se encuentra además en la definición de los bienes producidos por el mundo en red. Se sabe que este mundo valora fuertemente la innovación, pero como ésta se presenta como resultado de encuentros, conexiones e hibridaciones que se efectúan constantemente en la red, nunca puede alcanzar el carácter de absoluta: nada permite ya afirmar la primacía de un «original» frente a unas «copias», puesto que cada transformación se opera bajo la égida de la multiplicidad y de la variación infinita.

de movilidad, que él designa de manera especial con la expresión de «empresa de sí». Del mismo modo, R. Moss Kanter preconiza al mismo tiempo la «empatía» («la conclusión de acuerdos satisfactorios depende de la empatía, es decir, de la capacidad de ponerse en el lugar del otro y de apreciar sus objetivos») y la adopción de un «sistema flexible de asignación de tareas» a partir de «proyectos a la vez sucesivos y paralelos, de duraciones y relevancias variables entre los que circularán equipos de importancia diversa según las tareas, los desafíos y las oportunidades» (Moss Kanter, 1992 ©). Por fin, como último ejemplo, H. Landier hace hincapié, un poco después, en la necesidad de «adaptarse rápidamente» y de «desarrollar relaciones informales» en una «cooperación libremente consentida basada en la confianza» (Landier, 1991 ©).

Por el contrario, el deseo de reabsorber esta tensión es lo que anima a I. Orgogozo a contraponer dos formas diferentes a los antiguos modos jerárquicos de comunicación que ella condena: la primera, ideal (e inspirada a su juicio, en J. Habermas y en la «ética de la discusión»), en la que «la universalización de los intereses no desciende desde arriba, sino que surge de la discusión libre y honesta entre los intereses particulares en un proceso de construcción progresiva»; la segunda, «perversa», que, «bajo aspectos modernos», consiste en manipular a los actores de la empresa por medio de «una comunicación mistificadora». De este modo, se pide a los individuos que sean «leales, sinceros y entusiastas», pero sometidos a tales presiones que de hecho «sienten miedo, desconfianza y odio» en contextos en los que «la valoración de los recursos humanos significa pura y simplemente el arte de exprimir el limón» (Orgogozo, 1991 ©). El consultor emprende aquí la tarea de denunciar los usos manipuladores de las nuevas prácticas de la gestión empresarial y de proponer nuevos modos de coordinación de las personas en el trabajo que no pasen ni por «órdenes o informaciones» transmitidas desde arriba ni por incitaciones personales o incluso afectivas, con el propósito de lograr de manera indirecta y disimulada el resultado deseado.

De hecho, las condiciones laborales vigentes en la empresa son particularmente susceptibles de convertirse en objeto de acusaciones de manipulación. En efecto, si la gestión empresarial consiste todavía en *mandar hacer* algo a alguien, la manipulación y la sospecha de manipulación se desarrollan cuando se vuelve difícil recurrir a las formas clásicas del mando que consistían en dar órdenes y suponían el reconocimiento de una subordinación y la legitimidad de un poder jerárquico. Ahora bien, los últimos veinte años han estado marcados por el debilitamiento de las órdenes convencionales y de las relaciones jerárquicas, tanto en el mundo industrial como en el doméstico, denunciadas como autoritarias, y por la multiplicación de las reivindicaciones relacionadas con la autonomía. En este contexto, se hace necesario sustituir, siempre que se pueda, el mando jerárquico por prácticas que conduzcan a la gente a hacer *por sí misma* lo que se desea

que hagan y como si fuera el resultado de una decisión voluntaria y autónoma. De este modo, como ya hemos visto en el capítulo I, los «cuadros» han de transformarse en «inspiradores», en «coachs» o incluso en «líderes», cuya función consiste en formular «visiones» entusiasmantes para que los hombres se muevan por sí mismos ahora que ya no es legítimo obligarles a hacerlo.

El desarrollo de técnicas que inducen a las personas a hacer de manera aparentemente voluntaria lo que se desea que hagan se ha visto particularmente estimulado. Piénsese, por ejemplo, en el desarrollo de las técnicas de comunicación (interna y externa), en la corriente de desarrollo organizativo que busca, sobre todo, que las personas «tomen conciencia» de la existencia de «problemas» previamente identificados por la dirección para facilitar un cambio posterior del modo de organización, o la gestión empresarial participativa, basada en la voluntad del superior jerárquico de tomar decisiones que se apoyen en las opiniones de sus colaboradores, a los que se permite después adherirse a la decisión.

Ahora bien, tales dispositivos, cimentados en el consentimiento y en la adhesión, logran alcanzar sus objetivos tan sólo cuando se acomodan a formas tomadas prestadas de las típicas representaciones de una gramática de la autenticidad: la gramática de las relaciones espontáneas y amistosas, de la confianza, de la solicitud de ayuda o de consejos, de la atención ante el malestar o al sufrimiento, de la simpatía e incluso del amor. Quienes se encuentran atrapados en estos dispositivos no pueden ni negarse categóricamente a participar en tales intercambios, lo que los llevaría directamente al apartamiento o al despido, ni ignorar, incluso en los momentos en los que se entreguen con menos reservas e incluso con placer, que estas relaciones más «auténticas» están ligadas a técnicas de «movilización» [denominadas así por Crozier y Sérieyx (1994 ©) para distinguirlas con claridad de antiguas formas «infantilizantes» de «motivación», que ya no «atrapan a las personas con alto nivel de escolarización»]. Pero tampoco pueden, a riesgo de perder su autoestima y su confianza en el mundo, participar, al menos de forma duradera, con un completo cinismo, de las modalidades de la apariencia, ya que estas nuevas técnicas, en la medida en que se basan menos en procedimientos y dispositivos materiales (como era el caso de la cadena) que en personas y en el empleo que éstas hacen de los recursos que dependen de su presencia corporal, de sus emociones, sus gestos, su voz, etc., se confunden con quienes las ponen en marcha, cuyas cualidades inherentes, en cuanto seres singulares, vienen a parasitar el uso estratégico que hacen de sí mismos y que se arriesgan continuamente a desbordar, de alguna manera sin saberlo, como cuando pasamos, sin solución de continuidad, de una emoción en un principio forzada y que creíamos fingida a una emoción real, que nos afecta y nos embarga de manera totalmente imprevisible. En tales situaciones, es tan fácil dejarse atrapar si uno se concentra en lo que da efectivamente de sí mismo

a aquel que se encarga de mandar hacer, de convencer o de hacer desear, como, por el contrario, retirarse y despegarse, no hallando en sus esfuerzos más que la cínica aplicación de unas técnicas de manipulación.

Tales tensiones entre el compromiso con relaciones interpretadas desde una gramática de la autenticidad y la denuncia de maniobras manipuladoras son máximas cuando, y éste es el caso en la actualidad, las personas están sometidas a una fuerte exigencia de singularizarse en el universo profesional. Es el caso de las profesiones intelectuales y artísticas, en auge, marcadas por la necesidad de adquirir el valor de un prestigio propio, pero cada vez más también el de todos aquellos trabajos marcados por la precariedad en los que tal valor es condición necesaria para encontrar un nuevo proyecto. En estas situaciones lo que importa es ser el que hizo, el que tuvo la idea, y que esto se reconozca; también, la idea de haber podido ser «utilizado» se hace insoportable, porque lo que está en juego es la propia capacidad de supervivencia en un mundo en el que uno mismo ha de realizarse. Descubrir el juego del otro en su comportamiento es poner en duda la creencia en la realidad de su propio yo. Con el incremento de la exigencia de singularidad es previsible que aumenten así mismo los comportamientos paranoicos de personas que se crean continuamente manipuladas, atrapadas o recuperadas. De este modo, los órdenes instaurables en referencia a la ciudad por proyectos en formación se hallarán siempre debilitados por la posibilidad, cimentada en otros mundos —doméstico o inspirado por ejemplo—, de ser denunciados como resultados de *manipulaciones*, es decir, de una utilización cínica de la referencia a la autenticidad para mandar hacer de manera aparentemente voluntaria lo que ya no es posible imponer de forma jerárquica y, de tal suerte, como un instrumento para desarrollar la «servidumbre voluntaria».

Esta contradicción entre la exigencia de adaptación y la de «autenticidad» en las conexiones realizadas se desliza hasta el mismo corazón de la persona, ya que estos seres humanos cuya identidad se hace depender del entorno cambiante en el que son distribuidos (frente al símbolo rechazado del sujeto singular) tienen que conservar, sin embargo, la suficiente consistencia y permanencia en el tiempo y en la memoria para ser el soporte de una acumulación, sin la cual serían incapaces de enriquecerse al hilo de los encuentros.

Ser alguien y ser flexible

La tensión entre la exigencia de *flexibilidad* y la necesidad de ser alguien, es decir, de poseer un yo dotado tanto de una *especificidad* (de una «personalidad») como de una *permanencia* en el tiempo es, en un mundo conexionalista, una fuente constante de inquietud. La típica expresión de esta tensión se condensa en el eslogan que

expresa el ideal de una vida lograda por el hecho de *llegar a ser uno mismo*, de cambiar para hacer advenir y descubrir lo que se era, de algún modo en potencia, para no volver a ser el mismo, desvelando a la vez la conformidad con un yo originario.

Para ajustarse a un mundo conexionista hay que mostrarse lo bastante *malleable* como para pasar por diferentes universos cambiando de propiedades. Cabe extender la lógica del alquiler o del préstamo temporal de las propiedades materiales a las propiedades personales, a los atributos de las personas, es decir, a las cualidades que, despojadas de su carácter permanente, se verifican en la situación. Para adoptar unos modos de acción adaptados a este mundo lo principal es la capacidad para reconocer en qué consiste la situación y para activar las propiedades que exige del yo. La adaptabilidad, es decir, la capacidad de tratarse a uno mismo como a un texto traducible a diferentes idiomas, constituye, en efecto, una exigencia fundamental para circular por las redes asegurando el paso, a través de lo heterogéneo, de un ser definido mínimamente por un cuerpo ligado a un nombre propio. Desde la perspectiva de este nuevo modelo de excelencia, la permanencia y sobre todo la permanencia de uno mismo o la adhesión duradera a unos «valores» son criticables como rigidez incongruente, incluso patológica y, dependiendo del contexto, como ineficacia, mala educación, intolerancia o incapacidad de comunicación.

Aunque, por otro lado, el éxito de la persona conexionista no depende tan sólo de su plasticidad. En efecto, si se limita a ajustarse a las nuevas situaciones que se le presentan corre el riesgo de pasar desapercibido o, peor aún, de que se le juzgue sin grandeza y se le asimile a los pequeños, a los nuevos, a los ignorantes o a los «cursillistas». Ahora bien, para sacar partido de los contactos que establece, tiene que interesar y, para conseguirlo, granjearse una reputación que sólo puede proceder de su exterioridad con respecto al mundo al que se acerca. El ideal de adaptabilidad entra aquí en tensión con esta otra exigencia, transaccional, de la actividad en red. En efecto, el hacedor de redes, para dar el pego ante los otros, sobre todo si pertenecen a universos alejados de suyo, ha de aportarles algo. En la medida en que su persona, su personalidad, contenga «ese algo» susceptible de interesarlos y seducirlos, será capaz de atraer su atención y obtener su apoyo o sus informaciones. Pero para ello tiene que ser *alguien*, es decir, llevar consigo elementos ajenos a su mundo, percibidos como característicos suyos. Si tan sólo es capacidad de adaptación, si no es alguien, ¿qué interés tendría adherirse a él? De este modo, el encuentro entre la exigencia de adaptabilidad y la exigencia transaccional puede llegar a causar tensiones insuperables.

Estas tensiones propias del mundo conexionista no se suprimen en la ciudad por proyectos, sino que simplemente se duplican. En efecto, el *grande* de esta ciudad ha de ser polivalente y no encerrarse en ninguna especialidad, pero ha de disponer a la vez de una competencia específica que ofrecer, sin la cual corre-

ría el riesgo de pasar desapercibido; ha de tener acceso a recursos, pero sin dejarse atrapar por esos recursos en los que se apoya para no perder la posibilidad de establecer nuevas conexiones; ha de ser capaz de un *compromiso* total con un proyecto conservando a la vez la suficiente disponibilidad como para integrarse en otro. En efecto, habida cuenta de que cada uno de estos proyectos y de estos vínculos es, por definición, temporal, debe ser capaz, y con la misma destreza, de desembarazarse, de desligarse, de recuperar la libertad para comprometerse en una nueva relación, un nuevo proyecto, más actual y beneficioso. En definitiva, tiene que inspirar confianza, lo que implica un respeto de los compromisos, pero a la vez el oportunismo necesario para desplazar sus vínculos dependiendo del carácter más o menos provechoso de las conexiones que se le presenten. Para M. Piore (1995, pp. 76-78) uno de los problemas centrales de las nuevas prácticas de gestión empresarial es la tensión entre la exigencia de compromiso y el carácter incierto, múltiple, cambiante, temporal de los proyectos. La felicidad que se promete al grande consiste en alcanzar su plenitud entendida como el descubrimiento de sus propias potencialidades. La sucesión de proyectos se concibe como la oportunidad de que cada etapa le revele un poco más de su esencia, de la identidad más profunda que le constituye y le singulariza (en cierto modo, tal y como a las vanguardias artísticas se les suponía la misión de revelar poco a poco la esencia del arte). Pero esta búsqueda de uno mismo pasa por una sucesión de pruebas que implica al mismo tiempo la variación de las identidades adoptadas según los proyectos y el mantenimiento de una personalidad permanente que permita, a lo largo del desplazamiento por las redes, la capitalización de las adquisiciones.

En un mundo tal, la posibilidad de encontrar un equilibrio entre la permanencia de sí, siempre amenazada por la rigidez, y la constante adaptación a las demandas de la situación con el riesgo de una completa disolución en el tejido de los vínculos transitorios resulta, cuando menos, problemática. La ciudad por proyectos, orden de justicia adherido a la representación de un mundo en red, introduce una de las principales tensiones que habitan el mundo conexionista en la medida en que incorpora al mismo tiempo, por un lado, la exigencia de autenticidad como garante de la validez de las relaciones personales sobre las que reposan los dispositivos de trabajo y, por otro, la descalificación de la autenticidad en beneficio de la exigencia de adaptabilidad⁴⁵.

⁴⁵ Cabe hacer el mismo tipo de observaciones en lo relativo a los nuevos usos de la psicoterapia orientados ya no a tratar de raíz el sufrimiento psíquico reconocido en sus rasgos de autenticidad, sino a enseñar al enfermo a tomar distancias de la enfermedad, a «gestionarla», para poder adaptarse a las situaciones de interacción con los demás y de satisfacción de unas exigencias transaccionales en la relación con el otro, consideradas como exigencias normativas por excelencia (Baszanger, 1995, pp. 343-356).

Sin embargo, en determinados aspectos, la ciudad por proyectos parece un intento de superar estas dificultades: no elimina la tensión, puesto que la lleva incorporada, pero sí trata de suprimir su carácter problemático. Se supone, en efecto, que esta ciudad es capaz de suprimir la cuestión de la autenticidad encaminándola hacia meras exigencias de interacción, que no están necesariamente obligadas a sumergirse en un yo profundo al que revelarían. Por consiguiente, la realización de la ciudad por proyectos es un envite considerable. Ya hemos visto que, en el tema de la justicia, esta ciudad se presentaba a la vez como una reglamentación del mundo conexonista y como una legitimación de la mayor parte de sus rasgos. En el tema de la autenticidad, la apuesta se juega en el terreno de la legitimación de una redelimitación entre las esferas gobernadas por lo interesado y las reguladas por lo desinteresado, es decir, de un desplazamiento de las fronteras entre lo que puede ser mercantilizado y lo que no.

La ciudad por proyectos y la redefinición de lo mercantilizable

Las nuevas prácticas de empresa y la nueva moral en red que las acompaña tienden a poner en tela de juicio el reparto entre las actividades y las cualidades asignadas al orden de lo personal y las encasilladas en el orden de lo profesional, reparto, sin embargo, juzgado de considerable importancia en la formación del capitalismo. Precisamente, las actividades literarias y artísticas se habían quedado al margen del capitalismo o en oposición a éste, entre otras cosas, por haberlo rechazado: la obra artística, por definición y por principio, no tenía precio, aunque las necesidades materiales, obligaban a proponerla al mercado (Chiapello, 1998).

En el cosmos capitalista este reparto es esencial al menos por dos razones. La primera remite al modo de constitución de un mercado de trabajo libre que ha permitido el desarrollo de la condición salarial. Se sabe que en las categorías del liberalismo la posibilidad de un mercado de trabajo libre se fundamenta en la ficción jurídica (cuya formación puede seguirse desde el derecho romano) de una distinción clara entre la persona del trabajador, que es inalienable, y su fuerza de trabajo, que aquél puede alienar de forma contractual. En esta distinción se basa, todavía en el siglo XIX, la oposición entre, por una parte, la servidumbre doméstica, que al establecer un vínculo personal entre amos y servidores, implica no sólo subordinación sino también fidelidad y apoyo mutuo (por ejemplo, por parte de los amos, amparo y sustento familiar para los criados mayores) y, por otra, la condición obrera, que se reduce a una relación contractual únicamente referida al trabajo entre el empleador y el

empleado⁴⁶. La prohibición de alquilar personas, que limita y frena el desarrollo de las empresas de trabajo temporal y de subcontratación, se cimenta igualmente en esta distinción. Distinción, por último, que ha estimulado la formalización de las cualificaciones en certificados y títulos, sancionadores de saberes adquiridos a través de la práctica o del aprendizaje académico, en contraposición a las disposiciones que se confunden con las personas y que tan sólo son revelables mediante pruebas.

La segunda razón se refiere a la manera en que se ha efectuado el reparto entre lo interesado y lo desinteresado. Este reparto juega un papel particularmente importante en el ámbito de las relaciones personales porque permite establecer una clara distinción, al menos formal, entre dos categorías de relaciones. Por un lado, las relaciones de negocios, cuyos socios, por muy cordiales que sean sus vínculos de unión, pueden legítimamente motivarlos aduciendo la consecución de sus intereses (convergentes o competitivos), y, por otro, las relaciones de amistad, que sólo merecen el título de tales en la medida que estén perfectamente separadas de cualquier fin interesado y exclusivamente fundadas en una inclinación recíproca y en gustos comunes. Según ha demostrado A. Silver (1989), esta concepción relativamente reciente de la amistad fue establecida cuando, a raíz de la formación de una filosofía política de la economía, se pudo pensar en un dominio propio completamente regido por la competencia de intereses. Fue la autonomía del interés y de las relaciones interesadas la que repercutió en una redefinición de la amistad en términos de desinterés. Esta distinción ha desempeñado desde entonces un papel primordial en los juicios morales emitidos en las relaciones personales, frecuentemente formulados en términos de «autenticidad» y de «inautenticidad». Una relación de amistad se juzga auténtica cuando se considera completamente gratuita y se denuncia como inauténtica cuando se descubre, al menos por parte de uno de los implicados, motivos interesados subyacentes. *Darse cuenta* de que el aparente cariño de un amigo querido, por quien se siente un gran afecto, disimula en realidad motivos interesados y finalidades estratégicas constituye, en nuestra sociedad, el paradigma —tantas veces llevado a la literatura— de la desilusión, previa al camino del desencanto.

Ambas distinciones —entre la persona y su fuerza de trabajo y entre las relaciones gratuitas y las interesadas— desempeñan un papel central en el capitalis-

⁴⁶ De este modo, la Asamblea Constituyente excluye a los criados (que en vísperas de la Revolución Francesa representaban el 17 por 100 de la población activa parisina), porque «simbolizaban la dependencia con respecto a un tercero» (Rosanvallon, 1992, p. 120). Sieyès, citado por Rosanvallon, habla de ellos como «aquellos a los que una dependencia servil obliga no a un trabajo cualquiera, sino a la voluntad arbitraria de un amo».

mo: son movilizadas a la hora de efectuar el reparto entre lo que es mercantilizable y lo que no lo es y, por lo tanto, para constituir la oposición entre el capital y el no capital.

Así pues, en la medida en que tanto las personas como las relaciones personales pertenecen moralmente (y en gran parte jurídicamente) a lo no mercantilizable, se condena de manera casi general a quienes se considera abiertamente transgresores de esta norma. Ahora bien, es propio de la lógica capitalista someterla a tensión, habida cuenta de que el desplazamiento de la frontera entre el capital y el no capital desempeña un papel determinante en la continuidad de la acumulación, lo cual implica que se trata de la mercantilización de los bienes y servicios que hasta ese momento quedaban al margen del mercado. Pero la aceptabilidad de estos desplazamientos, toda vez que afectan a principios fundamentales de los juicios ordinarios, exige *reacondicionamientos de la relación entre beneficio y moral* (y más profundamente, sin duda, una redefinición de la antropología como modo de cualificación de lo propiamente humano), que contribuyen a su vez a transformar lo que nosotros hemos denominado espíritu del capitalismo.

Una reacomodación de este tipo es la que, al atenuar las tensiones suscitadas por los nuevos dispositivos de empresa y por el desplazamiento del beneficio hacia nuevos sectores de actividad, acompaña a la formación de la ciudad por proyectos. En efecto, dichas transformaciones tienen en común la implicación en la dinámica del beneficio, de una manera más profunda que en el periodo anterior, de las personas en cuanto tales.

Muchos de los dispositivos en armonía con la ciudad por proyectos (cfr. capítulo VI) se presentan efectivamente —como veremos a través de algunos ejemplos— como medios de apaciguar los desasosiegos existenciales suscitados por la tensión detectable entre las exigencias contradictorias de adaptabilidad y de autenticidad presentes en el mundo conexonista, aunque esta atenuación consiste en gran parte en aprobar y, por lo tanto, en legitimar el desplazamiento de las fronteras controladas por los dos repartos aún pertinentes en la época del segundo espíritu del capitalismo. De este modo, queda consagrado un desplazamiento de fronteras entre lo mercantilizable y lo no mercantilizable que da paso y legitima una mercantilización más acentuada de los seres humanos.

El argumento utilizado por A. Gorz (1988, pp. 252-255) contra la renta mínima de inserción, aplicable también a la renta universal, consiste en una crítica de ese tipo: el trabajo «socialmente determinado y remunerado», que «me confiere la realidad impersonal de individuo social abstracto» y me otorga «una función por esencia impersonal, que ocupo como cualquier otro entre otros» sin tener que comprometer «toda mi persona, toda mi vida», constituye la condición de posibilidad de esa otra esfera, la «esfera privada», como espacio de

«soberanía y de reciprocidad voluntaria». Ahora bien, la disolución de la separación entre trabajo y actividad en los dispositivos acordes con el modelo de la renta universal tienden, al suprimir el carácter obligatorio y abstracto del trabajo social, «a despojarme de mi vida privada».

Del mismo modo, la aplicación a las personas de procedimientos de normalización derivados de la normalización de productos (Thévenot, 1997), que torna operativa la noción de «competencias» en un dispositivo empresarial, pretende dar una forma oficial a la mercantilización de las personas humanas. En efecto, la referencia deja de ser la división del trabajo materializada en una estructura de puestos laborales, para hacer referencia a las cualidades de la persona: el «¿qué hace?» es sustituido por el «¿de qué es capaz?» (Feutrie, Verdier, 1993). Mientras que las cualificaciones asociadas a las clasificaciones reconocidas por los convenios colectivos estaban principalmente dirigidas a la fijación de los salarios relativos, es decir, a los problemas del reparto de beneficios entre los trabajadores, cuya crítica de la explotación sustentaba las principales reivindicaciones, la lógica de las competencias atribuye directamente a las personas humanas un «valor económico»⁴⁷.

Por último, los nuevos dispositivos (enriquecimiento de las tareas, mejora de las condiciones de trabajo) especialmente justificados por su intención de romper con las formas tayloristas del trabajo, mercedamente consideradas inhumanas, ocupan desde esta perspectiva una posición igualmente ambigua. La taylorización tradicional del trabajo consistía en tratar a los seres humanos como máquinas, pero no permitía poner directamente al servicio de la obtención de beneficio las propiedades más específicas de los seres humanos: sus afectos, su sentido moral, su honor... Por el contrario, los nuevos dispositivos de empresa, que exigen un compromiso más total y se apoyan en una ergonomía más elaborada, que incorpora la integración de las aportaciones de la psicología posconductista y de las ciencias cognitivas, son, precisamente, y en cierto modo por su mayor humanidad, más capaces de penetrar profundamente en la interioridad

⁴⁷ La posibilidad de denunciar el desajuste entre la naturaleza del puesto, por una parte, y su retribución y las cualificaciones de sus ocupantes (devaluación de los títulos), por otra, desaparece con la utilización de la idea de competencia que, especialmente dirigida a evitar la fijación de unos saberes en unas clasificaciones que permitan estabilizar las expectativas, designa potencias inherentes a las personas en lo que éstas poseen de singular, unos *savoir faire* [destrezas] y unos *savoir être* [saber estar], frutos de experiencias particulares que no pueden revelarse más que en contextos locales, de tal suerte que su certificación requiere observar las conductas y la puesta a prueba individual en la situación real. En este marco, la formación ya no pretende transmitir competencias, sancionables con un título, sino favorecer la transferibilidad profesional a través del estímulo de disposiciones invertibles en una multiplicidad de tareas distintas (Dugué, 1994).

de las personas, de las que se espera que se «entreguen» —como se dice— a su trabajo, y permiten una instrumentalización y una mercantilización de las personas en lo que éstas poseen de más característicamente humano.

La endogenización por parte del capitalismo de un paradigma, el de la red, producto de una historia autónoma de la filosofía y en parte construido contra la noción de autenticidad termina en la actualidad proporcionando argumentos e incluso legitimando el incremento de la mercantilización y, en especial, la de los seres humanos. Las diferentes críticas de la autenticidad, difundidas al final de la década de 1970 y durante la primera mitad de la de 1980, han contribuido a desacreditar, por lo tanto, el rechazo artista de los productos de consumo, del confort, de la «mediocridad cotidiana» —asimilado a una pose pasada de moda— y, en general, a liberar a muchos intelectuales de lo que para ellos significaba, en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, una constricción ascética y, a la vez, una cuestión de honor: el desprecio del dinero y del confort que procura⁴⁸. Cuando ya no es posible creer en la posibilidad de una vida más «auténtica» alejada del capitalismo y está bien visto burlarse de aquellos que todavía lo creen; cuando se pone en duda la existencia de bienes, al margen de las esferas mercantiles, dotados de un valor irreductible a una equiparación con la mercancía, que no sobrevivirían a su introducción en el circuito del mercado, ¿qué podrá detener el proceso de mercantilización? El capitalismo ha conseguido conquistar una libertad de acción y de mercantilización insólita en su historia, habida cuenta de que en un mundo en el que todas las diferencias se admiten, pero son a su vez equivalentes precisamente en cuanto tales, nada merece, por el simple motivo de existir, ser protegido de la mercantilización y todo podrá, de ahora en adelante, convertirse en mercancía y ser objeto de comercio.

Sin duda, son éstas las razones por las que la implantación de los valores de la ciudad por proyectos en unos dispositivos de prueba no puede considerarse como una solución suficiente a los problemas sociales generados por las nuevas formas del capitalismo, aunque tendrían, al menos, el mérito de reducir los fenómenos de explotación y el desarrollo de las desigualdades. La crítica artista sigue siendo completamente pertinente a la hora de poner en tela de juicio las legiti-

⁴⁸ Con respecto a las organizaciones culturales, la deconstrucción del aura atribuida al artista o al autor en tanto sujetos originales de una obra auténtica debe mucho a los esfuerzos realizados por la sociología del arte, sobre todo de inspiración marxista, para demostrar que los artistas no son más que unos trabajadores como los demás. Sin duda, esta labor de desencantamiento ha contribuido al desarrollo del uso de técnicas empresariales para enmarcar la producción y comercialización de los «productos» artísticos y a la inserción de un número cada vez mayor de artistas en el circuito capitalista, cuyos rasgos ya no parecen tan negativos y peligrosos para la autenticidad del creador y su obra como en el periodo anterior (Chiapello, 1998).

maciones que la ciudad por proyectos lleva a cabo a medida que dicta reglas al nuevo mundo. En particular, urgiría reconsiderar el tema de los límites que sería necesario imponer a la mercantilización. También sería preciso recuperar la posibilidad de replantearse la validez del tipo de libertad al que se puede dar rienda suelta en un mundo conexionista, aun después de haber sido enmarcado por las convenciones de la ciudad por proyectos.

CONCLUSIÓN: ¿UN RELANZAMIENTO DE LA CRÍTICA ARTISTA?

En la actualidad, la crítica artista se halla paralizada por lo que cabría llamar, según el punto de vista adoptado, su éxito o su fracaso.

Éxito, habida cuenta de que, reservada a minorías y vanguardias hasta la década de 1950, ha logrado confluir, desde finales de 1960, con las aspiraciones de un vasto público. Este tipo de crítica dispone ahora de base y portavoces y ocupa un lugar importante en los medios de comunicación.

Fracaso, en la medida en que la liberación del deseo no ha llevado a doblar las campanas por el capitalismo, cuya muerte había sido anunciada por el freudomarxismo desde la década de 1930 hasta la de 1970. Por otra parte, dicha creencia exigía ignorar la implicación de la libertad en el régimen del capital y su profunda connivencia con el deseo, del que depende en gran medida su dinamismo. Contribuyendo a derribar las convenciones ligadas al viejo mundo doméstico y a superar las rigideces del orden industrial —jerarquías burocráticas y producción estandarizada—, la crítica artista ha ofrecido al capitalismo la posibilidad de apoyarse en nuevas formas de control y de mercantilizar nuevos productos, más individualizados y más «auténticos».

De tal suerte que hoy la crítica artista se encuentra atrapada en una alternativa cuyas dos opciones manifiestan una misma impotencia.

Por un lado, continuar la crítica en la línea adoptada en el siglo XIX (denuncia de la moral burguesa, de la censura, de la influencia de la familia y de la religión, de los obstáculos a la liberación de las costumbres y de la sexualidad, del conservadurismo de las instituciones culturales dominantes), olvidando los desplazamientos del capitalismo y, en especial, su alejamiento con respecto a la familia y a la religión, por no hablar de la moral. O, también, impugnar (pero en las columnas de los periódicos o en la televisión) la conspiración mediática contra la libertad de pensamiento, denuncias que, a fin de cuentas, los medios de comunicación están completamente dispuestos a acoger en tanto mercancías tan susceptibles como cualquier otra de hacer hablar, es decir, en este caso de vender. Este tipo de actitud, que tiende constantemente a caer por su propio peso por falta de adversarios —las propuestas más devastadoras son casi inme-

diatamente trasladadas a un debate público y bien ordenado y después integradas en la oferta cultural mediante un doble movimiento de mercantilización de productos derivados y de celebración oficial de sus autores—, está condenada, para seguir creyéndose a sí misma, a inventar enemigos o a otorgar a aquellos que todavía le quedan una potencia que éstos han perdido hace mucho tiempo.

Por otro lado, dando prueba de una «lucidez» supuesta que constituiría la única actitud digna de ser adoptada todavía frente al apocalipsis que se avecina (en un tono que recuerda con frecuencia a las profecías catastrofistas de las vanguardias de Weimar que precedieron y anunciaron la revolución conservadora), levantar acta de la capacidad del capitalismo de «recuperar» absolutamente todo, anunciar el fin de todo valor e inclusive de toda realidad (dominio de lo virtual) y el ingreso en la era del nihilismo y, al mismo tiempo y aunque de manera bastante paradójica, retomar los hábitos aristocráticos, pero extendidos por doquier, del panfletario, «conciencia» solitaria frente a las masas idiotizadas (Angenot, 1983), y petrificarse en la nostalgia reaccionaria de un pasado idealizado, con sus acogedoras comunidades (frente al aislamiento individualista), su disciplina libremente consentida, a menudo llamada hoy en Francia «republicana» (frente a la anarquía escolar y al desorden de las periferias), sus amores verdaderos y honestos (frente a la sexualidad desatada), su pintura de caballete (frente a la instalación de cualquier cosa), sus paisajes de antaño, sus alimentos sanos, sus productos de la tierra...

Para salir de este *impasse* la crítica artista quizá debería replantear la cuestión de la liberación y de la autenticidad más de lo que lo hace en estos momentos, partiendo de la nuevas formas de opresión y de mercantilización que ella misma, involuntariamente, ha contribuido a crear.

La seguridad como factor de liberación

¿Qué conquistas cabría aprovechar para aflojar las tenazas del capitalismo en cuanto instancia opresiva? Poco más o menos las mismas que hace un siglo. En efecto, todo aquello que en la actualidad aumenta la seguridad y la estabilidad laborales de las personas, libera un margen de libertad y proporciona oportunidades para resistir a la expansión abusiva del autocontrol y para poner en tela de juicio, apoyándose precisamente en el ideal de autonomía reconocido por el nuevo espíritu del capitalismo, la multiplicación de todos los nuevos dispositivos de control y, en especial, de los informáticos.

Cabe hallar una orientación crítica en la impugnación de la movilidad como exigencia y valor incontestable, aparentemente paradójica habida cuenta de que movilidad y liberación se encontraban, hasta ahora, estrechamente vinculadas.

¿El proyecto de liberación sigue siendo compatible con una extensión ilimitada de la movilidad, de los contactos y de las conexiones, que, como ya se ha demostrado, puede convertirse a la vez en fuente de nuevas formas de explotación y de nuevas tensiones existenciales? El problema, perfectamente concreto, concierne en primer lugar al uso que se hace del tiempo. Un paso hacia la liberación quizá dependa hoy de la posibilidad de frenar el ritmo de las conexiones, sin tener que inquietarse por dejar de existir para los demás, caer en el olvido y, en definitiva, en la «exclusión»; de prolongar el compromiso con un proyecto o diferir el momento de hacer público un trabajo y de compartirlo —por ejemplo, en una exposición o en un coloquio—, sin temer por ello que el reconocimiento del que uno se considera merecedor pueda verse apropiado por otro; de entretenerse en un proyecto en marcha cuyas múltiples posibilidades no se habían visto al comienzo; de retrasar el momento de la prueba y quizá, en general, no tanto de suprimir las pruebas —lo que no dejaría de suscitar violentos sentimientos de injusticia— como de espaciarlas. Un mundo sin pruebas es impensable, pero igualmente un mundo sometido a pruebas renovadas sin cesar se revelaría rápidamente invivible (Boltansky, 1989, pp. 96-109): así, pues, la regulación del ritmo de las pruebas constituye una parte muy importante de la justicia.

La valoración de la movilidad tiende a una evaluación de todos según un tipo de vida que, más allá de que diste mucho de ser unánimemente deseada, supone el acceso a recursos muy desigualmente distribuidos. Tanto el valor reconocido a la movilidad y a la capacidad de entablar nuevas relaciones (lo que a su vez supone, como hemos visto, por ser el tiempo un recurso escaso, la capacidad de deshacerse de relaciones más antiguas) como la prioridad otorgada, en la constitución de las identidades, a los vínculos electivos formados en virtud del desplazamiento aleatorio por las redes frente a las adscripciones dependientes de colectivos preconstituidos —como la nación, la clase social o la familia— tienden a excluir una forma de libertad cuya legitimidad se encuentra cada vez menos asegurada: la expresada por la opción de la estabilidad, la valoración de la fidelidad y la recepción de una herencia, aceptada como tal, sin tener en cuenta sus posibles beneficios. Simplemente porque está ahí. Si la pluralización de las identidades y de los mundos de vida es de veras un elemento central de una prolongación de la modernidad (Wagner, 1996), sólo constituirá un factor de liberación a condición de que sea reconocida así mismo la validez de la aspiración a una existencia completamente comprendida en una identidad privilegiada y en un espacio no fragmentado, aunque ésta no suponga hoy más que un modo de vida más entre otros. Por otra parte, ¿cómo mantener el abanico de identidades, que, desde una lógica radical de autoconstitución de sí, los actores (y esta palabra prostituida por la sociología encuentra aquí su uso apropiado) tendrían la libertad de asumir a su gusto, si no existieran otras personas dotadas de una per-

tenencia lo suficientemente estable como para permitir a tales identidades conservar un forma sustancial y una perennidad temporal, sin las cuales tenderían a desvanecerse en la multiplicidad de las apropiaciones simbólicas pasajeras de las que serían objeto? Del mismo modo que, como hemos visto en el capítulo precedente, el beneficio extraíble de la circulación por las redes tendería a cero si no siguieran existiendo las fronteras entre grupos, instituciones, campos, etc., cuya superación tiene un coste y requiere individuos inmutables que conserven los vínculos locales, del mismo modo la paradoja de la fragmentación consiste en que supone la existencia de colectivos dedicados a mantener en condiciones las identidades que otros adoptarán a modo de simulacro. Por esta razón, la defensa de la legitimidad y de las posibilidades de supervivencia de aquellos colectivos cuya energía se moviliza por la lucha contra el desarraigo se ajusta igualmente a la exigencia de liberación.

La adopción de este rumbo conduciría evidentemente a un acercamiento entre la crítica artista y la crítica social. Ir más despacio, diferir, retrasar, espaciar implican, en efecto, la constitución de unos espacios temporales más largos que el del «proyecto» —según la definición que encontramos en la literatura de la gestión empresarial— y el suministro a las personas de los medios necesarios para subsistir entre compromiso y compromiso con distintos proyectos. Como señala A. Supiot, la movilidad y la flexibilidad de los trabajadores no deben limitarse a denotar una «servidumbre más estricta y barata a las necesidades de la empresa», sino que han de quedar enmarcadas en regulaciones que permitan proteger la movilidad y conferir un «estatuto» al «trabajador móvil».⁴⁹ Efectivamente, no existe ninguna otra forma de dotar a las personas de una libertad relativa con

⁴⁹ Este es el sentido de lo que A. Supiot (1997) llama la «libertad profesional», en cuyo seno distingue «la libertad de emprender» y «la libertad laboral». La idea general consiste en elaborar derechos que no se limiten a enmarcar, sino que también aspiren a instituir el mercado de trabajo, derechos que no sean meros protectores, sino que estén igualmente dotados de virtudes positivas. Así, el derecho de emprender debería conducir, según A. Supiot, a «conferir unos derechos particulares a la persona emprendedora» (como el permiso para la creación de empresa o la ayuda a parados creadores de empresa). Así mismo, la libertad laboral no debe concebirse como un derecho restrictivo, coartador de las posibilidades de acción colectiva de los asalariados (en caso de huelga, por ejemplo), sino también como un derecho dotado de «virtudes positivas», que proporcione «un fundamento jurídico a la autonomía de los seres humanos en el trabajo [...] a la que los gestores se refieren como a una de las características fundamentales de las nuevas formas de la gestión empresarial». Entre esas libertades positivas cuyo reconocimiento legislativo está en marcha, A. Supiot cita el derecho a la iniciativa (derecho al abandono del empleo por parte del trabajador), a la formación (permiso individual), a la crítica (derecho de expresión). La multiplicación de este tipo de derechos que responden a la libertad laboral podría contribuir, según el autor, «a contener las nuevas formas de subordinación que se desarrollan tras la pantalla de esa autonomización».

respecto al mercado o frente a la nueva exigencia de sociabilidad desenfrenada que no consista en otorgarles algo parecido a un «estatuto». En los Estados modernos el estatuto, como texto regulador de la situación de un grupo, había sido concebido, de hecho, como una herramienta de liberación destinada a librar a los individuos de la dependencia personal, de la obediencia política y de la vigilancia puntillosa y constante efectuada desde el exterior (con conceptos como el del «secreto profesional», por ejemplo), garantizándoles así la libertad de pensamiento y las libertades políticas al especificar el tipo de pruebas a las que las personas debían someterse, y bajo qué aspectos concretos, para conservar su estado y sus condiciones materiales de existencia y para protegerlas de pruebas indefinidas o poco formalizadas en función de las cuales podían quedar sometidas a una evaluación constante y bajo cualquier aspecto⁵⁰. Pero el estatuto, que expresa los aspectos susceptibles de ser prefijados de la posición de un individuo, respecto a una duración y un espacio determinados, con independencia de cómo se desenvuelva en un momento concreto su interacción con los demás, supone la referencia a algo parecido a unas instituciones susceptibles tanto de organizar las pruebas vigentes para estabilizar las anticipaciones y definir su ritmo como de ejercer una constricción externa en forma de obligaciones y sanciones. Para tomar el rumbo de una liberación que supere la alternativa entre la rigidez desprestigiada del burócrata y el nomadismo, hoy unánimemente celebrado, del innovador, la exigencia de movilidad depende de un compromiso con dispositivos al mismo tiempo constrictivos y proveedores de seguridad, situados en una posición predominante con respecto a las interacciones cotidianas y a las relaciones contractuales.

En este sentido, la lucha por la defensa y la obtención de «estatutos», lejos de ser, como insiste el discurso neoliberal, una batalla de retaguardia, queda transformada de este modo en un objetivo totalmente pertinente desde una perspectiva de liberación. Las disposiciones estatutarias son lo único que puede contribuir a ilegalizar o, cuando menos, a limitar, las nuevas formas de vigilancia informática en tiempo real que tienden a multiplicarse en las empresas, los talleres, los despachos, los espacios comerciales, etcétera.

Éste es el caso de las múltiples cláusulas de disponibilidad (multas, trabajo discontinuo, intermitencias laborales, etc.) que garantizan al empleador «una disponibilidad continua de los asalariados mientras sus propias obligaciones quedan reducidas a la remuneración de los periodos realmente trabajados». Ahora bien, tales cláusulas «atentan de un modo evidente contra la libertad laboral del asalariado, que no cuenta con la posibilidad de acceder a otro empleo durante esos periodos de tiempo "libre"» (Supiot, 1997).

⁵⁰ En el caso de los maestros, por ejemplo, la acción sindical, a finales del siglo XIX, trataba sobre todo de dotar a los miembros de esta profesión de un estatuto que les permitiera liberarse del poder de los notables locales y les procurara el acceso a la libertad política.

No obstante, para que la consecución de estatutos desempeñe un papel liberador se han de cumplir *dos condiciones*.

La primera consiste en que el incremento de la seguridad no suponga un empobrecimiento de las tareas, como ocurrió en la transición del capitalismo de mercado al capitalismo fordista. Cabe esperar que el aumento de la componente cultural del trabajo dificulte, con respecto al pasado, una desposesión de tipo taylorista, aunque la flexibilidad de los dispositivos informáticos no permite descartar esta posibilidad.

La segunda es que el estatuto no cristalice de tal modo que imposibilite cualquier forma de prueba, con independencia de su naturaleza. Uno de los intereses del estatuto reside en la posibilidad de espaciar los ritmos de las pruebas, apoyándose los momentos de pruebas fuertemente instituidas (inspecciones, entrevistas, evaluaciones), entre las cuales se confiaría en los agentes. El reconocimiento del estatuto tiene pocas posibilidades de durar si no va acompañado del reconocimiento de este tipo de convenciones a las que comúnmente llamamos «conciencia profesional». Se supone, así mismo, el reconocimiento de una autoridad susceptible de legitimar pruebas y sanciones.

Pero un compromiso en este sentido supondría una renuncia relativa a la búsqueda de una liberación definida como autonomía absoluta desprovista tanto de cualquier tipo de injerencia ajena como de cualquier forma de obligación dictada por una autoridad exterior.

Limitación de la esfera mercantil

En la era de la mercantilización de la diferencia se impone una tarea en el frente de la autenticidad: la de limitar la extensión de la esfera mercantil, en particular de aquella encaminada a la mercantilización de lo humano. Hemos visto, sin embargo, que el marco de la ciudad por proyectos favorecía la mercantilización de lo humano mediante el desvanecimiento de la frontera entre la esfera de lo interesado y la de lo desinteresado, tanto en el caso de los beneficios obtenidos creando productos procedentes de la codificación de cualidades humanas personales como en el de la utilización del cuerpo humano usado como un material cualquiera.

Lo que implica, así mismo, limitar el margen de acción de los innovadores y romper con una referencia a la exigencia de liberación lo bastante flexible como para permitir el paso, según las necesidades del momento, de la crítica del mercado (frente al que se pide protección) a un concepto estrictamente mercantil de la libertad de emprender, en el que quedan incluidos los ámbitos de la ciencia o de la cultura. De hecho, la lucha contra la mercantilización de los nuevos

productos se presenta particularmente difícil no sólo a causa del carácter «globalizador de la coordinación mercantil» (Thévenot, 1998b) o de las posibilidades de conversión de un bien en otro distinto inherentes al empleo de dinero⁵¹, sino indudablemente también a resultas de su choque con los intereses libertarios de diferentes grupos –posiblemente divergentes en otros aspectos–, el de los innovadores en el terreno intelectual y el de los empresarios en la esfera del capital, por no hablar de los consumidores exclusivamente preocupados de lograr el mayor bienestar al mejor precio.

Pero ¿por qué le correspondería a una «crítica artista» más que a una «crítica social» –o al lado de ésta– velar en pro de una limitación de la mercantilización?

Para responder a tal pregunta cabría retomar la lista de los «bienes sociales» cuya distribución comercial se considera habitualmente inmoral, proporcionada por M. Walzer (1997) en el capítulo de las *Sphères de justice* [*Las esferas de la justicia*] dedicado al dinero. La perspectiva de los bienes parte habitualmente de la *demande*: se trata, en primer lugar, de defender una misma dignidad para todas las personas que les permite un acceso igualitario a las necesidades básicas, y tal defensa corresponde prioritariamente a las tareas asumidas por la *crítica social*, puesto que ésta intenta terminar con las fuentes de desigualdad. Tal es el caso de los numerosos bienes sustraídos al mercado cuya distribución equitativa y universal se considera moralmente necesaria y cuya mercantilización conllevaría desigualdades intolerables a causa del injusto reparto de los recursos económicos de los que disponen de las personas. Según Walzer, este es el caso, por ejemplo, de los servicios públicos básicos (como la policía), del reclutamiento para el servicio militar (el rescate se considera actualmente inmoral y está prohibido), de los derechos políticos fundamentales, como el derecho al voto, al amor y a la posibilidad de contrato matrimonial. Otras prohibiciones recogidas por M. Walzer son pertinentes en referencia no ya a una exigencia de igualdad sino de seguridad (como, por ejemplo, los vehículos de ocasión peligrosos), en cuyo caso el punto de vista adoptado sigue siendo el de la *demande*.

Pero con respecto a la mercantilización también cabe la posibilidad de situarse desde otra perspectiva tan sólo adoptada, aunque por lo general todavía de forma implícita, por una *crítica artista*. Esta perspectiva es la de la *oferta*. En este caso, la sustracción de determinados bienes del mercado no se debería a que su mercantilización es contraria a la igual dignidad de los usuarios. El motivo para excluir su mercantilización residiría, por el contrario, en el hecho de tratarse de un atentado a la *propia dignidad* del bien que sería «desnaturalizado» por la codi-

⁵¹ En este aspecto, el dinero constituye uno de los medios principales que facilitan las intrusiones recíprocas entre las distintas esferas de justicia, como subraya P. Ricoeur (1995) al comentar a M. Walzer.

ficación, transformado en producto o, si se prefiere, «alienado». De hecho, el punto de vista de la oferta ha sido el adoptado para prohibir la mercantilización de los seres humanos en forma de esclavitud o de proxenetismo. Prohibiciones de este tipo pueden extenderse a otros bienes, ya se trate de dimensiones personales, de tipos de acciones que se estiman degradadas por su transformación en productos con un precio asignado y propuestos a un mercado competitivo, de cuerpos —órganos, fetos...—, de artefactos —obras de arte, lugares valorados por su singularidad— o, por último, de seres naturales tales como animales (entre los cuales M. Walzer señala algunos que atribuyen, como los seres humanos, un precio a la «libertad»), ríos, montañas, etc. Desde esta óptica, el resurgimiento de la crítica artista dependería en particular de una alianza con la crítica ecológica, que constituye, en la actualidad, una de las pocas posturas en las que la pluralidad y la singularidad de los seres, ya se trate de seres humanos, de seres naturales y, en determinadas versiones, de artefactos, poseen un valor en sí.

Conclusión: La fuerza de la crítica

En esta conclusión hemos tratado de recoger, en un espacio relativamente reducido, las transformaciones históricas del capitalismo durante los últimos treinta años, así como los conceptos y el modelo de transformación utilizados para efectuar tal revisión. Esta síntesis adopta la forma de una serie de etapas que han conducido a la formación del nuevo espíritu del capitalismo.

No hemos tenido la ambición de construir una «teoría del cambio» en toda su extensión y complejidad, con la aspiración de alcanzar una validez general, pero hemos intentado no obstante, destacando las secuencias del proceso que

¹ Este bosquejo de modelo se corresponde con el *tercer tipo* de la clasificación de las teorías del cambio social establecida por Raymond Boudon (1984, pp. 13-37), que reúne las construcciones cuya particularidad consiste en hacer hincapié en las *formas de cambio* y uno de cuyos ejemplos célebres es *La estructura de las revoluciones científicas* de Thomas Kuhn (1983), que distingue tres fases en la dinámica científica. Por otra parte, el papel que esta dinámica concede a las «anomalías» y a los conflictos a que da lugar su toma en consideración, interpretación y categorización aproxima nuestro modelo al de Kuhn. Así pues, del mismo modo que las «anomalías» del modelo de Kuhn, los cambios suscitados por los desplazamientos del capitalismo que privilegian a determinados actores mientras hunden a otros en la precariedad y la miseria son considerados en un primer momento como atípicos, circunstanciales, pasajeros, para serles después reconocida su parte innovadora y pasar a convertirse en objeto de un trabajo de investigación necesariamente previo al resurgimiento de la crítica. Sin embargo, no hemos tratado de establecer unas leyes históricas (en el sentido de la crítica de Popper), tendenciales (*primer tipo* en Boudon) o estructurales (*segundo tipo*), ni tan siquiera hemos pretendido descubrir las causas de la transformación analizada (*cuarto tipo* en Boudon), como hubiera sucedido en caso de haber emprendido, por ejemplo, la tarea de explicar la puesta en red del mundo mediante el desarrollo de herramientas de comunicación o el incremento de los intercambios.

han desembocado en un cambio de espíritu del capitalismo y dando a esta historia una forma esquemática o estilizada¹, ofrecer una posible generalización espacial y temporal².

Comenzaremos recordando algunos axiomas sobre las relaciones entre los principales conceptos en los que se apoya el modelo de transformación aquí propuesto, a saber, el capitalismo, el espíritu del capitalismo y la crítica.

1. LA AXIOMÁTICA DEL MODELO DE CAMBIO

Las proposiciones siguientes son algunas de las premisas que subyacen al modelo. Para cada una de ellas señalaremos un determinado número de razones que nos llevan a pensar en la posibilidad de construir una interpretación pertinente de los acontecimientos que han afectado a la sociedad con respecto a sus relaciones con el capitalismo en el transcurso de los últimos treinta años.

A. El capitalismo necesita un espíritu para comprometer a las personas de las que dependen la producción y la marcha de los negocios

En efecto, es imposible obligar a estas personas a trabajar y a permanecer en sus trabajos por la fuerza. En primer lugar, por una razón práctica: el capitalismo no dispone del poder de las armas, sino que es el Estado —siempre relativamente autónomo con respecto al capitalismo, aunque en grados diversos— el que detenta el monopolio de la violencia legítima. La segunda razón reside en que la libertad se encuentra en cierto modo inserta en el capitalismo, que se negaría a

² Tal generalización espacial parece tanto más deseable en la medida en que en este libro nos hemos limitado voluntariamente al caso francés; incluso cuando nuestra elaboración teórica nos conducía hacia horizontes más amplios, como sucediera a raíz de nuestras reflexiones sobre la explotación en un mundo en red, los ejemplos elegidos han sido mayoritariamente franceses. Este enfoque limitado a una sola nación nos parecía el único modo de profundizar en una historia ya de por sí muy compleja. Además, los análisis efectuados directamente a escala mundial tienden a subestimar la importancia que tienen las tradiciones, las instituciones del derecho y las coyunturas políticas dependientes en gran medida del marco del Estado-nación para la evolución de las prácticas económicas y de las formas de expresión ideológicas que les acompañan. Suprimiendo la escala nacional, se elimina casi automáticamente el ámbito más operativo para pensar en una acción política que responda a los cambios que afectan a las sociedades cuando se transforman los modos de creación del beneficio capitalista.

sí mismo si se apoyase únicamente en un reclutamiento logrado por la fuerza: en efecto, se suponen como mínimo la libertad de trabajar (de aceptar un contrato y de despedirse y, por lo tanto, de comprometerse o no) y la de ejercer una actividad empresarial (contratar, comprar, vender y, en general, combinar medios para obtener beneficios). Y, por último, porque el trabajo forzado permite abordar determinadas tareas que dependen principalmente de mano de obra abundante y no cualificada (trabajos de desmonte, trabajos agrícolas, trabajos simples de fábrica o en la construcción...), pero se revela totalmente inadecuado cuando las tareas precisan altos niveles de competencia, autonomía e implicación positiva de los trabajadores (trabajos intelectuales o que requieran múltiples tomas de decisión) y la utilización de máquinas sofisticadas o cuando la producción debe satisfacer elevadas exigencias en materia de innovación, fiabilidad, calidad de acabado, respeto a diversas normas de fabricación, etcétera.

Si para conseguir compromisos el capitalismo está obligado a ofrecer unas razones aceptables, ello se debe precisamente a su vinculación con la libertad, a que no ejerce un dominio total sobre las personas y a su dependencia de la ejecución de numerosos trabajos irrealizables sin la implicación positiva de los trabajadores. Estas razones se reúnen en lo que denominamos el espíritu del capitalismo.

B. El espíritu del capitalismo debe incorporar una dimensión moral para ser movilizador

Lo que significa que ha de ofrecer a las personas la posibilidad, por un lado, de recurrir a la *justicia* cuando su situación lo requiera y, por otro, de aspirar legítimamente a una *seguridad* de vida suficiente que les permita perpetuar su existencia (mantener las condiciones de supervivencia biológica y social) y reproducirse en la de sus hijos.

Incluso allí donde el capitalismo está mejor implantado, las personas continúan su existencia al margen del trabajo y a través de relaciones distintas de las laborales, de tal suerte que siempre conservan la posibilidad de apoyarse en esta vida exterior (familiar, amistosa, cultural, política o asociativa) para mantener una distancia crítica, al menos cuando los niveles de explotación no son máximos (explotación *en sentido fuerte*, de acuerdo con lo expuesto en el capítulo VI, definida por un grado de agotamiento tal que quienes se hallan sometidos a éste pierden la posibilidad de existir plenamente en situaciones distintas de las laborales). Para conservar su capacidad de atracción frente a esta resistencia, el capitalismo está abocado a dotarse de una ideología que actúe, como mínimo, ofreciendo justificaciones, apuntando hacia criterios de justicia y permitiendo responder a las críticas que se despierten.

Además de la crítica a la que el capitalismo se encuentra necesariamente expuesto habida cuenta de que no compromete a las personas por la fuerza, sino que éstas mantienen, bajo un régimen normal (no totalitario), un espacio que les permite tomar cierta distancia con respecto al proceso de acumulación, existe otra razón por la cual el capitalismo necesita regulaciones de orden moral. La razón estriba en que por más que éste constituya, en esencia, un proceso insaciable, las personas sí son, por su parte, saciables, de tal suerte que necesitan justificaciones para implicarse en un proceso de tales características. Se desprende de ello que el capitalismo no puede contentarse con ofrecer a éstas algo tan poco específico como su insaciabilidad inherente.

Esto significa que nosotros, a diferencia de Durkheim³, hacemos recaer todo el peso de esta insaciabilidad en el capitalismo —es decir, en sus propiedades sistémicas— en vez de en las propiedades antropológicas de la naturaleza humana. Pensamos que una de las dificultades de aceptación del capitalismo reside precisamente en que se dirige a personas poco dispuestas a sacrificarlo todo en aras del proceso de acumulación, precisamente porque no se identifican por completo con este régimen, porque siguen conociendo otros —como, por ejemplo, el apego familiar, la solidaridad cívica, la vida intelectual o religiosa, etc.— y porque, incluso aquellas en apariencia más completamente identificadas con el capitalismo (una unidimensionalidad que, de hecho, les confiere, a ojos del mundo exterior, algo de anormal e incluso de monstruoso) no pueden haber olvidado su experiencia, al menos durante su infancia, de otros regímenes y de distintos valores de socialización. La existencia de una pluralidad de órdenes de valores y la pertenencia simultánea o sucesiva de cada uno de ellos a varios mundos de vida, lo que provoca en cierto modo el juego de unos deseos contra otros, tienden a conferir una carácter saciable a la naturaleza humana o, en otros términos, a frenar las tendencias insaciables de las que habla Durkheim. Las cuales serían probablemente insaciables si los seres humanos no conociesen más que un solo tipo de bienes y una única forma de procurárselos. Pero tales individuos unidimensionales —próximos a la ficción del *homo oeconomicus*— no se indignarían por nada, no sentirían compasión por nadie, carecerían de espíritu crítico. Ya no les quedaría nada de humano⁴.

³ Siguiendo la estela de toda la filosofía política occidental, al menos desde Hobbes, Durkheim ya identificó los problemas planteados por el carácter insaciable de las sociedades modernas.

⁴ En Durkheim, como ya hemos visto en el capítulo VII, sólo las normas colectivas son capaces de frenar la insaciabilidad humana, de tal suerte que es absolutamente poco realista y peligroso aspirar a un orden social (el capitalista) basado en la liberación de los apetitos individuales. Para reconciliar nuestra postura con la de Durkheim, diremos aquí que consideramos sencillamente imposible que una persona se vea estimulada únicamente por intere-

Ante la imposibilidad de hallar una fundamentación moral en la lógica del insaciable proceso de acumulación (por sí mismo amoral), el capitalismo se ve obligado a recurrir a órdenes de justificación exteriores a él (aquí llamados *ciudades*) para hacerse con los principios de legitimación de los que carece. En cierto modo, a través del espíritu del capitalismo, este último introduce a su vez su propia crítica incorporando unos principios morales en los que las personas pueden apoyarse con vistas a denunciarlo cuando no respeta los valores por él mismo adoptados.

C. Para perpetuarse el capitalismo necesita, al mismo tiempo, estimular y frenar la insaciabilidad

El capitalismo, en tanto que proceso de acumulación ilimitada, está obligado a estimular constantemente las tendencias a la insaciabilidad y a activar diferentes formas de deseo de acumulación: atesoramiento de propiedad; concentración de poder, particularmente importante en las formas asociadas al segundo espíritu del capitalismo ligado, a partir de la década de 1930, al desarrollo de las firmas burocratizadas; o también, como hoy sucede, capitalización de recursos que favorecen la movilidad y la creatividad. En efecto, el capitalismo es incapaz de desarrollarse sin contar con las inclinaciones humanas a la acumulación de ganancias, de poder, a las invenciones o la diversidad de experiencias.

Pero esta única fuerza se revela completamente insuficiente, habida cuenta de que sin fundamentación externa el deseo de acumulación por sí solo se torna problemático y tiende, en el transcurso de la vida o, al menos, de una a otra generación, al agotamiento. Esto no sucedería si la naturaleza humana fuera insaciable. En tal caso, la tendencia conduciría a la autodestrucción, habida cuenta de que la búsqueda de ganancias ilimitadas incrementa la competencia, que, sin freno ni regulaciones, raya en la violencia. ¿Qué sería, por ejemplo, del capitalismo sin la prohibición del robo (es decir, sin el respeto del derecho a la propiedad)?

Cabe concebir el espíritu del capitalismo como una solución a este problema, toda vez que activa la insaciabilidad en forma de excitación y de liberación, pero al mismo tiempo la vincula a unas exigencias morales que vienen a limitarla imponiéndole obligaciones con respecto al bien común.

ses egoístas insaciables, con la posible excepción de ciertos casos patológicos, debido precisamente a su socialización. Lo que equivale a decir que, en Durkheim, la posibilidad de un mundo dominado por apetitos individuales insaciables, asimilado a una especie de estado de naturaleza mítica jamás encontrado en la realidad, adquiere un rango de experiencia puramente intelectual.

El espíritu del capitalismo es el lugar de una *tensión permanente* entre el estímulo del deseo de acumulación y su limitación mediante las normas correspondientes a las formas adoptadas por el deseo engarzado en otros órdenes de grandeza. Al tratarse, por definición, de un compromiso constitutivamente inestable, su poder de movilización puede ser reforzado o debilitado. Puede ser debilitado si pierde su lado estimulante o si no está suficientemente orientado hacia el bien común de tal forma que a las personas se les queden un poco cortos los estímulos ofrecidos a cambio de su compromiso. Pero el fortalecimiento de cualquiera de sus componentes repercute sobre el resto: un mundo perfectamente justo carecería singularmente de la capacidad necesaria para generar el tipo de placer que se experimenta en la pugna con la incertidumbre, puesto que todas las *pruebas* de las que dependen la distribución de los bienes y de las cargas en el seno de una sociedad (pruebas de selección y contratación, determinación del nivel de remuneración, pruebas de evaluación del trabajo realizado, etc.) estarían perfectamente reguladas de tal suerte que nada parecería poder ser abandonado al azar. ¿Seguirían siendo posibles las sorpresas en un entorno semejante? En cambio, un mundo en el que todo pareciera posible, aunque fuera excitante, se expondría a su vez a ser terriblemente desmovilizador, porque las personas desconocerían aquello con lo que todavía podrían contar.

D. El espíritu del capitalismo no puede ser reducido a una ideología entendida como una ilusión sin influencia sobre los acontecimientos del mundo

Está obligado, en cierta medida, a dar lo que promete. En efecto, se ve constantemente puesto a prueba por las personas que, apoyándose en él como quien evoca un ideal, denuncian lo que, en la realidad, se sale de la norma. Lo que supone que las personas poseen verdaderas capacidades críticas, es decir, que nunca están lo suficientemente alienadas como para perder la capacidad de establecer una distancia crítica. La crítica ejerce efectos reales, toda vez que para resistir en la prueba la justificación del capitalismo debe apoyarse en dispositivos, es decir, en ensamblajes de objetos, reglas, convenciones, una de cuyas expresiones es el derecho. Estos dispositivos, elaborados como respuesta a las críticas expresadas, son los que constriñen el proceso de acumulación.

E. El capitalismo tiende perpetuamente a transformarse

La búsqueda de nuevas formas de consecución del beneficio es una fuerza de transformación potente, ya se trate de superar los efectos de la saturación de los

mercados mediante la creación de nuevos productos y servicios –en particular, gracias a la mercantilización de unos espacios hasta entonces ajenos a la esfera mercantil– o de restablecer los márgenes erosionados por la competencia, al conseguir durante cierto tiempo una ventaja respecto a los demás competidores. Tal ventaja (denominada «competitiva» en los libros de la gestión empresarial) permite asegurarse el beneficio de una renta temporal vinculada a la posesión de una patente o de secretos de fabricación, al dominio de una nueva tecnología o a la puesta en marcha de una nueva organización más eficaz. Se trata de expresar el papel que cumple en esta «destrucción creativa» permanente, según la expresión de J. Schumpeter, aquella forma tan específica de crítica que es la competencia (crítica *exit*, según la tipología de A. Hirschman, en la medida en que se manifiesta a través de la defección y no de la palabra). La defección nutre permanentemente el proceso capitalista en la medida en que los hombres de negocios tratan perpetuamente de escapar de la erosión de los márgenes que ésta induce.

En cambio, las transformaciones del capitalismo son en su mayoría independientes de la crítica *voice*, según la acepción de A. Hirschman (protesta pública), aunque ésta consiga, en ciertos casos, favorecerlas, reducir su ritmo o impedir su realización.

Al acumularse las modificaciones, llegan a tornarse tan radicales que un espíritu del capitalismo adaptado a un periodo determinado puede revelarse totalmente incapaz de asegurar su empresa movilizadora un tiempo después.

F. El operador principal de creación y de transformación del espíritu del capitalismo es la crítica «voice»

Aunque la crítica *voice* no es el principal agente transformador del capitalismo, su papel sí es, sin embargo, central en la construcción del espíritu que, en formas diferentes según las distintas épocas, acompaña al capitalismo.

Mediante un trabajo de reflexividad llevado a cabo al mismo tiempo tanto por los responsables de las empresas y por sus asistentes, que tratan de reproducir los éxitos y de comprender los fracasos, como por la crítica, que intenta comprender el origen de lo que indigna e interpela a los primeros para obligarles a producir interpretaciones y justificaciones, se establece una suerte de cartografía del mundo en un determinado estado del capitalismo, a partir de categorías compartidas por ambos tipos de actores.

Esta cartografía reconoce unos lugares importantes –unos puntos focales que permiten una coordinación tácita en situaciones de incertidumbre (Schelling, 1960)– que serán considerados como momentos privilegiados de juicio, de apreciación y, por lo tanto, de selección, remuneración, de sanción positiva o nega-

tiva. Los hemos llamado «pruebas». En parte como consecuencia de la crítica, algunas de estas pruebas consideradas particularmente importantes son objeto de un trabajo de institucionalización y escrutadas y controladas con relación al grado en que el orden generado por la prueba –con sus ganadores y sus perdedores, sus grandes y sus pequeños– se estima justo. Este proceso permite a los distintos participantes converger en los puntos de tensión que merecen un particular esclarecimiento, favoreciendo de este modo el apaciguamiento de los conflictos. Cuanta más atención presta la crítica a una prueba, más posibilidades se abren de establecer dispositivos para mejorar su grado de justicia.

Son varios los papeles desempeñados por la crítica en este proceso: identificar y categorizar las fuerzas que pueden ser legítimamente comprometidas en la prueba y protestar cuando se sorprende a uno de sus protagonistas utilizando en su provecho fuerzas extrañas al formato de la misma. De este modo, presiona sobre las pruebas identificadas con vistas para hacerlas más justas eliminando las fuerzas parasitarias o, en otros términos, interviene para *ponerlas en tensión*. Así pues, la crítica juega un papel importante en la formación del espíritu del capitalismo, cuya credibilidad depende de su correspondencia con pruebas controladas.

Habida cuenta de que la crítica permite al capitalismo dotarse del espíritu necesario, como hemos visto, para comprometer a las personas en el proceso de creación del beneficio, ella le resulta indirectamente útil y constituye uno de los instrumentos de su capacidad de durar: lo que le plantea, por otra parte, unos problemas considerables, ya que le coloca con facilidad ante la alternativa de ser ya ignorada (y, por lo tanto, inútil), ya recuperada.

G. En determinadas condiciones, la crítica puede convertirse a su vez en uno de los factores de transformación del capitalismo (y no sólo de su espíritu)

Cabe considerar tres tipos de ejemplos: a) la crítica se ejerce de un modo tan virulento sobre las pruebas instituidas que el capitalismo intenta esquivarla por medio de desplazamientos, es decir, trasladando los envites a terrenos que aún no han sido objetos de un trabajo de identificación y de categorización, para salvaguardar el «espíritu» en el que se basaba su legitimidad y sus capacidades de movilización. Por ejemplo, un modo de sortear la rigidez de las relaciones entre la jerarquía de los puestos y la de los salarios garantizada por los convenios colectivos, por la cual un aumento cualquiera en uno de sus puntos tiende a repercutir en el conjunto de la cadena, consistió en contratar a un personal precario, no previsto en las tablas de clasificación y ajeno a los beneficios de las garantías instituidas, lo que, en la medida en que transgredía las promesas de carrera liga-

das al segundo espíritu, contribuyó a disminuir su credibilidad; b) debido a la pluralidad de la crítica, un cambio de equilibrio entre las distintas componentes críticas (que puede ser endógeno a la historia, en parte autónoma, de la crítica) lleva a hacer hincapié en pruebas aún débilmente instituidas e incluso a instaurar nuevos tipos de pruebas a través de una identificación-categorización de puntos del mapa hasta ahora silenciados o no calificados de manera autónoma. En este sentido, la importancia otorgada a las demandas de liberación después de mayo de 1968 desplazó la atención de la crítica del envite, hasta entonces preponderante, que suponía el reparto del valor añadido, hacia los comportamientos jerárquicos, de tal suerte que los responsables empresariales tuvieron que reformar las antiguas formas disciplinarias; c) poniendo límites al capitalismo, la crítica le obliga a modificar sus formas de acumulación. Por ejemplo, en el caso del segundo espíritu del capitalismo, la crítica de la explotación permitió la imposición de un marco contable que visibilizó el valor añadido y su reparto.

H. La crítica extrae su energía de las fuentes de indignación

Estas indignaciones se presentan en formulaciones históricamente ubicadas y al mismo tiempo hunden sus raíces, sin duda, en antropologías de validez muy general. Cabe considerarlas expresiones emocionales de anclaje metaético, relativas a perjuicios de los que se estima, al menos implícitamente, que afectan a las posibilidades de realización de la humanidad de los seres. Con respecto a las críticas dirigidas al capitalismo, hemos identificado cuatro fuentes principales. Recordemos que la primera se refiere a la exigencia de *liberación*, fundada en la irreductibilidad constitutiva de las *personas* cuya *potencia* (en contraposición al *acto*) no puede ser contenida en una lista cerrada de propiedades. La segunda, que desvela la *inautenticidad* de personas y objetos, se apoya en la oposición entre la verdad y la mentira. La tercera incrimina al *egoísmo* y apunta a una exigencia de *humanidad común*, que se manifiesta mediante la solidaridad en el seno de colectivos. Por último, la cuarta procede de una sensibilidad frente al *sufrimiento* y, más precisamente, frente a los sufrimientos que, al carecer de carácter genérico (como, por ejemplo, la muerte), quepa achacar a la acción humana, es decir, en nuestro caso, a la dinámica del capitalismo. Estas fuentes de indignación se orientan hacia lo que, en el orden humano, se considera enmendable, a diferencia de la revuelta contra la miseria de la condición humana en cuanto tal⁵.

⁵ A diferencia de los profetas del Antiguo Testamento invocados por M. Walzer (1996), que denuncian la infidelidad de sus contemporáneos con respecto a los designios de Dios, Job no es un crítico, aun cuando su revuelta se sitúe indudablemente en la base de todo *ethos* crítico.

Por más que quepa considerar relativamente intemporal el carácter de estas indignaciones, la crítica, en sus formas que hoy conocemos, está ligada a la modernidad y a la democracia. Aunque sin duda no existe una sociedad sin crítica, la crítica como exigencia política es un producto de la Ilustración⁶. Desde entonces, el derecho a denunciar forma parte, para nosotros, de los derechos humanos, hasta el punto de que nos resulta imposible concebir una vida aceptable sin la posibilidad de formular críticas y de hacerlas oír públicamente.

Sin lugar a dudas, Durkheim pensaba también en el desarrollo de las capacidades críticas cuando contraponía la solidaridad mecánica a la orgánica. Mientras en el marco de la primera la crítica consiste esencialmente en sancionar transgresiones, juzgadas como escandalosas, la segunda, asociada a formas extendidas de división del trabajo, a una mayor conciencia de la pluralidad y, por lo tanto, a pretensiones diversificadas de legitimidad, da paso a un conflicto entre interpretaciones y, de alguna manera, a la institucionalización de la crítica social.

Es preciso señalar que el desarrollo capitalista no hubiera sido posible sin esta apertura de la crítica asociada a una pluralización de las prácticas, aunque sólo fuera en la medida en que supone la libertad de trabajar y de ejercer una actividad empresarial y, por lo tanto, la posibilidad de la competencia. Ésta, como hemos visto, constituye por sí misma una forma de crítica que consiste en generar defecciones. Pero, además de no ser «pura y perfecta» más que en contadas ocasiones, la competencia se revela bastante poco dotada del poder regulador que le asignaban los clásicos, según los cuales la indignación debía cargarse en la cuenta de las imperfecciones del mercado. En la medida en que los precios son incapaces de comprender todos los motivos de satisfacción o de insatisfacción, el capitalismo está también condenado a participar en el clamor (*voice*).

Después de recordar tanto las principales capacidades de las que hemos dotado a nuestros «macroactores», el capitalismo y la crítica, como determinadas características del resultado de su interacción, que constituye el espíritu del capitalismo, podemos ahora llevarlos a escena en una historia secuencial de la transformación de los componentes del espíritu del capitalismo tal y como hemos podido reconstruirla a partir de los acontecimientos de los últimos treinta años.

⁶ La crítica es indisoluble de la constitución de una nueva forma social —la *forma caso*— cuya aparición cabe ubicar en la segunda mitad del siglo XVIII, con el compromiso de Voltaire en defensa de las personas acusadas de escándalo: blasfemia en el caso del caballero de la Barre; crimen ritual en el de Calas (Claverie, 1994; 1998).

2. LAS ETAPAS DEL CAMBIO DEL ESPÍRITU DEL CAPITALISMO

En esta exposición alternaremos momentos en los que el modelo de cambio se presenta en sus rasgos más generales con otros que, al apuntar a características del periodo analizado, sirven en cierto modo de ilustración e incluso ofrecen ejemplos tomados de periodos anteriores igualmente marcados por cambios del espíritu del capitalismo (transiciones retrospectivas).

La crítica en régimen de acuerdo con respecto a las pruebas importantes

La crítica, al menos en sus modalidades públicas y en la medida en que está respaldada por expresiones justificables del bien común, se ejerce prioritariamente sobre pruebas que ya han sido objeto de un trabajo de conformación, de estabilización mediante procedimientos y regulaciones y, al menos, de un esbozo de institucionalización que les confiere una objetividad que hace posible compartir la indignación. Estas pruebas se oponen a las pruebas poco formalizadas, generadoras de una inquietud (Thévenot, 1997) que exige una interpretación difícil de compartir con los demás y que al expresarse puede ser fácilmente descalificada por puramente «subjetiva» e incluso atribuida a una inclinación paranoica. Teniendo en cuenta el objetivo de nuestro trabajo, las pruebas formalizadas que nos interesan son prioritariamente aquellas mediante las cuales se verifican modalidades de acumulación de capital y de realización de beneficio que aspiran a la legitimidad.

Podemos distinguir tres tipos de pruebas entre aquellas que se enfrentan a la cuestión de averiguar el grado de justicia de su funcionamiento al inicio del periodo analizado, es decir, durante la segunda mitad de la década de 1960 y comienzos de la de 1970:

- a) las primeras afectadas fueron aquellas de las que dependía la relación salario-beneficio, es decir, el reparto del valor añadido. Se trata de pruebas que terminan con la asignación a las personas de un determinado número de cualidades, de bienes, de derechos y deberes con respecto al trabajo: la naturaleza de las tareas que se han de realizar (definida, por ejemplo, desde el punto de vista de los puestos de trabajo), la remuneración, el tipo de contrato de trabajo caracterizado, según su precariedad y su flexibilidad, especialmente en términos de tiempo trabajado, etc. Estas pruebas fueron objeto, en particular a partir de la década de 1930, de una conformación basada en el derecho laboral, que condujo al establecimiento de lo que se suele llamar «sistema de relaciones profesionales»;

b) pasaron así mismo por el tamiz de la crítica las pruebas que legitimaban las asimetrías en términos de poder o de posición jerárquica, en particular si la asimetría era de orden doméstico (es decir, justificada por la antigüedad, la propiedad familiar o el género), pero también cuando se fundaban en pretensiones de desigualdad relativa al mérito, justificadas por el resultado de pruebas de selección anteriores (como cuando un «mandarín» funda su autoridad en un título académico);

c) por último, la crítica arremetió contra todas la pruebas más o menos formalizadas y controladas, supuestamente legítimas y justas, en las que se basaba la selección social: por supuesto, en primer lugar, las pruebas escolares, pero también las de contratación profesional, las que afectan a los ascensos en la carrera profesional, los tests psicológicos, las pruebas cuyo objetivo consiste en determinar si una persona se comporta con normalidad, en el sentido psiquiátrico, en el trabajo y es capaz de cumplir las tareas que se le han confiado (particularmente puntillosos y legítimos en los sectores en los que cabe invocar una exigencia de seguridad, como, por ejemplo, el ferrocarril; Corcuff, 1989), por no hablar de las numerosas pruebas de tipo judicial encaminadas a establecer la culpabilidad o la inocencia de las personas en diferentes circunstancias (desde los consejos de disciplina a los tribunales administrativos o los tribunales de justicia).

La crítica descubre qué es lo que transgrede la justicia en dichas pruebas. En particular, este descubrimiento consiste en sacar a la luz las fuerzas latentes que vienen a parasitar la prueba y en desenmascarar a algunos de sus protagonistas, que, disfrutando de un mejor acceso a distintos recursos, consiguen ventajas no merecidas movilizándolos a espaldas del resto.

En el caso del reparto del valor añadido, la demostración consiste en revelar las bazas escondidas que van engordando discretamente los beneficios patronales, tanto a título colectivo como individual, es decir, la explotación de la que son víctimas los trabajadores, para contrarrestar las justificaciones patronales respaldadas por balances contables que pretenden demostrar la imposibilidad de satisfacer tales reivindicaciones sin poner en peligro a la empresa.

En el caso de las pruebas de selección y, en particular, de las escolares, el caso típico del descubrimiento de la crítica consiste en demostrar cómo unos competidores, situados en condiciones tales que sus posibilidades de éxito son formalmente las mismas —de manera que el éxito de los unos y el fracaso de los otros tan sólo podrían achacarse al mérito— se encuentran, *de hecho*, en condiciones radicalmente desiguales porque algunos se aprovechan de fuerzas parasitarias extrañas a la naturaleza de la prueba. También son identificados y desenmascarados los participantes que extraen de esas fuerzas un beneficio tanto más importante en la medida en que no se contabiliza de modo oficial. Las fuerzas descubiertas pueden ser, *a priori*, cualquier cosa. No existe propiedad alguna que no sea posible convertir, formalmente, en fuente de una discriminación positiva o nega-

tiva, aunque tales denuncias han girado sobre todo, en el transcurso de las últimas décadas, en torno a la procedencia social, el sexo, la edad, el origen étnico y las «desventajas» físicas o mentales. La denuncia de estas fuerzas parasitarias puede convertirse en objeto de disposiciones jurídicas (como la prohibición, en la normativa electoral, de que aparezcan en una misma lista los miembros de una misma familia; o, inversamente, como las regulaciones contra la discriminación).

A causa de la institucionalización de determinadas pruebas que desempeñan el papel de puntos focales y están asociadas a repertorios críticos y justificativos integrados en un saber común, si la crítica intenta orientarse en diferentes direcciones, tendrá dificultades para hacerse entender y se arriesgará continuamente a ser rebatida en las pruebas reconocidas. La razón de ello estriba sobre todo en que los actores desconocen la manera de gestionar estas nuevas críticas y desean converger en puntos negociables. En efecto, la consideración de críticas sobre temas cuya definición aún no esté estabilizada y en cuyo horizonte no aparezcan pruebas formalizadas corre el riesgo de hacer interminable la disputa o incluso de orientarla hacia la violencia.

Las críticas «sociales» de los años 1965-1970, tomadas en serio por la patronal (tanto las consideradas razonables y rápidamente tenidas en cuenta, como aquellas descartadas por poco realistas y peligrosas), en contraposición a las críticas más «artistas» rechazadas, al menos en un primer momento, por incoherentes, absurdas o «surrealistas», son prioritariamente aquellas dirigidas a pruebas que ya han sido objeto (después de conflictos anteriores) de un importante trabajo de formalización y de estabilización.

De este modo, como hemos visto en el capítulo III, para encontrar una solución a los conflictos laborales, los portavoces de las partes implicadas en los mismos se orientan, ante todo, hacia las pruebas formalizadas integradas en el sistema de relaciones profesionales. Sorprendidos por la violencia de los conflictos, intentan, siempre desde la lógica de la competición y de las relaciones de fuerza, coordinar sus esfuerzos en busca de una solución, que converjan en las pruebas más robustas que, bien enmarcadas jurídica e institucionalmente, les exponen en menor medida a caer en disputas desconcertantes e incontrolables. Éste es, por excelencia, el caso de las negociaciones entre sindicatos y patronal de corte confederal, en las que los representantes del Estado asumen el papel de intermediarios. Estas pruebas descansaban en la sólida alianza entre el capitalismo y el Estado, que caracterizaba al segundo espíritu del capitalismo.

La tensión de las pruebas instituidas a resultados de la crítica

Cuando la crítica alcanza una amplitud considerable, es imposible, tanto si se dirige directamente a las pruebas más convencionales como si queda limita-

da al marco que éstas definen, que permanezca mucho tiempo sin respuesta (salvo si se interrumpe el funcionamiento democrático del debate político y social: censura en la prensa, prohibición de reuniones y huelgas, encarcelamiento de los contestatarios...). En efecto, estas pruebas (cuya justificación remite a menudo a las mismas posiciones normativas que las invocadas por la crítica) tienen que ser juzgadas válidas, incluso irreprochables, para conseguir que la legitimidad de quienes tienen algo que ganar en ellas y a quienes la crítica acusa justamente por haber sido indebidamente favorecidos, quede asegurada. Los responsables de su funcionamiento no pueden ignorar eternamente las críticas recibidas y están obligados, para conservar la legitimidad de las pruebas, a tenerlas en cuenta.

Tras un periodo conflictivo más o menos largo en cuyo transcurso se despliegan secuencias de crítica y de justificación, a menudo se termina sometiendo las pruebas a un control y a una depuración más intensos que en el pasado, con el fin de ajustarlas al modelo de justicia vigente.

El periodo abarcado ofrece numerosos ejemplos de medidas que condujeron a afianzar los formatos de las pruebas en respuesta a las demandas de justicia. El comienzo de la década de 1970 estuvo marcado tanto por un nuevo equilibrio en el reparto salarios/beneficios como por acuerdos al más alto nivel, que desembocaron en leyes o decretos cuyo propósito, en una prolongación del Estado del bienestar, consistía en consolidar la estabilidad y la seguridad de los asalariados (capítulo III).

Durante aquellos años, las pruebas de selección fueron así mismo examinadas con mayor rigor en lo relativo a su capacidad de satisfacer en la práctica las exigencias de justicia comprendidas en su pliego de condiciones. En la institución escolar en particular, se adoptó toda una serie de medidas encaminadas a favorecer el acceso a la enseñanza media y superior de los hijos de categorías prácticamente excluidas hasta entonces⁷. Numerosos profesores pensaban que la escuela favorecía disimuladamente a los alumnos o estudiantes privilegiados en otros aspectos, lo que los condujo a prestar una mayor atención al desarrollo

⁷ En 1970, las tres cuartas partes de los trabajadores activos procedentes de familias obreras, campesinas o de empleados (que habían pasado por el sistema educativo entre 1950 y 1960) no habían pasado del graduado escolar. Veinte años después disponen, en su mayoría (que ha frecuentado la escuela durante la década de 1970), al menos de un diploma profesional y, uno de cada cinco, del *baccalauréat* [selectividad francesa]. Ni que decir tiene que los distintos medios sociales se vieron favorecidos «de un modo más o menos equivalente por el esfuerzo de apertura realizado en cada uno de los niveles del sistema escolar», lo que no permite utilizar argumentaciones que parten de la relativa estabilidad de las distancias existentes para negar así todo valor positivo a los esfuerzos democratizadores emprendidos en la década de 1970 (Groux, Maurin, 1997).

de las pruebas escolares y a su propio comportamiento con los alumnos de diversos orígenes, al objeto de controlar los posibles rasgos discriminatorios de su propia actitud.

Así mismo, el ejercicio de la autoridad fue objeto de un mayor control: los subordinados exigían más frecuentemente justificaciones de las consignas que se les daban o de las demandas que recibían. El desarrollo de una intensa crítica de las relaciones domésticas en el mundo del trabajo —desde la crítica del mandarínato en la universidad hasta la del poder de los pequeños jefes en los talleres— constituyó la base para depurar un buen número de pruebas con el propósito de volver a centrarlas en las fuerzas que las definían con exactitud, la «verdadera» competencia en el entorno profesional (o las cualidades cívicas en el marco político).

A resultas de estas diferentes modificaciones de las pruebas, se hacía un poco más difícil hacer trabajar a los asalariados más allá de sus obligaciones contractuales sin compensarles por ello, mandar de un modo opresor, apoyarse en la autoridad de los títulos académicos para colar decisiones no relacionadas con la competencia adquirida, vender productos de calidad dudosa, despedir delegados sindicales, etcétera.

A medida que la crítica depura y pone en tensión las pruebas, el mundo social va tornándose sin duda algo más justo o, en otros términos, un poco menos desequilibrado con respecto, evidentemente, a las injusticias o desigualdades correspondientes a los formatos de las pruebas reconocidas e instituidas (otras injusticias y desigualdades pueden seguir teniendo lugar e incluso aumentar, apoyándose en pruebas poco sometidas a una revisión reflexiva).

Aunque resulta difícil oponerse frontalmente a un proceso de este tipo, por motivos relacionados con la legitimidad del orden social, hay que tener en cuenta que acentuar la tensión de las pruebas instituidas no ofrece las mismas ventajas a todo el mundo. Algunos salen ganando, pero otros perdiendo. El control de las fuerzas realmente comprometidas en la prueba beneficia a quienes se llevan entrenando durante mucho tiempo para superar esa prueba, y no cualquier otra —profesionales, especialistas, etc.—, es decir, a quienes han aceptado los mayores sacrificios en otros aspectos y que, por las mismas razones, son bastante poco móviles y pierden su ventaja comparativa en cuanto tienen que cambiar de terreno. Penaliza, por el contrario, a quienes teniendo acceso a unos recursos distribuidos por una pluralidad de mundos vinculados a diferentes maneras de apreciar el valor de las personas y de las cosas podían desplazarlos sin constricciones de una a otra prueba. Los beneficios que obtenían tienden, por lo tanto, a disminuir.

Por consiguiente, cuanto más aumenta la tensión de las pruebas, a resultas de la crítica, mayor es la tentación de esquivarlas. Los hasta ahora beneficiados por pruebas relativamente poco controladas se percatan de que las ganancias de

legitimidad que procuran pruebas más tensas o más justas suponen una pérdida de ganancias en otros ámbitos e inclusive, por ejemplo, un descenso de sus propias posibilidades de éxito y de las de sus hijos. Tienen la posibilidad de no resignarse a esta pérdida de ventajas y de aprovechar los activos acumulados en los tiempos de pruebas menos tensas, para buscar nuevas vías de beneficio. Tratando de salvaguardar la ventaja competitiva procurada por la posibilidad de empeñar fuerzas múltiples y poco identificadas, se desplazan a situaciones con pruebas menos controladas en lo relativo a la naturaleza de las fuerzas en liza.

Las conquistas sociales de finales de la década de 1960 y de principios de la de 1970 permitieron modificar el reparto del valor añadido en favor de los asalariados, pero esta situación, añadida a las dificultades de la economía durante la segunda mitad de la década de 1970, que tendían a reducir todavía más los beneficios empresariales, llevaría a la patronal a dar la espalda a las negociaciones nacionales y a renunciar a la «gran política de negociación» para explorar nuevos modos de organización y de relaciones con los asalariados (capítulo III).

¿Cómo llegan a darse cuenta las personas de que las pruebas a las que hasta ese momento parecía normal someterse han dejado de ofrecer las mismas oportunidades que antes hasta el punto de que conviene ir buscando otras vías de beneficio, otras oportunidades? Una hipótesis: los grandes, los que han triunfado en un orden determinado, son los primeros en comprenderlo, porque saben, por un saber tácito y difícilmente comunicable, sobre todo públicamente, que sólo un excedente de fuerza (ilegítimo) es capaz de permitir a quien sepa aprovecharlo alcanzar un valor superior al mínimo garantizado por la prueba realizada legítimamente. Sospechan que jamás habrían «triunfado» sin ese excedente de fuerza, cuya potencia de acción se habría visto truncada por unas pruebas demasiado controladas, por más que aquello en lo que consiste esa potencia siga siendo un misterio para ellos y por más que piensen haber contribuido de ese modo al bien común, lo que para ellos y para los demás justifica la grandeza que se les reconoce.

En el mundo capitalista, los grandes se enfrentan a una tensión que cabría resumir de la siguiente manera: mientras están conchabados con las pruebas instituidas, de tal forma que cuentan, principalmente, con la posibilidad de sancionar a quienes traten de librarse de ellas, están conchabados con el orden social tal y como es y se muestran de buena gana «conservadores»; pero como siempre están buscando nuevas vías de beneficio, como consecuencia sobre todo de la competencia a la que se entregan los aspirantes a la excelencia, no pueden evitar abrir la caja de Pandora en la que se hallaban encerradas las fuerzas anteriormente dominadas para que el estado del mundo, y por consiguiente también sus propias ventajas, fuera menos cuestionable desde el punto de vista de la justicia.

Éste es el motivo por el cual, sin llegar, salvo en escasas ocasiones, a encumbrar la fuerza en estado «puro» —es decir, precisamente en tanto que indeterminada y, por consiguiente, abierta a todas las posibles formas de cualificación— se hallan siempre dispuestos a criticar las reglas, las regulaciones, el moralismo, etc., y otros tantos obstáculos para la realización de las grandes tareas a las que se sienten llamados. El nietzscheísmo vulgar, inspirado en la *Genealogía de la moral* y del cual podemos encontrar un ejemplo en *L'Homme du ressentiment* [El hombre del resentimiento] (Schefer, 1970), es muy bien recibido por los fuertes: hay que «proteger a los fuertes de los débiles», éste es el pensamiento profundo que responde a su más íntima experiencia. Pertenecer a la «burguesía», a la «clase dominante» o al círculo de los «notables», en la acepción que cobran estos términos en una denuncia, es, por encima de cualquier otra cosa, compartir ese saber común, que no puede confiarse a todo el mundo ni sobre todo hacerse público, a no ser entre los *happy few* [pocos escogidos]: que no es posible realizar algo grande —ni en el ámbito artístico ni en el de la política o la industria— sin excedente de fuerza y sin eludir las reglas⁸.

Habida cuenta de que las pruebas instituidas disfrutaban de una gran legitimidad (de la que hasta ahora venían beneficiándose los «grandes»), la capacidad de percatare de que han perdido interés y de que ha llegado la hora de buscar oportunidades de inversión alternativas, nuevas vías de beneficio que pasen por otras pruebas, supone cierta libertad respecto a la moral, una especie de amoralidad, a menudo presentada con el lenguaje del «realismo».

El «inmoralismo» o el «amoralismo», como disposición que favorece la acumulación primitiva de capital, constituye desde el comienzo del siglo XIX y, al menos desde Balzac, un tema clásico de la literatura crítica de la modernidad empeñada en comprender de dónde han sacado la audacia aquellos que se han hecho a sí mismos —las nuevas dinastías burguesas— para aprovechar las oportunidades ignoradas o rechazadas por las elites del momento, sacando partido de las confusas coyunturas políticas (compra de bienes nacionales a bajo coste o aprovisionamientos especulativos de los ejércitos del imperio...).

En el periodo que nos interesa —desde finales de la década de 1960 hasta la mitad de la de 1980—, cabe lanzar la siguiente hipótesis: que los innovadores han encontrado los recursos (la fuerza moral) necesarios para librarse, al menos parcialmente, del moralismo, mediante la difusión, muy intensa durante esos años, del psicoanálisis y, en particular, del psicoanálisis lacaniano. Éste ha jugado un papel determinante en la deconstrucción de la moral consuetudinaria (es decir, ante todo, de una moral pertinente desde una lógica doméstica) haciendo sospe-

⁸ En los dominios del arte o de la ciencia, la transgresión de las reglas comunes es menos ilegítima porque puede, con mayor facilidad que en otros dominios, quedar justificada por la inspiración.

char de los motivos ocultos de las empresas moralizadoras. Más precisamente, la versión vulgarizada del lacanismo fue interpretada por una amplia fracción de jóvenes cuadros del sector público y del privado receptivos a los temas liberadores del mayo de 1968, como una escuela de realismo⁹. ¿Para qué sirve el tratamiento psicoanalítico? En opinión de los cuadros (sobre todo, los pertenecientes al sector público, pero también los empleados en los sectores punteros del terciario, como la publicidad), muchos de los cuales se sometieron a él durante las décadas de 1970 y 1980, sirve ante todo para mirar la realidad de frente, incluida, sobre todo, la realidad del deseo, pero además y mediante la misma operación, para reconocer los límites que la realidad impone a este último, lo cual hace a los sujetos más capaces de abordarla y de dominarla (en vez de repetir, eternamente, los fracasos debidos a la búsqueda poco realista de satisfacciones fantasiosas).

Durante esa misma época, la virulencia de la crítica artista, que combatía cualquier tipo de convención y que veía en la moral y el respeto al orden establecido una opresión injustificada, creó a su vez un contexto ideológico particularmente favorable a todas las formas de subversión, incluidas las protagonizadas por las vanguardias patronales. En un momento en el que la consigna era la de inventar la vida cada día, los jefes de empresa pudieron duplicar la creatividad y la capacidad inventiva en sus nuevos dispositivos organizativos e incluso llegaron a pasar, gracias a ello, por hombres de progreso.

Los desplazamientos y la elusión de las pruebas instituidas

Los desplazamientos permiten recobrar fuerzas al extraer de las nuevas circunstancias en las que se sitúan quienes los llevan a cabo fuerzas menos identificadas. Las pruebas de grandeza instituidas son evitadas. De repente, algunos comienzan a triunfar de otra manera. Al principio no se sabe cómo (es posible que ni siquiera ellos lo sepan).

Estos desplazamientos —por muy imprevisibles y audaces que parezcan— son tan sólo la manifestación de la dinámica del capitalismo, una de cuyas propiedades principales —que fascinó a Marx y a Schumpeter— es, como recordamos al principio de esta conclusión, la capacidad de subvertir el orden existente mediante su reproducción. Los efectos sistémicos y miméticos de la competencia, al favorecer la adopción de innovaciones cuyas ventajas quedan por esta razón reducidas, estimulan en efecto la búsqueda constante de nuevas vías de obtención de beneficio.

⁹ En exacta contraposición al modo en que el psicoanálisis fue interpretado en la década de 1930 por los primeros escritores y artistas que lo frecuentaron y, en particular, por los surrealistas fascinados por las fuerzas del inconsciente precisamente en la medida en que prometían la liberación con respecto al realismo burgués.

El periodo considerado nos ofrece múltiples ejemplos de estos desplazamientos, que adoptaron formas muy distintas. Han sido de orden geográfico (deslocalizaciones en regiones con mano de obra barata, derecho laboral poco desarrollado o poco respetado y regulaciones medioambientales menos exigentes) u organizativo (transformaciones de grandes estructuras en flotillas de pequeñas empresas, precarización de toda una franja de trabajadores, etc.). Han afectado a las pruebas de las que dependían las relaciones entre las empresas (relaciones cliente-proveedor, subcontratación, colaboraciones, despliegue en red), a la organización del trabajo (desarrollo de la polivalencia o del autocontrol) y al reparto salarios-beneficios. Han llevado a la creación de nuevos tipos de pruebas (capacidad de los obreros para analizar problemas, evaluación de las competencias comunicativas...). Los desplazamientos han consistido así mismo en la producción de bienes más variados en series más pequeñas y en la mercantilización de objetos y servicios hasta ese momento apartados del circuito económico y, por esta misma razón, vendidos con la imagen de más «auténticos», que a la vez que respondían a las críticas «contra la sociedad de consumo», servían para darle un nuevo impulso.

La acumulación de desplazamientos contribuye a desarticular las pruebas instituidas, que se esquivan pero también se revelan cada vez más ineficaces a la hora de procurar los bienes que anteriormente prometían, quedando de este modo ampliamente descalificados tanto los principios sobre los que descansaban como su funcionamiento práctico. De esta suerte, los desplazamientos del capitalismo deshacen los compromisos entre las distintas lógicas de acción en las que se basaban las pruebas, desde las más instituidas hasta las más informales.

Las formas de organización de la producción que favoreció la expansión de las décadas 1950-1960 se apoyaban, por una parte, en la unión entre una división taylorista del trabajo y unos dispositivos estatales de redistribución de las ganancias de productividad (el «compromiso fordista» descrito por los regulacionistas) y, por otra, en un compromiso entre exigencias de orden industrial (planificación, control de la gestión, etc.) y formas de justificación y de control de naturaleza doméstica. En la empresa, la presencia de un gran número de situaciones procedentes de una lógica doméstica era también evidente, tanto por parte de la patronal, con el mantenimiento, en el seno mismo de un mundo dominado por el segundo espíritu del capitalismo, de un capitalismo familiar sostenido por valores burgueses tradicionales, como por parte de los asalariados, con las formas concomitantes de vigilancia que combinaban la disciplina de taller (impuesta por «pequeños jefes» contratados localmente y ascendidos de rango), dispositivos industriales de control (por ejemplo, indicadores de producción) y formas tradicionales, comunitarias o familiares, de control social fuera de la empresa.

Mediante el compromiso entre el mundo industrial y el mundo cívico, los dispositivos económicos estaban conectados a instrumentalizaciones y centros de

cálculo estatales que favorecían una gestión impersonal, justificada en relación a un bien común de naturaleza cívica. Pero, al mismo tiempo, a causa de los compromisos entre el mundo industrial y el mundo doméstico, se encontraban a su vez profundamente implicados en el tejido social y relacionados con las pruebas de la vida cotidiana y las formas de la experiencia personal.

En un primer momento, a comienzos de la década de 1970, el compromiso cívico-industrial parece salir reforzado de la crisis. Pero la continuación de las reivindicaciones conduce a la patronal a realizar una serie de desplazamientos cuyo resultado principal es la corrección, diez años más tarde, del aumento de seguridad logrado al inicio del periodo, gracias al éxito de las medidas encaminadas hacia una flexibilidad generalizada. A partir de la segunda mitad de la década de 1980, el compromiso cívico-industrial sale de esos enfrentamientos realmente muy debilitado en los hechos y habiendo perdido buena parte de su legitimidad. El periodo está marcado también por un considerable incremento del peso de las empresas multinacionales, reorganizadas, por lo demás, para ser al mismo tiempo mundiales y ligeras, es decir, para no depender apenas de sus implantaciones geográficas, lo que conlleva la consolidación de grupos de intereses económicos mucho más autónomos con respecto a las exigencias de los Estados. Mientras que el segundo espíritu del capitalismo operaba en una época en la que el papel motor lo desempeñaban las grandes empresas nacionales que buscaban un crecimiento endógeno en el mercado interno, lo que justificaba la estabilización de las relaciones sociales mediante un sistema nacional de «relaciones industriales» bajo la égida del Estado, el nuevo capitalismo se ha divorciado del Estado.

Por su parte, el compromiso doméstico-industrial, que comienza a desmontarse en el mundo universitario a partir de 1968, perdura algún tiempo más en el mundo de la producción, a pesar de los cuestionamientos de los que es objeto por parte de jóvenes cuadros, ingenieros y técnicos diplomados, de los que las fracciones innovadoras de la patronal (reagrupadas sobre todo en *Entreprise et Progrès* [Empresa y Progreso]) —aconsejadas por especialistas en gestión empresarial y por sociólogos— se hacen a veces eco. La legitimidad de los ordenamientos domésticos en la empresa y, en general, fuera del ámbito cerrado de la familia nuclear, comenzará a deshacerse¹⁰ sólo a partir de la segunda mitad de la década de 1970, cuando las direcciones de las empresas tratan de poner límites a la expansión del

¹⁰ El desmantelamiento de los acuerdos domésticos no se produjo sin la hostilidad de muchos asalariados y, en particular, lógicamente, de los más mayores. En la década de 1980, la resistencia de los asalariados, apoyados por los sindicatos, a las supresiones de las primas por antigüedad contra las que ya estaba la mayor parte de la patronal (Grandjean, 1989) es un indicador más de la oposición que ha encontrado en las décadas de 1970-1980 la desaparición de la grandeza doméstica de las principales situaciones de trabajo. La jubilación anticipada de los asalariados mayores de cincuenta años constituyó la manera más sencilla de solucionar el problema que planteaban en lo sucesivo los «viejos servidores de la empresa», como aún se decía en la década de 1960.

mundo cívico favoreciendo una gestión empresarial más atenta a las demandas de autonomía y de creatividad.

Ciertamente, el desmantelamiento del compromiso cívico-industrial contribuyó a acelerar el desmantelamiento del compromiso doméstico-industrial. En efecto, la perennidad del mundo doméstico fuera de la familia y en entornos de trabajo dependía en buena medida de instrumentos de control social vinculados a ese mundo. La dependencia personal, a largo plazo, respetando las relaciones de edad y las relaciones jerárquicas, de un subordinado con respecto a su patrón suponía que el superior estaba capacitado para controlar los desplazamientos y los contactos de sus subordinados y para orientarlos en el sentido que él juzgara más conveniente. Así pues, en las grandes empresas de los años 1950-1960, las relaciones de dependencia doméstica se apoyaban en las formas burocráticas de gestión que ofrecían a los jóvenes cuadros de los «viveros» la posibilidad de una carrera profesional en la organización. ¿Para qué ir a buscar a otro lugar, arriesgando su reputación de fiabilidad y de fidelidad, aquello que se les ofrecía en casa? La perennidad del compromiso doméstico-industrial enlazaba de este modo con la existencia de dispositivos estables, de preferencias estatutarias, que eran incompatibles con la búsqueda de una flexibilidad máxima.

Hay que dejar de evitar pensar los desplazamientos como resultado de una estrategia de conjunto elaborada en instancias secretas y aplicada desde arriba. No son interpretables ni como un plan preconcebido, planificado, organizado por un actor omnisciente y todopoderoso —la patronal o el capitalismo— ni como un proceso inconsciente, sin sujeto ni reflexividad.

Lo cierto es que los desplazamientos organizativos de la década de 1970 fueron preparados por un gran número de reflexiones y de estudios por parte de expertos —economistas, sociólogos, especialistas en gestión— y de consultoras o periodistas especializados, deseosos de hacer frente a la crítica. La búsqueda de dispositivos más sólidos se vio así mismo reforzada por las organizaciones patronales. Estos mismos actores jugaron un papel considerable en la puesta en común de experiencias, en su estabilización y su transformación en técnicas o dispositivos transferibles y reproducibles. Pero la actuación consistió más bien en la búsqueda de nuevas vías de obtención de beneficios favoreciendo los intercambios locales, múltiples y de débil amplitud. El ejercicio de esta reflexividad limitada se apoyó en las preocupaciones y acciones de un buen número de actores (patrones, dirigentes, directores de recursos humanos, cuadros...) que intentaban hacerse de nuevo con las riendas de la situación allí donde estuvieran, conseguir que sus subordinados volvieran a trabajar, aumentar su margen de maniobra y recuperar sus beneficios. Estos actores competían entre sí, pero también deseaban cooperar para comprender qué era aquello que parecía que funcionaba a sus competidores y, en la medida de lo posible, utilizarlo también.

La presión competitiva propicia una difusión bastante rápida de los desplazamientos (Boyer, Orléan, 1994), pero se requiere un trabajo de interpretación, acercamiento y narración (frecuentemente realizado por consultoras o en coloquios, seminarios, etc.), que defina aquello que parece haber resultado beneficioso y permita aplicar de nuevo, en otros lugares, medidas locales o circunstanciales.

En los comienzos de la secuencia, cuando los desplazamientos parecen heteróclitos, fortuitos y locales, el éxito de quienes los disfrutan puede parecer, a ojos de los mismos interesados, algo relativamente misterioso. Cabe atribuir sus sorprendentes victorias, opuestas a los incomprensibles fracasos de quienes se retrasan en aplicar las nuevas recetas, a las circunstancias o a las singularidades psicológicas (como por ejemplo, a su desenvoltura o a su falta de escrúpulos)¹¹. Pero a medida que tales victorias (o fracasos) se revelan duraderas, la intuición de aquello en que consiste el éxito de quienes se han reconvertido a tiempo comienza a formarse en la conciencia de los actores que compiten en la formación del beneficio y, por consiguiente, a formularse e intercambiarse en el seno de las instancias de coordinación de los responsables de empresa. Un número creciente de actores abandona las antiguas pruebas e intenta recurrir a nuevas vías de obtención de beneficio. Los desplazamientos tienden a multiplicarse. La polarización hacia las nuevas pruebas y el abandono de las antiguas tiende a expandirse. Unos activos pierden valor. Otros ven cómo su demanda aumenta en proporciones considerables.

¹¹ William Sewell proporciona numerosos ejemplos de los inicios del capitalismo industrial: «En el Antiguo Régimen, recurrir a subcontratistas, encargar trabajo a domicilio, producir bienes estandarizados y de calidad mediocre, acentuar la división del trabajo o introducir obreros no cualificados en el oficio constituían infracciones del estatuto de las corporaciones y, por lo tanto, prácticas ilegales. Lo que no significa que tales prácticas no existiesen, sino que por lo general tenían un alcance limitado [...]. La industria textil se convirtió en una actividad esencialmente rural durante los siglos XVII y XVIII, porque los empresarios querían sustraerse a las reglamentaciones draconianas y a los elevados costes de la mano de obra de las corporaciones urbanas. Pero, en el siglo XIX, dada la abolición de las corporaciones por parte de la revolución y la redefinición de los derechos de propiedad, todas estas prácticas pasaron a formar parte del marco de ejercicio de los derechos legítimos del propietario individual. No existía ninguna ley que prohibiera al empresario contratar a obreros no cualificados por una tasa de salario negociable, para la producción en serie de un calzado sin las polainas reglamentarias. Sólo una acción concertada de los obreros, eventualmente apoyada de distintas maneras, claro está, por pequeños maestros temerosos de la competencia de rivales más emprendedores, era capaz de poner freno a este tipo de prácticas, si es que tal acción se producía. Pero estas acciones concertadas eran ilegales y, por consiguiente, difíciles de organizar y de llevar a cabo. Por último, los papeles se invirtieron en el siglo XIX: las que habían sido prácticas fraudulentas se convirtieron en ejercicio legítimo de la industria privada y las que habían sido restricciones legales impuestas a la codicia y al fraude de maestros deshonestos, en maniobras ilegales contrarias a los derechos de propiedad» (Sewell, 1983, pp. 218-219).

Señalemos que existe una alternativa al desplazamiento cuando un cierto número de actores considera las pruebas demasiado tensas: consiste en el intento de recuperar las ventajas perdidas interviniendo masivamente en el orden de la categorización, «desregulando», poniendo todos los medios para obtener una transformación apoyada en la estabilidad y en la visibilidad del orden jurídico. Es poco probable, sin embargo, que esta posibilidad llegue a activarse, ya que habría de vérselas de inmediato con una crítica fuertemente constituida en torno a pruebas abiertamente agredidas y debería pasar por una violencia política para llevarse a cabo, salvo que la crítica misma se encontrara, por una u otra razón, muy debilitada o desacreditada. En determinadas circunstancias históricas el capitalismo, por ejemplo, fue ciertamente capaz, gracias a una alianza con fuerzas políticas autoritarias, de derrocar a un joven régimen comunista que cuestionaba la propiedad privada o la libertad comercial. Pero al hacerlo, transgredió su fortísimo vínculo con ciertas libertades que lleva incorporadas, de tal suerte que esta vía, que bloquea la dinámica de las pruebas, tan sólo es adoptada como último recurso, ya que no es favorable a la innovación ni a la movilidad que forman parte de las fuerzas principales del capitalismo. Más vale entonces, cuando sea practicable, elegir una opción poco visible, que eluda discretamente los dispositivos instituidos.

A mediados de la década de 1970, una estrategia posible hubiera consistido en intentar dismantelar los derechos asociados al contrato de duración indeterminada. Teniendo en cuenta el alto grado de movilización de los asalariados, una estrategia de este tipo hubiera resultado muy cara, especialmente en términos de legitimidad. Más valía favorecer la multiplicación de otras formas de contrato y conceder las posibilidades de derogación a las reglas del derecho común, que quedaban inalteradas, mientras, por otro lado, se reforzaban los derechos del contrato de duración indeterminada, lo que podía llevar a pensar que se trataba de nuevas conquistas sociales en el momento en el que esta forma jurídica se iba volviendo cada vez menos atractiva para las empresas, habida cuenta de las posibilidades ofrecidas por otros lados.

Los desplazamientos encuentran sus primeros elementos de legitimidad jugando con los diferenciales entre las fuerzas críticas

La crítica no forma un solo bloque. Hemos identificado dos grandes registros críticos que caminan desde mediados del siglo XIX de formas diferentes y sujetas a cambios —la crítica social y la crítica artista— que según las coyunturas históricas se asocian o se ponen en tensión. Hemos visto también, en la introducción, cómo el acento crítico podía ponerse ya en la disconformidad de una prueba con su orden de grandeza subyacente (crítica que hemos denominado correctiva), ya

en la misma contestación de una prueba en tanto que fundada en principios de equivalencia cuya validez es rechazada en el tipo de situaciones al que esta prueba se asocia (crítica llamada radical). Por último, la crítica, al igual que el capitalismo, no es inmutable. Se desplaza, según determinados procedimientos de extensión, a nuevos objetos de inquietud con respecto al carácter equitativo o no de las situaciones cotidianas. Puede dirigirse a momentos aún no formalizados en términos de prueba y comprometer a seres cuyos sufrimientos o cuya injusta condición no habían sido puestos de manifiesto¹².

Habida cuenta de esta pluralidad y del carácter a veces contradictorio de las críticas, puede suceder que determinados desplazamientos del capitalismo respondan a ciertas demandas esquivando unas pruebas que desde otra perspectiva crítica se consideran primordiales. Resultado: los desplazamientos en curso se ganan a una parte de las fuerzas contestatarias y los cambios se vuelven difícilmente reversibles.

En el período que hemos estudiado resulta bastante evidente que, sin jugar con el diferencial entre la crítica social y la crítica artista, los desplazamientos del capitalismo no hubieran podido efectuarse ni tan rápidamente ni con tanta amplitud. Una de las originalidades del movimiento crítico desarrollado durante la segunda mitad de la década de 1960 y principios de la de 1970 consistió, como hemos visto, en haber planteado con la misma intensidad dos conjuntos de reivindicaciones procedentes de distintos grupos, aliados o competentes según la coyuntura. Por una parte, la disminución de la explotación y de las desigualdades sociales, la consolidación de los dispositivos estatales de seguridad y una mayor representación de los asalariados en el Estado —es decir, una profundización de lo que hemos denominado el compromiso cívico-industrial— y, por otra, la abolición de las formas domésticas de subordinación y de juicio, de justificación y de control social, no sólo fuera de la familia, en la empresa, sino también en el mundo de las relaciones privadas e incluso, sobre todo a raíz del movimiento antipsiquiátrico, en la familia.

Para esquivar las pruebas que la crítica social había contribuido a endurecer y que aún pretendía seguir reforzando (el compromiso cívico-industrial), numerosos desplazamientos comenzaron a utilizar las fuerzas de la crítica artista. Así, por ejemplo, frente a la creciente demanda de autonomía en el trabajo, la respuesta que pareció más realista y práctica no consistió en un intento de aumentar el nivel de control dando un peso aún mayor a la jerarquía y a los dispositivos contables, sino, por el contrario, en disminuir la longitud de las cadenas

¹² Éste fue el caso de los seres naturales —animales, paisajes, etc.— cuya sumisión a las obligaciones industriales fue considerada en lo que tenía de violenta y llevó a la constitución de nuevas pruebas sometidas a una exigencia de justificación.

jerárquicas y orientarse hacia la satisfacción de las demandas de tinte libertario, lo que contribuyó a sustituir el control externo por el autocontrol. Traducidos a términos de la crítica artista —autonomía, espontaneidad, autenticidad, autorrealización, creatividad, vida—, numerosos desplazamientos podían interpretarse, incluso por parte de quienes los llevaban a cabo, como resultado del reconocimiento de la correcta fundamentación de la postura crítica por parte de un capitalismo al fin esclarecido, al que su apertura y modernidad conferían una nueva legitimidad, lo que contribuyó a disimular el desmantelamiento de los vínculos que ligaban el mundo del trabajo al mundo cívico. Por otra parte, para erradicar los valores domésticos de los lugares de trabajo también hacía falta proponer nuevas pruebas que no se refirieran a ellos y, por lo tanto, esquivar aquellas pruebas instituidas basadas en el reconocimiento de las distancias jerárquicas y de las dependencias o fidelidades personales.

Como ya hemos visto (capítulo III), esta elusión de las pruebas que importaban a la crítica social fue así mismo facilitada por transformaciones que afectaban a la historia autónoma de la crítica cuando, a finales de la década de 1970 y, en especial, en la de 1980, la descomposición del Partido Comunista cobró una amplitud sin precedentes que repercutió en un descrédito de la crítica social a los ojos de un gran número de actores (incluidos los marxistas), porque sus modos de expresión y los tipos de organización en los que aquella se había apoyado comenzaron desde entonces a aparecer como irremediablemente ligados a la retórica y a la burocracia del PCF y quedaron por ello sumidos en el desconcierto. La crítica artista permaneció, durante un tiempo, como la única crítica legítima.

La crítica artista contribuyó directamente a deshacer el compromiso doméstico-industrial mantenido durante el período precedente, pero sirvió así mismo de palanca para separar al capitalismo del Estado. En efecto, centrada en la exigencia de liberación y en la reivindicación de las relaciones humanas «auténticas», también contribuyó, partiendo de la crítica radical a esa institución tradicional por excelencia que representa la familia, a alimentar los ánimos antiinstitucionales de las fuerzas contestatarias, que pudieron dedicarse de este modo a otros temas. Fue así como logró la posibilidad de orientarse hacia la crítica de esa otra institución de peso: el Estado.

La crítica social de la década de 1930, que había contribuido a la formación del segundo espíritu del capitalismo eligiendo como blanco principal el carácter anárquico del capitalismo dominado por los intereses privados, proponía frente a éstos, a modo de remedio, una planificación y una regulación bajo los auspicios del Estado. La coyuntura social es totalmente distinta en las décadas de 1960-1970, ya que las reivindicaciones del período anterior han sido parcialmente satisfechas con la creación [en Francia], después de la Segunda Guerra Mundial, de la Comisaría del Plan y, en general, de las instituciones del Estado del bienestar. La década de 1960 está marcada por el dirigismo gaullista y el afianzamiento de los lazos entre el personal al servicio del Estado y el de las grandes empresas. Este acercamiento corre paralelo a la optimista fe en la convergencia entre el progre-

so económico y el social, del que se esperaba que acarrearía el «crepúsculo de las ideologías», ya «obsoletas» ante al auge de las competencias técnicas que caracterizan el apogeo del segundo espíritu del capitalismo.

Entonces, uno de los modos en los que se va a llevar a cabo el resurgimiento de la crítica social de mediados de la década de 1960 a mediados de la de 1970 consistirá no ya en contraponer la desregulación del capitalismo privado a la planificación estatal, sino en poner precisamente en el punto de mira la alianza entre el capitalismo y el Estado (denunciado sobre todo con la expresión de «capitalismo monopolista de Estado»): el capitalismo se ha disuelto en el Estado y ha puesto al Estado del bienestar a su servicio, de tal suerte que las conquistas sociales surgidas de un estado anterior de la crítica ya no pueden obstaculizar el nuevo impulso de la misma. Desde esta nueva perspectiva, que rompe con el progresismo estatal posterior a la Segunda Guerra Mundial, Renault —símbolo de la gran empresa nacional— no parece mejor que Peugeot, encarnación del viejo capitalismo familiar.

Pero esta nueva crítica necesita de un apoyo externo distinto del liberalismo, a su vez opuesto a las alianzas «contra natura» entre Estado y mercado. Éste se hallará, en la tradición antiautoritaria y antijerárquica de la crítica artista, en el seno de la extrema izquierda, cuyo empeño en denunciar la «dominación» por encima de la «explotación» permite confundir, en un mismo movimiento de rechazo, todas las instituciones (incluidos los sindicatos establecidos y el partido comunista). El Estado deja de considerarse un instrumento de protección frente a la dominación («arbitraria») de los más fuertes y, por consiguiente, frente a la explotación, para convertirse no sólo en servidor del capitalismo —primera crítica marxista al Estado liberal—, sino también en aparato central de opresión y explotación, bien directamente, bien a través de los «aparatos ideológicos del Estado» —justicia, instituciones culturales y, sobre todo, escuela y universidad—, según la fórmula de Althusser, profusamente repetida durante la década de 1970.

Cabría formular la hipótesis de que los desplazamientos del capitalismo se apoyan prioritariamente en las demandas de liberación, aunque sólo fuera por el efecto liberador que la elusión de las pruebas consideradas esenciales hasta entonces produce por sí misma y en particular con respecto a los nuevos participantes, pero también a causa de que en el capitalismo vive engastado un proyecto de liberación. Estos factores convierten a la crítica artista en algo especialmente adecuado para acompañar y legitimar los desplazamientos, al menos en sus manifestaciones históricas que privilegian la liberación con respecto a la autenticidad.

Menos probable parece un desplazamiento basado en una legitimidad surgida de la toma en consideración de demandas formuladas en términos de justicia, lo que supondría elevar el nivel de reflexividad así como realizar un trabajo de categorización y de codificación que lleva tiempo. También parece difícil res-

ponder a exigencias de seguridad a través de un desplazamiento, habida cuenta de que éstas tan sólo se imponen cuando los riesgos asociados a las nuevas formas de libertad han sido objeto de un reconocimiento general.

La neutralización de la crítica de las pruebas instituidas a resultas de los desplazamientos

Los desplazamientos del capitalismo y los múltiples cambios que conllevan en los dispositivos más cotidianos contribuyen a desarmar a la crítica, tanto satisfaciendo determinadas exigencias de una parte de la misma, sin la cual, como hemos visto, resultaría mucho más difícil y costoso poner en marcha los desplazamientos, como desarticulando las fuerzas críticas ligadas a la defensa de las pruebas instituidas. Los desplazamientos ofrecen a estas últimas un mundo en el que tienen mucha menos influencia: en el ámbito cognitivo, porque ya no saben cómo interpretarlo, y en el ámbito práctico, porque desconocen hacia qué dispositivo dirigirse para ser capaces de intervenir en él.

El efecto más destacado de los desplazamientos ha consistido en trasladar las pruebas desde situaciones en las que los distintos participantes disfrutaban de una capacidad relativamente simétrica de intervención (el papel de la categorización y la regulación consiste precisamente en favorecer esa simetría de las capacidades de intervención y especialmente de las que dependen del nivel de formación), a situaciones en las que las capacidades de intervención han sido distribuidas de modo muy desigual entre los representantes de la dirección de las empresas y los de los asalariados. La crítica y los aparatos críticos asociados a un estado anterior de las formas de selección social poseen, en efecto, escasas posibilidades de actuar sobre las nuevas pruebas, que no han sido sometidas a un trabajo de reconocimiento, institucionalización y codificación.

En la medida en que las denuncias y protestas se apoyan ante todo en formas normativas ya experimentadas y correspondientes a un estado anterior de los órdenes de legitimidad, padecen un retraso con respecto al estado de las pruebas surgidas de los desplazamientos y siempre están expuestas, por ese motivo, a ser descalificadas por conservadoras, reaccionarias o desfasadas.

De este modo, las huelgas y los movimientos de protesta de la segunda mitad de la década de 1990, que pretendían asentar su legitimidad en la defensa de los servicios públicos, los convenios colectivos, las tablas de clasificación o los sistemas de protección social, se han visto descalificados por numerosos comentaristas.

Las reacciones obreras ante el incremento de las formas capitalistas de explotación en el siglo XIX proporcionan igualmente numerosos ejemplos de este retra-

so de la crítica y de su tendencia a apoyarse en formas superadas a la hora de formular una resistencia en periodos de rápida transformación de los modos de puesta a prueba. De este modo, como han demostrado los minuciosos análisis de William Sewell (1983), los artesanos y obreros franceses recurrieron en primer lugar, antes de 1848, al lenguaje de las corporaciones y de las antiguas solidaridades gremiales, en su empeño por interpretar la degradación de su condición provocada por la industrialización, por formular unas reivindicaciones y por erigir unas disposiciones orientadas tanto a la ayuda mutua como a la protesta, con frecuencia violenta, tales como las sociedades de ayuda mutua o los gremios obreros, que constituyen formas de organización separadas por fronteras bastante imprecisas. Sólo a partir de las semanas posteriores a la revolución de julio, los «obreros tomaron claramente conciencia de su idioma» corporativo y emprendieron el esfuerzo de forjar un nuevo lenguaje mediante «una adaptación creativa de la retórica surgida de la Revolución Francesa» (*ibid.*, p. 272), sobre todo comenzando a dar un sentido peyorativo hasta entonces desconocido a los términos *exploitar*, *explotador* y *explotación*.

Los dispositivos críticos se establecen con dificultad, al precio de grandes sacrificios y con retraso, en una relación de isomorfismo con respecto a las instituciones sobre las que creen poder intervenir. Este isomorfismo es, en cierto modo, la condición de su eficacia. La rápida transformación de los modos de organización y de las formas de justificación de unos mundos a los que tienen que ajustarse para recibir su parte los sorprende desprevenidos.

De este modo, el sindicalismo de masas se estableció desde la óptica de la gran empresa en oposición a los valores burgueses de orden, trabajo, progreso y, al mismo tiempo, en armonía con ellos, coincidiendo con las grandes concentraciones industriales del capitalismo planificado hasta la fascinación por las formas burocráticas de gestión. Pero cuando las personas a las que se dirige ya no están concentradas en la continuidad física de vastos talleres ni poseen el mismo estatuto ni dependen jurídicamente de los mismos patrones y están insertas en cadenas de obligaciones tales que su propia supervivencia depende de su capacidad de transferir la constricción a otros eventualmente más frágiles, se hace muy difícil suscitar movilizaciones fundadas en la valorización de la proximidad en el trabajo, la similitud de condiciones y la solidaridad de los trabajadores.

Por los mismos motivos, los centros de cálculo en los que la crítica podía apoyarse para responder a las justificaciones patronales o para elaborar contrapropuestas se tornaron igualmente ineficaces. Las razones por las cuales los desplazamientos del capitalismo reducen la capacidad de intervención de los dispositivos críticos no son sólo de orden organizativo, sino también, indisolublemente, de orden contable. Entre las numerosas asimetrías que confieren a los asalariados

una posición débil con respecto a las direcciones de las empresas, una de las principales reside en la capacidad de definir los parámetros contables y de instrumentalizarlos en centros de cálculo, según la expresión de B. Latour (1989), lo que constituye un cuasi monopolio de las direcciones de empresa. El marco contable, en el que las fuerzas se convierten en dinero, es por ello mismo uno de los elementos principales del conflicto entre capital y trabajo¹³.

Los dispositivos críticos sólo comienzan a adquirir un peso en el marco contable al precio de importantes luchas y —aunque en grados muy desiguales entre los distintos países y con diversas modalidades según la importancia concedida por el Estado a la regulación de las relaciones sociales— deben provocar una transformación jurídica de validez general, lo que exige que tengan la capacidad de encontrar aliados en el Estado o que ejerzan una presión suficiente sobre éste. Pero esto implica, en primer lugar, que las instancias críticas dispongan de centros de cálculo independientes de aquellos sobre los que los responsables y gestores empresariales ejercen su poder. Ahora bien, para poner en pie tales centros de cálculo alternativos hace falta tiempo y dinero, la información es difícil de acumular y de validar... La recopilación debe apoyarse en observadores diferentemente situados y capaces de elaborar informes acumulables, que permitan constituir un marco general, y en dispositivos de control que verifiquen el modo en que las pruebas se desarrollan en la práctica. En efecto, cabe la posibilidad de que una prueba cumpla formalmente una disposición normativa y de que al mismo tiempo la transgreda durante su aplicación, si nadie verifica la relación entre la prueba en el papel, en el informe elaborado por la dirección, y la que se lleva a cabo en realidad.

Uno de los efectos más evidentes de los desplazamientos ha consistido en hacer mucho más difícil que en el pasado tanto el control de las pruebas sobre el terreno (puesto que la misma realidad organizativa se ha diversificado, singularizado, parcelizado; cfr. capítulo IV) como la acumulación de los datos formalizados para que puedan hacerse públicos, en un marco fiable y convincente.

La instauración del Estado del bienestar fue indisoluble de la introducción de nuevos dispositivos contables que permitieron instrumentalizar el concepto de valor añadido y realizar un cálculo, tanto a escala nacional como de cada empresa, del reparto salarios/beneficios. Pero el estallido de las grandes empresas inte-

¹³ Se encuentran varios ejemplos de estos conflictos en la obra colectiva publicada bajo la dirección de A. Hopwood y de P. Miller (1994) sobre la historia social de las prácticas contables en tanto que contribuyen a definir las unidades sociales de base —tales como empresas, centros, departamentos, servicios—, los actores pertinentes y a estructurar el marco en el que se insertan las relaciones entre estos actores y su conflicto, en especial en lo que atañe al cálculo del valor añadido y su reparto.

gradas, que se han reestructurado en grupos de pequeñas empresas que permiten recurrir a la subcontratación para la realización de numerosos servicios, ha reducido la eficacia de ese marco contable. La multiplicación de pequeños centros de cálculo (tantos como empresas) ha servido para ocultar los grandes repartos que se efectúan en el conjunto de una cadena de producción (de un «ramo», que se diría en el lenguaje del segundo espíritu del capitalismo). En efecto, la «descomposición del capital en entidades jurídicas separadas» ha discurrido, para los gestores, paralela al mantenimiento de un alto nivel de integración de la «estructura de la información» (Teubner, 1993); pero, en cambio, para los asalariados, la información disponible se ha visto parcelada y su horizonte limitado a la unidad directa de inserción, que desde el punto de vista legal es el empleador directo, pero que carece de autonomía de decisión. Esta situación explica por qué hemos introducido entre los dispositivos de la ciudad por proyectos aquellos que pretenden reunir en un conjunto identificable a todas las partes concernidas en una red (cfr. capítulo VI).

Así mismo, cabe considerar que el marco contable ya no está tampoco adaptado a la situación actual de los establecimientos financieros, a causa de la invención de los productos derivados que semejan a tantos otros desplazamientos, puesto que uno de los intereses, y no de los más insignificantes, para los bancos sometidos a la ratio de Cooke, consiste en organizar el mayor número posible de compromisos financieros fuera de balance para escamotear el control. En los mercados, el déficit de información alcanza tales cotas que nadie es capaz de evaluar con precisión el riesgo general de estos nuevos productos financieros para la economía mundial a causa, sobre todo, de compromisos financieros que superan con creces la solvencia de quienes los suscriben.

El resultado del desarrollo de ramificaciones en el extranjero por parte de las grandes empresas ha consistido también en conferirles una especie de invisibilidad y en dificultar en buena medida la imputación de responsabilidades a instancias representadas por personas fácilmente identificables, así como en la anticipación y la identificación de las decisiones estratégicas y el rastreamiento de sus efectos.

Una vez en marcha, los desplazamientos contribuyen también al dismantelamiento de la crítica tornándola inoperativa, lo que ha causado la descalificación de las instancias dotadas de un contrapoder a los ojos de los mismos que esperaban de ellas defensa y protección. A medida que los desplazamientos van efectuándose, quienes se van quedando atrás, quienes no entienden, aquellos a quienes ya nada funciona, pero que siguen confiando en las pruebas instituidas, se atormentan o se indignan. Los efectos de esta indignación se remiten a las pruebas de grandeza controladas (a las que un largo ciclo de críticas y justificaciones ha hecho tensas en extremo), ya obsoletas, y a los dispositivos críticos en la medida en que continúan concediéndoles una importancia que ya no poseen.

Cabe comprender de este modo, al menos en parte, el declive del sindicalismo en el transcurso de los años recientes. El sindicalismo, aún centrado en la pruebas fundamentales de un sistema de relaciones profesionales esquivado y desbordado por todas partes, pierde su credibilidad incluso entre los asalariados, lo que parece dar la razón a quienes ya sólo ven en ellos el instrumento corporativo de una pequeña categoría de privilegiados del trabajo separado del mundo real, del mundo tal y como es, tal y como se ha vuelto.

La crítica no es tan móvil como el capitalismo. Las instancias críticas no poseen la capacidad de iniciativa en los desplazamientos. Disponen de centros de cálculo débiles. Su modo de actuar es directo, mediante la huelga o el rechazo del trabajo, pero también y sobre todo indirecto, mediante la ley, lo que les confiere una cierta inercia. La necesidad de apoyarse en la ley para defender los intereses de los más débiles afecta a las organizaciones críticas con una especie de conservadurismo desconocido para el capitalismo.

La recuperación de la acumulación y el nuevo despliegue del capitalismo

El desplazamiento de las pruebas, el dismantelamiento de la crítica y el establecimiento de nuevos modos de intervenir en el mundo asimétricamente distribuidos permiten que la acumulación se recupere y que los beneficios se restaurezcan. Al esquivar las pruebas más categorizadas y controladas, la acumulación capitalista se libera de los obstáculos que para ella supone la constricción del bien común.

Este proceso puede verificarse durante la década de 1980, en la que las formas del cosmos capitalista, encubiertas por el discurso de la «crisis», se despliegan de nuevo al tiempo que recomienza de nuevo la acumulación y aumenta la parte de los beneficios en el reparto del valor añadido.

Los efectos destructivos de los desplazamientos y el peligro que conllevan para el propio capitalismo

La liberación con respecto a las constricciones del bien común hasta el momento impuestas por el espíritu del capitalismo vigente, no obstante favorezca una recuperación libre de obstáculos de la acumulación, despliega también efectos destructivos. Un capitalismo incontrolado tiene muchas posibilidades de convertirse en el origen de diferentes tipos de desastres: desigualdades, paro,

enfermedades suscitadas por el trabajo o por los defectuosos productos de consumo, etc. En efecto, un capitalismo sustraído al control, libre de constricciones, no conoce más criterios que el interés particular de los más fuertes y nada le obliga a tomar en cuenta el interés general. No hay una «mano invisible» que le sirva de guía cuando se hunden las instituciones y las convenciones sin las cuales el mismo mercado no puede funcionar (Callon, 1998).

Estos momentos históricos, que cabe calificar de «revolucionarios», están marcados por profundas modificaciones del mundo social. Algunos grupos desaparecen mientras otros van cobrando forma. El desplazamiento de las pruebas acarrea unas transformaciones brutales de las condiciones sociales: mundos que se hunden, familias que se deshacen, profesiones que desaparecen, barrios que se vacían, gentes que se van, se arruinan, se suicidan, vienen a menos, pierden todos sus recursos, mientras que otros actores, que hasta el momento pasaban desapercibidos, consiguen triunfos fulgurantes.

La literatura del siglo XIX ha descrito mil veces todo esto, habida cuenta de su obsesión por los efectos a la vez misteriosos (cada vez más pobres en un mundo cada vez más rico) e increíblemente destructivos, asociados al desarrollo de la industria y al ascenso del «credo liberal» (Polanyi, 1983). La coyuntura preponderante en la década de 1990 está marcada así mismo por la coexistencia de un capitalismo regenerado y de un mundo social en el que el aumento de las desigualdades, el paro, la pobreza, la incertidumbre con respecto al futuro (en especial, el de los niños) y la dificultad de dar un sentido al presente, generan una profunda desmoralización cuyas manifestaciones prácticas cabe observar en los indicadores de anomia (cfr. capítulo VII).

Este tipo de evolución, marcada por la disyunción entre un incremento de los beneficios, privilegio de un número restringido de personas, y una acumulación de dificultades, que acarreen innumerables fuentes de desánimo para la mayoría, implica un riesgo para el capitalismo.

Los riesgos que el capitalismo corre si su funcionamiento no vuelve a quedar enmarcado por unas constricciones establecidas en referencia a exigencias externas de bien común son de distintos órdenes. En primer lugar, están ligados a la posibilidad de una falta de compromiso de las personas. El proceso de acumulación, si bien estimulado durante un tiempo por el aumento de los beneficios especulativos, se hace insostenible sin la participación activa del mayor número posible de actores, movilizados ya como trabajadores o creadores de nuevos productos, ya como consumidores o inversores cuya confianza exige que se sientan suficientemente protegidos de los riesgos sistémicos. Porque el proceso de acumulación necesita, aun siendo él mismo su propia ley, para seguir en marcha —y es aquí donde reside su paradoja— estar profundamente engarzado

en un tejido social al que no deja de desgarrar cuando la lógica a la que obedece se ejerce fuera de todo control externo. No obstante, esta falta de compromiso se caracteriza por unas desiguales posibilidades de afectar a las distintas categorías de asalariados, en función del partido que éstos sean capaces de sacar de la nueva reorganización capitalista.

Así pues, los cuadros, a quienes en general se pedía, como hemos visto, un elevado nivel de compromiso, tienen la posibilidad de adherirse durante bastante tiempo a un modo de funcionamiento que, al valorar las cualidades empresariales, les ofrece, sobre todo cuando son jóvenes, unas perspectivas bastante excitantes en términos de desarrollo personal (y la esperanza de gratificaciones financieras), por más que en un buen número de casos su condición presente esté sobre todo marcada por un aumento de las cargas laborales, sin compensación salarial. Por otro lado, los cuadros se arriesgan en la actualidad a prestar menos atención al desgaste producido por el trabajo de gestión que sus predecesores insertos en las formas capitalistas asociadas al segundo espíritu del capitalismo. En efecto, la autonomía de las unidades de las que se responsabilizan implica un mayor peso directo de la constricción sistémica sobre cada uno de ellos. Por otra parte, al desprenderse de responsabilidades jerárquicas y ejercer menos frecuentemente un control directo de careo con sus subordinados, pero teniendo que asumir, a cambio, cada vez más actividades financieras, de concepción o de venta, están sometidos en menor medida a demandas de justificación.

Sin embargo, incluso en su caso, aunque sobre todo en el de los asalariados que disponen de menor autonomía, el nivel actual de compromiso que nominalmente puede parecer elevado es el producto de fuerzas y dispositivos cuyos efectos es muy probable que disminuyan rápidamente con el paso del tiempo. Estas fuerzas pertenecen, en primer lugar, al orden de las coacciones y, en particular, al de aquellas ejercidas por el paro. Pero el miedo al paro, a través de la desmoralización que irremediamente suscita, amenaza con acarrear al final reacciones de retirada, ya sea en forma de una retirada del mercado de trabajo y de un repliegue a actividades poco lucrativas pero situadas fuera de la esfera mercantil, ya de una retirada psicológica del trabajo, que conlleve conductas de «resistencia»¹⁴ comparables, aunque ciertamente cobren formas distintas, a los procesos de frenado, que constituyan uno de los medios de resistencia frente al taylorismo.

Por otro lado, buena parte de las tecnologías sociales en las que reposa en la actualidad el compromiso de las personas con el trabajo ha venido apoyándose

¹⁴ Definiremos la resistencia en relación al marco elaborado por A. Hirschman en *Exit, Voice and Loyalty*, extrapolando los análisis de C. Hérou sobre la resistencia en la escuela (1998). Cabría definir la resistencia como un rechazo de la *lealtad* en situaciones en las que la crítica (*voice*) no sea realmente posible y en las que la retirada (*exit*) se revele muy costosa, porque el mercado no ofrezca alternativas, como ocurre en la actualidad con el crecimiento del paro en el mercado de trabajo.

en la renovación de las plantillas y la contratación de jóvenes (cfr. capítulo IV). Ahora bien, aunque la propia dureza de los procesos de selección constituya en un primer momento un factor de compromiso (debido al sentimiento de gratitud de los elegidos o supervivientes por haber sido escogidos entre miles), las aspiraciones suscitadas por el proceso de selección quedarán irremediamente decepcionadas en un plazo más o menos largo cuando, ante la imposibilidad de realizar una carrera profesional, los «elegidos dichosos» se percaten de la dificultad de mejorar sus condiciones de partida. Existen, por lo tanto, muchas posibilidades de que la resistencia se transforme en una protesta activa, en una lucha abierta —individual o colectiva, dependiendo del estado de las organizaciones críticas— e incluso en violencia, en un grado lo suficientemente amplio como para obstaculizar la producción.

Un segundo tipo de riesgos deriva del desajuste introducido por los desplazamientos entre el capitalismo y el Estado. El capitalismo, sin embargo, nunca fue capaz, y tampoco lo es hoy, de sobrevivir sin el apoyo del Estado. Es el poder político, por ejemplo, el que garantiza el respeto de los derechos de propiedad; y es el Estado, ciertamente, el que dispone de los medios de coerción capaces de hacer respetar los derechos reconocidos de los trabajadores, pero también los intereses de las empresas y de sus contratos.

La crisis actual del Estado debe ponerse en estrecha relación con los recientes desarrollos del capitalismo. En efecto, uno de los medios empleados por el capitalismo para salir de la crisis que le amenazaba en la década de 1970 consistió en trasladar al Estado la responsabilidad de los daños y riesgos acarreados por el proceso de acumulación y, por consiguiente, en incrementar su papel de avalista, de pagador en última instancia (cfr. capítulo IV). Esto es válido en lo que respecta al paro, a la degradación de la situación sanitaria de los trabajadores precarios, al aumento de la inseguridad ligada al desarrollo de los mercados ilegales (Hermitte, 1996), pero también, desde otro punto de vista, a los riesgos industriales y medioambientales.

El Estado del bienestar constituía efectivamente una especie de «coche escoba» del capitalismo. Pero, como contrapartida, disponía de fuertes medios de constricción sobre las formas de acumulación, de manera que la complementariedad entre el capitalismo y el Estado podía verse relativamente equilibrada. Éste es el equilibrio que se puso en tela de juicio cuando el capitalismo se reapropió de un margen de maniobra y se halló en condiciones de sustraerse en gran medida al poder coercitivo del Estado. Este giro se apoyó en la desregulación de los mercados financieros, que redujo el margen de maniobra financiera de los Estados, y en el desarrollo de la internacionalización de las grandes empresas. El establecimiento de nuevas formas de organización «en red» permite a las firmas hacerse bastante más flexibles y mucho menos frágiles de lo que en su día lo fue-

ran las grandes empresas nacionales y de lo que aún lo son los Estados¹⁵. De este modo, asistimos en numerosos países al desarrollo de un capitalismo cada vez más potente y autónomo frente a unos Estados cada vez más débiles, que tienen a su cargo a una minoría de ciudadanos prósperos y a una cantidad creciente de personas con dificultades.

La pauperización de la población suscitada por los desplazamientos del capitalismo constituye otro factor de riesgo a causa de la disminución del consumo (insuficientemente compensado por el desarrollo del mercado de los productos de lujo) o del desarrollo de actividades criminales, que ofrecen unas oportunidades de enriquecimiento que el capitalismo ya no ofrece. Un capitalismo que ya no va acompañado de una mejora del nivel de vida, en particular del de los más pobres, pierde credibilidad. Todavía cuenta con la posibilidad de apoyarse en una promesa de liberación (o en el miedo a una congelación o a una regresión en el proceso de liberación). Pero la satisfacción de la demanda de liberación (en sentido amplio y no solamente en relación a la libertades políticas) pasa igualmente por la obtención de bienes y, por lo tanto, por la distribución del poder adquisitivo.

En estas condiciones, la construcción de un nuevo espíritu del capitalismo adquiere un carácter de necesidad, no sólo desde una perspectiva humanitaria —para limitar los sufrimientos generados por un capitalismo desenfrenado—, sino también desde una perspectiva en cierto modo interna al proceso de acumulación, cuya continuidad se trataría entonces de asegurar.

Sin embargo, los riesgos a los que se expone un capitalismo sin trabas son atenuados por la eficacia de determinados mecanismos inversos, siendo el principal la entrada incesante de nuevos actores, como consumidores o como productores, cuyas expectativas no se han visto todavía decepcionadas. Estos factores hacen difícilmente previsible alcanzar el «punto de no retorno», más allá del cual la misma continuidad del proceso de acumulación sería puesta en tela de juicio.

La existencia de un ejército de reserva disponible en el Tercer Mundo, en los países emergentes o en los países ex comunistas favorece los desplazamientos y el resurgimiento capitalista, porque a pesar del desánimo o la indignación de aque-

¹⁵ Cfr. el diferencial de movilidad entre las multinacionales y los Estados (capítulo VI). Se observa además que los Estados con autoridad en un territorio se hallan más expuestos a la crítica que las firmas en red, ya que en un marco de este tipo las movilizaciones se ven facilitadas por la existencia de formas de equivalencia y por la mayor facilidad para identificar a los responsables (a pesar de que, en el caso de Francia, los efectos conjugados de la regionalización y de la transferencia de competencias a la Comisión Europea tienden igualmente a incrementar la opacidad de las decisiones y de las responsabilidades).

llos cuyas esperanzas se han visto decepcionadas, nunca faltan quienes intentan probar suerte a su vez.

En cuanto a la inseguridad, por poner otro ejemplo, sus consecuencias para el funcionamiento del capitalismo pueden quedar limitadas a través de una inscripción de las redes en la materialidad del territorio, como ocurre en el caso de los barrios residenciales protegidos, vinculados, a través de carreteras reservadas, a torres de oficinas sometidas a una alta vigilancia desde las que es posible desplazar capitales y actuar a distancia sobre el mundo, o en el de los «paraísos turísticos» muy lujosos engarzados, bajo la protección de brigadas paramilitares, en miserias islas del Caribe y enlazados al resto del mundo a través de sus aeropuertos privados. La tolerancia de los privilegiados con respecto al proceso de descomposición de los espacios públicos puede llegar a ser bastante considerable.

El ejemplo del periodo de entreguerras en Europa muestra, no obstante, que la continuidad del orden capitalista no tiene por qué ser forzosamente inexorable y que es posible el desarrollo de crisis y cambios políticos tan radicales que pongan en peligro los activos acumulados y los bienes económicos necesarios para la continuidad de la acumulación.

El papel de la crítica en la identificación de los peligros

Un paliativo de los peligros que corre el capitalismo cuando, al tener la posibilidad de desarrollarse sin trabas, destruye el sustrato social sobre el que prospera es su capacidad de escuchar a la crítica, que constituye, sin duda, el principal factor de la robustez que le caracteriza desde el siglo XIX. Ahora bien, la función crítica (*voice*), que no tiene cabida en el interior de la empresa capitalista, donde se supone que la regulación ha de proceder únicamente de la competencia (*exit*), sólo puede ser ejercida desde el exterior. Por lo tanto, son los movimientos críticos los que informan al capitalismo sobre los peligros que le acechan. Su papel se hace particularmente necesario debido a la tendencia del capitalismo a esquivar la regulación mercantil y, por consiguiente, la competencia (*exit*), cuya expresión la constituye en la actualidad el despliegue en red. Este tipo de regulación por el conflicto, sin embargo, se lleva a cabo pagando un precio elevado, que abonan sobre todo quienes asumen la tarea de efectuar la crítica y le prestan su voz.

Esta consideración de la crítica es tanto más probable cuanto que la respuesta del capitalismo no puede reducirse simplemente a huir desplazándose hacia países con un nivel de crítica menor. El argumento de la *frontera* utilizado por Sombart (1992) para explicar por qué el socialismo no se desarrolló en Estados Unidos, según el cual el paso a la condición de campesinos en las tierras vírgenes del oeste americano habría absorbido a los elementos obreros más contestatarios, vale tam-

bién para el propio capitalismo, que sólo se ve incitado a prestar atención a la crítica en los casos en que se hace imposible huir de ella¹⁶. Cabe observar, sin embargo, que los frenos impuestos a la deslocalización no son únicamente físicos. Pueden ser así mismo del orden de la *lealtad* y, en el caso de los Estados, regiones o comunidades locales, de un apego que (sin tener necesariamente el carácter exclusivo, agresivo y expansionista de los nacionalismos) puede tender a desanimar la huida, favoreciendo de este modo la consideración de la crítica.

Teniendo en cuenta la importancia que ha cobrado en el neocapitalismo la exigencia de movilidad y los esfuerzos permanentes de las distintas partes implicadas para hacerse más ligeras traspasando la carga de las actividades económicas a actores menos móviles que soportan todo su riesgo (capítulo VI), cabe pensar que las empresas capitalistas controladas en la actualidad desde Francia están, a finales del siglo XX, menos dispuestas a atender a la crítica en comparación con otros lugares en los que los valores colectivos son más fuertes o con otros periodos orientados hacia el desarrollo del aparato productivo y del mercado interno (o, como en el ejemplo de los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, hacia la reconstrucción). El precio que la crítica ha de pagar para hacerse oír corre el riesgo de ser otro tanto más alto.

Cabe, no obstante, contar con una reflexividad del capitalismo que le permite tener en cuenta las señales de peligro que le son enviadas. En efecto, está dotado de dispositivos de vigilancia distintos de los automatismos mercantiles, de organismos que enmarcan e instrumentan el mercado para que los precios incorporen el máximo de información, de centros de cálculo que comuniquen el estado de la crítica o incluso de instancias de coordinación.

Los sindicatos de la patronal, los clubes de reflexión, las publicaciones sobre gestión empresarial, así como las consultoras que ponen en circulación las innovaciones de carácter organizativo, también actúan como instancias de coordinación. En cuanto a los centros de cálculo, a veces son los pertenecientes a la crítica los que funcionan como señales de alarma. De este modo, en la década de 1970, la sociología del trabajo, del sindicalismo y de las clases sociales fue acusada desde posiciones de izquierda tanto de haber desempeñado como papel principal el de informar a las instancias vinculadas con la patronal del estado de la

¹⁶ Un ejemplo de huida de la crítica es el de las deslocalizaciones, frente a la crítica ecologista, de las industrias contaminantes o del almacenamiento de residuos siempre que exista tal posibilidad (lo que explica, en especial, la fijación de la crítica con la cuestión de la energía nuclear, imposible de enviar fuera de Europa a causa del carácter no almacenable de la corriente eléctrica).

llos cuyas esperanzas se han visto decepcionadas, nunca faltan quienes intentan probar suerte a su vez.

En cuanto a la inseguridad, por poner otro ejemplo, sus consecuencias para el funcionamiento del capitalismo pueden quedar limitadas a través de una inscripción de las redes en la materialidad del territorio, como ocurre en el caso de los barrios residenciales protegidos, vinculados, a través de carreteras reservadas, a torres de oficinas sometidas a una alta vigilancia desde las que es posible desplazar capitales y actuar a distancia sobre el mundo, o en el de los «paraísos turísticos» muy lujosos engarzados, bajo la protección de brigadas paramilitares, en miserables islas del Caribe y enlazados al resto del mundo a través de sus aeropuertos privados. La tolerancia de los privilegiados con respecto al proceso de descomposición de los espacios públicos puede llegar a ser bastante considerable.

El ejemplo del periodo de entreguerras en Europa muestra, no obstante, que la continuidad del orden capitalista no tiene por qué ser forzosamente inexorable y que es posible el desarrollo de crisis y cambios políticos tan radicales que pongan en peligro los activos acumulados y los bienes económicos necesarios para la continuidad de la acumulación.

El papel de la crítica en la identificación de los peligros

Un paliativo de los peligros que corre el capitalismo cuando, al tener la posibilidad de desarrollarse sin trabas, destruye el sustrato social sobre el que prospera es su capacidad de escuchar a la crítica, que constituye, sin duda, el principal factor de la robustez que le caracteriza desde el siglo XIX. Ahora bien, la función crítica (*voice*), que no tiene cabida en el interior de la empresa capitalista, donde se supone que la regulación ha de proceder únicamente de la competencia (*exit*), sólo puede ser ejercida desde el exterior. Por lo tanto, son los movimientos críticos los que informan al capitalismo sobre los peligros que le acechan. Su papel se hace particularmente necesario debido a la tendencia del capitalismo a esquivar la regulación mercantil y, por consiguiente, la competencia (*exit*), cuya expresión la constituye en la actualidad el despliegue en red. Este tipo de regulación por el conflicto, sin embargo, se lleva a cabo pagando un precio elevado, que abonan sobre todo quienes asumen la tarea de efectuar la crítica y le prestan su voz.

Esta consideración de la crítica es tanto más probable cuanto que la respuesta del capitalismo no puede reducirse simplemente a huir desplazándose hacia países con un nivel de crítica menor. El argumento de la *frontera* utilizado por Sombart (1992) para explicar por qué el socialismo no se desarrolló en Estados Unidos, según el cual el paso a la condición de campesinos en las tierras vírgenes del oeste americano habría absorbido a los elementos obreros más contestatarios, vale tam-

bién para el propio capitalismo, que sólo se ve incitado a prestar atención a la crítica en los casos en que se hace imposible huir de ella¹⁶. Cabe observar, sin embargo, que los frenos impuestos a la deslocalización no son únicamente físicos. Pueden ser así mismo del orden de la *lealtad* y, en el caso de los Estados, regiones o comunidades locales, de un apego que (sin tener necesariamente el carácter exclusivo, agresivo y expansionista de los nacionalismos) puede tender a desanimar la huida, favoreciendo de este modo la consideración de la crítica.

Teniendo en cuenta la importancia que ha cobrado en el neocapitalismo la exigencia de movilidad y los esfuerzos permanentes de las distintas partes implicadas para hacerse más ligeras traspasando la carga de las actividades económicas a actores menos móviles que soportan todo su riesgo (capítulo VI), cabe pensar que las empresas capitalistas controladas en la actualidad desde Francia están, a finales del siglo XX, menos dispuestas a atender a la crítica en comparación con otros lugares en los que los valores colectivos son más fuertes o con otros periodos orientados hacia el desarrollo del aparato productivo y del mercado interno (o, como en el ejemplo de los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, hacia la reconstrucción). El precio que la crítica ha de pagar para hacerse oír corre el riesgo de ser otro tanto más alto.

Cabe, no obstante, contar con una reflexividad del capitalismo que le permite tener en cuenta las señales de peligro que le son enviadas. En efecto, está dotado de dispositivos de vigilancia distintos de los automatismos mercantiles, de organismos que enmarcan e instrumentan el mercado para que los precios incorporen el máximo de información, de centros de cálculo que comuniquen el estado de la crítica o incluso de instancias de coordinación.

Los sindicatos de la patronal, los clubes de reflexión, las publicaciones sobre gestión empresarial, así como las consultoras que ponen en circulación las innovaciones de carácter organizativo, también actúan como instancias de coordinación. En cuanto a los centros de cálculo, a veces son los pertenecientes a la crítica los que funcionan como señales de alarma. De este modo, en la década de 1970, la sociología del trabajo, del sindicalismo y de las clases sociales fue acusada desde posiciones de izquierda tanto de haber desempeñado como papel principal el de informar a las instancias vinculadas con la patronal del estado de la

¹⁶ Un ejemplo de huida de la crítica es el de las deslocalizaciones, frente a la crítica ecologista, de las industrias contaminantes o del almacenamiento de residuos siempre que exista tal posibilidad (lo que explica, en especial, la fijación de la crítica con la cuestión de la energía nuclear, imposible de enviar fuera de Europa a causa del carácter no almacenable de la corriente eléctrica).

crítica como de haber favorecido, al aportar tan sustanciosa información sobre los asalariados, el establecimiento de dispositivos de encauzamiento y de intensificación de la presión laboral. Este tipo de crítica estaba en parte fundada, como hemos visto en el capítulo III, aunque la sociología del trabajo haya contribuido también considerablemente a la formulación de la crítica del capitalismo.

La calidad de la atención que el capitalismo presta a la crítica depende de la calidad de estas diferentes instancias que permiten reducir la tensión entre los intereses de los empresarios en su papel de competidores (que los induce a ignorar la crítica) y sus intereses en la medida en que son solidarios con el funcionamiento del sistema en su conjunto (lo que los incita, por el contrario, a tener en cuenta las protestas en sus formulaciones políticas).

La transformación a lo largo del tiempo de las principales preocupaciones de grupos u organismos como los sindicatos y los círculos de estudios patronales, la OCDE, la Comisión Trilateral, el G7, etc., constituye un excelente indicador del esfuerzo llevado a cabo por las instancias de reflexividad del mundo capitalista para responder a la crítica, bien integrándola, bien descartándola, lo que obliga en cualquier caso a algún tipo de justificación. Así mismo, estos últimos años han sido testigos, a escala internacional, de la multiplicación de los análisis destinados a minimizar la importancia de los efectos de la globalización sobre el descenso de los salarios en los países más industrializados y del aumento de una inquietud en relación a los riesgos medioambientales o a la protección de las inversiones. A su vez, éstos son «riesgos» tenidos en cuenta por las instancias de coordinación del capitalismo, que están trabajando sobre ellos, lo que no significa que sean, por sí solas, capaces de identificarlos y menos aún de resolverlos.

Sin embargo, el hecho de que el capitalismo tenga en cuenta a la crítica no significa que responda concretamente cambiando su modos de acción. La primera reacción puede consistir en establecer argumentos cuyo objetivo sea rechazar la crítica en vez de estudiar medidas destinadas a enmendar los procedimientos que ésta pone en tela de juicio.

El relanzamiento de la crítica

Mediante sus desplazamientos, el capitalismo lleva a cabo un nuevo despliegue liberándose de la crítica. Pero se trata de una ventaja temporal y no de una victoria definitiva. Por más que hagamos abstracción de los factores que, en lo que respecta a la crítica, favorecen su perennidad, los efectos destructivos de un capitalismo sin trabas se bastan a sí mismos para crear un terreno favorable al

relanzamiento de la crítica. Esto es así aun cuando el momento y la forma adoptada por el retorno dependan de la coyuntura histórica y posean, por lo tanto, un carácter de imprevisibilidad, de tal suerte que su manifestación se acoge a menudo como una «sorpresa» que viene a invalidar las predicciones y las proyecciones de los especialistas sobre el porvenir.

Ya hemos visto (capítulo VI) cómo una especie de sorpresa afligida rápidamente transformada en indignación respondió, al final de la década de 1980 y durante la de 1990, a la constatación de los efectos destructivos de una evolución presentada, en la primera mitad de la década de 1980, al mismo tiempo como fatal, toda vez que impuesta por fuerzas incontenibles y externas a cualquier voluntad política (la globalización), y como deseable, toda vez que orientada, a fin de cuentas aunque a largo plazo, por la senda del progreso.

A menudo, la reanudación de la crítica se lleva a cabo en primer lugar desde posturas anacrónicas: se juzga el presente con respecto a los ideales del pasado. Más en concreto, la crítica adopta la forma de una defensa conservadora de las pruebas instituidas que los movimientos sociales anteriores habían contribuido a poner en tensión (a volver más justas).

En un segundo momento, frente al carácter aparentemente ineluctable de esta inversión de los órdenes de grandeza, la vigilancia crítica se orienta hacia la búsqueda de las razones de tal fenómeno, es decir, más exactamente, hacia la identificación de las nuevas pruebas y de las fuerzas excedentarias escondidas que aseguran el éxito. Poco a poco, se van reconstituyendo unos esquemas de interpretación que permiten otorgar un sentido a las transformaciones en curso y que dan paso a una crítica más específica de las nuevas pruebas y a la formulación de reivindicaciones y propuestas encaminadas a un horizonte de justicia.

El tipo de crítica social que, tras el silencio de la década de 1980, tiende a resurgir en Francia a principios de la de 1990 no es una prolongación directa de la crítica, de inspiración esencialmente marxista, de la década de 1970, o no lo son al menos sus recursos retóricos. La particularidad de sus dimensiones más originales reside en que se funda en el movimiento humanitario desarrollado a finales de la década de 1980 y principios de la de 1990, así como en una temática de la *ciudadanía* y los *derechos*, en parte imbuida del pensamiento radical anglosajón, de inspiración liberal, que hace hincapié, más que en una exigencia de igualdad, en un imperativo de no discriminación en el acceso a unos bienes públicos considerados fundamentales. Teniendo en cuenta la deconstrucción de las formas de la crítica dominantes en la década de 1970 y el debilitamiento, e incluso la descalificación, de muchos de los mecanismos que fueran su soporte, la crítica tan

sólo podía recuperar el aliento en una especie de relación directa con el sufrimiento¹⁷ (cfr. capítulo VI). En un periodo, como en la segunda mitad de la década de 1980, marcado por el acceso a posiciones de poder de muchos de los actores críticos de la década de 1970 y por sus éxitos sociales en numerosos ámbitos, desde la universidad a los *media* pasando por la empresa, la reconstrucción de una crítica creíble¹⁸ suponía, en efecto, un relativo rechazo del discurso y, notablemente, del discurso teórico, en favor de un compromiso directo con las personas más profundamente afectadas por los efectos destructivos de los desplazamientos del capitalismo.

Este deslizamiento de una actitud dominada por la solidaridad, e incluso por la caridad, con el sufrimiento ajeno, hacia unas posturas de protesta y de lucha ya pudo observarse en el caso de la formación del movimiento obrero en la segunda mitad del siglo XIX, particularmente en Gran Bretaña. En efecto, aquél se construyó en buena medida sobre la base de asociaciones de ayuda mutua, de formación cultural o incluso de algunas que aspiraban a una moralización de las conductas (luchas contra el alcoholismo, incitación al ahorro...). El recrudecimiento de los conflictos sociales en los años 1870-1890 acarrearán además en Gran Bretaña, Francia y Alemania el control policial de tales asociaciones y, muchas veces, su prohibición (Geary, 1981, pp. 42-43).

La búsqueda de nuevos esquemas de interpretación se realiza conjuntamente con los representantes de las empresas, las consultoras y los responsables de

¹⁷ El libro *La misère du monde* [*La miseria del mundo*], publicado en 1993 bajo la dirección de P. Bourdieu, es muy significativo a este respecto. La característica principal, desde la perspectiva que nos interesa, de este libro compuesto de una serie de entrevistas encabezadas por unas breves introducciones que presentan a los personajes y las circunstancias de los dramas mostrados en las conversaciones, es el hecho de estar, contrariamente a los demás libros publicados hasta el momento por este sociólogo, prácticamente despojado de cualquier tipo de metadiscursio y de cualquier ambición teórica manifiesta. La miseria tiene que exhibirse desnuda, de alguna forma en su singularidad, y suscitar una indignación no mediarizada por un dispositivo teórico de generalización.

¹⁸ En efecto, la crítica para ser creíble ha de poder relacionarse con un sacrificio. La existencia de un sacrificio es de algún modo la prueba a la que se somete la validez de la crítica. La crítica implica siempre un precio y quienes la realizan se exponen con frecuencia a un destino de mártires. Se los acusa de propósitos mezquinos, interesados; se les reprocha, porque interrumpen el curso de los hechos, ser nocivos para el bien común; se los tacha de locos (y, a veces, se los conduce a la locura; Boltansky, 1990). Una crítica que no cueste nada o que incluso beneficie a quien la lleva a cabo, mediante no sólo concesiones económicas, sino también, por ejemplo, privilegios en términos de honores oficiales (posiciones institucionales, premios literarios o científicos...) o de notoriedad mediática, es poco creíble y fácilmente denunciabile. Cabe sospechar que no sea más que una crítica de boquilla, verbal, pero sin consecuencias en el terreno práctico.

la formación de las personas que ya trabajan en ellas o van a hacerlo pronto: su credibilidad no durará demasiado a menos que ofrezcan una cartografía del nuevo mundo.

De este modo, poco a poco hemos visto converger los análisis críticos así como los discursos normativos en torno a la metáfora de la red que, aunque en un primer momento se ha desarrollado de manera completamente autónoma respecto al proceso capitalista, se ha visto movilizad por éste (cfr. capítulos I y II). Sobre lo que quedaba del compromiso industrial o cívico-industrial se puso en pie, más que un mercado propiamente dicho, el tipo de mundo que hemos llamado *conexionista*, en el que la red se convertía no sólo en un soporte esencial de los contactos en el mercado de trabajo (Granovetter, 1874), sino también en la mejor metáfora para representar el estado hacia el que el mundo social parecía orientarse, sobre todo en los países que, como Francia, carecían de tradición liberal y no disponían del idioma liberal suficiente para establecer, sobre esa base, una interpretación coherente y justificable de los cambios acontecidos en el transcurso de los últimos treinta años.

Aunque la crítica comparta con los representantes del capitalismo una gran parte de la representación del mundo surgido de los desplazamientos, su vocación consiste en señalar en qué consiste la injusticia de este nuevo mundo, es decir, por ejemplo, hasta qué punto quienes triunfan en el mismo disponen de más bienes y recursos de los que merecerían si el mundo fuera justo, o si quienes fracasan hubieran disfrutado, desde el comienzo, de las mismas posibilidades de éxito. Este aporte específico de la crítica se asemeja a una teoría de la explotación adaptada al nuevo mundo, que permite vincular la felicidad de los grandes con las desgracias de los pequeños, responsabilizando a los primeros de la suerte de los menos privilegiados. Sin este lazo creado por la crítica, cuesta atisbar qué es lo que permitiría dar con un mundo menos destructivo de destinos (por no decir de «recursos») humanos.

Las dificultades para construir una teoría de la explotación de este tipo son particularmente importantes hoy en día a causa de la desindividualización del capitalismo que, ya apreciable en el caso del capitalismo de los directores (frente al patrón del capitalismo familiar, fácilmente identificable), se ha visto fortalecida por la importancia asumida por los capitales anónimos (como los fondos de pensiones) y por el incremento del número de los pequeños accionistas (el denominado accionariado «popular»). Aunque el número de quienes ejercen un poder de control sobre los circuitos financieros es todavía reducido, tanto la discreción de estos servidores del sistema del que se presentan como sus profesionales (del mismo modo que, por ejemplo, los meteorólogos son los especialistas de los fenómenos atmosféricos) como la multiplicación de los intermediarios dificultan la localiza-

ción del adversario, es decir, del responsable *in fine* de la miseria de los más desfavorecidos.

La reanudación de la crítica viene acompañada, aunque siempre con retraso, de la aparición de nuevos tipos de dispositivos de protesta dotados de una mayor capacidad de actuar sobre las formas emergentes del capitalismo, de acuerdo con el principio según el cual la crítica, en pos de la eficacia, tiende a volverse isomorfa de los objetos a los que se aplica.

Cabe interpretar en este sentido los nuevos movimientos tales como las «coordinaciones» de finales de la década de 1980 o *Droits devant!*, *AC!*, *Droit au Logement*, etc., que surgen en Francia en la década de 1990 y que, rompiendo con las formas instituidas del movimiento obrero, se desarrollan basándose en los esquemas —y, en particular, en la figura de la red— que fundamentan igualmente el nuevo régimen de la gestión empresarial aparecido en la década de 1980 (cfr. capítulo VI).

Cabe pensar también que la creciente importancia de las empresas internacionales, de las prácticas de deslocalización directa o por medio del desarrollo de la subcontratación, así como el aumento de la interdependencia de las políticas económicas, debería impulsar el enfoque internacional de los movimientos críticos, debilitado durante las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial dominadas por las políticas keynesianas inscritas en el marco de los Estados-nación. A este respecto, el retraso de la crítica con respecto al capitalismo es también evidente: de este modo, el capitalismo se internacionaliza más fácilmente y más rápidamente que los movimientos que se enfrentan a él, cuya unificación supone un largo y difícil trabajo de equiparación de las formas de clasificación con las que se identifican las personas y de los valores que las ponen en movimiento.

La reanudación de la crítica se torna más fácil en las fases de resurgimiento, porque las transformaciones del capitalismo han socavado las justificaciones que aquélla utilizaba en un estado anterior para provocar la movilización. Los tipos de justificación asociados a la forma adoptada por el espíritu del capitalismo en el periodo precedente están en crisis, sin que un nuevo «espíritu» se haya desplegado aún completamente.

Se ha conseguido dar un nuevo impulso a la acumulación capitalista, pero al precio de un déficit de legitimidad. Al mismo tiempo, cada vez más personas, privadas de los argumentos y estímulos que habían sostenido hasta el momento su participación en el proceso de acumulación y de búsqueda del beneficio, se encuentran inmersas en un estado de insatisfacción y de inquietud que las predispone a mostrarse receptivas a la crítica.

La construcción de nuevos dispositivos de justicia

De ser ejercida con la suficiente presión, la reanudación de la crítica conduce a la formación de nuevos puntos de apoyo normativos con los cuales el capitalismo debe componerse. Este compromiso se asienta claramente en la expresión de una nueva forma de espíritu del capitalismo que encierra, como sus predecesores, exigencias de justicia y que, a fin de sostener sus pretensiones de legitimidad, ha de apoyarse en órdenes de justificación muy generales que hemos identificado con el término *ciudades*.

Para instaurar nuevos dispositivos de justicia y para que se respeten los nuevos procedimientos de las pruebas, se necesita una fuerza externa: la del derecho apoyado en un aparato coercitivo, hasta hoy detentado por los Estados. Lo que equivale a afirmar que la posibilidad de autolimitación del capitalismo no sólo depende de la fuerza de la crítica, sino también de la fuerza de los Estados con los que el capitalismo necesita contar para que quienes aseguran su funcionamiento se comprometan en la promesa de autolimitación y respeten aquello que, en los contratos, afecta no únicamente a los intereses de las partes, sino también al bien común.

A resultas del relanzamiento de la crítica social a mediados de la década de 1990, entran en discusión un cierto número de dispositivos (cfr. capítulo VI) cuya puesta en marcha habría de permitir probablemente que el mundo conexcionista fuese menos injusto.

Así mismo, cabe pensar que una política pública responsable consistiría en contribuir a asegurar las condiciones de posibilidad de una vigilancia crítica de este tipo, permitiendo la representación en el debate político de las personas que más sufren las nuevas condiciones y subvencionando unos centros de cálculo independientes susceptibles de crear y difundir datos sobre las consecuencias de la caída del mundo en la esfera del neocapitalismo. Se hace sentir más que nunca la necesidad de informaciones fiables sobre el comportamiento de las multinacionales, la situación de los más pobres, tanto en los países desarrollados como en el Tercer Mundo, sobre los atentados contra la libertad y la dignidad de las personas suscitados por la mercantilización de todo¹⁹. En el transcurso de los últimos treinta años, tales cen-

¹⁹ En la actualidad, las encuestas no recogen, por ejemplo, el porcentaje de interinos y/o de personal puesto a disposición con el que cada empresa cuenta en cada categoría de personal. Así mismo, resultan muy difíciles de evaluar los niveles de subcontratación y de utilización de las redes: incluso los de las franquicias, cuyos miembros comparten por lo menos una marca común, son invisibles (cfr. capítulo IV). A escala internacional, la carencia de información es aún mayor. No se sabe apenas nada de las empresas multinacionales, esas estructuras superpotentes que producen la mayor parte del PIB mundial, dinamizan el

tros independientes han desempeñado, a pesar de la debilidad de sus recursos, un papel primordial en la constitución de los nuevos derechos²⁰.

La formación de las ciudades

Según las coyunturas históricas, es decir, en función de la orientación de los desplazamientos anteriores y la naturaleza de las pruebas que conviene limitar y justificar, el establecimiento de los nuevos dispositivos de justicia podrá apoyarse en la formación de nuevos tipos de compromiso entre ciudades ya establecidas, desplegadas en argumentos e inscritas en el mundo de los objetos (por ejemplo, en un compromiso entre los mundos industrial y mercantil) o deberá, para llevarse a cabo, ir acompañada de la formulación de nuevas ciudades y de su inscripción en dispositivos.

El surgimiento de nuevas pruebas indescriptibles desde las tópicas del juicio utilizadas hasta el momento (por ejemplo, en términos industriales, mercantiles, domésticos) y la manifestación de nuevas formas de explotación han hecho que surgiera la necesidad de establecer otra tópica del juicio: una nueva «ciudad». De este modo, nos hemos sentido obligados a establecer un modelo formalizado de la ciudad por proyectos que diera cuenta de las formas de justicia absolutamente particulares que a nuestro juicio parecía que estaban entrando en funcionamiento, a fin de otorgar sentido y justicia a todo cuanto en el mundo remitiera a concatenaciones conexionistas y que, sin la formación de esta ciudad, no podrían ser controladas desde el punto de vista de la justicia.

Las ciudades son metafísicas políticas²¹ que, al mismo nivel que las culturas o las lenguas, poseen una existencia histórica y son, por lo tanto, localizables en

comercio internacional y dominan la investigación. En un momento en el que los medios de investigación deberían haberse visto reforzados, se ha asistido a una limitación del centro de estudios de las multinacionales de las Naciones Unidas transferido con medios reducidos a la UNCTAD (cfr. el prólogo). La única información, necesariamente incompleta, de la que disponemos, reside en las comunicaciones financieras que esas empresas realizan en las Bolsas mundiales, pero a las que no se hallan sometidas las empresas que no cotizan. En cuanto a los mercados financieros, éstos disfrutan de la mayor opacidad.

²⁰ Basta con pensar en el trabajo de Amnistía Internacional en el caso de los derechos humanos, de ATD-Quart Monde con la exclusión, del CERC en el reconocimiento del aumento de las desigualdades, por no hablar de las asociaciones de sensibilidad ecológica que —como por ejemplo la CRII-RAD, en el caso de la radiactividad— ejercen una estrecha vigilancia de los emplazamientos peligrosos sustituyendo la debilidad de los organismos oficiales con esa función.

²¹ En la medida en que se apoyan en construcciones de dos niveles: el primero consta de seres humanos u objetos particulares; el segundo, de convenciones que permiten establecer

el tiempo y en el espacio. Resulta por ello pertinente aferrarlas en una duración, en un devenir, desde el momento en que se forman hasta su desaparición, pasando por su arraigo en dispositivos, en objetos y en el derecho²². En un momento histórico, una forma de vida se identifica y se erige como modelo general que sirve como soporte para una definición del bien común y como rasero para juzgar el valor de los seres en función de su contribución al bien de todos concebido en tales términos. De tal suerte que las ciudades llevan la huella, aun si las percibimos sincrónicamente en un determinado momento del tiempo, del periodo en el que ha cobrado autonomía y ha sido valorada como tal la forma de vida que cada una de ellas toma como modelo y como rasero del juicio.

Tomemos el ejemplo de la ciudad mercantil. Las actividades comerciales, que poseen un carácter universal, preceden evidentemente el surgimiento de justificaciones legítimas basadas en el mercado. Para que el mercado se convierta en la medida de una forma de bien común, hace falta que la actividad comercial sea considerada válida por sí misma y no sólo por su posible contribución a la grandeza en otros mundos (la grandeza del príncipe, el poder de la Iglesia...). Tal autonomización se ve favorecida por la aparición de personas cuya actividad esté lo suficientemente especializada y equipada de dispositivos y de objetos específicos, cuyas relaciones sean lo bastante densas y cuyo rol social tenga la suficiente

unas equivalencias susceptibles de superar las particularidades de las personas y de las cosas. De tal suerte que, partiendo de una axiomática común, cada ciudad propone una arquitectura que especifica las cualidades de los seres que comprende y dibuja así los contornos de un mundo.

²² De hecho son varias las temporalidades que habitan las ciudades. La primera, de muy larga duración, atañe a la axiomática en la que se apoya la construcción del bien común cuyo rastro se encuentra en todo el recorrido de la filosofía política occidental. Nada nos permite decir que no nos hallemos todavía inmersos en esta temporalidad larga. Esta axiomática se funda en la tensión entre un axioma de humanidad común (igualdad fundamental de los miembros de una sociedad en tanto que pertenecen, con el mismo derecho, a la humanidad) y una constricción de orden (principio de no semejanza) que implica la posibilidad de las personas de acceder a varios estados de grandeza ordenados en una escala de valores (para un desarrollo, cfr. Boltansky, Thévenot, 1991). La segunda temporalidad se refiere a los términos en los que se califican los diferentes tipos de grandeza legítima (industrial, mercantil o cívica) y a la selección de las formas de existencia destacadas por cada uno de ellos. Estos operadores de equiparación varían en función de una temporalidad más corta con respecto a cambios que, a partir del modelo de las ciudades, cabe considerar como contingentes (cambios, por ejemplo, de las tecnologías, de las formas de poder, de la organización familiar...). La producción social de una nueva ciudad siempre es posible en la medida en que la lista de cualidades susceptibles de servir de rasero para emitir un juicio no puede estar cerrada, habida cuenta de que el ser humano disfruta de la facultad de existir potencialmente en una incalculable multiplicidad de relaciones.

importancia como para que su forma de vida se transforme en objeto de estilización y de justificación. De tal suerte que parece difícil concebir la formación de una justificación basada en el mercado, sin un desarrollo excepcional de las actividades mercantiles y del número y poder de los comerciantes en relación a las otras clases sociales. De este modo, los obreros semiespecializados que se sus-traen al poder de las corporaciones, a finales del siglo XVIII en París, para instalarse como maestros-artesanos independientes en los suburbios (exponiéndose de este modo a persecuciones judiciales) desarrollan argumentos de diferente naturaleza para defenderse de la acusación lanzada contra ellos por los maestros jurados, según la cual, fuera de la disciplina de la corporación, no hay nada que garantice la calidad del trabajo. Ahora bien, las justificaciones elaboradas por estos artesanos, aunque ignoraban completamente el conjunto de cambios que, bajo el nombre de economía política, se iba a convertir en la ciencia moral del mercado, se remiten al carácter comercial de su actividad, a la competencia entre quienes fabrican los mismos productos, a la libertad de elección de la que disfrutaban los compradores y a sus efectos sobre la calidad y los precios, etc. De este modo, independizándose de los principios de la moral doméstica, la actividad mercantil logra acceder a una dignidad propia (Clavero, 1996).

Una ciudad logra ponerse en pie cuando un grupo de actores, basándose en un mundo estable de dispositivos y objetos, ve cómo su poder se consolida de tal forma que sus miembros se sienten capaces de reivindicar un reconocimiento particular y de jactarse de una contribución específica al bien común, sin tener que hacer valer o excusar, gracias a otras actividades virtuosas más aceptables, la fuerza adquirida en el ámbito en el que sobresalen. Alcanzan entonces la posibilidad de aspirar a elaborar para sí mismos y de hacer reconocer por los demás un valor, una grandeza que definan debidamente la manera en la que actúan sobre el mundo y les confiera una dimensión moral autónoma. Éste es el verdadero momento en el que se realiza el trabajo de conformación teórica (en otros momentos inspirado en la filosofía moral y política y hoy, en gran medida, en las ciencias sociales) que permite extender la validez de los valores desprendidos de este modo y convertirlos en el cimiento de una nueva forma de bien común. Por decirlo en el lenguaje de *De la justificación*: los mundos preceden a las ciudades. Esto es así aun cuando el movimiento que conduce a la formación de una ciudad sea interpretado, en cierto modo según la lógica del círculo hermenéutico, como un momento de un proceso de reflexividad a través del cual una determinada forma de vida adquiere un sentido y un determinado mundo se dota de una coherencia y de un estilo.

De este modo, volviendo a nuestro objeto de estudio, el desarrollo de un mundo conexionalista ha precedido a la definición de una ciudad por proyectos. La con-

cepción de los dispositivos pertinentes de una ciudad por proyectos ha tenido la posibilidad de conseguir el apoyo de los profesionales de la mediación, que se han multiplicado en el transcurso de la última década, y, en particular, de quienes, entre ellos, ya habían realizado una actividad, remunerada o voluntaria, profesional o caritativa, de intermediarios para la inserción con el empleo de técnicas que recurren a la lógica de las redes. Estos profesionales, con frecuencia llamados a adoptar una actitud reflexiva con respecto a su propia actividad, habida cuenta de que se enfrentan a la necesidad de justificarla respaldándose en una ética de la mediación todavía en proceso de gestación, contribuyen de un modo particularmente importante, sin duda, a la construcción de las convenciones en las que se basa la ciudad por proyectos y a su arraigo en dispositivos reproducibles.

En general, cabe pensar que la especialización de unos actores en un determinado tipo de actividad constituye un elemento vital en la formación de una nueva ciudad. Sean, por ejemplo, los ingenieros en la ciudad industrial o los administradores del Estado en la ciudad cívica.

La formación de una ciudad puede ser descrita, de modo más general, como el tránsito progresivo hacia un régimen de categorización. Este proceso es una empresa colectiva de reglamentación de las nuevas pruebas de fuerza surgidas de un conjunto más o menos coordinado de desplazamientos, a las que se aplicarían determinadas constricciones de legitimidad. La constitución de una nueva ciudad depende, por lo tanto, de unas circunstancias históricas caracterizadas por un aumento de la velocidad y del número de los desplazamientos, ligadas a transformaciones sociales importantes. En este sentido, la formación de una nueva ciudad puede interpretarse, y por razones igualmente válidas en ambos casos, como una operación de legitimación de un nuevo mundo y de las nuevas formas de desigualdad y de explotación en las que éste que se basa, pero también como una empresa encaminada a hacer este mundo más justo, disminuyendo el nivel de explotación que tolera y, de esta forma, limitando los beneficios alcanzables por aquellos a quienes favorece. Una vez instaurada la ciudad, un mundo más ordenado, que engloba a grandes y a pequeños, viene a ocupar el lugar de un universo caótico de fuertes y débiles.

Las ciudades son, al mismo tiempo, operadoras de justificación y operadores críticos. Cada ciudad supone, por una parte, un punto de apoyo para la crítica de pruebas dispuestas en la lógica de otra ciudad y, por otra, una orientación crítica destinada a buscar los malos usos del mundo específico en el que se inscriben las pruebas de realidad pertinentes desde el punto de vista de esta misma ciudad.

De este modo, la ciudad por proyectos sirve tanto para criticar las concatenaciones «industriales» o «cívicas» juzgadas demasiado poco flexibles como para señalar aquello que en el mundo conexionalista no se ajusta a la misma justicia a la que

este mundo apela. La ciudad por proyectos llevaría a cabo, por ejemplo, la denuncia de un jefe de proyecto que se apropia completamente del prestigio ligado al éxito de su proyecto sin preocuparse de que sus colaboradores, cuya empleabilidad ha reducido explotando sus capacidades sin procurarles la adquisición de otras nuevas, puedan ser llamados a implicarse en otros proyectos.

La ciudad aparece así como un *dispositivo crítico autorreferencial*, interno, inmanente a un mundo en construcción que necesita limitarse para poder durar. Una de las principales características del orden de las ciudades consiste, en efecto, en poner límites a la fuerza de los fuertes y en calificarlos de grandes (legítimos, autorizados para revelar y emplear su fuerza) sólo a condición de que interioricen esos límites y se amolden a ellos.

Por ejemplo, el gran rey, el buen padre, es ante todo, en la ciudad doméstica, el que no abusa de la fuerza generacional, el que se comporta justamente con sus hijos (hijas), el que no abusa de ellos, que limita (derechos de sucesión) la competencia con ellos y entre ellos y no pretende destruirlos para mantener su poder... Esto es así mismo aplicable a los hijos, en la competencia que los enfrenta a sus padres por la apropiación de las mujeres (de la madre, en la mitología freudiana). Éste es el precio que ha de asumir un mundo doméstico que pretenda durar. Para que un orden pueda apoyarse en él. Para que un bien común pueda instaurarse.

Del mismo modo, el establecimiento de un orden cívico, a partir de los seres que conoce un mundo político, supone que el fuerte —aquel cuyo activo se compone de un capital formado de seres humanos— no abuse de su fuerza, que aquí significa su capacidad de obtener la sumisión, el hecho de no comportarse como un tirano, etc. Porque un orden completamente basado en el miedo no está destinado a durar.

De este modo, también el fuerte, en un mundo inspirado, en el que los activos son las potencias del más allá, no debe pretender domesticarlas para ponerlas completamente a su servicio (magia), ya que tales fuerzas, desencadenadas, sin límites, destruirían hasta la base sobre la que se asienta la potencia que le entregan. Y así sucesivamente.

En el período actual, la constitución de una ciudad por proyectos se encarga de la legitimación de las pruebas eficaces en un mundo conexionista, y de la justificación de las formas de éxito y de fracaso propias de este mundo. De este modo, se establecerían los modelos generales de las nuevas pruebas, convertidas así en válidas, pero a la vez sometidas a determinadas constricciones para limitar el nivel de exploración.

Sin embargo, esta posibilidad no es más que una de las salidas posibles a la crisis ideológica del capitalismo, siendo otra eventualidad, en absoluto descarta-

ble, una degradación creciente de las condiciones de vida de la mayoría, un aumento de las desigualdades sociales y la generalización de una especie de nihilismo político. Pero en la hipótesis de la constitución y del arraigo en dispositivos duraderos de un nuevo espíritu del capitalismo, el realismo de esta formación ideológica y su capacidad movilizadora dependerán en gran medida de la pertinencia y de la intensidad de las presiones que la crítica haya sido capaz de ejercer sobre el orden o, para ser más exactos, sobre el desorden que caracteriza las formas actuales de la acumulación capitalista.